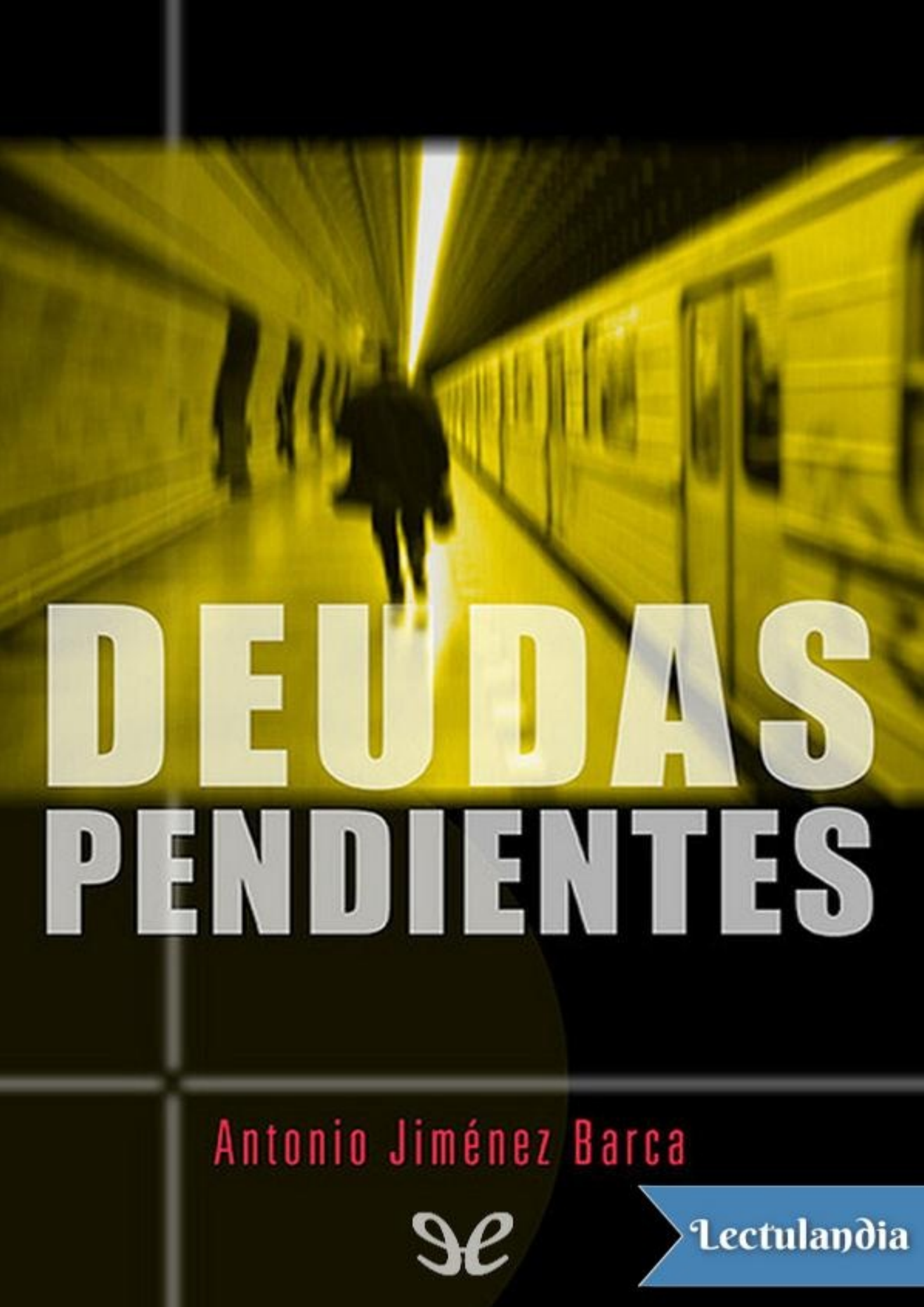




DEUDAS PENDIENTES

Antonio Jiménez Barca



Lectulandia

Al volver de su trabajo en una gestoría de mala muerte, donde se dedica a perseguir morosos por indicación de su jefe, Pablo Esteban, un treintañero al que la novia y la fortuna le acaban de abandonar a la vez, se encuentra en el metro con su mejor amigo de la adolescencia, Trendy, al que no veía desde hacía muchos años y al que asesinan en la calle horas después.

Obligado por un policía de pocas palabras a inmiscuirse en la investigación criminal, Pablo se ve empujado a regresar a los lugares y a las personas de los 17 años. Así, visita su barrio de siempre, en la periferia de Madrid, y visita a antiguos compañeros de instituto ya casados y con hijos mientras se va apoderando de él una creciente sensación de servir de cebo y de confidente a unos y a otros. Y sin embargo la deuda pendiente no la ha contraído el asesino con Trendy, sino, hace muchos años, Trendy, Pablo y Nora con ellos mismos.

Esta novela obtuvo el VI Premio Memorial Silverio Cañada a la primera novela negra de la Semana Negra de Gijón, *ex aequo* con la novela *La aguja en el pajar*, de Ernesto Mallo.

Lectulandia

Antonio Jiménez Barca

Deudas pendientes

ePub r1.0

Titivillus 18-02-2018

Título original: *Deudas pendientes*
Antonio Jiménez Barca, 2005

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A la memoria de Paula Barca, mi madre.

No le vi subir al vagón del metro, ni tampoco aproximarse. Ni siquiera noté que se ponía, de pie, cerca de mí. No sé cuánto tiempo viajó conmigo sin decirme nada, contemplándome. Solo cuando me tocó en el hombro alcé la cara. Llevaba barba, el pelo corto, una cazadora de cuero negro usada que le quedaba bien con un adorno en forma de estrella a la altura del corazón. Le reconocí, claro. Sus ojos azules seguían alimentándose del mismo brillo eléctrico. Era él. Era Trendy. Mi amigo. Un día apareció en el instituto, aparecimos todos, a principios de curso, y me eligió, quiso colocarse a mi lado. Más de doce años después, en uno de esos días torcidos en medio de una mala racha, como decía Romero el saxofonista, Trendy llegaba de nuevo, esta vez por la vieja línea verde del metro, y me tocaba en el hombro, me sonreía, y de nuevo me pedía permiso para sentarse conmigo. Aquel lunes de mediados de mayo, el del vendaval, yo perseguía morosos para salvar de la ruina la gestoría. Me pasaba los días visitando sus casas, de una parte a otra de Madrid, cargado con mi maletín de cobrador a contra reloj y a domicilio, sin lograr que nos pagara nadie. Luego, como cada tarde, volvía extenuado en el metro, por la línea verde, a mi apartamento-palomar de la Gran Vía, pensando que debería haberme largado hacía tiempo y haber mandado al diablo ese trabajo, porque lo único que conseguía con tanto ir y venir de casa en casa, además de agotarme, era prolongar inútilmente la agonía de la empresa. Pensaba en eso, supongo, y en mi novia Julia, claro, el día en que no vi a Trendy en el metro hasta que él se hartó de observarme en silencio y me tocó en el hombro, el día en que, unas horas después, le mataron de una cuchillada que le reventó el pecho a la altura de la estrella.

Todo empezó por la mañana. Mi jefe, Eduardo Martí, había salido de su desordenado despacho más aturdido que de costumbre, más borracho de lo habitual.

—¿Sabes quién se ha muerto, Pablo?

—No —contesté.

—Frank Sinatra. Hace unas horas. De un paro cardíaco.

—No me había enterado.

—Mira, chico: dentro de muchos años, cuando tú y yo ya no estemos, se recordará 1998 por ser el año en que falleció Frank Sinatra. Dicen en la radio que en Nueva York van a iluminar la punta del Empire State en su homenaje. De azul —sin cambiar la expresión ausente de su rostro me preguntó—: ¿Quién te toca hoy?

—Romero y Petrell.

—Apriétalos. El otro no, pero Petrell tiene pasta.

—Lo sé. Conozco todas sus cuentas corrientes. Hasta he ido al registro de la propiedad para comprobar cuántos pisos tiene. Pero no se emocione. Haré lo que pueda, Eduardo. Ya le visité hace diez días y nada. Aunque entonces no tenía los

documentos que tengo ahora.

Martí no parecía escucharme. Con la vista clavada en la nuca de Isabel, la secretaria, murmuraba:

—El viejo Frank. Y su media sonrisita de sinvergüenza y su pinta de golfo elegante, mafioso hijo de puta. ¡Quién lo iba a decir!

—Primero visitaré a Romero —le indiqué, pero mi jefe seguía a lo suyo.

—Daría el brazo izquierdo por ver el pico del Empire State de azul esta noche. Debo de tener por ahí discos suyos, pero cualquiera los encuentra. O a lo mejor están en casa. O los tiré sin darme cuenta. Lo que no hay ya es tocadiscos, ¿no?, ¿Pablo?

Sin aguardar mi respuesta, Martí buscó una silla y se derrumbó en ella, agobiado.

—Dios, todo se va a la mierda a la vez. Mañana o pasado tengo que renegociar con los del banco la hipoteca de esto —dijo, mostrando toda la amplitud de la oficina con la mano—. Y nos van a imponer unas condiciones muy duras. O tal vez ni pongan ya condiciones. Y pidan directamente al juez el embargo y nos larguen a patadas. No sé cómo vamos a salir de esta. En fin, suerte, Pablo, muchacho. De ti depende todo. Si al terminar no me encuentras en la oficina, pásate por El Cairo y hablamos.

¿Hablamos de qué?, pensé mientras asentía, recogía el maletín con la documentación de los morosos y me preparaba para salir. Las cosas iban mal desde hacía tiempo. El gerente y número dos de la empresa, Paco Murcia, el director financiero, como le gustaba que le llamáramos o como ponía en las tarjetas de visita que él mismo se confeccionaba, se había largado en marzo. De un día para otro. Joven, como yo, ambicioso, no como yo, llegó después de las vacaciones de Semana Santa con un sobre en la mano y más elegante que de costumbre, como si para despedirse necesitara su mejor traje, entró directamente en la leonera de Martí y, sin sentarse siquiera, le tendió un sobre advirtiéndole de que contenía la carta por la que presentaba desde ese mismo momento una dimisión irrevocable que incluía su renuncia a la liquidación. Lo dijo así, exactamente así porque, en el silencio absoluto de una gestoría sin actividad ni clientes, Isabel y yo oíamos la conversación como si estuviéramos también dentro del despacho. Como gerente, Murcia sabía mejor que nadie que no había dinero para pagar liquidaciones.

—Métete la carta por el culo, tío chungo —le respondió Martí mascando las palabras, con su acento pastoso de borracho mañanero—. ¿Desde cuándo las ratas que abandonan el barco presentan una dimisión formal? Se limitan a salir corriendo. Hala, vete, vete y cierra la puerta, no te necesitamos, ¡gilipollas!

Murcia no era el primero. En cierto modo era el último, si no me contaba a mí, o a la pobre de Isabel. Un año atrás se habían despedido en bloque dos empleados más y una joven abogada, ambiciosa como el gerente, deseosa como él de abrirse paso en el mundo de las gestorías pero más lista, pues solo tardó un par de semanas en darse cuenta de que había ido a parar al sitio equivocado y de que el único movimiento que ejecutaba esa empresa desgobernada era en dirección al barranco. Se fueron ellos y

yo entré en su lugar. Pero lo de Murcia fue definitivo, porque era necesario. Él llevaba las cuentas, giraba los pagos, se encargaba de abonar las nóminas, trampeaba con los bancos, ocultaba el poco dinero que quedaba a unos y a otros para que no nos despeluchasen, se ocupaba cada mes de enviar el cheque para la residencia de ancianos del viejo Sánchez-Vidal. Desde que entró, tres años atrás, peleó como nadie para enderezar la gestoría a pesar de que nadie le profesó nunca una pizca de afecto y de los desplantes malhumorados y autoritarios de Martí, al que el estilo pulcro y abstemio de Murcia incomodó desde el primer día. Murcia era un sabelotodo petulante, pero sin él estábamos perdidos.

—No se lo merece, viejo imbécil, pero se lo voy a decir por los demás, por Pablo y por Isabel: aquí no hay más provisión de fondos que el dinero que nos deben. Esa es su única solución. Esa, o que se produzca un milagro —gritó Murcia desde el despacho del jefe.

—¿Qué es eso?, ¿una adivinanza?

—No, la solución. Provisional, porque esto no hay quien lo arregle, pero la solución. Cobrar lo que nos deben y no pagar lo que debemos. Y esperar un milagro. Eso es lo que he estado haciendo desde hace meses. Usted ni se ha dado cuenta, claro, borracho como está todo el santo día. Pero ya me he hartado. Cualquier cosa será mejor que esto.

Y salió con el sobre cerrado aún en la mano. Buscó una papelera y lo arrojó. Se despidió de nosotros alzando el brazo y cerrando y abriendo la mano tres veces.

—¿Y tú cuándo te vas de aquí, Pablo? A ti ni te lo pregunto, Isabel, porque tú no tienes remedio. Pero tú, chico, aún puedes. A esto le quedan dos tardes. Hazme caso. Salta ahora que hay tiempo.

Y se fue.

Isabel y yo nos mantuvimos en silencio, aguardando la reacción colérica de Martí. Otras veces, ante algún contratiempo de ese estilo —y últimamente no había más que contratiempos de ese estilo—, le habíamos oído renegar en voz alta y luego barrer de un manotazo las pirámides de papeles que abarrotaban sin ningún orden su mesa para salir después de su despacho con la cara encendida, su melena blanca de músico romántico alborotada y los ojos de borracho en busca de una ginebra solitaria en El Cairo, el bar de abajo. Por eso Isabel y yo nos miramos algo extrañados cuando comprobamos que no pasaba nada, que el tiempo se nos iba sin nada que hacer, ni siquiera entrar en el despacho ya vacío a recomponer las montañas de documentos esparcidos de un empujón por el suelo y recolocarlos de nuevo y de cualquier forma en la mesa. El transistor metalizado que Isabel ponía en marcha cada mañana seguía hablando en voz baja, pero ahora perfectamente audible, dando noticias de aquí y de allá, ajeno al terremoto de rabia y mala leche que sin duda se gestaba en el despacho de Martí. Pero permaneció encerrado casi una hora, sin hablar, yo diría que casi sin moverse. Estoy seguro de que Isabel pensó varias veces en entrar y con una excusa cualquiera, o sin excusa —se conocían desde hacía tanto tiempo que no valía la pena

disimular—, sacarle de ahí. Pero no acabó de atreverse. Todo seguía en calma y, sin embargo, casi preferíamos los dos que explotara de una vez y saliera pegando portazos en dirección a El Cairo que intuirle ahí dentro sentado mirando la pared o la ventana que daba a un patio raquítico, consumiéndose sin hablar en la sopa de un fracaso que el abandono de Murcia había dejado demasiado al descubierto.

* * *

Isabel me había contado la historia de Martí varias veces al poco de ingresar en la empresa, cuando él aún me parecía un abogado competente y la gestoría un lugar seguro que me ahorraría el agobio de buscar otro trabajo. Después, en los últimos tiempos, me la había vuelto a contar varias veces más, sobre todo en tardes muertas en las que los dos solos, sin nada que hacer, nos aburríamos cada uno en nuestra mesa, con Martí emborrachándose en El Cairo y el gerente Murcia persiguiendo clientes o pidiendo histéricos préstamos para contener la bancarrota, como el que tapa los agujeros de una barca condenada. Nunca supe muy bien por qué a ella le importaba tanto que yo conociera los orígenes de Martí y de la oficina ni por qué se encargaba de recordármelos cuando todo se podría. Cuando menos, le importó mucho más que al propio Martí, porque él nunca me contó nada de sí mismo, ni de los principios de la gestoría ni del viejo Sánchez-Vidal. Pero Isabel quiso que yo supiera de mi jefe algo más que el hecho de que se emborrachaba solo cada mañana y cada noche y que arrastraba a todas horas una melancolía de animal prisionero que a veces estallaba en accesos de cólera dirigidos, sobre todo, contra sí mismo. No le conocía amigos, por lo menos no llamaban a la oficina, ni mujeres, ni otra afición que la ginebra con hielo y el silencio.

Me contó que Martí llegó de un pueblo de Soria a los 22 años y se empleó como chico de los recados en un bufete de abogados especializado en bordear la ley, dirigido por Luis Sánchez-Vidal. Por aquella época, mediados de los cincuenta, este era un cuarentón soltero hijo único al que el negocio traía perfectamente sin cuidado y que solía gastarse los escasos beneficios y el dinero de su familia en timbas y prostitutas con las que fornicaba en la oficina a todas horas. Durante años, Martí aprendió a ocuparse de los asuntos de la gestoría mientras que el propietario dilapidaba su patrimonio casi sin darse cuenta. Y una mañana, al comprobar que los acreedores le cercaban ya sin escapatoria, Sánchez-Vidal propuso a su empleado trocar los cargos: Martí, que había ahorrado lo suyo y que, de hecho, dirigía la empresa, sería el dueño a cambio de saldar las deudas y de garantizar al otro un sueldo mensual con el que poder seguir tirando y de vez en cuando salir de putas a la Casa de Campo. Martí aceptó. Compró un título de licenciado en Derecho a un funcionario corrompido de la Universidad Complutense, pidió un nuevo préstamo a un banco, pagó a los acreedores y se puso manos a la obra. El negocio repuntó. No solo eso: a las actividades heredadas de los tiempos de Sánchez-Vidal, casi todas

rayando la ilegalidad cuando no declaradamente fraudulentas, Martí añadió otras labores más propias de una gestoría convencional: tramitación de permisos municipales, administración de fincas, asesoramiento legal... Todo aburrido, todo rentable. Muy rentable. Invirtió los beneficios en la compra de solares y de pisos que revendía y que le revertían aún más beneficios. Es decir: creó una especie de inmobiliaria paralela que lo mismo se ocupaba de encontrar un piso de alquiler a un cliente que vendía una promoción de chalés en las afueras de Madrid. Con los años, Sánchez-Vidal ingresó en un asilo adonde, cada mes, Martí enviaba el cheque con el sueldo, que el viejo gastaba en pagar la habitación y en *whisky* de marca, según precisaba Isabel con un retintín amargo cada vez que se refería a ese detalle. Durante un tiempo todo marchó sobre ruedas. Pero un bajón económico internacional pilló a la empresa con el paso cambiado: la crisis del 92 junto con un par de inversiones millonarias mal calibradas la hirieron de muerte. Al mismo tiempo, el jefe, que ya empezaba a coquetear con el alcohol, según se hacía viejo, se volvió además indolente, desordenado, resentido y pesimista. Los clientes de toda la vida se fueron muriendo y los que no eran de toda la vida prefirieron cambiar de sitio y evitarse así tratar con él y sus golpes de malhumor. Con todo, la empresa aguantó unos años, hasta que el gerente de entonces y subdirector, Adrián Guzmán, al que yo no conocí, se despidió al verse incapaz de enderezar aquello o de convencer a Martí para que por lo menos dejara de beber ginebra mientras despachaba con él. A Guzmán le sustituyó Murcia, que lo intentó todo: buscó nuevos clientes, se sobrepuso a la deserción de varios empleados, diversificó las ocupaciones de los que quedaban, conectó su ordenador y el del jefe a Internet para poder mandar y recibir mensajes con la intención de alcanzar nuevos mercados, peleó como nadie por defender los precios de los últimos solares que poseía Martí y que tuvo que ir vendiendo para sufragar los pagos corrientes..., trabajó dieciséis horas diarias y, más de una vez, según asegura Isabel, durmió en el sillón de paño de la sala de espera tapado con un tapete verde guardado allí desde las juergas de póquer del viejo Sánchez-Vidal. Además, exploraba los archivos las tardes desocupadas y a ratos perdidos logró encontrar, localizar y enumerar a todos los antiguos deudores de la gestoría. Se trataba de personas o sociedades con los que Martí personalmente había negociado en la buena época, desde finales de los setenta hasta mediados de los ochenta, cuando emplear recursos en perseguir pequeñas trampas equivalía a perder tiempo y dinero. Con los años, estas deudas (a veces no tan pequeñas) se fueron olvidando, sepultadas con la sucesión de empleados y de gerentes en la memoria viciada y alcohólica del jefe.

Para entonces Martí se había refugiado en un silencio hosco del que salía pocas veces. A pesar de la ruina hacia la que se encaminaba, aún le quedaba dinero para seguir viviendo en Goya, en una casa que jamás visité (pero que intuía que Isabel sí, por los detalles que me proporcionaba), para comer todos los días en restaurantes de media categoría, vestirse en una sastrería de callejón, emborracharse en los bares nocturnos de la plaza de Manuel Becerra y pagar los sueldos y el asilo del viejo

putero. Había sido un buen jefe, según Isabel, pero en los últimos tiempos su carácter acabó de agriarse. Yo solo le conocí así: desagradable y fracasado. Unos días aparecía irritado, antipático y belicoso; otros se hundía con su ginebra en la nube negra de una depresión que se negaba a reconocer. Constantemente amagaba con echarnos a todos a la calle, incluido Sánchez-Vidal, vender de una vez la oficina (como si pudiera venderse, como si no estuviera también hipotecada) y largarse, decía, a Berna, a morir tumbado en una hamaca en un balneario de lujo mirando las montañas. También acostumbraba a escabullirse sin decir nada a El Cairo, el bar de abajo, a competir con el dueño a ver quién era capaz de meterse más ginebra sin dirigirse la palabra; o se encerraba en su despacho, dejando la oficina paralizada, sumida en un silencio funerario que tan solo Murcia lograba espantar con su quehacer de ratón infatigable.

Aun sin la colaboración del jefe, el gerente rescató del olvido a todos los morosos tras bucear en los archivos. Confeccionó una lista de cuarenta y dos nombres que adeudaban a Martí, entre todos, cerca de cuatro millones de pesetas. Los clasificó por residencia, por cuantía y por orden alfabético, y se dedicó a perseguirlos sin dejar que nadie le ayudara. Yo presencié la determinación con la que marcaba el número del primer moroso de la lista y con la voz más neutra posible le informaba de que pasaría a cobrar lo antes posible una deuda de hacía más de diez años. No dejó ninguno sin molestar. Y obtuvo más de una victoria. Pero también llegó el día en que Murcia — como los anteriores gerentes, o los otros empleados —, harto de malgastar su trabajo, decidió, una mañana, poco después de Semana Santa, dejarnos a Martí, Isabel y a mí más solos que nunca.

Una hora después de eso, Martí me llamó a su despacho. Mientras me levantaba, Isabel murmuró: «Tú ahora ten cuidado, porque lo mismo te tira un cenicero a la cabeza a la primera que metas la pata». Entré y me lo encontré tal y como imaginaba: sentado a la mesa abarrotada de papelotes, abatido, con un vaso largo lleno de ginebra al lado y sus pelos de Beethoven más enmarañados que nunca.

—Tiene razón —soltó con la boca estropajosa, sin esperar a que me sentara.

—¿Quién? —pregunté.

—Murcia, joder. ¿Quién va a ser?

Decidí callarme a fin de no provocarle.

—O cobramos a esos jetas o cerramos ahora mismo —prosiguió, y me tendió la lista de Murcia.

La ojeé deprisa mientras Martí vaciaba el vaso de un trago sonoro.

—Tienes que encargarte tú. No me queda nadie más. Isabel para eso no sirve. Deja lo que tengas entre manos y ponte a ello.

—No tengo nada entre manos. Lo sabe bien.

—Pues mejor. También tiene razón en otra cosa.

—¿En qué?

—En que mientras tú cobras a alguno de esos infelices es mejor que se produzca

el milagro.

Me levanté. Martí salió conmigo.

—Estoy abajo, en El Cairo, por si alguien me llama —dijo, y se largó escaleras abajo perseguido por la mirada apenada de Isabel, que fingía pasar a limpio una carta.

Sentado en mi mesa, rodeado del silencio mortal de la empresa, miré el primer moroso de la lista: Juan Pintado. Dirección: calle de la Virgen del Lluc, número 4, tercero. Teléfono, 675 54 75. Al margen, una nota escrita con la letra picuda y diminuta de Murcia: «Baloncestista sin dinero. Difícil». Llamé, pero alguien, su mujer supongo, me informó de que acababa de marcharse. Colgué. Durante todo este tiempo me he preguntado muchas veces por qué no dimité entonces, por qué no me fui una hora después de Murcia, cuando el primero de la lista no apareció a la primera llamada. Tal vez, si lo hubiera hecho, Julia no me habría dejado. O sí, quién sabe. Tal vez estaba escrito que ella me dejara, como Murcia a Martí, poco después de Semana Santa.

* * *

Llevábamos cinco años juntos cuando Julia me confesó que desde hacía un mes se acostaba con un compañero suyo de trabajo al que yo había visto un par de veces por casa y que siempre me había parecido el candidato con menos posibilidades en la tierra para enamorar a mi novia. Ni siquiera discutimos. Ella se limitó a mirarme en silencio intentando no llorar y yo a comprender que todo se estaba acabando de esa forma, a las siete de la tarde de un día cualquiera, después de haber vuelto de la gestoría de perseguir sombras de morosos por teléfono, así que guardé algo de ropa en una mochila y esperé al lado de la puerta a que Julia me dijera «quédate» o «ven». Pero no dijo nada. Tan solo me siguió mirando con algo que no era exactamente ni angustia ni pena ni resignación sino una mezcla de las tres cosas velándole los ojos. Esa misma noche dormí en un hotel mediano de la Gran Vía, adonde llegué con la mochila al hombro, con aspecto de excursionista de fin de semana perdido en la noche de un día laborable, tras deambular por calles que no recuerdo y convencerme a mí mismo en un bar de esquina y televisión encendida hasta las tantas de que lo que acababa de pasarme sucede en la realidad. A la mañana siguiente vi un cartel de «se alquila» en un balcón próximo al hotel y decidí quedarme en ese apartamento de la séptima planta semiamueblado e interior porque me veía incapaz de buscar en otra parte. Lo que me daba Martí de sueldo no daba tampoco para más. La dueña me cobró el mes entero y otros dos de fianza, me predispuso contra los vecinos, según ella un puñado de viejos y viejas chiflados y solos a los que el aburrimiento y el silencio habían reblandecido el cerebro, me alertó de lo peligroso del barrio a ciertas horas y me recomendó colocar macetas en las dos únicas ventanas de la casa, que daban a un patio interior, para que no anidasen las palomas y lo cagaran todo.

—La mierda de paloma es corrosiva. Destruye hasta el cemento —me advirtió.

—¿Tantas palomas hay?

—Todas las de plaza de al lado. Les da por dormir en las ventanas de este patio. No me pregunte por qué. Nadie las da de comer, que yo sepa, y si yo le veo a usted lo echo. Es un misterio, pero ya ve...

Se despidió entregándome dos llaves atadas con un alambre y deseándome, un segundo antes de marcharse, que, por encima de todo, fuera feliz en mi nueva casa. En cuanto me quedé solo contemplé con desaliento el cuarto, amplio y desguarnecido como una sala de baile abandonada, con la mochila roja tirada en medio del suelo. Verifiqué que el teléfono funcionaba llamándome a mí mismo. Miré por la ventana del patio, profundo y estrecho como un foso. Luego llamé a Julia, a la que era la casa de Julia, a la que había sido mi casa, y contestó Vicente Neira con voz de Vicente Neira recién levantado. Colgué el teléfono sin decir nada, de un patadón desfondé la mochila y me senté en un sofá esquinado e incómodo a preguntarme cómo había llegado hasta ahí. «Son malas rachas», pensé, acordándome de lo que me había contestado, para justificar su falta de fondos, Romero el saxofonista, uno de los primeros morosos heredados de Murcia que visité. Y me imaginé a Romero y a mí zarandeados por una tromba de mala suerte. Yo estudié Derecho, fui uno de los pocos de mi barrio que llegó a la universidad y conocí a Julia cuando terminaba la carrera. Sus amigos fueron los míos. Me mudé a la casa en la que residía desde que era estudiante. Su vida se convirtió en la mía: la incorporé, la copié. Hubo un tiempo en que no podía imaginar no tener a Julia a mi lado siempre. Y de pronto, ahí estaba, sentado en un sofá patizambo y decrepito, en el apartamento-palomar menos acogedor de una ciudad no muy acogedora, completamente solo, persiguiendo morosos y telefoneándome a mí mismo.

Una semana después, Julia me llamó a la oficina y me citó en un parque diminuto al que yo no había ido nunca. Un lugar de la colección de lugares que jamás quiso compartir conmigo, un territorio cerrado desde el que, a veces, llegaban gentes tan desconocidas y peligrosas como este Vicente Neira. Acudí porque aún esperaba que me dijera «volvamos» o «no te vayas». Me vio aparecer y se levantó del banco con un gesto simpático en la boca en forma de sonrisa. Me contempló un buen rato con los ojos agrandados por el atardecer o la hipermetropía o, simplemente, por verme de nuevo. Me besó en la boca con un beso fugaz mientras me acariciaba el cuello con las uñas de una mano. Me quedé callado. Me metí una mano en el bolsillo. Con las primeras sombras del atardecer el parquecito se fue transformando, poco a poco, en un solar desapacible envuelto ya en la luz chillona de las cuatro farolas que lo delimitaban. Más allá, el cielo se amorataba y el aire comenzaba a oler a tormenta, la última del invierno. Seguíamos de pie, uno enfrente del otro. Julia se estremeció dentro de la chaqueta y, como tenía por costumbre, soltó todo de un tirón:

—No te echo de menos, Pablo, pero pienso en ti. Vine para decirte que en la casa quedan cosas tuyas: fotos, discos, toallas, pantalones sucios, yo qué sé...

—Lo recogeré pronto. En cuanto tú me digas.

—Espera. No me interrumpas. No quería decírtelo por teléfono. Pero quiero que sepas que pienso mucho en ti. Vicente se queja de que me paso todo el tiempo llorando. Cuando estabas en casa odiaba verte aburrido, o cansado todo el tiempo. Detestaba tu mundo, tu trabajo, el callejón sin salida en el que te gusta sentarte a esperar. Lo siento, Pablo. No elegí mal yo. Fuiste tú quien eligió mal. Me harté de ti, perdóname, no he tenido paciencia. Llevo toda la semana sin poder dejar de pensar que no solo no te he ayudado, sino que te he dado el empujón definitivo, como dice Marga.

—¿Qué Marga?

—Una amiga mía a la que abandonó su novio en unas vacaciones. Se fueron a la Costa Brava, alquilaron una habitación por un mes, y a los dos días él se largó dejándole una nota en la que le decía que así era mejor, que esas cosas pasan, y el dinero de la mitad de la factura del hotel.

—Eso es estilo.

—Eso decía ella.

—Dame su teléfono. Podemos crear una ONG.

—Ya no te sirve —dijo, sonriendo—. Se enrolló hace poco con un médico muy guapo. Aunque no se fía y dice que este año pasarán las vacaciones en Madrid.

—Yo no me voy un mes de vacaciones entero desde que iba con mis padres a Torremolinos, Julia. Nunca te voy a pagar la mitad de la cuenta de una temporada en la playa, entre otras cosas porque no tendré dinero jamás, al paso que voy. Yo también soy muy guapo. Eso me decías antes...

—Eso es verdad. He estado con pocos hombres más guapos que tú —y sonrió, de nuevo, antes de empezar a acariciarme el pelo, en un gesto que escondía la despedida—. Encuentra a alguien que sepa sacarte del hoyo que tú cavas, Pablo. Yo no sé hacerlo, no tengo fuerzas. Llámame para cualquier cosa menos para que vuelva contigo.

No supe qué añadir. No me movía del suelo que me sostenía, debajo del resplandor anaranjado del farolón de siete metros que se asomaba a la escena. No encontré la manera de evitar que mi novia se diera la vuelta en un movimiento irremediable y saliera para siempre de mi vida por la esquina más próxima en busca de la parada del autobús. Empezaba a llover, caían goterones pesados como canicas que estallaban luego manchando el círculo de luz que arrojaba la farola. Sin palabras me dijo adiós estirándose la cremallera de la parca hasta el cuello. Ya no me besó más.

Se fue.

Seguí en el parque mientras ella se perdía de vista. Miré al cielo, envuelto en un resplandor morado. En pocos minutos iba a llover como llueve en mi ciudad algunas veces que nadie sabe pronosticar, ni los satélites del espacio ni los hombres del tiempo de la tele ni los agricultores jubilados que se traga la periferia y que aún descifran el lenguaje de las nubes; en ese preciso momento bastaba alzar la cara para

comprobar que el cielo estaba dispuesto a reventar y deshacerse en una de esas sañudas tormentas de marzo que ponen el corazón y Madrid patas arriba. Algo dentro de mí decidió que había que moverse hacia casa. Aún diluviaba cuando llegué a Callao. La Gran Vía se había convertido en una locura submarina y ruidosa, abarrotada de chiflados a la carrera, bosques de paraguas, autobuses rojos chapaleando en medio del atasco, policías municipales de amarillo con los brazos chorreando y el silbato en la boca, luces de coches estallando en los charcos y cientos de varillas de parabrisas bailando como metrónomos. No eran ni las ocho de la tarde, y allí estaba yo, clavado en medio de un cruce del epicentro de mi ciudad esperando la indicación de un semáforo borroso para encaminarme a una casa a la que ni en una vida entera lograría desprenderle la pinta de pensión provisional que llevaba adherida y que percibí la primera vez que entré. Notaba los huesos empapados y el resto de mi cuerpo encogido de frío, con el estómago tiritando de miedo por pensar que no había nada que hacer ni el resto de la noche, ni el resto del año. Crucé, recorrí varias calles y entré en el mismo bar de la primera noche de abandonado, el de la televisión encendida a todas horas y el suelo sucio de papeles y serrín encharcado. Pedí un bocadillo de algo frito y un J&B con hielo para acompañar. El camarero me lo sirvió y por la manera de mirarme supe que, de tanto trabajar en esa calle y a esas horas, había desarrollado el hábito de reconocer a los desgraciados al primer vistazo. Me senté a una barra que daba a una pared cubierta con un espejo. Mientras me miraba comer pensé que acababa de vivir la tarde más miserable de mi vida y que me quedaban por vivir más. Era cierto: muchas veces, tras salir de la gestoría y volver a casa en uno de esos vagones decrepitos de la línea verde del metro, no me atrevía a subir al apartamento porque me sabía incapaz de soportar aquel piso conmigo dentro y sin Julia. Me lanzaba entonces a caminar sin rumbo hasta que, agotado de recorrer ese barrio de putas, turistas y parejitas del extrarradio que van al cine, enfilaba hacia Concepción Arenal, el callejón oscuro abrazado como un murciélago a la espalda de la Gran Vía, donde anidaba yo en un séptimo piso.

* * *

Mi vida consistía en eso: por la mañana perseguía los morosos de la lista de Murcia; por la noche me acostaba solo en un apartamento inclemente después de haberme maldecido varias veces tras cenar bocadillos o raciones de algo en el mismo bar, que bien se podía haber llamado también El Cairo. Heredé veinticinco deudores (Murcia consiguió en un año que le pagaran diecisiete), pero todos arrastraban las mismas marcas manuscritas del gerente: «Muy difícil». Era lógico: él logró que pagaran los fáciles, los que tenían dinero, los que sentían algún tipo de remordimiento, los que, al menos, se acordaban de la deuda. Aún así batallé siguiendo el ejemplo del antiguo gerente, convencido de que era la única manera de conseguir dinero para la empresa, sin pensar que solo conseguía contener por un tiempo limitado el certificado de

defunción. Dividí la lista y cada mañana, si Martí no me encargaba otra cosa, que generalmente no, visitaba a dos o tres, dependiendo del día. A esta operación la bauticé «La Ronda», «La Ronda de los morosos». Siempre con la misma frecuencia: los lunes primeros de cada mes, Lezama y Vázquez; los martes, Berrio y Pintado, los miércoles, Angulema, San Juan y Rubio; los jueves, Rovira e Irigoyen... En dos semanas los visitaba a todos y volvía a empezar... con todos incluidos. Porque solo conseguí borrar un nombre de la lista, y fue porque una vecina me informó de que había muerto. Al principio les llamaba por teléfono, pero pronto me di cuenta de que eso resultaba infructuoso, ya que se escabullían y saltaban de un sitio a otro siempre un poco antes o un poco después de que yo les llamara, y que lo único medianamente útil consistía en presentarse de improviso en su casa o en su lugar de trabajo.

Así, un mes y medio después de que Martí me obligara a cargar con la lista de morosos y Julia con mi vida, el día de mediados de mayo en que murió Frank Sinatra, me tocaba visitar a Juan Romero, el saxofonista, y a Joaquín Petrell, el abogado rico propietario de varias empresas. Aquella mañana, un vendaval impropio de aquella época del año se había descolgado desde la sierra proveniente, según decía la radio de Isabel, de Noruega. Era un viento helado y tardío, que atravesó la ciudad derribando a su paso árboles y cartelones de publicidad y que a punto estuvo también de hacer descarrilar un tren de cercanías.

Traté de sorprender a Romero a mediodía. Había hablado con él por teléfono casi cada semana y le había visitado ya varias veces. Aunque no pagaba, llegué a tomarle afecto. Cada vez que le pedía el dinero, 250 000 pesetas por el alquiler de dos meses de un chalé en Alcalá de Henares diez años atrás, me enumeraba una por una las trampas en las que andaba enredado y me aturullaba con un agobiante laberinto de letras impagadas, préstamos a bancos e intereses de demora engordando continuamente en su contra. Romero, delgado, bajito, pálido, me describía su ruina con tal detalle que me sorprendía incluso que aquel hombre enfangado hasta el cuello tuviera ánimo para tocar el saxofón y no decidiera ahorcarse de una vez con una sábana en su cuarto o escapar en un avión a una ciudad de Brasil o Colombia. Vivía en un apartamento de alquiler en una callecita de Lavapiés, situado encima de una tienda al por mayor de baratijas y juguetes regentada por un grupo de chinos que surtía de género a un batallón de vendedores ambulantes.

Llegué al portal congelado de frío después de haber hecho frente a la ventolera con un jersey fino de verano. Por lo que vi esa mañana mientras subía la escalera, Romero debía de ser el único español en aquel inmueble internacional y ruidoso en el que todo el mundo parecía vivir exclusivamente del comercio de un muñeco de peluche, mitad oso, mitad pájaro, a juzgar por las decenas de cajas de cartón apiladas en la escalera que me iba encontrando a lo largo de los cuatro pisos. Tras llamar varias veces al timbre, apareció una mujer suramericana que no había visto nunca, joven y guapa, y un niño pequeño con uno de esos muñecos en la mano derecha y un tenedor en la izquierda.

—Dígame.

—Busco a Juan Romero.

—Es mi marido. Pero ahora no está en casa.

—Le busco por una deuda.

Me sonrió. Se divertía. Me cayó simpática. Me gustó mucho. Ella y su vestido azul marino y sus brazos manchados de pecas y lunares y su niño agarrado al muñeco. Pertenecía a ese grupo de personas que mira al mundo como si el mundo fuera un regalo. Un día aparece alguien así y si acaba a tu lado es como ganar el premio gordo de la lotería de tu vida. Aunque por lo general ese tipo de mujeres suele preferir a los saxofonistas.

—Ya sé quién es. Juan me ha hablado de usted. Bien, no se crea. Dice que es comprensivo.

—Su marido nos debe 250 000 pesetas desde hace más de diez años. Y si no paga nos veremos obligados a demandarle.

—Mire, él está ahora en el bingo, trabajando. Vaya y hable con él. No le va a pagar, porque no tenemos ese dinero, pero por lo menos que dé la cara. ¿Sabe dónde está el bingo?

Dije que no. Entró en la casa. El niño se quedó en la puerta, mirándome fijamente. La mujer volvió al poco tiempo con la dirección anotada en un papel.

—Gracias.

—De nada. Andrés, dale la mano a este señor.

Andrés no solo me dio la mano, sino que depositó en la mía el muñeco. Quise devolvérselo.

—Quédese. Le ha caído bien al niño. Y en casa tenemos muchos más. Es el muñeco estrella. Mañana estará en todas las tómbolas de San Isidro. ¿A que es simpático?

No supe si se refería al muñeco o a Andrés. De cualquier forma asentí. Guardé el muñeco en el maletín y comencé a bajar las escaleras, sintiendo cerca del pecho un dolor sordo que era envidia de Juan Romero por su saxofón, su mujer y su hijo Andrés regalador de mascotas de peluche. Encaré de nuevo el viento. Me dirigí hacia el bingo, recordándome que, en efecto, al día siguiente no tendría que trabajar, porque era San Isidro.

El interior de La Rueda de la Fortuna se encontraba casi vacío a esa hora de la mañana. Raleaban los clientes, la mayoría señoras jubiladas, muchas con el abrigo puesto, diseminados en las mesas circulares. El guardia de la puerta me había dicho que no conocía a ningún empleado llamado Romero y yo temí haberme equivocado de bingo o que la mujer del saxofonista además de guapa fuera una mentirosa con imaginación. O que el mentiroso fuera Romero, y le prometiera a su mujer que acudía a trabajar al bingo todas las mañanas cuando bastaba comprobar que no estaba ni en el guardarropa, ni en el bar, ni entre los que repartían los cartones. Casi a punto de dar la vuelta le reconocí: encorvado sobre la mesa, mordiendo un rotulador, mirando de

vez en cuando a la mujer mayor que cantaba los números como si le diera asco reconocerlos.

Me senté a su lado. El sonsonete de la mujer de la voz nasal («45; el 67, seis siete») se me antojó el fondo sonoro más adecuado para la conversación inútil que mantendría con Romero.

—Buenos días, señor Romero. Me conoce, ¿no? He venido a verle otras veces.

—El de la deuda.

—El 89; el 72, siete dos —cantó la mujer.

Tachaba los números sin prestarme atención. Ni siquiera levantaba la cabeza para mirarme. Eran las doce de la mañana. No acababa de creermelo que aquel tipo que decía trabajar de saxofonista y al que yo creía al borde de la ruina, un especialista en el arte de la excusa, el mejor de mi familia de morosos, alguien que hasta me caía simpático, se gastara el dinero que me debía en jugar al bingo. La señora seguía despreciando en voz alta las bolas que salían («el 58, el 20») y Romero tachaba en silencio los números de su cartón. Alguien en una esquina cantó un premio y todos dejaron de jugar. La señora de la voz nasal recitó el cartón premiado y dijo algo así como «el bingo es correcto». Romero pidió otro cartón. Se reanudó el juego.

—El 77, siete siete.

—Salgamos fuera —dije.

—Ahora no puedo.

—El 28.

—Deje eso, por favor, y vamos fuera.

—Ahora no. Estoy a punto de cantar línea.

Era verdad. Salió un número, el 38, y Romero levantó el brazo, que no la cabeza, y sin ningún entusiasmo gritó:

—Línea.

Un murmullo de decepción procedente de las escasas mesas ocupadas suplantó por unos instantes el contar desmañado de la mujer de las bolas. Alguien llegó y se llevó el cartón de Romero para comprobarlo. La misma señora leyó a gran velocidad pero con la misma voz de máquina de tabaco los números. Alguien volvió a nuestra mesa con dos billetes de cinco mil pesetas en una bandejita morada. Mientras todo esto ocurría, Romero se había atrevido a mirarme y a sonreírme con inteligencia.

—Ahora no me dirá que no tiene dinero... —dije.

—No es mío —me contestó, señalando la bandeja.

—Eso es verdad: es mío. De mi empresa. Y me lo voy a llevar. Ahora.

—No. Ojalá. Es de aquí.

—¿Qué dice?

—¿Qué hora es? —me preguntó.

—¿Eso que importa?

—¿Qué hora es?

—Las doce y diez.

—Venga conmigo. Le explicaré.

Recogió el dinero y en vez de encaminarse a la puerta de salida, se dirigió por un pasillo lateral. Pensé que quería pasar al servicio o escaparse. Pero entró en un despacho en el que un hombre gordísimo se comía un donut de chocolate mientras leía el periódico.

—Me voy un poco antes, pero es que ha venido un amigo a buscarme. Mañana vendré a las once.

—OK —contestó el gordo, con la boca llena, embadurnada de chocolate, que ni siquiera me miró.

—¿Hiciste algo?

—Una línea de diez mil. Ahora mismo. Mi amigo me ha traído suerte.

—Para que luego digas que la vida te trata a patadas. ¿Ves?

—No me fastidie, don Carlos.

Romero se sacó el fajo del bolsillo, extrajo uno de los billetes, y dejó el otro al lado del periódico del gordo.

—OK —volvió a decir don Carlos, que guardó el dinero en un cajón—. Hasta mañana. ¿Cuántos clientes hay?

—Unos doce.

—¿Viejas?

—Sí.

—Joder. Pensar que hace cuatro años la gente tenía que reservar aquí mesa... Ahora solo vienen viejas. Y por la mañana. En fin, Romero, gracias. Saluda a tu mujer. Hasta mañana.

—Hasta mañana —contestó Romero. Y me indicó que saliera. Ahora sí que nos dirigimos a la puerta principal. Una vez en la calle nos refugiamos del viento en un portal cualquiera, y allí le puse una mano en el hombro para que se detuviera y me mirara de frente. Romero era más o menos de mi edad, más pequeño que yo, más delgado, mucho más frágil. Le insulté, le llamé ludópata mentiroso cabrón y moroso estafador hijo de puta, le amenacé advirtiéndole de que le iba a llevar a juicio y que poco me importaba que coleccionara otras deudas, con el gordo dueño del bingo o con quien fuera, o que tuviera mujer y un hijo pequeño. Descargué con él la rabia acumulada a lo largo de un mes y medio de excursiones fracasadas por la ciudad. Él esperó tranquilo a que me desahogara. Cuando me callé, él se limitó a decir.

—No soy un ludópata. Trabajo de claque.

—¿Qué?

—Que trabajo de relleno, joder. Que el gordo que usted ha visto es amigo mío, propietario de algunos locales donde toco a veces y cuando no hay nada me paga 5000 al día por hacer que juego un par de horas. Así se anima la clientela. De los que vio usted ahí dentro, dos o tres son de pega. Y si cantamos un bingo, pues lo devolvemos, como usted ha visto. A veces me traigo a algún amigo para que me acompañe, porque no hay nada más aburrido que jugar sabiendo que, en el fondo, no

vas a ganar nunca. ¿Mi mujer no le ha dicho que estaba trabajando? Porque usted ha estado en mi casa, ¿no?

—Sí. Fue su mujer la que me dio la dirección. Pero no me aclaró de qué trabajaba.

—Es difícil de explicar.

—Ya.

Conversamos muy poco tiempo más. Me aseguró que no tenía más dinero que las 5000 que llevaba en el bolsillo, que pensaba pagarme, que me tenía en mente, pero que no salían conciertos, que ni siquiera tenía banda, que a veces ni ensayaba, que había tardes en que para mantener los dedos ocupados y no martirizar a su mujer y de paso sacarse dos o tres mil pesetas, bajaba al metro y se ponía a tocar en un andén...

—Hoy, con el día que hace, con este viento que no sé de dónde sale, no se puede tocar en la calle. Así que probaré en el vestíbulo de Callao. Tocaré alguna de Sinatra. Se lo merece.

Pensé en mi jefe y en Romero, en qué más podían tener en común excepto el hecho de que les gustara el mismo cantante y de que yo estuviera condenado a soportarlos a los dos.

—Yo vivo ahí, cerca de la Gran Vía —dije.

—¿Y no me ha visto nunca?

—No.

—No se habrá fijado. Hay muchos músicos en esa estación. O tal vez vaya por otro túnel.

—No puedo darle más de dos semanas, Juan. Necesitamos el dinero. Y si no me lo da a mí, se lo va a tener que dar a otro menos amable que yo —amenacé, pero yo sabía que él sabía que aquello era mentira. Y en el fondo, lo prefería así: Romero me seguía cayendo simpático.

—Lo intentaré. A lo mejor juego al bingo de verdad por usted. Y tengo suerte. Y empiezo a ganar pasta y a dar conciertos. Todo son rachas. Ahora estamos en la mala, usted y yo, pero esto pasa, creo que ya se lo expliqué otra vez que vino a verme.

—Juegue al bingo o haga lo que quiera, pero páguenos.

Le dejé allí, resguardado en el portal. Se me quedó mirando con el mismo abatimiento irónico en los ojos, pero muy tranquilo, confiado, y me convencí de que pensaba de veras que bastaba esperar a que pasara por delante de ti la mala racha sin que te afectara demasiado, como estaba haciendo con el vendaval que a esas horas azotaba Madrid.

Mientras buscaba la parada del metro me obligué a concentrarme en lo que yo denominaba «el Asunto Petrell», el segundo de la ronda de aquel día. Joaquín Petrell Peña, de 56 años de edad, abogado, dueño de varias empresas, entre ellas una tienda de ropa, nos adeudaba cerca de un millón y medio de pesetas por el alquiler, a mediados de los años ochenta, de varias naves industriales en un polígono remoto de Fuenlabrada. Había hablado por teléfono varias veces con uno que decía ser su

secretario, y había intentado sorprenderle en su oficina, sin éxito, en otra ocasión. En los últimos días me había dedicado, como le había explicado a Martí, a reunir todos los datos posibles sobre su patrimonio. Había fracasado a la hora de hacerme con el saldo de sus cuentas, pero sí conocía el número y el valor de todas sus propiedades y podía demostrarlo con los papeles fotocopiados que llevaba en mi maletín de cobrador.

Su oficina se encontraba en un lujoso piso de una de las mejores zonas del barrio de Salamanca. El portero me interceptó antes de que ganara el ascensor y me sometió a un interrogatorio exhaustivo. Me limité a responderle que tenía una cita de negocios con el señor Petrell y que llegaba tarde. Se echó a un lado. Subí los cuatro pisos recordando la última visita y la manera educada del abogado de decirme que no iba a pagar. Me armé de una rabia alimentada por el cansancio y el fracaso con Romero, por la falta de sueño y por el desastre en que mi vida se iba convirtiendo gracias, precisamente, a tipos como el que iba a ver en unos segundos, en cuanto el ascensor, antiguo, diminuto, lleno de puertas, se detuviera en el cuarto piso. Llamé al timbre y un individuo de mediana estatura, delgado y moreno me abrió la puerta: Petrell. Vestía traje, corbata y zapatos de marca, mascaba sonoramente un chicle, y me miró con tal extrañeza y desprecio que no quedó ninguna duda de que me había reconocido.

—Joaquín Petrell —dije.

—Sí. Soy yo.

—Mi nombre es Pablo Esteban. Vine hace unos días, pero usted no estaba. Y he hablado varias veces con su secretario por teléfono.

—Claro que le conozco. El chavalito del dueño de las naves de Fuenlabrada y el millón y medio. Viene en mal momento. ¿Y si le llamo yo?

—No he venido a concertar otra cita. He venido a cobrar. Necesito el dinero. Lo debe usted lince más de diez años.

—Pero lo reclama desde hace un mes tan solo.

—Un compañero mío, Francisco Murcia, lleva más de un año reclamándoselo. Mire, para mí también es molesto...

—¡Pues lárguese, joder! —gritó, de repente—. ¡Y venga cuando yo se lo diga! ¡No soy un muerto de hambre pero ahora me viene particularmente mal pagar, se lo aseguro!

—Si no me paga no me voy. Necesito el dinero.

—No lo repita más. Ya lo he oído.

—Es que usted parece sordo.

—No tengo por qué aguantar impertinencias en la puerta de mi casa.

—Yo tampoco quiero que las aguante. Solo que me pague.

—Y se presenta así, con una cartera, en mi casa, sin llamar antes, como el cobrador de la luz, o el de la cuenta del dentista, en mi oficina. ¿No se da cuenta de que esto no es serio?

Una determinación que me sorprendió hasta a mí mismo me impidió aflojar. Me molestaba su forma pretenciosa y sonora de masticar el chicle, sin parar, chasqueando la lengua. Pasó un minuto. Por fin se hizo a un lado y me invitó a pasar. Recorrí detrás de él un largo pasillo con habitaciones a ambos lados convertidas en despachos con las puertas abiertas pero las luces apagadas, con fotos de modelos con algunas de las prendas que vendía en sus tiendas. Entró en otro despacho mayor que los otros. Se sentó y me ordenó sentarme. Saqué del maletín los papeles relacionados con él. Los puse sobre la mesa. Repetí lo que ya le había dicho varias veces por teléfono:

—Le he estudiado. Según mis cálculos, solo con que vendiera una parte minúscula de las propiedades que posee obtendría fondos de sobra para pagarnos. Sin contar con lo que tenga en el banco, que eso solo usted y el director de su sucursal saben.

—¿Quién te manda a ti mirar en mis propiedades?

—Le repito que he venido a cobrar y no a discutir con usted. Si me da ahora mismo un cheque no me ve más. Para mí será también un alivio.

—No me gusta que me espíen.

—Yo no soy un espía. O sí. Y me da igual. Usted posee dos pisos en Madrid, esta oficina, una casa de campo en Guadalajara y dos o tres solares en algunos barrios de las afueras de Madrid. Su patrimonio inmobiliario ronda los 200 millones de pesetas.

Le tendí la carpeta que contenía las certificaciones de propiedad. Las examinó despreocupadamente pero no dejó ni un papel sin inspeccionar.

—No me gusta que todo esto ande por ahí, ¿sabe? —dijo mientras me devolvía la documentación.

A mí tampoco me gustaba el tono prepotente, falsamente paternal. Además, seguía con la boca llena de chicle.

—No he venido a responderle —repuse—. He venido a decirle que si no me paga en una semana...

—¿Qué? —me interrumpió, echándose hacia delante en la mesa, como si quisiera golpearme—. ¿Me amenazas? —continuó—. Dime: ¿qué vas a hacerme?

—Ir al juzgado, entregar toda esta documentación y solicitar permiso para expropiarle —contesté, disimulando el nerviosismo—. Ya se lo he dicho: necesito el dinero. Pero antes de que nos echen, me lo llevo a usted por delante.

—¡Permiso para expropiarme! ¿Se cree que me va a asustar con palabritas de abogados? Seamos serios.

—El único que no es serio aquí es usted, que no paga. Lo del juzgado no se lo he dicho para asustarle. Se lo he dicho para que sepa que no le va a quedar más remedio que pagar. Antes o después. Solo que entonces será más dinero. Tendrá que pagar intereses y costas.

—Eso puede tardar años —dijo. Pero le noté algo. Para empezar, había dejado de mascar el chicle. Pero había algo más, una vacilación leve al buscar un cigarrillo, o al fallar un par de veces con el mechero de oro. Supuse que era el momento de insistir.

—Le repito que si me firma un cheque ahora mismo me esfumo. Pero si sigue sin pagarme, aunque mañana me haya ido al paro y la empresa en la que trabajo al infierno, que es el camino que lleva, le juro que aunque no haga otra cosa en mi vida voy a seguir con ese juicio adelante. Lo haré porque no voy a tener otra cosa que perder ni en qué ocuparme.

—Calma, joder, calma —dijo. Seguí percibiendo un cambio en su actitud, tal vez en su tono de voz, tal vez en la forma de mirarme, un poco menos soberbia. Presentí que Petrell cedía y supuse que la amenaza del juzgado había funcionado. Si me entregaba el cheque, incluso por una cantidad menor que la que yo le exigía, estábamos salvados. Martí, Isabel y yo, y el viejo Sánchez-Vidal. Por lo menos durante un tiempo.

—Me gustaría pagarte ahora, lo digo en serio. Aunque solo fuera por dejar de verte y dejar de ver todos esos papeles por ahí —añadió, sin violencia, con ironía, con una sonrisa no del todo falsa—. Pero ahora no puedo, créeme. El dinero no es mío: es de la sociedad, de la empresa. Y la empresa no es mía. Es al revés: yo soy de la empresa. Tú lo entenderás.

—No, no lo entiendo.

—No es mucho dinero, pero, joder, no puedo quitarle un millón y medio de pesetas así como así. Y no lo llevo encima —y sonrió de nuevo, palpándose los bolsillos, animándose a sonreír a mí también—. Regístrame, es lo único que te queda por espiar, mis bolsillos. Y si encuentras la pasta, te la llevas, en serio, chaval.

—No me llame chaval, tengo ya casi 30 años. Y no me tutee más.

—Mañana es fiesta; pasado mañana tienes el dinero, o como mucho el jueves. Yo te llamo. No vayas al juzgado. A mí no me conviene. Unos días no significarán la ruina de tu empresa, ¿no?

No contesté. Me quedé mirándole, intentando creerle.

—Además —añadió—, ¿qué otra cosa puedes hacer, chaval?

Asentí con la cabeza, con desgana, y me levanté.

—Está bien. Unos días. Hasta el jueves. Si no, esto va al juzgado —añadí, mientras me levantaba.

—No hará falta. Tienes mi palabra. Y yo la tuya de que no vas al juzgado. Esa documentación no te va a hacer falta. Hasta podrías dejarla aquí. He decidido pagarte.

—Prefiero llevármela. Es lo único que puedo hacer.

Salí a la calle, donde el viento seguía resoplando y zarandeando árboles, carteles y peatones, y dudé entre coger el metro y volver a la oficina o largarme ya a casa. Me convencí de que debería volver a Francisco Silvela y contarle a Martí que Petrell me había prometido pagar, algo inusual hasta entonces. Entré en un bar a comer un bocadillo. Llegué sobre las cuatro de la tarde. No había nadie. Ni apareció nadie. Martí andaría en El Cairo desde por la mañana, derrumbado por la ginebra, incapaz ni siquiera de preocuparse de si me había ido bien. Isabel, harta de esperarnos a los dos, sola, sin nada que hacer, se habría ido a casa, probablemente con el permiso del jefe.

Me senté a mi mesa, abrí el maletín, y puse sobre ella los papeles de Petrell y el muñeco que me había regalado el hijo de Romero. De un manotazo lo arrojé al suelo. Cayó de bruces, a unos metros de mí. No sé las horas que esperé a que pasara algo, a que llamara alguien. Cuando me levanté era ya de noche. Repasé las direcciones de los morosos de la ronda del miércoles, después de San Isidro: Juan Barbero, presidente de una cooperativa de viviendas, y Vicente Marín, el dueño de un taller mecánico, un tipo al que ni Murcia ni yo habíamos logrado ver nunca porque jamás se encontraba en su casa. Era su mujer la que, desde la puerta, con cara compungida, nos daba largas suplicando que volviéramos en unos días... Me harté. Ordené los papeles, cerré el maletín. Decidí llevármelo a casa para no tener que pasar por la oficina el miércoles. Recogí el muñeco, le sacudí el polvo, lo deposité en un estante vacío, apagué la luz y salí a la calle.

* * *

No había nada que me indicara que aquel iba a ser un día especial. Nunca hay nada que lo indique. Cierto que acababa de morir Frank Sinatra, el cantante favorito de mi jefe, que uno de los morosos de la ronda había prometido pagarme y el otro había ganado al bingo. Pero los autobuses y los taxis esperaban a los viajeros en el mismo sitio de cada tarde. Hasta el vendaval había amainado, aunque unas nubes violetas que llegaban desde el norte parecían cargadas de lluvia. En la boca de metro de Diego de León la vendedora de camisetas y polos falsificados tenía la misma pinta desamparada de siempre. Metí el billete en el torniquete como cualquier día, y me senté a esperar en el andén, tal vez en el mismo asiento de la tarde anterior. No parecía una día especial, ya digo, y sin embargo, estaba a punto de encontrarme en un vagón de metro de la vieja línea verde con Trendy, al mismísimo Trendy, del que no sabía nada desde hacía más de doce años, al que no vi ni siquiera acercarse a mi asiento, al que no saludé hasta que él me tocó en el hombro.

Le dije algo, no recuerdo qué, tal vez «qué tal estás», o «Trendy, joder, tú aquí», mientras el vagón embarrancaba en una estación con espasmos de expreso antiguo. Trendy me abrazó, se sentó junto a mí y luego se movió un poco en el banco para examinarme más a gusto. El metro bufó, cerró sus puertas, una, dos, tres veces, y arrancó de nuevo con una sacudida que nos echó a los dos hacia la derecha. Mi amigo me miraba con curiosidad. A mí también me sorprendía comprobar que él se había convertido en un hombre hecho del todo, sin apenas parecido con el adolescente delgado con pinta de atracador de barrio que yo conocí.

Ahí estaba, después de tanto tiempo, después de preguntar tanto por él y de recordarle y echarle de menos como a pocas personas en mi vida. Y aún así no sabía qué decirle, por dónde empezar a contarle, si es que quería empezar y que él supiera en qué me había convertido. Él sí quería. Me preguntó por Javier el Gordo, por Mosca. Tampoco yo había visto a ninguno de esos dos desde hacía muchos años. Y

mientras se lo decía, encogiéndome de hombros, lamentando, por qué no, haberlos perdido de vista a ellos también, empecé a temer la siguiente pregunta. Trendy iba a interesarse por Nora, ahí precisamente, en un vagón de metro lleno de gente, y yo tampoco sabía qué había sido de ella en esos años, si se había ido fuera, o si seguía como el resto, en Madrid, y en ese momento volvía a casa del trabajo en un metro parecido al nuestro, en el que marchaba delante tal vez, o en el de detrás, acordándose tan poco de mí como yo de ella o del Gordo o de Mosca. Pero preguntó otra cosa, aparentemente.

—¿Te casaste?

Le respondí que no.

—¿Vives con alguien? Siempre fuiste muy ligón —insistió.

Negué con la cabeza. Se le veía de buen humor, algo tan natural en Trendy como sus encendidos ojos azules. Podía haberle hablado de Julia, pero seguí callado. El tren, de los rojos, de los viejos, se bamboleaba como si fuera a descarrilar. Una corriente de aire templado se colaba por una ventana abierta metiendo un ruido de catástrofe. Chillábamos para oírnos.

—¿Cuánto tiempo, no, Pablo? Joder, dime algo —gritó.

—Doce años. ¿Dónde has estado, Trendy?

—Por ahí. Volví hace unos meses. Tú no estarás solo mucho tiempo —me gritó Trendy.

—¿Qué? —pregunté. No le oía bien.

—Que tú no has estado solo nunca. Que tampoco lo estarás durante mucho tiempo. No te preocupes, Pablo.

Las preguntas y las respuestas sabían a poco. Me encontraba más a gusto cuando callábamos debido a que subía demasiada gente o había demasiado ruido. Entonces simplemente nos mirábamos y sonreíamos, sin necesidad de explicarnos nada. Había algo que recuperábamos en silencio con el traqueteo violento del vagón, algo dulce y antiguo que aún conservábamos el uno hacia el otro y que crecía según avanzábamos, los dos en el mismo asiento del metro, en el mismo pupitre. Él me seguía tocando el hombro de vez en cuando. Con eso bastaba.

Llegamos a Callao de repente, y me levanté. Le expliqué que vivía ahí, y sin pensárselo él se bajó conmigo. Nos quedamos en el andén, sin saber para dónde tirar. Iba a invitarle a tomar algo fuera, o en mi casa, pero él se adelantó. Me aseguró que llevaba prisa. No me atreví a preguntarle adónde iba. El vagón que nos había traído arrancó, se deslizó por la vía hasta que se perdió al fondo. Seguíamos en una esquina del andén, sin decidimos.

—Déjame un teléfono, Trendy.

—Claro. Pablo, yo quería pedirte una cosa...

—¿Qué, Trendy?

Vaciló, se echó las manos a los bolsillos de atrás de los pantalones, sonrió sin dejar de contemplarme.

—Mejor otro día, Pablo. Ya te la contaré. Ahora no te vas a librar de mí.

Se sacó del bolsillo de la cazadora un trozo de papel. Me pidió el número de teléfono. Lo anotó. Yo escribí el suyo en mi agenda. Irrumpió otro metro. Ofreció sus puertas abiertas. Esta vez Trendy me guiñó un ojo, me acarició la mejilla y entró. Desde el cristal de la puerta me enseñó el trozo de papel, como indicándome que me llamaría pronto. Luego me dio definitivamente la espalda, justo cuando el metro respiró y se puso en marcha y desapareció en el túnel en curva.

Mientras le veía alejarse pensé en esos trenes viejos de la línea verde, en el tiempo que llevaban rodando por Madrid. Cuando jubilan convoyes de otras líneas, los ponen a dar vueltas por la línea verde hasta que revientan y entonces los arrumban en un cementerio de vagones al aire libre que hay —o que había— detrás de la estación de Ventas. Lo sé porque hace muchos años, cuando Trendy y yo no necesitábamos apuntar nuestros números de teléfono para vernos, yo pasaba casi todos los días al lado y contemplaba amontonados en vía muerta los trenes inservibles del metro que no se desguazan o que nadie acierta a sacar enteros de mi ciudad. Volvía hacia el barrio caminando de noche, tras dejar en el portal de su casa a mi novia de entonces, Nora, y me quedaba un rato observando los vagones aparcados desde el puente de Ventas, con la M-30 pasando por debajo de mí, con sus ocho carriles, iluminada por los faros de los coches, como si fuera un río enorme, como si fuera el Mississippi. Fue Trendy el que llamaba Mississippi a ese pedazo de M-30, el que me enseñó la barandilla donde apostarnos a ver los coches rodar por debajo de nosotros. Yo tenía 16 años entonces, y Trendy casi 18.

No le vi nunca más. Pocas horas después moría asesinado en la calle de Fuencarral y yo me enteraba por el telefonazo de un policía llamado Roche.

Roche hablaba en voz muy baja y era demasiado cortés como para trabajar de policía callejero. Caminaba encorvado desde que en una pelea desigual un matón de gimnasio le astilló un bate de béisbol en el omoplato dejándole para siempre un dolor difuso en la espalda. Cuando le vi por primera vez, en la calle de Fuencarral, elegante, bien vestido, inmóvil en medio del ajeteo neurótico de los médicos y los policías, me pareció un abogado caro o un inofensivo profesor de universidad privada. Pero sé, porque me lo contó él en una de las raras veces en que se cansaba de husmear a los otros y accedía a hablar de sí mismo, que aquella tarde, mientras yo charlaba con Trendy en un vagón de metro, él se ocupaba en su mesa de recolectar pruebas para meter en la cárcel a una banda de traficantes venezolanos que habían quemado vivo a un compatriota en un descampado por un ajuste de cuentas. Y que mientras yo subía a mi palomar y me acostaba, e intentaba dormir sin dejar de pensar en que había vuelto a ver a mi viejo amigo, él recibía la llamada de siempre, la de casi cada semana, y recogía su pistola del cajón y su chaqueta gris de marca de la percha y se dirigía él solo en su coche en busca del cadáver acostumbrado de cada guardia a una de esas calles del centro de Madrid en las que no dejan nunca de pasar cosas. Él mismo se ocupó de llamarme a la una de la madrugada. No entendí su voz escasa, así que no contesté nada al principio. Pero él insistió. Él insistía siempre.

—¿Pablo? ¿Es usted Pablo?

—...

—Soy el inspector de policía Antonio Roche, de la comisaría de Centro. ¿Conoce usted a Miguel Peñalver Lázaro?

Dudé otra vez. Seguí sin hablar.

—¿Oiga?

—¿Sí?

—Que si conoce a Miguel Peñalver Lázaro.

—Sí, sí le conozco.

—Pues le ruego que se acerque, lo antes posible, ahora, vamos, a la calle de Fuencarral, al número 21, a la altura de una perfumería que hay ahí.

Me incorporé en la cama sin soltar el teléfono, pensando que desde los tiempos de las listas de aprobados y suspensos y los profesores del instituto de mi barrio no recordaba a nadie llamar Miguel Peñalver Lázaro a Trendy.

—¿Pablo? ¿Me oye? No sé si es familia suya. O un conocido.

—Es un amigo mío.

—Pues lo siento. Lamento decírselo así, tan de golpe, pero le han asesinado hace media hora. Le llamo porque su teléfono aparece en una nota en el bolsillo de la víctima junto a su nombre. Y nada más. Tenemos muchas dificultades para localizar a

los padres, o a los parientes. Tal vez usted pueda ayudarnos. Si quiere mando un coche patrulla a recogerle.

—No hace falta. Vivo cerca.

—Le espero aquí, entonces.

—Gracias —dije, sin saber muy bien por qué. Colgué. Abrí el armario, elegí una camisa y una chaqueta al azar. Salí a mi callejón, torcí hacia la Gran Vía, aún poblada de paseantes nocturnos, de parejas que salían de los últimos cines y de repartidores de publicidad de locales de *strip tease*. Me dirigí hacia Fuencarral, deprisa, con frío, con la sensación de caminar dentro de un mal sueño. Tardé menos de diez minutos en llegar. Una manta dorada de estaño cubría el cadáver atravesado en la acera. Sobresalían los pies, dispuestos en un movimiento de bailarín, con las plantas hacia dentro. Me abrí paso entre los curiosos que se amontonaban tras una valla amarilla. Un policía municipal mayor y aburrido se encargaba de custodiar la calle y de mantener acordonada la zona, desviando el tráfico. Le pregunté por el inspector Roche. Señaló a un hombre alto, rodeado de policías de paisano vestidos con pantalones vaqueros e impermeables oscuros, todos muy jóvenes. Me acerqué a él. Iba a presentarme. Él se adelantó.

—Usted es Pablo, el de la nota —dijo.

—Pablo Esteban Sánchez.

—Venga conmigo, señor Esteban —y me condujo hasta el cadáver.

Descubrió el cuerpo. Trendy, de bruces, parecía dormir con la mejilla sangrienta apoyada en el bordillo de la acera. Llevaba la misma chupa de cuero que en el metro. Me agaché. Le miré de cerca a la cara, a los ojos cerrados, a la boca entreabierta. Recordé una vieja promesa que él se había hecho a sí mismo delante de mí, una noche, en nuestro barrio. Me dispuse a acariciarle con la mano el pelo mojado.

—No le toque —me ordenó Roche—. ¿Le conocía mucho?

—Le conocía desde hacía mucho tiempo. Muchísimo. Pero había dejado de verle, hasta hoy —supuse que Roche no iba a entender esa frase pero no me molesté en explicársela.

—Miguel Peñalver Lázaro —añadió el inspector—, de 30 años de edad, nacido en Madrid. En el domicilio que aparece en el carné ya no vive ni él ni nadie de su familia. De hecho no sabemos dónde vivía. Sin antecedentes. Sin más documentos encima. Fallecido a las 23.30, más o menos, de una puñalada en el pecho que le ha perforado el corazón. Los de la ambulancia no han podido hacer nada. Cuando llegaron, ya estaba muerto.

Los médicos y enfermeros de la ambulancia recogían aparatos y se preparaban para marcharse. Los policías de los impermeables oscuros inspeccionaban la calle. Solo se oía el chisporroteo de la emisora de un coche patrulla aparcado con las puertas abiertas, que hablaba de un incendio que se acababa de desatar en una casa de Tetuán.

—Lo más seguro es que haya sido un atraco —continuó el inspector—. Un

sirlero, como se llaman entre ellos, un navajero con el mono subido encima. Normalmente no acaban así estas cosas. Pero tal vez su amigo le hizo frente y el otro se desesperó. Tiene algo de dinero en el bolsillo, no mucho, pero eso, algunas veces, no quiere decir nada: muchos drogadictos se asustan con lo que acaban de hacer y se largan sin registrar siquiera todos los bolsillos del otro —volvió a callar. Me hizo saber que era mi turno. Presentí que Roche no solo me había llamado para informarme sino para que yo le contara.

—Yo no puedo ayudarle mucho. Le conocía. Pero dejamos de vernos hace más de doce años. Hoy me lo he encontrado en el metro. De casualidad. Y le di mi teléfono.

—¿Se pasan doce años sin verse, de pronto se encuentran en el metro y luego le matan?

—Así es.

—¿Es extraño? ¿No? ¿Casualidad?

—Sí.

—¿Él se drogaba?

—No creo. Aunque no lo sé seguro. No lo sé. ¿No hay nadie más, inspector? No me entienda mal, le agradezco que me llamara. Pero yo no tendría que estar aquí. Hace doce años sí. Ya no. Trendy se fue, desapareció, y...

—¿Trendy?

—Así le llamábamos. Es inglés. Se lo puso la profesora de inglés. Significa «modernito».

—¿Modernito? ¿Peñalver Lázaro era modernito?

—Trendy era muchas cosas en mi barrio de San Blas cuando todos vivíamos allí. No recuerdo por qué la profesora le puso el mote. Tal vez no lo recordara ni él mismo. No sé qué más decirle. Excepto que quiero irme a casa: no he tenido un buen día.

—Yo también he pasado un mal día, Esteban. Últimamente todos lo son. Y también ese que busca huellas. ¿Encuentras algo, Fernando? —preguntó, sin alzar mucho la voz.

Fernando negó con la cabeza sin dejar de mirar al suelo con la linterna enana de laboratorio. Roche se volvió hacia mí por primera vez en la conversación:

—Nadie tendría que estar aquí, Esteban, pero aquí estamos todos. Incluido Peñalver Lázaro, alias Trendy.

El tono con el que pronunció ese alias me molestó. O tal vez fue la palabra.

—Trendy fue mi amigo, inspector. Mi mejor amigo. No he conocido otro como él. Se lo aseguro. Pero todo eso pasó hace tiempo. Y ahora no tengo ni la menor idea de quién o de por qué le han matado.

Un furgón funerario se acercaba desde el fondo de la calle precedido de otro coche de policía donde iba el juez. Tras un par de maniobras aparcaron cerca de nosotros sin apagar unas bombillas giratorias que emitían unos destellos naranjas. La juez de guardia, una mujer mayor y contrahecha, coja, que por lo que vi conocía a

Roche de otros sucesos compartidos de madrugada, no empleó mucho tiempo. Iluminada por los fogonazos de la ambulancia examinó el cadáver sin decir nada y metió prisa a los camilleros para que encerraran el cuerpo en un saco de plástico a fin de terminar e irse cuanto antes. Se despidió de Roche con un gesto, mandó arrancar al conductor del coche patrulla en el que había venido y al furgón que trasladaría a Trendy. Partieron por la calle de Fuencarral arriba, envueltos en el mismo silencio y en el mismo resplandor de carrusel que les había traído. Sin el cadáver delante, más solos el uno contra el otro, ni Roche ni yo sabíamos para dónde mirar. Pero a los pocos segundos el inspector reaccionó y comenzó a impartir órdenes:

—Fernando, deja ya la linterna, hombre. Quédate un rato por aquí y pregunta a los vecinos, a ver qué sacas. Vosotros —dijo, refiriéndose a los tres policías en vaqueros que aún deambulaban por ahí—, para casa. Esto está agotado. Pablo —a mí —, espera aquí, por favor —después se ocultó en una esquina a hablar con su teléfono móvil. Yo me aposté debajo de un balcón en el otro lado de la calle. Desde allí vi cómo los tres policías, que parecían hacer todo en equipo, se largaban en tres coches, cómo el grupo de curiosos se comenzaba a deshacer y cómo el agente municipal gordo pegado a la valla, que parecía acoquejado ante los del departamento de homicidios, se preparaba también para ir despejando la calle. En cuanto empezaron a pasar vehículos por Fuencarral el policía se acercó a Roche, que seguía hablando por teléfono, y le pidió permiso para irse. Se lo dio con la mano, sin hablarle, y el otro comenzó a alejarse con un paso compungido. Yo esperé a que el inspector se acordara de mí. O a que no se acordara. Por fin guardó el teléfono, levantó la cabeza y tras localizarme bajo el balcón, sonrió y me hizo un gesto amigable para que me subiera a su coche.

—Vamos a un sitio que conozco cerca de aquí que no cierra nunca. Me vendría bien que me contara un par de cosas. Pero con una copa delante y algo de comer. ¿Le importa?

Condujo sin hablar. Cruzamos la plaza de Cibeles tomada por autobuses nocturnos y camiones de basura. Me llevó a un bar semivacío y semilujoso de la Castellana, uno de esos locales caros y oscurecidos, empapelados en terciopelo rojo, pasados de moda desde el día en que abrieron. Camareros de pajarita, mal humor y pocas palabras atendían sin prisa grupos de juerguistas insomnes llenos de chistes verdes que recalaban en el último lugar antes de irse a la cama. Era un bar de copas limpio, de sofás barrigudos en los rincones, karaoke, maridos de safari de mujeres y putas disfrazadas de putas esperando en taburetes. Nos instalamos en la barra, al lado de un hombre delgado y somnoliento que interrogaba en silencio a una copa vacía. Roche pidió una ración de queso y un vaso de vino. Yo, un vaso de agua y otro de *whisky*. Empezó a tutearme.

—Hasta que no aparezca algo, o la familia, o más amigos, no sabemos por dónde tirar con Peñalver Lázaro, Pablo. Va a ser difícil. Por eso necesito saber todo de él. O al menos algo para empezar, Pablo. Por eso te he traído aquí.

—Llámele Trendy. Vamos a empezar por ahí. Si le llama Peñalver Lázaro no me hago a la idea de por quién me pregunta —respondí.

Unos golpecitos dados en el micrófono sobado del karaoke retumbaron en todo el local:

—En recuerdo de Frank Sinatra, que fue el mejor, voy a cantar ahora *New York, New York*. Perdonen por mi inglés, pero la ocasión lo merece —dijo un tipo enorme, gordo y trajeado que me recordó por un momento al policía municipal de la valla.

El seguidor de Sinatra agradeció los aplausos de sus compañeros de juerga y se pegó el micrófono a la boca. Después sonaron los compases iniciales de *New York, New York*. El hombre desafinaba como solo un borracho sin sentido del ritmo que ni si siquiera se oye puede hacerlo, pero arrastró a dos o tres prostitutas cuarentonas de rostro vencido, que comenzaron a corear el estribillo alzando al techo los brazos flacos repletos de adornos comprados en bazares de todo a cien. Al terminar, un aplauso ralo y beodo felicitó al protagonista de la noche, que se bajó del estrado y alcanzó su asiento a duras penas entre trompicones y reverencias.

—Quiso decirme algo —dije de pronto.

—¿Qué? —respondió Roche.

—Que Trendy quiso decirme algo, inspector. En el metro, esta tarde. Aunque al final no se decidió y lo dejó para otro día. No parecía urgente, pero sí me dio la impresión de que era importante.

—¿Crees que puede tener algo que ver con el asesinato?

—Ya le he dicho que hacía mucho tiempo que no nos veíamos. No he sabido nada de su vida durante estos doce años. Él estaba cambiado. Y yo también.

—¿Por qué dejasteis de veros?

—Por muchas cosas y por nada a la vez. Es una historia larga. Larga y vieja.

Roche me miró con curiosidad. Iba a volver a preguntar cuando sonó su teléfono móvil. Se inclinó para contestar, tapándose la boca con una mano. Se apartó unos pasos. Yo me fijé en Frank dormitando la borrachera en su sofá, en el vecino de barra, que seguía contemplando su copa vacía. Tras unos minutos, oí a Roche decir «está bien». Colgó, se dirigió hacia mí, pagó y se puso la chaqueta.

—Fernando ha localizado la casa de tu amigo —dijo—. Se lo han comentado los vecinos. Vivía muy cerca de la perfumería. Voy para allá, ¿te vienes? —preguntó, pero aquello no era una pregunta, sino una orden.

El policía Fernando nos esperaba en el portal de una calle agazapada entre dos edificios altos. La entrada se componía de un vestíbulo desnudo, sin pintar, con una fila de buzones de correos en un lado de la pared. Una bombilla pelada colgaba de un cable larguísimo. El piso se encontraba en la cuarta planta, a la que se accedía casi trepando por una escalera estrecha e inestable de peldaños de madera. Roche forzó la cerradura, entró, y con la mano me indicó que le siguiera. Encendió las luces de todas las habitaciones a una velocidad enfebrecida. El piso consistía en dos cuartos pequeños, recogidos, limpios. Mientras Roche, con un impudor obsceno hacia la casa

de alguien que acababa de morir, abría puertas y armarios, yo me quedé un rato quieto en medio de la habitación que servía de sala de estar. Después me acerqué al dormitorio. La cama no tenía sábanas. Encima del colchón desnudo descansaba un par de bolsas de viaje abiertas, a medio llenar. Al lado de las bolsas había una pila de ropa y tres fotografías del tamaño de una cuartilla que, por las marcas en las esquinas, hasta hacía poco habían estado colgadas en la pared. Me senté en el colchón: en una de las fotos figuraba Trendy y un latinoamericano de rasgos aindiados delante de un coche, con las moles del Monument Valley de Arizona al fondo; en la otra aparecía Trendy en una calle de Nueva York. Recordé, con algo muy parecido a la angustia agarrándose a mi garganta, lo pesado que se ponía Trendy cuando me aseguraba que iba a ir a Nueva York, y a Chicago, y a Nueva Orleans... Y allí estaba, en una calle desconocida de Nueva York, rodeado de los taxis amarillos de las películas, él solito, con una expresión orgullosa y satisfecha en la cara, como si la hubiera compuesto entonces para decirme, la noche de su muerte: «¿Ves, Pablo, como no era tan difícil?». Me vino a la cabeza el borracho del karaoke. Y mi jefe Martí. Y el pico azul del Empire State resplandeciendo en el cielo nocturno de esa ciudad invocada tantas veces por mi amigo en los desmontes de mi barrio. Trendy pasaba de Frank Sinatra, pero me hubiera apostado el brazo a que le habría gustado contemplar la punta iluminada del rascacielos. Esas cosas le volvían loco.

En la tercera foto aparecíamos todos: Javier, Mosca, Trendy, Nora y yo, en la puerta de La Rueda, el bar de Anselmo, gritando a la cámara, abrazados y sonrientes, con doce años menos, demasiado jóvenes y demasiado felices, en una de esas largas y aburridísimas tardes de invierno, cuando nos sentíamos miembros de un grupo que imaginábamos indestructible. Mientras oía a Roche registrar el cuarto de baño pensé en guardármela. Me encogí en el colchón desnudo. Me entraron ganas de llorar, de echar al inspector de la casa de mi amigo para que me dejara solo. Pero Roche seguía revolviendo con avaricia papeles, acaparando facturas viejas, postales de gente que yo no conocía, restos, sobras de los treinta años sobre el mundo de Trendy. Entró en el dormitorio. Dentro de una caja de zapatos encontró, junto con el resto de las fotografías del viaje a Estados Unidos, un diploma del Ayuntamiento que certificaba que Miguel Peñalver Lázaro había logrado terminar uno de los primeros maratones populares que se celebraron en Madrid, una mañana de mayo, cuando, ahora lo sé, inició el camino hacia el precipicio que le aguardaba en la calle de Fuencarral, al lado de una perfumería. Aquella noche también de mayo de doce años después, sentados en la cama, rodeados de las tripas de los cajones de Trendy esparcidas por el suelo, ante su insistencia invencible de cazador de vidas de muertos, le conté la historia del diploma y del maratón al inspector Roche. Y casi a mí mismo, porque mi memoria se convirtió también en la habitación invadida y saqueada por la mano profesional de un policía que ni siquiera sabe bien lo que está buscando mientras hurga.

* * *

«José Luis Castro, *el Castro*», comencé a contarle a Roche, «un profesor de geografía metido a profesor de gimnasia por falta de plantilla en el instituto, prometió, el muy bestia, un sobresaliente para todo aquel que lograra terminar el maratón de Madrid de aquel año, y Trendy, que era más bestia que Castro, me aseguró, al salir de clase, que él lo iba a correr. Por entonces, inspector, Trendy aún seguía en el instituto, contra todo pronóstico, y también, contra todo pronóstico, seguía siendo mi amigo.

»Un par de años antes el Ministerio de Educación había abierto un instituto reluciente en un montículo pelado de una esquina del barrio y el primer día se llenó de cientos de adolescentes llegados de toda la zona. A Mosca y al Gordo los conocía ya, vivían en mi misma calle y habíamos jugado mucho de niños al fútbol, al rescate o simplemente a descalabrarnos unos a otros a pedradas en un cercano descampado montaraz al que todos llamábamos, no se sabía la razón, el “Cerro de la Vaca”, ya que ni eso era un cerro, sino un solar plano, ni nadie recordaba haber visto nunca una vaca cerca. Trendy, en cambio, venía de un poblado especial incrustado en el barrio, que los chicos de mi portal frecuentábamos poco por miedo y adonde nuestros padres nos habían prohibido acercarnos desde que tuvimos edad para salir de casa. Trendy y los suyos eran fácilmente reconocibles aquella primera mañana del instituto nuevo por las melenas más largas que las nuestras, por su ropa realmente ceñida de macarras realmente duros, por ese aspecto entre cínico y desamparadamente solitario que gastaban, copiado de portadas de discos de grupos de *rock* americano como Los Ramones y al que añadían algún que otro elemento local y gitanesco prestado de Los Chichos o Los Chunguitos. Habían nacido y vivían en una hondonada áspera y poco profunda producto de un arroyuelo desaparecido hacía decenas de años a la que el cómico bautizador de toda la zona denominó pomposamente El Valle. Porque mi barrio, inspector, tenía un Cerro de la Vaca sin vaca, un Valle que no era un valle sino un hoyo, una Torre que no llegaba ni a los siete pisos, y una Avenida sin terminar que moría de improviso en un descampado maloliente en el que, en invierno, los coches de los despistados que se aventuraban allí por primera vez terminaban atrapados en un lodazal del tamaño de un campo de balonmano. Y si me apura, pues ni el barrio mismo merecería llamarse así, barrio, porque tras la crisis de los setenta se quedó a medio hacer, con edificios aislados rodeados de solares vacíos, con fábricas cerradas que se vinieron abajo por sí solas y bloques de pisos con las columnas de hormigón al aire, como esqueletos de casas».

Roche mostraba una actitud reconcentrada y silenciosa que me impulsaba a seguir contando. De vez en cuando se distraía con un ruido imprevisto, el crujido de algún mueble o el ronquido leve de una tubería. Solo en esas ocasiones dejaba de mirarme fijamente, de esperar, con paciencia, la historia que él precisaba para su trabajo de policía y que aquella noche yo necesitaba recordar.

«En concreto, El Valle consistía en un conjunto de chabolas o casas bajas con paredes de ladrillo pintadas de blanco o gris y tejados de uralita verde esmeralda.

Sirvió, a lo largo de aquellos años, de cantera natural de integrantes de las bandas de pandilleros que aterrorizaban por entonces todo el este de Madrid y que a veces se descolgaban desde San Blas y, tras cruzar la M-30, que por entonces constituía una auténtica frontera, se dirigían hacia el centro. Allí se dedicaban a robar coches de ricos o a atracar a viejas de abrigo de piel en la calle de Serrano o a tocarles el culo por debajo de la falda a las niñas que tomaban cervezas en Alonso Martínez. En mi época, en la de Trendy, el capitán de aquellas bandas se llamaba El July. El July, analfabeto, chulo, decidido y valiente. Seguro que usted ha visto en la tele noticias de jóvenes idénticos a él que llegaron a hacer películas. A El July le faltó quien le encumbrara. Su fama se limitaba a la zona de su estricta influencia, en la que, eso sí, mi barrio se inscribía de lleno. Él, como Trendy, había nacido en una de esas casas pequeñas de El Valle y a los once años pegó tal palo a una *boutique* de Goya que salió en la radio. Tal vez porque de la bofetada que le arreó a la dueña le dobló la nariz y le arrancó un diente. Con el dinero de la venta de las joyas se compró una bola de costo del tamaño de una pelota de tenis y una moto escandalosa con la que paseó por el barrio metiendo ruido hasta que se hartó.

»Pues El July no, claro, pero algunos de los chicos de El Valle, siete u ocho, consiguieron aprobar EGB y algunos cursos de BUP en algún otro instituto, y se presentaron en el instituto nuevo el primer día. Trendy era uno de ellos y vestía el uniforme como cualquiera: pantalones ceñidos de pitillo, camiseta ancha, cazadora negra y zapatillas John Smith rojas. La melena lacia le descansaba en los hombros escurridos, era flaco y patilargo como un insecto, con las linternitas azules de sus ojos brillando en medio del patio. Le asignaron, por apellidos, el tercero D, como a mí. Y al entrar se sentó a mi lado. Nos conocíamos de vista, o por lo menos yo a él. Pero jamás habíamos cruzado una palabra. Nunca me acordé de preguntarle, y él nunca se acordó de explicarme, por qué me eligió, por qué se puso junto a mí después de pedirme permiso. Aquel primer día casi ni hablamos, ni los siguientes. A la salida de clase, yo me seguía juntando con Mosca y con El Gordo, con otros más que ya no recuerdo, y nos íbamos juntos a malgastar algunas tardes al bar La Rueda si teníamos un duro o a sentarnos en un banco de una esquina si no lo teníamos; Trendy seguía pegado a su grupo de El Valle.

»Comenzamos por comentarnos cosas de clase, muchas veces ejercicios que Trendy, a diferencia de sus amigos, y para mi asombro, se tomaba en serio, o por lo menos tan en serio como yo. Debió de ser por entonces cuando la profesora de inglés le bautizó involuntariamente con el mote de Trendy al obligarle a repetir en voz alta la palabra diez o doce veces seguidas para afinar la pronunciación. Desde entonces no recuerdo haberle llamado otra cosa. Poco a poco nos fuimos acercando el uno al otro, y a los cuatro o cinco meses ya salíamos juntos a tomar el bocadillo en la media hora libre del recreo. Para eso yo me escabullía de Mosca y de El Gordo y él, a su vez, se deshacía de los cada vez más escasos compañeros de El Valle que aguantaban en el instituto sin ser expulsados. No le contaba mucho de mi vida porque la juzgaba sin

interés para un tío de El Valle, y él hacía lo mismo con la suya porque, supongo, no le apetecería que yo supiera ciertas cosas. O a lo mejor porque los dos éramos más bien callados. Pero nos comíamos juntos un bocadillo de jamón york como un trabuco de grande y después, cuando tocaban el timbre, nos encaminábamos hacia la entrada del instituto, yo imitando cada vez más su estilo al andar, ese paso indolente y agachado, la cabeza baja, el cigarro pinzado con dos dedos. Con la primavera, se echó una novia guapa, rubia de bote, amacarrada y tetona, que vivía fuera del barrio, en Vallecas, creo, y abandonó las clases. A pesar de eso, muchos días venía a esperarme a la puerta del instituto para invitarme a un porro y a unos tragos de litrona en una esquina.

»Durante el verano apenas nos vimos. Nos volvimos a encontrar el día en que empezó el curso siguiente. Yo daba por descontado que no aparecería, que habría suspendido o que no se habría presentado a los exámenes de septiembre. En cuanto entré en clase reparé en él, en su chupa negra sobre los hombros delgados, en su melena domesticada de pandillero casi rehabilitado. Quién iba a imaginar que la chica rubia, que por los pantalones, las cadenas y las botas que gastaba parecía la novia de Joey Ramone, era una excelente estudiante, y había ayudado a Trendy a aprobarlo todo. Yo no le esperaba a él, pero él sí me esperaba: había colocado un morral verde en la silla de al lado para guardarme el sitio».

Me callé. Tomé aire. Respiré el ambiente cargado de la habitación de Trendy por el humo de los infinitos marlboros de Roche. Me levanté a abrir la ventana pero me limité a mirar a través de ella hacia el patio interior. Vi las ventanas cerradas de la casa de enfrente, las grietas de la pared dibujando una línea vertical que atravesaba el edificio de arriba abajo, me vi a mí mismo con dieciséis artos junto a Trendy el día en que llegó Nora.

«En ese momento vimos a Nora por primera vez», continué, sin apartar la vista del patio. «Es curioso: desde entonces han pasado más de doce años. Y muchas cosas. Y la mayoría las he olvidado. O las olvidaré. Pero le puedo jurar, inspector, que jamás voy a olvidar el olor de esa clase de COU aquella mañana en que apareció Nora, la chica de la historia. Era muy alta, muy delgada, con el pelo revuelto y moreno, con los ojos muy oscuros y la mirada muy seria. Llevaba las uñas rojas, pintadas del color de su falda. Se sentó aparte, sola, en una esquina de la clase. Provenía rebotada de otro instituto que había cerrado por obras, situado cerca de Manuel Becerra, más allá de la M-30, así que pertenecía a la parte de Madrid que por entonces era una ciudad de verdad y no un conjunto de descampados mal cosidos. Por eso no conocía a nadie. Pero no le importaba. O eso parecía».

Me di la vuelta, me senté de nuevo en el colchón. Roche aprovechó la pausa para estirar la mano y sacar la pistola del bolsillo de la chaqueta. Me tranquilizó con un «no te preocupes, es que se me clava en el costado, sigue». Le pregunté si de verdad le interesaba algo tan viejo y tan poco original y me respondió que le interesaba todo lo relacionado con el cadáver. Ese policía que me invitaba a proseguir parecía

preocuparse solo por la vida de las personas una vez muertas, pero a mí, a esas alturas de la noche, ya me daba igual, porque una pulsión que iba más allá de su atención me obligaba a seguir contando.

«Desde el principio de ese curso acompañé a Trendy cuando decidía saltarse las clases. Nos limitábamos a recorrer el barrio andando o a refugiarnos en un soportal a fumar si llovía. También Trendy empezó a venir más con Mosca, con El Gordo y conmigo, a pasar con nosotros las tardes de los sábados y los domingos de aquel invierno en un bar llamado La Rueda. Meses después se sumó Nora. De por entonces debe de ser esta foto, de días antes del maratón. Supongo que nos la tiraría Anselmo, el dueño.

»El bar era —o es, porque a lo mejor aún está abierto— un local espacioso que reunía viejos aletargados por el chinchón y las cartas y adolescentes porreros como nosotros que Anselmo acababa tolerando por el bien del negocio. Mantenía la misma decoración de hacía veinte años, con un aire de bar rural presente en los cuadros de escenas de siega repartidos al azar por las paredes, en la tabla roñosa de precios de bocadillos baratos y de raciones de oreja, de asadura de cordero o de picadillo. Era un bar invernal de plaza de pueblo castellano atornillado en ese suburbio de Madrid, lleno de grasa y de aburrimiento, que a duras penas daba para mantener a una familia que con los años se había especializado en servir, qué remedio, pirámides de patatas bravas muy picantes, cubatas de una ginebra apócrifa y baratísima llamada Lirios, y un coñac de garrafón consentido por el cliente que se vertía en copones del tamaño de una cebolla mediana. Siempre estaba abierto: La Rueda solo cerraba quince días en agosto no sin que Anselmo se viera obligado a pegar en la puerta un aplicado cartelito de cuartilla de cuaderno en el que, escrito en la caligrafía insegura y esmerada del que intenta disimular que es casi analfabeto, ponía “Cerrado Por Descanso del Personal”, así, con esas mayúsculas. Así año tras año. Como si los del barrio no supiéramos que el descanso de Anselmo y su familia consistía en meterse cada verano él, su mujer, sus cuatro hijos y su madre, en un Renault 12 y salir hacia la bendita aldea de Ávila de la que el matrimonio y la suegra habían escapado a principios de los años sesenta.

»Todas aquellas tardes de fin de semana, Anselmo se atrincheraba en la barra, los jubilados jugaban a las cartas en la mesa del rincón y nosotros nos emborrachábamos y nos matábamos de risa y aburrimiento a base de cerveza o calimocho. En la barra, vuelto por lo general hacia nosotros, se colocaba casi siempre Mongo, otro de los personajes de aquellos años, otro que no he vuelto a ver desde entonces, bebiendo anís con coñac. Era un cuarentón homosexual inofensivo e infantil, que más que gordo parecía inflado, al que llamábamos así porque era retrasado mental. Vivía con su madre, según contaban, en un piso diminuto del barrio, y cada sábado recalaba en los bares de la zona para pedir a los jovencitos sin dinero, entre risitas, que le acompañaran, como él decía, a la sauna. “A la sauna, hombre, yo pago”, decía, sacando del bolsillo un billete de cinco mil pesetas. “Mejor estar allí que aquí aburridos, como siempre”. “Hoy no”, respondía Trendy, o Javier *El Gordo*, o meses

más tarde, Nora. “¡Qué aburridos sois!”, contestaba el otro, que al fumar inflaba y desinflaba los carrillos como un sapo en una charca. Desde el principio él ya sabía, supongo, que ninguno de nosotros iba a acompañarle nunca: su juego de sátiro de segunda, de pervertidor barato de sol y sombra y tabaco negro, consistía más en hablar a los conocidos de la dichosa sauna que en visitarla, si es que la había visitado alguna vez. Por eso resultaba más triste todavía y por eso, creo yo, nunca le dábamos de lado definitivamente o le mandábamos a la mierda en alguna de esas tardes muertas y repetidas de sábado y domingo en La Rueda que esta fotografía me ha devuelto y que ahora, inspector, no sabría decirle si las aborrezco tanto como las aborrecía a los quince o dieciséis años o se cuentan entre las mejores de mi vida».

Alargué la mano. Recogí la foto del bar, que descansaba en el colchón. Volví a observarla, a repasar los gestos de cada uno: la sonrisa ladeada de Trendy, la mirada lejana de Nora, las bocas abiertas de Mosca, del Gordo, la mía, gritando algo.

—La foto me ha traído a la memoria esas tardes; pero ver a Trendy destripado en la acera me ha hecho recordar algo tal vez más importante: una promesa que se hizo a sí mismo utilizándome de testigo; una promesa que ese navajazo demuestra que no cumplió.

Roche torció levemente la cabeza hacia mí. Noté cómo su olfato especial de sabueso percibía un rastro y que sus nervios se tensaban. Encendió otro cigarro, toqueteó algunos de los papeles que seguían esparcidos alrededor nuestro, devolvió la foto de La Rueda al montón ordenado en el que figuraban las demás. Con su voz baja me rogó que continuase, que no omitiera nada, precisando, tras mirar su reloj y enseñármelo, que teníamos toda la noche por delante.

«Ocurrió un día de aquellos, también muy poco antes del maratón, cuando entrenábamos ya todas las mañanas. Trendy me había propuesto que le acompañara a él y a otros dos amigos suyos de El Valle, Pedro Espinete y Juan *El Rubio*, a un concierto que uno de esos grupos barriobajeros que oíamos entonces daba esa noche en la otra esquina de Madrid, en un campo de fútbol de Aluche. Acepté. Nos citamos en la parada del metro, y a la hora fijada apareció Trendy con Espinete y El Rubio más otro que reconocí al instante: El July, el mismísimo July, que me saludó con un movimiento de barbilla y al que le contesté con un “¿Qué pasa?” apenas murmurado. En un aparte, Trendy me explicó que se había apuntado en el último momento, y yo pensé que la excursión inofensiva a Aluche se había convertido en una expedición impredecible y seguramente peligrosa. En una bodega del barrio El July compró botellas de *whisky* del barato sin dejarnos pagar y luego, al bajar por las escaleras automáticas del metro, nos enseñó una bola enorme de hachís y algo de heroína que, según dijo, pensaba meterse en cuanto empezara el concierto. Así lo hizo. Yo también me fumé un par de porros, como todos, y como todos me coloqué y me lo pasé bien con los guitarrazos como gruñidos de aquel grupo de *rock* duro del que nunca más volví a hablar. A las dos o tres horas terminó la música, el público comenzó a desfilar para sus casas y nosotros cinco nos dispusimos a regresar al barrio. Pero al llegar a la

parada de metro vimos que estaba cerrado. Un tipo que también salía del concierto y se encontró con lo mismo miró su reloj y con cara de fastidio dijo en voz alta que el último metro acababa de pasar hacía veinte minutos. Nosotros no teníamos dinero para un taxi. El July rebuscó en sus bolsillos y comprobó que él tampoco, ya que se había gastado todo en la droga y en las bebidas. De cualquier forma, habría sido difícil encontrar un taxista lo suficientemente confiado o necesitado como para subir a su coche a cinco tíos con ese aspecto de atracadores sin remedio. Trendy propuso encontrar la parada del autobús nocturno pero El July, que empezaba a excitarse con la idea de haberse quedado tirado, se opuso. “Hay un huevo de coches aquí, coño, cojamos el que más corra. Lo de venir en metro ha sido una tontería”, dijo. Todos estuvieron de acuerdo, menos Trendy, que no habló, y yo, que me negué y que señalé que prefería lo del autobús. El July se encogió de hombros, exclamó “tú mismo, tío, aquí hay democracia” y entre risotadas —acompañadas al momento por las de El Rubio y el Espinete— comenzó a examinar con ojos de aguilucho los coches que había cerca, en busca del más grande o más lujoso. Yo eché a andar, sin saber muy bien hacia dónde dirigirme. Trendy me detuvo: “Pablo, espera; voy contigo”. El July volvió a reírse con esa risa suya, amplia y teatral, y luego le dio a Trendy un poco de costo y obligó al Espinete a que nos entregara la única botella de *whisky* que quedaba. “Para que no os muráis de aburrimiento, joder. Nos vemos mañana, Trendy”, exclamó.

»Nos encaminamos hacia una bocacalle que, a lo lejos, desembocaba en una avenida amplia. Desde lejos oímos como reventaban un coche cuya alarma se quejó durante un segundo. Se despidieron de nosotros y de aquel barrio dormido a aquellas horas con un claxonazo que resonó en toda la manzana como un graznido. A la media hora de deambular por Aluche Trendy y yo encontramos una parada desértica. “¿Tú sabes a qué hora pasa?”, me preguntó Trendy. “No”. “Joder”.

»Y allí, sentados bajo la marquesina, bebiendo a morro de la botella de *whisky* y fumando a medias los porros, mientras esperábamos un autobús cuyo horario y recorrido ignorábamos, Trendy, tal vez ayudado por la combinación de alcohol de garrafa, hachís y ganas de hablar, me contó por primera vez que su padre era soldador en una fábrica de planchas de metal que desde hacía tiempo amenazaba a todos los obreros con mandarlos al paro; que su madre limpiaba una casa en Doctor Esquerdo y que su hermana echaba horas en una peluquería en la que le pagaban una miseria con el cuento de que le enseñaban un oficio; que vivían todos en una de esas casas bajas de El Valle, una cualquiera, de no más de 60 metros cuadrados, al lado de la de la familia del July, quien era amigo suyo desde que tenía memoria, y que desde entonces, desde que eran unos críos, había existido una suerte de pacto no escrito entre los dos, únicamente entre los dos, que ambos cumplían a rajatabla y por encima de todo, y que consistía, sencillamente, en acudir y ayudar si uno de ellos necesitaba al otro y sin preguntar demasiado.

»En algún momento, debían de ser las dos o las tres de la mañana, llegó el

autobús, vacío, casi fantasmal, y nos condujo hasta la plaza de Cibeles, desde donde anduvimos, hacia el barrio, calle de Alcalá arriba. Tras una hora de caminata, llegamos al puente de Ventas, donde la calle de Alcalá, apoyada en unos grandes pilares, pasa por encima de la M-30. Por entonces existían unas barandillas endebles y no muy altas, destinadas a impedir que los pocos peatones que se atrevían a ir andando por ahí no resbalaran y se mataran al estamparse contra la autovía, tras una caída de veinte metros. Allí se detuvo Trendy, y se puso a mirar la M-30, que a esas horas se deslizaba deshabitada por debajo de nosotros, sobresaltada únicamente por algunos coches aislados que circulaban con toda la calzada para ellos a más de 120 por hora.

»Trendy apoyó los codos en la barandilla, encendió otro porro, miró hacia abajo, sonrió. Me contó que cada vez que andaba por esa zona, se acercaba a la barandilla y se ponía a mirar los coches fluyendo por debajo. “Si por el barrio pasara el Amazonas, vendría a verlo”, explicó. “Pero como no hay río ni hay nada, pues me vengo a ver esto. Ahora está vacío, Pablo, pero a las siete de la tarde, en invierno, cuando la gente sale del trabajo, la M-30 baja abarrotada por aquí, con miles de coches con los faros encendidos. Entre todos montan un escándalo alucinante. Y si te pones aquí y te quedas quieto un buen rato, media hora o así, mirando siempre al mismo punto, entre el mogollón del tráfico y el ruido y los pitidos de unos y otros, y las luces rojas y amarillas de los que van y los que vienen, al final te atontas, como si algo te hipnotizara, como cuando te hinchas a porros o te metes un ácido, y entonces la M-30 sí que es como un río que pasa por debajo de ti, tronco. Entonces es como el Mississippi”. “Tú estás borracho”, le contesté. Apartándose de la barandilla, me pegó un puñetazo leve en el hombro, y dijo: “Tú no sabes lo que es estar borracho, chaval”.

»Continuamos hacia casa. Durante un buen rato fue riéndose, pero, según avanzábamos hacia el barrio, noté que se le iban borrando la sonrisa y la borrachera de la boca. Así caminó algunos minutos, hasta llegar casi hasta la esquina de mi portal, en la que normalmente nos separábamos para tirar cada uno para su casa. Se detuvo entonces, nervioso, y sin poner excesivo cuidado en que yo le escuchara dijo: “Estoy seguro de que July y los otros no han vuelto al barrio todavía. Me apuesto lo que quieras a que ahora andan por ahí, gastándole la gasolina al coche por el centro, a toda velocidad”. No sabía qué contestar, ni adónde quería ir a parar mi amigo, que continuó, como si no le importara mucho que yo no lo entendiera del todo: “Y si les da la locura, que al paso que iban les va a dar y por eso yo no quise seguir, pues con ese coche se van a ir a reventar una gasolinera o una tienda de abrigos de pieles a la que El July le echó el ojo la semana pasada. Y así va a ser siempre, hasta que deje de ser. El July ya va de caballo, ya lo has visto, y eso es caro, y los otros dos no van a tardar. ¿Sabes, Pablo? Hace poco le pregunté al July si no tenía miedo, porque se estaba metiendo en demasiadas historias a la vez y demasiado peligrosas y, ¿sabes lo que me contestó? Que la bala que le ha de matar ya la han disparado, que la navaja o el cuchillo que le va a destrozar ya hace tiempo que lo empuña alguien. Que mientras

tanto, se trata de esquivar, y de divertirse lo más posible mientras esquivas. No atraca porque se drogue; es al revés: se droga porque atraca. Por lo menos ahora. Y me explicó que lo mismo sucedía con el Espinete y El Rubio, y todos los otros que le acompañan, que también tienen ya sus balas reservadas, que ya vuelan por ahí, por el aire, buscándolos...”. Trendy se detuvo entonces, me tocó en el hombro, se aseguró de que le escuchaba: “Buscándome a mí también, Pablo. Ellos lo tienen claro, saben que juegan con las cartas marcadas y que más tarde o más pronto van a perder, a su manera lo han elegido, pero yo no lo quiero, no me gusta andar pendiente de si me alcanza o no, no quiero pasarme la vida esquivando. ¿Lo entiendes?”, me preguntó, mirándome desde el fondo de sus ojos azules y eléctricos. “Lárgate de aquí, Trendy”, le respondí. “Ya lo he pensado. Muchas veces. Y cada vez estoy más convencido. Pero no largarme de El Valle, ni siquiera del barrio o de Madrid, sino largarme de verdad, a Canadá, o a Estados Unidos, o a Australia, yo qué sé, da un poco igual dónde, pero lejos, muy lejos, donde no haya bala que me encuentre, donde El July no me pueda encontrar el día que necesite pedirme algo a lo que yo no puedo negarme pero que me va a torcer la vida”. Luego volvió a sonreír: “Por lo menos tengo un mote inglés. ¿Te imaginas al Espinete en Chicago diciendo yo me llamo Espinete?”. Luego me miró, de cerca, aún más fijamente que antes, inspector, sacó las manos de los bolsillos y me aseguró, con una solemnidad que no he vuelto a ver en nadie: “Yo no voy a acabar muerto como El July, Pablo; yo te juro que no voy a acabar como él”.

* * *

»A la mañana siguiente, Trendy acudió al entrenamiento del maratón. Yo también. Ninguno de los dos habló mucho de la noche anterior, de la promesa. Simplemente echamos a correr por el barrio, cumpliendo con el plan de Castro, más lentamente que otras veces, eso sí.

»Porque Castro, el profesor de gimnasia, cuando se enteró de que queríamos participar en el maratón, se molestó en elaborar para nosotros un plan de entrenamientos graduales y nos contó la historia del origen de la carrera, ya sabe, la del soldado griego que revienta tras recorrer cuarenta y dos kilómetros para dar la noticia de una victoria. También nos previno contra el Muro: así llaman los corredores veteranos al kilómetro treinta, donde las fuerzas llegan muy mermadas y el cerebro se vuelve incapaz de poner orden en el organismo. Castro nos explicó que si éramos capaces de sobrepasar el Muro, llegaríamos al final y obtendríamos el sobresaliente.

»Desde ese día, Trendy salió a entrenar cada mañana. Ni Mosca, ni Javier ni Nora quisieron acompañarle al principio. Yo sí. Yo le seguía siempre, en todo. Quedábamos siempre en una esquina, casi al amanecer, a las siete o siete y media. Cuando yo llegaba, mareado de sueño, él ya llevaba un rato estirando el cuerpo, correteando en el sitio, ejecutando con una actitud casi infantil los únicos ejercicios

de gimnasia que recordaba del colegio, piernas abiertas y brazos en cruz, flexiones de tronco, movimientos circulares de cuello. Al verme sonreía, me palmeaba la espalda y comenzábamos a corretear por el barrio, por las explanadas desérticas y los polígonos industriales que a aquellas horas se poblaban de obreros con el bocadillo dentro de una bolsa de deportes de goma colgada del hombro, también con la cara abotargada por el madrugón y la mala leche. Parecíamos dos deportistas extraviados llegados a una zona equivocada. Atravesábamos hondonadas parecidas a El Valle, recorriamos El Valle ante la mirada atónita de los vecinos de Trendy, para después perdernos en un mismo, interminable e infinito descampado y volver después por la Avenida hasta acabar en una explanada muerta. La necesidad de no pensar mientras corríamos nos empujó un día a copiar el itinerario del día anterior, confeccionado al azar, pero inevitable casi desde el primer día. Lo repetimos tanto, mañana tras mañana, con precisión de órbita planetaria, que aún hoy, doce años después, sería capaz de hacerlo sin equivocarme en una calle. Jamás me sentí más unido a Trendy que en aquellos amaneceres fríos en que sin hablar trotábamos los dos por el barrio, uno al lado del otro. Al principio aguantábamos una hora, pero después, tal y como aconsejaba el plan de entrenamiento de Castro, ampliamos el tiempo gradualmente, hasta llegar, a las cinco semanas, a las dos horas y media. Ampliamos el tiempo pero esto no significó que llegáramos más lejos, simplemente pasábamos cuatro, cinco o seis veces por los mismos lugares, como si nos diera miedo salir del barrio, imitando a nuestra manera a los atletas que miden la distancia por la cantidad de vueltas al estadio. Llegábamos agotados al final, que era el principio, la esquina al lado de mi portal, desde la que nos despedíamos. Yo subía a casa, temblando de cansancio a cada escalón. Trendy, si no llovía, se sentaba en un banco cercano. Entonces prendía el único cigarro que Castro, tras rogarle mucho, nos permitía al día hasta que pasase el maratón, y se lo fumaba casi masticándolo, con un deleite enfermizo, en un gesto orgulloso, mirando despacio hacia el horizonte recién estrenado, como si en vez de estar enfrente de una hondonada reseca de la periferia de Madrid contemplara las llanuras encendidas de los desiertos americanos que iba a conocer años después.

»Nora, Mosca y Javier se sumaron en la quinta semana, cuando faltaban siete días para el maratón, fijado para el segundo domingo de mayo. Ya era tarde para incorporarse con un mínimo de garantías al plan de Castro, pero eso no importaba a Trendy, que arrastró a todos argumentando que las directrices del profesor, aunque él las había seguido milimétricamente, no tenían por qué ser infalibles. Que le creyeran entonces, que le creyéramos siempre, constituía una de las características de Trendy, que pertenecía a ese tipo peligroso de personas incapaces de ocultar el inmenso entusiasmo que las invade a la hora de acometer una empresa que les incumbe. Eso bastó, muchas veces, para contagiar de facilidad otros proyectos más inverosímiles en los que se embarcaba, y fue suficiente, claro, para convencer un lunes a los tres que faltaban de que para terminar el maratón del domingo bastaba con pegarse cuatro galopadas por el barrio y presentarse en la línea de salida seguros de llegar a la meta.

Así que aquella primera semana de mayo de 1983 o 1984 fuimos cinco por los mismos callejones y los mismos descampados que antes habíamos recorrido Trendy y yo solos, intrigando aún más a la gente del barrio.

»Trendy abría la marcha, con su extravagante pantalón de chándal verde ceñidísimo, su camiseta roja con una inscripción profética, su lastimoso aire desacompasado, sus piernas larguiruchas, su cintura de muñeco articulado y sus melenas de Cristo de póster *hippie*. Movía los brazos esqueléticos como si en vez de correr se ahogara, y daba la impresión de que a cada metro iba a perder definitivamente el equilibrio y se iba a desplomar. Parecía que escapaba de alguien. Yo le seguía a poca distancia, también con un estilo torpe que se acentuaba según me vencía el cansancio. Nora corría muy pegada a nosotros dos, tiesa, envarada, llevaba el pelo recogido en una coleta y usaba ropas anchas que ocultaban un poco el contorno de su cuerpo. Ella no aguantaba mucho. Antes de llegar a la hora, paraba en seco y con la mano nos indicaba que siguiéramos. Doblaban el torso con el rostro congestionado mientras se deshacía la coleta y buscaba un bordillo donde sentarse. Un día, en la cuesta sin asfaltar que terminaba en una fábrica abandonada de muebles de oficina, Nora se detuvo, resopló, soltó un taco con rabia, y comenzó después a insultar a voces a Trendy desde lejos, a gritar mientras subíamos que estaba harta y cansada, que esa cuesta era una mierda, que la idea de Trendy otra mierda aún mayor, que no volvería a correr en su vida un kilómetro más ni aunque un ejército de griegos viniera detrás con intención de violarla. Pero a la mañana siguiente, casi de noche, estaba ahí, la vi ahí, en la esquina de al lado de mi casa, junto a los otros, con su cuerpo pequeño y rotundo dentro del chándal, y su malhumor huraño por la falta de sueño y de ganas, con prisa por empezar para terminar de una maldita vez. Y mientras la vi ahí esperándome, al lado de Trendy, me di cuenta por primera vez de que me estaba enamorando de ella. El Mosca y Javier se rendían por lo general poco después de Nora, ambos a la vez, y eso que Mosca, a sus quince años, parecía tener doce y Javier, de la misma edad, era ya un hombre alto y gordo que se afeitaba todos los días y que no cabía en el pantaloncito corto que usaba para correr. Paraban a la vez porque se utilizaban mutuamente de excusa, supongo, y se ponían a andar, muy despacio, hasta la esquina del inicio, donde nos esperaban a mí y a Trendy, apoyados contra una pared, fumando un cigarro tras otro sin obedecer ni un solo día la prohibición de Castro.

»Y llegó el día que marca este diploma. Y ahí estábamos los cinco, en el Retiro, en ropa de deporte, una mañana soleada en medio de un mar de corredores, dispuestos a disputar el maratón. El mastodóntico organismo formado por las miles de personas se desperezó lentamente, a convulsiones, cuando el disparo de una pistola de fogueo anunció la salida. Se inscribieron cerca de ocho mil; pero había más, porque muchos se presentaron por las buenas y corrieron sin dorsal y sin figurar en ninguna parte. Nosotros cinco, por ejemplo. Más tarde me enteré de que si hubiéramos ido a inscribirnos, nos habrían prohibido participar, porque aún no

habíamos cumplido los 18 años, y la organización no lo consideraba conveniente. Un gordo amarrado a un megáfono subido a un buzón de correos repetía a voz en grito consignas incomprensibles que al final quedaron reducidas a un “vamosvamosvamos vamosvamos”. La mayoría iba en grupos: familias que se presentaron incluso con niños pequeños, peñas de amigos embutidos en camisetas politizadas, asociaciones de vecinos que enarbolaban banderas inventadas de su barrio, de su bloque o de su portal, soldados del mismo cuartel con chándals idénticos, compañeros de fábrica, de departamento, de club de vacaciones, pandillas de amigos como la nuestra.

»Mosca no paraba de hablar. Intercalaba en las frases un resoplido de pega o tosía, pero no dejaba de comentar el aspecto de los que nos adelantaban o a los que adelantábamos. O saludaba absurdamente al que rebasaba con un “hasta luego”. Mosca. El pequeño Mosca. Lo llamábamos así porque un profesor amigo de golpear a los alumnos a la mínima oportunidad le sorprendió un día con una cuchilla de afeitar y un bolígrafo falseando el parte de la faltas de asistencia. Y en vez de abofetearle, se echó a reír: “Mira el que parece una mosca muerta”. Era bajito, esmirriado, moreno, poca cosa, charlatán y con tendencia a atraer la mala suerte, según él mismo confesaba. Abandonó el instituto el día en que tras suspender todas las asignaturas en febrero, las nueve, incluida la gimnasia con Castro, el profesor tutor leyó con escarnio sus notas en público. Dejó los estudios pero como no sabía adónde ir porque no encontraba trabajo, seguía acudiendo al instituto todas las mañanas y nos esperaba en la puerta a que acabáramos las clases. Dios sabe dónde estará ahora Mosca, en qué habrá acabado.

»Al poco tiempo abandonamos el parque del Retiro en dirección a la Puerta de Alcalá y dejamos de oír los gritos del altavoz. Desde allí enfilamos, cuesta abajo, rumbo a Cibeles. Trendy marchaba el primero, de vez en cuando se tocaba un collar de cuero que se había puesto de amuleto para la carrera; yo iba detrás de él y delante de Nora, a la que seguían Mosca y Javier, que corrían paralelos. Sin darnos cuenta, repetíamos el orden de los entrenamientos del barrio, pero corríamos más rápido que nunca, contagiados por el ritmo del resto de los participantes y emocionados por la confusión, los gritos y los aplausos del público. Sentíamos un raro envanecimiento infantil por disponer para nosotros, por primera vez en nuestra vida, y aunque fuera a pie, de las calles más nobles y ricas de Madrid, las que contenían los edificios más altos y los pisos más caros, con centrales bancarias que ocupaban una manzana entera, calles para nosotros casi tan extranjeras y desconocidas como los Campos Elíseos de París o la Quinta Avenida».

El inspector de policía no apuntaba nada. Ni nombres, ni fechas. Nada. Ni siquiera tenía en la mano un bolígrafo y un trozo de papel. Pero seguía escuchándome, con su mirada concentrada en mí, sin moverse apenas, oculto de la luz del flexo de la habitación, escondido. No sé por qué pensé entonces que todo era falso, que Roche fingía, que lo único que pretendía era retenerme unas horas y tenerme a mano mientras sus compañeros investigaban mi piso o me buscaban

antecedentes o exploraban en mi vida para vincularme de alguna forma al crimen de Trendy. Sin embargo, esa expresión suavemente interesada, ese silencio suyo, tan insistente, bastaba para incitarme a continuar, a seguir contando:

«Tras dejar atrás la Puerta del Sol, aún rodeados de espectadores, atravesamos la plaza Mayor y seguimos por la calle de Toledo hasta llegar al viaducto de la calle de Bailén. Entonces Mosca notó que Javier marchaba más atrás, a un paso mucho más lento. “Eh, Javier se queda”, gritó. “Paremos aquí a esperarle”, replicó Trendy. Muy cansado, me apoyé en una barandilla. Nora se sentó en la acera, cerca de mí, dio la espalda al paisaje del sur de Madrid que se asomaba por encima del viaducto y se acurrucó, con la cabeza en las rodillas. Trendy y Mosca, agachados, miraban cómo Javier avanzaba arrastrando los talones, con la cara amoratada y la boca abierta. A cada paso bamboleaba la cabeza, que parecía haber perdido su fijación con el cuello. No respiraba: chupaba el aire, lo absorbía entre jadeos. Parecía más gordo, más viejo. Un corredor que le adelantaba le gritó algo, pero él negó con la cabeza. Tampoco parecía oír los gritos e insultos de ánimo de Mosca. Tardó más de un minuto en recorrer, con pasos inseguros, los cincuenta metros que le separaban de nosotros. Cuando llegó a nuestra altura nos miró con los ojos perdidos, colgados en algún punto lejos de ese momento, de ese día. Habló, pero no le entendimos porque que la frase se entremezcló con jadeos y un ataque de tos. Se acercó a una papelería y vomitó dentro. Cuando levantó la cabeza, nos volvió a mirar, el rostro amarillento, las pupilas agigantadas. Antes de desmayarse, tuvo tiempo de tumbarse atravesado en la calzada y de poner las manos detrás de la nuca, como si en vez de perder el conocimiento en plena calle, se estuviera echando la siesta en el sofá de su casa.

»Nos abalanzamos sobre él. Otros corredores se detuvieron para ayudarnos. Entre todos formamos un corro en medio del viaducto con Javier tumbado en el centro, abriendo los ojos de vez en cuando. Deliraba, hablaba de coches, de que le iban a pillar los coches. Nos decía que le quitáramos de ahí. Pasaron unos minutos sin que ninguno de nosotros o de los que se habían sumado al corrillo hiciera nada. Entonces pareció volver en sí. Buscó a Trendy con la mirada: “Trendy, yo no sigo, yo no sigo. No veo bien, tío, lo veo todo como rojo. A ti te veo como rojo”. “Tranquilo, es solo un mareo. Te vamos a llevar un poco a la sombra y te pondrás bien”, le contestó Trendy, que ordenó: “Mosca, Pablo, ayudadme”. Uno de los corredores que observaba la escena notó nuestro desconcierto y se decidió a intervenir: “Dadle agua y esperad a que se le pase. Si en cinco minutos no se recupera, llamad a la policía y que avise a un médico”. Era un tipo alto, barbudo, treintañero, delgado. “¿Cuántos años tenéis?”, preguntó. “Yo 17, el resto, 16”, respondió Trendy. “Es normal que se haya mareado. Esto no es un juego. ¿Quién os manda correr con 16 años? ¿No os han dicho que podéis tener un problema?”. “Nuestro profesor de gimnasia”, respondió Trendy. “Pues vuestro profesor es un animal”, dijo el de la barba. “En cuanto vuestro amigo se ponga en pie”, señaló a Javier, “llevadlo para casa y dejad esto para cuando seáis un poco más mayores”, zanjó, y echó a correr, mirando de vez en cuando para

atrás, hacia nosotros.

»Trendy, Mosca y yo le cargamos hasta el final del viaducto, hasta el primer portal de la calle de Bailén. Le depositamos en el suelo, con las piernas extendidas y la espalda apoyada en la pared. Poco a poco recuperaba el color. A ratos abría los ojos y sonreía. Pero luego los volvía a cerrar y se adormilaba otra vez. Intentaba hablar, pero seguía pronunciando un murmullo ahogado ininteligible. Nora, que nada más escuchar al tipo de la barba había ido en busca de un bar, volvió con una botella de agua. Se la ofreció a Javier. Este reaccionó con un escalofrío. A los pocos minutos, dejó de mirar al frente con la expresión idiotizada, comenzó a reconocernos. Mosca, con un cigarro en la boca, le volvió a preguntar: “¿Te encuentras mejor?”. Javier asintió. El color pareció regresar a su rostro. Se puso en pie. “¿Puedes seguir?”, se apresuró a preguntar Trendy. “No, no sigo. Me voy para casa”, respondió. Mosca miró a Trendy: “Todos nos tendríamos que ir a casa. Ya has oído lo que ha dicho el tío de la barba. Nos puede dar a todos el mismo ataque que a Javier”.

»El maratón pasaba a nuestro lado ignorándonos. La mayoría de los corredores marchaba sin mostrar aún cansancio, aunque ya habían desaparecido las conversaciones y las sonrisas. Trendy miró para la plaza de España. “Hay que decidir rápido; cuanto más tiempo estemos parados, peor”, dijo. “¿Tú vas a seguir, no?”, preguntó Nora. “Lo que le ha pasado a Javier no tiene por qué pasarnos a nosotros. Además, al final no ha sido nada”, respondió. Mosca se encaró a Trendy: “El tipo de antes nos ha dicho bien clarito que nos vayamos a casa, y parecía saber de qué hablaba. ¿Qué te pasa, tío? ¿No te das cuenta de que llevamos siete kilómetros y no podemos más? Sigue tú si quieres, pero ten cuidado, porque la puedes cascar. A veces estás loco, Trendy”. Trendy le respondió en voz baja: “Dices muchas tonterías, Mosca. Claro que voy a seguir. Nadie se muere por correr”. “El soldado griego, para empezar”, replicó Mosca. “Eso fue hace mucho”, concluyó Trendy, que se encajó el pantalón corto y comenzó a alejarse. A los cincuenta metros se dio la vuelta: “¿Alguien viene?”. Miré a Nora, que a su vez me miraba a mí. Recordé la noche del concierto en Aluche, cuando yo me iba a buscar una parada de autobús y él no me dejó solo. “¡Espera!”, grité. Nora tiró un cigarro que acababa de encender, lo aplastó con la zapatilla y me acompañó, sin decirme nada. Mosca cerró los ojos y exclamó: “Allá vosotros”. Cuando llegamos a su altura, Trendy nos sonrió como él hacía de vez en cuando, con toda la boca, con los eléctricos ojos azules brillando de alegría y de alivio.

»Se puso a tirar de nosotros a un paso rápido, adelantando a todos los que nos habían rebasado mientras aguardábamos a que Javier se recuperara. No paró de correr así hasta que sobrepasó, en la plaza de España, al tipo de la barba que nos había aconsejado retirarnos. Iba ya tan cansado que ni siquiera nos reconoció a pesar de que Trendy se giró un momento para dejarse ver. Casi llegando a la Casa de Campo nos incorporamos a un grupito heterogéneo formado por hombres y mujeres como de 25 años que pertenecían, según las camisetas que llevaban, al mismo club de deportes.

La forzada parada del viaducto me sirvió para recuperar aire, pero las piernas y los pies comenzaron poco a poco a dolerme, como si en vez de correr sobre asfalto o tierra pisara una alfombra de piedras afiladas. No era un dolor fuerte pero crecía a cada paso, a cada zapatazo en el suelo. Comprendí que aquel pinchazo en la planta del pie que trepaba luego por la pierna no era sino la primera señal del cansancio de verdad. El maratón verdadero no empezaba con el disparo al aire en el Retiro sino con las advertencias del propio cuerpo. Pregunté a Nora cuánto quedaba y ella me respondió, con muy poca voz, que treinta kilómetros o algo así. Veíamos ya cómo muchos corredores se detenían de pronto, paralizados de golpe, y se desplomaban en un bordillo o se quedaban en medio de la calzada en cuclillas, con las manos en las caderas y la cara deformada en una mueca de asco producto de la fatiga. Ya nadie hablaba dentro de la carrera. Tan solo de vez en cuando se escuchaban tacos proferidos por corredores que se animaban a sí mismos y que bastaba contemplar acalorados, enrojecidos, tambaleantes, para cerciorarse de que se iban a derrumbar a los quinientos metros. Entramos en la Casa de Campo aun integrados en el grupo de deportes del Club de Moratalaz. Me sorprendió el silencio que nos envolvía y me di cuenta de que el público que nos había jaleado por las calles no había llegado hasta allí. Oía retumbar más alto dentro de mí el percutir acelerado del corazón, y sentía aún más el pinchazo que me atravesaba el pie cada vez que apoyaba la pierna derecha en el suelo. Porque ya me había dado cuenta de que no me dolían las dos piernas, como yo había creído al principio engañado por el cansancio, sino una sola. Hasta me paré varias veces para arrancarme el clavo o la chincheta causante de la molestia que llegué a pensar que llevaba en la suela de la zapatilla. La tercera vez que me descalcé, con Trendy y Nora parados junto a mí, descubrí que lo que me hacía daño no era una chincheta sino una ampolla amoratada que se extendía en medio de la planta del pie. “Yo también estoy así”, dijo Trendy, cuando se la enseñé. “No pienses que te duele. Haz como yo, piensa en otra cosa. No es difícil”. Reanudamos la marcha los tres solos. El grupo de Moratalaz había desaparecido. Solo distinguí a dos integrantes, que se habían parado a beber en una fuente de la que no consiguieron despegarse. Los envidié. Como envidié entonces a Mosca y a Javier o a cualquiera que aquella mañana no se hubiera comprometido a correr al lado de un amigo tan tozudo como infatigable.

»Intenté hacer caso a Trendy. Procuré olvidarme del dolor. Pensé en Nora, que marchaba a mi lado, silenciosa, como casi siempre, con su chándal ocultándole el cuerpo. Seguía el ritmo que marcaba Trendy sin quejarse, aunque ya llevábamos recorrida más distancia que la que ella había completado en ninguno de los pocos entrenamientos en que nos acompañó. Pensé en ella, me dediqué a buscar la mejor forma para, en los próximos días, insinuarle que me gustaba, que me gustaba mucho. Ella marchaba a mi lado, la veía de reojo resoplar, mirar hacia delante, hacia abajo, pasarse la mano por la frente, percibía su busto pequeño balancearse al impulso de las piernas, su melena negra recogida en una coleta ladearse hacia un lado y hacia otro.

Me prometí no tardar mucho en hablar con ella, en esperarla en su portal, donde viviera, en encontrar la ocasión propicia para pedirle que saliéramos juntos.

»Pero un tropezón con una piedra o con un bordillo que casi me tira al suelo me hizo recordar dónde estaba y comprendí que no iba ser nada fácil, como sostenía Trendy, concentrarse en otra cosa que no fuera tu propio sufrimiento. Al leer una de las señales de la organización y comprobar que aún quedaban 21 kilómetros me di cuenta de que comenzaba a sentir punzadas en la otra pierna, pinchazos leves e intermitentes pero reconocibles, anunciándome que el pie izquierdo también se me iba a ampollar. Entonces, inspector, supe con certeza que ni yo, ni Trendy, ni Nora íbamos a terminar esa carrera porque sencillamente hay cosas que son imposibles, imposibles como detener un tren en marcha, o una tormenta de nieve, o un invierno. Faltaba, además, el Muro ese contra el que Castro nos había prevenido. Recordé sus palabras: “Cuando se llega al Muro, en el kilómetro treinta, ya se han agotado las reservas que almacena un organismo adulto normal”. Y nosotros ni siquiera nos habíamos acercado al Muro. Ni siquiera éramos adultos todavía. Recontaba una y otra vez la distancia con una obsesión enfermiza, como si pudiera rebasarla a base de aritmética: acabábamos de pasar por la señal que indicaba que ya llevábamos 21 kilómetros. Nos encontrábamos, por lo tanto, en la mitad exacta de la carrera. Resté: quedaban nueve kilómetros para llegar al Muro, y 12 para la meta. Volví a pensar en un tren en marcha, en un invierno».

La claridad del amanecer comenzó a adueñarse del dormitorio de Trendy. Comprobé que ya podía distinguir las formas de la cara del policía Roche. Pensé en las palomas de mi casa, en que llevaba 24 horas sin dormir, en la foto del bar La Rueda, aún colocada boca arriba en el colchón, como una prueba de que todo aquello que contaba había sucedido alguna vez. Me sorprendí pensando en Nora, preguntándome qué habría sido de ella, en qué cama de qué habitación de qué ciudad estaría en ese momento, en qué sueño, ajena por entero a la muerte de Trendy, a su obscuro asesinato en una calle del centro.

«Fue Nora la que protestó entonces, por primera vez en toda la carrera, y pidió a Trendy que marchara más despacio. Este dio la vuelta y comprobé que también estaba muy cansado. Asintió con la cabeza y marcó a partir de ese momento un ritmo inferior, resignado, que a mí se me antojó el primer paso hacia la rendición, hacia la bendita rendición que no consistía en otra cosa sino en pararse y dejar, de una vez, de poner un pie delante de otro. Nos adelantaban corredores que marchaban más enteros, pero nosotros, aún al cauteloso paso al que nos movíamos, también sobrepasábamos a quienes habían renunciado ya a correr y se limitaban a avanzar andando, a veces torturados por un calambre que agarrotaba los músculos de la pantorrilla y les hacía moverse con la pierna tesa, como mutilados con patas de palo. El disco resplandeciente del sol, que llevaba hiriéndonos toda la mañana, se escondió de pronto detrás de un telón de nubes blancas, y los miles de personas que todavía nos teníamos en pie sentimos al instante un repentino y dulce alivio en la piel empapada

de sudor, como si alguien nos hubiera espantado el enjambre de avispas que nos mordía desde la salida. El aire se hizo más respirable y, por primera vez desde hacía muchos kilómetros, dejé de sentir que tragaba arena. Las piernas respondieron por su cuenta animadas por el cambio de temperatura y pisaban más fuerte, la garganta se recomponía, el corazón recobraba su orden y el cerebro no cesaba de enviar por la sangre la noticia de la ausencia del calor. Hasta las ampollas me dolían menos. Trendy alzó la cara y dedicó al cielo un suspiro bronco de alivio y luego se volvió hacia nosotros. Percibí, harto de él, que sus ojos se habían encendido de nuevo, que brillaban casi tanto como en la salida. Así que me preparé para llegar al Muro y a la meta detrás de mi amigo, aunque fuera reptando. Miré una nueva indicación: quedaban 19 kilómetros. Un grupo de espectadores animaba en una esquina con aplausos a los que salíamos de la Casa de Campo. Aislado en mi propio agotamiento ni siquiera les oí. En cuanto pisé el asfalto de la calzada, noté que las ampollas pinchaban más. Trendy, a su vez, empezó a renquear pero no aflojó el ritmo. Nora había perdido el color de la cara y apretaba las mandíbulas. Ya no corría a mi lado: marchaba algo detrás y daba la impresión de que iba a abandonar a cada trecho. La carrera atravesaba un túnel corto que discurría debajo de una autopista en el que entramos los tres solos, sin ningún otro participante al lado. Era un túnel rectilíneo y sucio, desconchado, con algo de caverna, inundado hacia la mitad, iluminado por la claridad insuficiente y malsana que escupían las dos bocas, lo suficientemente próximas entre sí como para no perder a ambas de vista en ningún momento. El aire congelado que dormía dentro me produjo un escalofrío y pensé que aquel era el lugar adecuado para rendirnos de una vez. A punto estuve de pararme y aceptar allí las quejas de mis rodillas, convencido de que al menos Nora me seguiría, cuando Trendy, que cada vez cojeaba más, alzó sus brazos y pegó un grito que resonó en las paredes de ese agujero maloliente: “Voy a llegar, cabrón de griego, voy a tener el sobresaliente”. Así que me resigné a aguantar un poco más, hasta que él también se convenciera de que había que parar, y me dispuse a avanzar unos centenares de metros más a pesar del saco de cemento que parecía arrastrar en cada pierna.

»El túnel desembocaba en una calle en la que presentí, sin que ninguna marca lo señalara, que arrancaba el temible Muro descrito por Castro y los corredores veteranos. Tras un par de vueltas a unas calles solitarias enfilamos una avenida en cuesta, llena de deportistas varados en el bordillo. El cielo se oscurecía cada vez más; el día, que había amanecido demasiado radiante y caluroso para un maratón, se iba volviendo ahora demasiado desapacible y frío para cualquier cosa y el sudor se comenzaba a helar en los brazos y en las piernas. Nora cerraba los ojos, temblaba. Yo debía concentrarme para no tropezar y caerme, Trendy se descoyuntaba por completo a cada paso. Al fin llegamos a la cima de la cuesta y vi la flecha que indicaba que la carrera continuaba, tras descender por el otro lado de la calle, y una señal que informaba que habíamos llegado al kilómetro 24. Quedaban, por lo tanto, 18. Dieciocho kilómetros, calculé, 18 000 metros, más de 36 000 pasos, más de 36 000

pinchazos al apoyar las piernas en el suelo. No habíamos alcanzado ni siquiera el Muro, que nos aguardaba en el kilómetro 30, oculto en algún rincón de la ciudad que ni siquiera se divisaba desde la colina. Me detuve y contemplé desde arriba la curva gris y esquelética del Manzanares, la larga hilera deshecha de corredores que aún aguantaban, que nacía a 10 metros por debajo de mí y que se perdía a lo lejos, paralela al río. Nora paró también con un movimiento de juguete que revienta por dentro, agarró media naranja que alguien había tirado al suelo y la mordisqueó. Trendy frenó entonces al notar que no le seguíamos, pero ni se acercó al sitio donde estábamos nosotros, supongo que por la falta de aliento. Mi amigo jadeaba como un perro enloquecido, buscaba un punto en el horizonte donde sujetar la ansiedad. Nora volvió a tambalearse; la sujeté con mis brazos, pasándole una mano por la cintura, y ella se agarró a mí impulsada por el agotamiento, pero también por algo más, algo que me iba a eximir de tener que llamarla, preguntarle, pedirle que saliéramos juntos. Se agarró a mí con las manos, pero también con los ojos, explicándome, con ese abrazo, que la carrera había terminado para nosotros dos, que comenzaba otra cosa, que si había continuado corriendo desde el viaducto era por mí, y yo le expliqué que la había comprendido a ferrándome a ella, dejando la mano en su cintura. Supongo que nos habríamos besado ahí mismo si hubiéramos tenido fuerzas para hacerlo, inspector.

»Entonces vi a Trendy, que nos contemplaba con la sorpresa, el miedo y la desolación sucesivamente pintados en la cara. Un tipo exhausto pasó arrastrando sus piernas. Reconocí al treintañero de la barba que nos había aconsejado abandonar. Rompió a llover despacio, a hacer mucho frío de repente. Trendy seguía a diez pasos de nosotros, escrutándonos, aterrado, sin moverse. Ahí mismo comprendí por qué la rubia había desaparecido, por qué en los últimos tiempos Trendy venía todos los fines de semana a La Rueda con nosotros: él, mi amigo, también estaba enamorado de Nora, inspector, y ni yo ni la propia Nora lo supimos hasta ese momento, en medio del maratón de Castro. Tampoco él sabía que yo lo estaba, así que por un largo minuto nos miramos los tres sin saber qué decirnos, para dónde tirar, cómo hacer para que aquello no doliera tanto, pero yo presentí, por su manera de observarme y de observarla a ella, por su forma de permanecer quieto enfrente de las dos, bajo esa lluvia que seguía cayendo, que a Trendy se le acababa de estropear la vida como solo puede estropeársele a uno cuando se tienen diecisiete años. No dijo nada. Solo dejó de mirarnos, despacio, y se dio la vuelta, y avanzó, solo, hacia el pelotón de corredores desperdigados que, allá abajo, se dirigían a tropicónes hacia la meta.

»Enlazados aún por la cintura, Nora y yo nos apartamos, buscando una cafetería o una boca de metro donde sacudirnos el frío. Nos asaltaban unos temblores helados que achaqué a la lluvia y al hecho de habernos parado de golpe. Las piernas se me habían vuelto de barro, de alambre. Encontramos un metro y el aire caliente del vestíbulo nos reconfortó tan de golpe que volvimos a sentir cómo todo el cansancio, blandamente, caía otra vez sobre nosotros. Pero ya bastaba sentarse para vencerlo.

Recorrimos bajo tierra la distancia que separaba esa colina de Madrid del parque del Retiro, donde estaba situada la meta y donde confiábamos encontrar a Javier y a Mosca y adonde se dirigía también Trendy.

»Él nos contaría después la última parte de su maratón, omitiendo, también él, lo que los tres sabíamos: que durante los dieciocho kilómetros que restaban, además de contra la fatiga y el peso creciente de las piernas, tuvo que enfrentarse en silencio y en solitario al recuerdo de nuestro abrazo, al hecho inamovible de que Nora no le había elegido a él, y que aquella certidumbre le iba a estar esperando como una mala noticia y se iba a repetir como un mal sueño no solo al final de la carrera, sino en la sucesión de días tristes y tardes inservibles que ya parecían amontonarse detrás de la meta. Consiguió, al principio, unirse a un grupo pequeño en el que marchaba también el treintañero de la barba; la carrera discurría por un carril encharcado de la M-30 reservado para los participantes, segregado del tráfico que circulaba a 80 por hora en las vías contiguas. En un centenar de metros, sin embargo, mi amigo se desgajó de sus acompañantes al verse obligado a frenar y bajar el ritmo porque ni sus pulmones ni su corazón daban más de sí.

»Entonces comenzó a andar. Comenzó a andar bajo el chaparrón, empapado, congelado, tiritando de frío, temblando, sin preocuparse ya de los corredores que le adelantaban, sin fijarse siquiera en las señales que indicaban los kilómetros vencidos. Recorrió lentamente, paso a paso, 18 kilómetros, tardó más de tres horas, sin despegar la cabeza del pecho y las manos de las caderas e imagino que habría podido tardar cinco o diez o el día entero porque había alcanzado una región situada más allá del agotamiento y del frío y de la lluvia, y avanzaba por ella obsesionado y sonámbulo. Sé que le importó menos llegar que llegar solo. Marchó por la autopista, intentado refugiarse y dar la espalda a los coches enfurecidos que le sobrepasaban por la izquierda y le salpicaban lanzándole latigazos de agua helada. Nos contaría también que pocos participantes aguantaron corriendo y que más pronto o más tarde casi todos los que veía acabaron por rendir el paso y se pusieron a andar. El maratón, la fiesta jubilosa del maratón, del disparo al aire y del vamosvamosvamos del gordo animoso del megáfono se había convertido en algo demasiado parecido a la retirada de un ejército perdedor que vuelve a casa envuelto en el frío, la lluvia y el fracaso. Adultos de mucho más peso, con más fuerzas y más entrenamiento abandonaban tras proferir un grito de rabia. Trendy no. Recuerde: 18 kilómetros, 18 000 metros, más de 36 000 pasos. Le vimos llegar a la meta después de atravesar con su paso insomne media ciudad, ajeno ya a los gritos de los pocos espectadores que aún animaban. Nora y yo (Javier y Mosca se habían ido a casa) le reconocimos al fondo de la última recta, la que moría en el Paseo de Coches del Retiro. Él no nos vio, creo. Tampoco nosotros nos mostramos demasiado. Hubo participantes que, en los últimos metros, espoleados por la cercanía del final, emprendían una pequeña carrera, la última, y alcanzaban la meta a un trote agónico. De los casi 8000 corredores inscritos, llegaron tres mil quinientos, sin contar los que no se habían apuntado. Uno de ellos, sin dorsal,

sin figurar en ninguna parte, fue Trendy, que atravesó los últimos metros caminando, con la cabeza baja y los brazos pegados a la camiseta ensopada. Tan solo levantó la cara deshecha cuando quedaban cinco metros. Alzó los brazos y cruzó la meta, solo. Dio unos pasos más empujado por la inercia, sin saber adónde dirigirse, qué hacer ahora que todo había terminado. No sé si nos buscó; no sé si le haríamos falta. Mientras nos decidíamos a ir por él y nos abríamos paso entre el público, se desmayó en brazos de uno de los pocos médicos que aún quedaban y que acudió en su ayuda. Antes de perder la conciencia por completo y a pesar de no haberse registrado, le reclamó su diploma. Este que tiene usted ahí en la mano.

»Ese era Trendy, señor Roche, un muchacho de 17 años capaz de recorrer agotado dieciocho kilómetros andando bajo un aguacero. Ese era Trendy, al que Nora acababa de despreciar para venirse conmigo. A un tipo así no le mata un navajero por la pasta de un pico, inspector».

Al salir, Roche y yo, de la casa de Trendy, me sorprendió el silencio anormal de las calles, el vacío de las aceras, el aspecto de mañana de pueblo que presentaba el barrio de mi amigo, por lo general asfixiado de tráfico. Recordé entonces que era fiesta, 15 de mayo, San Isidro. Roche se abotonó la chaqueta, sacó su teléfono del bolsillo y le oí ordenar que alguien se acercara a precintar el apartamento y que un par de policías de paisano se apostara cerca del portal para vigilar la entrada del edificio. Después miró a un lado y a otro para recordar dónde había dejado el coche. Le costó encontrarlo. Todo parecía distinto, irreconocible. Las calles que nos habían traído hasta ahí de madrugada en busca de la habitación de un cadáver no eran las mismas que contemplábamos ahora a la luz tranquila del día siguiente. Le acompañé hasta el coche. Me invitó a subirme pero rehusé. Anotó el número de teléfono de mi oficina, la dirección de mi casa.

—Te llamaré, Pablo. Pronto. No te muevas de la ciudad sin avisarme.

—¿Estoy detenido?

—No, claro. Pero te necesitamos, recuerda.

—Le he contado todo lo que sé, Roche. Le he contado demasiado, incluso lo que a usted no le sirve para nada.

—No te creas. Aunque no lo parezca, mi profesión consiste, sobre todo, en escuchar. Ya te lo comenté antes: todo lo que rodea a Trendy me interesa ahora. Tú, El July, Nora, Mosca o Javier, hasta el subnormal ese del bar...

—Mongo.

—Eso, Mongo. Todo puede ser de ayuda. Aunque lo primero es que recuerdes lo que te pidió Trendy en el metro.

—No llegó a pedirme nada, ya se lo dije. Estuvo a punto, pero no lo hizo. Se lo juro.

—Está bien. Está bien. Pero si recuerdas algo más, cualquier cosa, avísame a este número de la comisaría. Ahora voy hacia allá.

—Hoy es fiesta. San Isidro.

—Es verdad. Ya decía yo —dijo, mirando las calles vacías—. Por un momento pensé que era domingo.

—Váyase a casa. ¿No tiene familia?

—Si hay alguna novedad llámame, Pablo.

El coche enfiló en una dirección y yo elegí la contraria. De un portal salió una mujer con dos niños de la mano vestidos de chulapos, dos zarzueleros en miniatura arrastrados por su madre hacia una procesión. Me quedé mirándolos, pensando que aquellas fiestas y aquellos trajes me habían resultado siempre tan ajenos como las fiestas o los trajes regionales de Cataluña o Andalucía. Los vi alejarse a trompicones

mientras decidía encaminarme hacia mi casa. Callejeé durante unos minutos, con la memoria trabajando por su cuenta, impulsada por la inercia de una noche entera de viejos recuerdos vueltos a manosear. Me sorprendí a mí mismo, mientras caminaba hacia la Gran Vía, hablándome en voz alta sobre Nora. Alcancé el edificio de Telefónica al mismo tiempo que acertaba a evocar los meses posteriores al maratón, en los que también hubo un San Isidro de por medio. Ella y yo nos acostamos por primera vez en una tienda de campaña en la sierra porque ninguno de los dos teníamos dinero para un hotel ni encontrábamos hueco en nuestras casas, llenas todo el día de padres, hermanos y abuelos. A la mañana siguiente, un domingo o un día de fiesta, tal vez ese San Isidro, volvimos en tren de cercanías a Madrid hechizados el uno con el otro, y nos perdimos por los barrios vacíos que rodeaban la plaza Mayor, adonde yo no iba casi desde niño, y por los caminos de tierra del Retiro. Yo llevaba la mochila de escalador, la misma que conservé cuando me mudé al palomar y desbaraté de un patadón cuando la vida se me puso boca abajo tras el abandono de Julia. Nora, una bolsa de deporte inmensa en la que cabía todo. Estuvimos juntos desde mayo hasta septiembre, un final de curso que aprobamos de pura casualidad porque ninguno de los dos se preocupó de estudiar y un largo verano que yo supuse entonces inolvidable vivido por entero fuera del barrio, refugiados dentro del perímetro delimitado por la M-30, alejados de Trendy y de los otros. No volvía a mi casa hasta la noche, después de dejar a Nora en el portal de su casa de Manuel Becerra, después de fijarme en el inmenso patio lleno de vías muertas donde se amontonaban por entonces los vagones inservibles del metro. Por su parte, Trendy dejó el instituto, ni siquiera se presentó a los exámenes. No me buscó, también se autoexilió de la geografía conocida del barrio. Yo no hice nada por encontrarle, porque durante todo ese tiempo fui incapaz de pensar en otra cosa que en el cuerpo de Nora: teníamos dieciséis años, y los días se nos fueron en buscar lugares donde desnudarnos a toda prisa, en pisos prestados de primos mayores, en viajes de una noche con la tienda de campaña, en una pensión sucia y barata de Malasaña a la que nos llevábamos hasta las sábanas, en una semana feliz en Galicia en que acabamos viviendo en un *camping* que daba a un acantilado que se convirtió, durante mucho tiempo, en el lugar más hermoso que conocí nunca.

Recorriendo de arriba abajo la Gran Vía deshabitada a aquellas horas tempranas de un día festivo, con la mente agarrada a ese verano recobrado gracias a la persistencia de un policía, envidié al adolescente feliz de aquellos días, en el que me costaba mucho reconocermé más de doce años después. El resto de la historia, lejos ya del acantilado, cuando la pensión de Malasaña empezó a despertarnos más el asco que el deseo, o cuando empezó a hacer demasiado frío para dormir en el campo en la tienda de campaña, fue lo de siempre. Poco a poco nos cansamos el uno del otro, demasiado jóvenes o inexpertos o exigentes como para tolerar que había tardes en que, vestidos, nos aburríamos juntos en un bar de Alonso Martínez o de Moncloa. Pero cuando quisimos regresar al barrio, nadie nos esperaba. Nos contaron que

Trendy trabajaba por la noche desde julio, que se había mudado a un piso del centro. En cuanto al Gordo y a Mosca, ni siquiera se alegraron mucho cuando me los crucé un par de veces. Ya no hubo más principios de curso. A los pocos meses, Nora y yo decidimos cortar. Quedamos en llamarnos, en seguir pendientes el uno del otro. Pero desde la noche en que la acompañé a su casa en Manuel Becerra por última vez y me quedé mirando después un buen rato el Mississippi de Trendy de la M-30 desde el puente de Ventas, no la volví a ver, y si no hubiera sido por ese inspector curioso y entrometido ni siquiera me habría molestado en acordarme de ella.

Me senté en un banco en la plaza de España y pensé que me habría gustado que Roche siguiera a mi lado para poder confesarle también que, desde el momento en que nos dijimos adiós, extrañé mucho más a Trendy que a Nora. De hecho, a los pocos días de cortar con ella, me acerqué a la vieja casa de Trendy de El Valle, dispuesto a hacerme con sus nuevas señas en el centro de Madrid o su teléfono, pero su hermana, la de la peluquería, me soltó de pronto que se había ido a Nueva York. No la creí. Y seguí sin hacerlo hasta la noche del asesinato en que vi la foto de Trendy en Nueva York rodeado de taxis amarillos. Pensé que la hermana simplemente me mentía por indicación de un Trendy aún resentido con Nora y conmigo, decidido a perdernos de vista. Aquella tarde dejé El Valle confuso, asqueado de verme tan solo. Habría dado un brazo por verle, por decirle que había roto con Nora, que todo podía volver a ser como al principio, cuando solo estábamos él y yo. Busqué a Mosca y a Javier en La Rueda, pero el bar se encontraba casi vacío. Solo los jubilados de siempre del tute, inamovibles como los servicios del local o la barra, acompañaban a Anselmo, que dormitaba sentado en una mesa enfrente del televisor. Me tomé dos o tres cañas mientras esperaba que apareciera alguien, pero ni Mosca ni Javier iban ya a ese bar moribundo, ni siquiera Mongo, que tal vez habría encontrado, por fin, quien le acompañara a la sauna de homosexuales a pasearse desnudo por los pasillos con una toalla en la cintura. Estuve a punto de llamar a Nora desde allí y si me contuve fue porque supuse que no estaría en casa. Permanecí en el bar hasta que los abuelos de las cartas emprendieron una lenta retirada hacia sus casas envueltos en varias capas de bufandas y abrigos, equipados para el frío como si se dispusieran a atravesar la estepa rusa y no la manzana que les separaba de su portal. Me quedé solo en el bar con Anselmo, quien, más pronto o más tarde, se acercaría a preguntarme qué demonios hacía allí sin mis amigos. Para no tener que responderle pagué, salí y decidí no volver nunca más. Y pasaron los años y empecé una carrera, y los perdí de vista a todos, y me fui del barrio, me mudé de casa varias veces, vinieron otras chicas, vino Julia; y Trendy, Nora, Mosca y Javier el Gordo se fueron quedando atrás, muy atrás. Hasta que la línea verde del metro me puso de nuevo delante a un Trendy con barba, menos flaco, doce años más viejo y algo que pedirme.

Me levanté del banco de la plaza de España, eché de nuevo a andar en dirección a mi apartamento, pensando que era muy probable que el inspector Roche tuviera razón al dar importancia al hecho de que Trendy quisiera algo de mí. Durante la caminata

hacia casa no cesé de preguntarme lo que, seguro, se preguntaba en ese momento el policía en su despacho: ¿Qué quería Trendy? ¿Por qué no se atrevió a pedírmelo? Entré en mi calle. Abrí el portal con esfuerzo y una oleada de tristeza, soledad y cansancio se apoderó de mí y de mis casi treinta años. Mientras subía las escaleras pensé que, simplemente, era ya demasiado tarde para saber qué quiso pedirme Trendy. Y al entrar en casa me pregunté que a quién estaba engañando, porque había sido tarde desde siempre: desde que él se largó sin decir nada y yo me resigné a perderle. Me acosté vestido a las diez y media de la mañana, tras un día entero sin dormir y me enterré en un sueño opaco.

Horas después me despertaba el teléfono y la voz escasa y amortiguada de Roche. Otra vez la voz educada de Roche.

Durante un segundo pensé que debía volver a la calle de Fuencarral a reconocer el cadáver cubierto con la manta de estaño. Me acobardé al pensar que la pesadilla se repetía cada cierto tiempo, que no lograba escapar de ese mal sueño en el que entraba siempre de la voz de un policía incansable que trabajaba los días de fiesta. Pero Roche solo me llamaba para advertirme de que había dado mi número de teléfono a un viejo amigo. Este había insistido mucho en hablar conmigo después de contarle al policía, esa misma mañana, algunas cosas sobre Trendy.

«Te va a llamar Mosca», anunció Roche. «Esta misma tarde. Dice que tiene ganas de verte».

* * *

Mosca se había enterado de la muerte de Trendy por el periódico de esa mañana. El suceso venía contado en media columna de la sección de local, sin mucho detalle, y achacando el crimen a un ajuste de cuentas entre drogadictos. Pero a Mosca le bastó leer el nombre de la víctima para recordar no solo a Trendy, sino también a su asesino. Llamó a la policía y preguntó por el agente que llevaba el caso de la calle de Fuencarral. Localizó a Roche muy poco tiempo después, y se citaron a la misma hora en que yo me arrojaba a la cama de mi apartamento. Mosca le contó al policía una parte de la vida de Trendy que yo desconocía. A cambio, y a la pregunta de si alguien más se había puesto en contacto con él, Roche le reveló que me había visto y accedió a darle a Mosca el número de teléfono de mi casa.

Llamó. Sin muchas palabras, como si hablara con miedo, me propuso vernos esa misma tarde. Acepté. Me invitó a su casa, en el barrio, en una calle nueva de nombre absurdo: Oklahoma. En algunas zonas modernas de Madrid, que yo había visitado en busca de morosos, a las calles las habían bautizado con títulos de películas famosas. Yo mismo tenía un deudor que residía en el número 10 de Lo que el viento se llevó. Daba la impresión de que Madrid crecía a tal velocidad que no solo los callejeros se volvían inservibles a los pocos meses, sino que los nombres normales de calles parecían haberse acabado ya y el Ayuntamiento o quien diablos fuera había recurrido

a formulas tan inagotables como estrafalarias para no verse desbordados por cientos de avenidas ilocalizables, como imaginé que sería esa extravagante Oklahoma de mi viejo barrio donde vivía Mosca. El taxista ni siquiera se inmutó cuando le indiqué el nombre de la calle.

Cruzamos Madrid, y al atravesar el puente de Ventas me sorprendí al verlo levantado, roto, rodeado de vallas, de excavadoras aparcadas en día de fiesta. Nos internamos en el barrio, que había cambiado o estaba cambiando, porque descubrí varias zonas nuevas alrededor de la de Mosca. La calle de Oklahoma era una avenida reluciente con bloques de pisos a los lados asentada sobre los solares desérticos en los que habíamos jugado de niños o atravesado en los entrenamientos del maratón. Llamé al portero automático y Mosca me abrió al instante, como si estuviera esperando sentado al lado del telefonillo a que llegara. Me abrazó sonriendo, me contempló a su gusto, me invitó a pasar. Conservaba la misma voz picuda y chillona de entonces, la misma amabilidad simpática, atolondrada, obsequiosa y un poco fatigante, pero había engordado en esos doce años tanto que al verle creí que quien me estaba abriendo la puerta no era él sino su padre. Nos sentamos en el sofá de su casa, un piso nuevo de tres habitaciones pintado de amarillo clarito y lleno por todos lados de juguetes de niña.

Mosca se apresuró a explicarme, mientras apartaba de la mesa varias muñecas y una minicocina, que se había casado con Laura, la hija del dueño de la ferretería en la que empezó a trabajar cuando aún vivíamos todos en el barrio, y que tenía dos hijas.

—¿Tú terminaste la universidad? ¿No? ¿Te sirvió? —me preguntó, sin parar de recoger juguetes.

—¿El qué?

—La universidad. Para pillar un buen curre, hombre, bien pagado, con buen horario... El policía me contó que estás de abogado en una empresa.

—Es una manera optimista de verlo. En el fondo, trabajo en una gestoría arruinada en la que me dedico a cobrar a morosos.

—Pues para eso...

—Sí. Para eso daba igual la carrera.

—Yo soy el único que queda aquí, en el barrio. Todos os fuisteis.

—Pero el barrio no sigue en el barrio. No hay quien lo reconozca. Hay muchas calles nuevas. Y están cambiando el puente de Ventas. He visto las obras al venir.

—Sí —dijo, con un tono entre pedagógico y orgulloso—. Van a mejorar las barandillas y a poner un arco simbólico, según he oído en la tele.

—¿Simbólico?

—No sé de qué, pero simbólico. ¿No te gusta cómo está quedando?

—No me fijé mucho. Pero no: me gustaba como estaba, sin barandillas nuevas, sin arco simbólico y sin nada.

—Eso es porque ya no eres de aquí, Pablo.

—Puede.

Mosca pareció sonreír, alegrarse de tenerme enfrente. Se levantó a por cervezas. Y a cerrar las ventanas que daban a la calle y por donde se colaban los restos de un atardecer que dejaba en penumbra la casa. Encendió la luz en la lámpara del salón más cercana a mí.

—Es un poco oscuro, el piso —añadió—. Pero los otros eran más caros —esperó a que yo dijera algo. Pero luego continuó—: Al principio, no te creas, Laura y yo pensamos irnos a otra zona de Madrid, a Coslada o a San Fernando, pero justo entonces se pusieron a construir aquí. Si te asomas a la terraza lo ves: está todo lleno de pisos nuevos. De la M-40 para acá. ¿Y para qué irnos? La ferretería, porque sigo en la ferretería, pilla cerca. En Coslada tendría que ir en coche o aburrirme en un autobús y así me doy el gustazo de ir andando, ¿no crees? —yo asentí y él se inclinó en el sofá, aparentemente satisfecho, mojándose los labios en el vaso de cerveza. Y, sin embargo, algo en el tono daba la impresión de que se disculpaba delante de mí por no haberse ido, como nos fuimos todos.

—¿Tú te casaste, Pablo? ¿Tienes hijos?

—No —respondí, mientras recordaba que lo mismo me había preguntado Trendy en el metro.

—Pues no sabes de lo que te libras —bromeó—. Ahora esto está tranquilo porque Laura se ha ido con las niñas a casa de su madre para dejarnos en paz. Si no, aquí no hay quien pare —exclamó, sonriente, guardando más cacharros de plástico y libros de colores en una cesta inmensa, haciendo notar en la voz el orgullo, ahora sí, ahora auténtico, que sentía por haber sabido construir un hogar más próspero que el que su padre le procuró a él.

Noté que se comparaba conmigo y se veía ganador. Al examinarme, decidió que él había sido mejor tratado por los años que yo.

—¿Pero tienes novia?

—Ahora no.

—Pues es raro, porque tú...

—De eso hace tiempo, Mosca.

—Ya nadie me llama Mosca.

—Perdóname.

—No. No me importa que tú me lo llames. O que me lo llame Javier. Se me haría raro que me llamarais José Antonio.

—¿Ves a Javier, al Gordo?

—A ese sí que le molestaba que le llamaran «El Gordo». ¿Te acuerdas?

Sonreí. Me acordaba.

—Sí que lo veo, de vez en cuando. Aunque cada vez menos. Vino a mi boda y yo fui a la suya. Pero él no conocía a nadie en mi banquete y yo tampoco en el suyo. Ya ves. Además fue raro, porque casi no pudimos hablar entre nosotros, imagínate: una boda en la que solo conoces al novio... Está en una empresa de electrónica, de lo suyo. Bien pagado. Gana pasta. Bastante pasta, según dice. Y me lo creo, cuidado. Y

ole sus huevos. Aunque ahora debe de hacer más de un año que no hablo con él. Me da palo, porque a ver cómo le llamo para decirle que han matado a Trendy. Seguro que ni se ha dado cuenta, aunque haya leído el periódico. Tengo que avisarle de que pasado mañana es el entierro. Se retrasa por la autopsia, según me ha dicho el policía. ¿Tú vendrás, no?

—No sabía lo del entierro. No sé si podré.

—Tienes que venir —exclamó, rotundo, serio, completamente convencido—. Es el entierro de Trendy.

—Procuraré ir.

Asintió con la cabeza, dándome su aprobación. Luego dejó de recoger juegos para sentarse en el sillón situado enfrente de mí. Le noté preocupado de golpe, repentinamente tenso. Buscó el periódico, lo dobló por el artículo de Trendy y me lo tendió. No me dio tiempo para leerlo.

—La noticia es de hoy, pero yo la llevaba esperando más de doce años. Y sé por qué lo digo, porque a Trendy le han matado por algo que me he callado todo este tiempo y que solo he contado esta mañana a ese policía.

Recordé las viejas palabras de El July y el fatalista sentido de la vida y del destino que encerraban y del cual quiso escapar Trendy: «La bala que me ha de matar ya la han disparado; el cuchillo que me va a destrozar ya lo empuña alguien. Mientras tanto, se trata de esquivar».

—Pablo, ¿tú te acuerdas de Palacios, de Luis Palacios?

Me sonaba el nombre, lejanamente.

—No mucho —contesté.

—Todo esto empezó cuando Trendy cumplió los dieciocho años. Ya no estudiaba, acuérdate, había dejado el instituto y de ir a La Rueda. Para no... —se interrumpió bruscamente. Dudó, me miró, interrogándose.

—Sigue, Mosca. Continúa.

—Para no... veros, ni a ti ni a Nora. No te molestes: no podía soportar veros juntos. Eso me contó, al menos. Acuérdate. Estaba colado por esa tía. Iba de duro, pero estaba colado por ella como un idiota. Por eso no podía veros. ¿No te molesta que te lo diga ahora, no?

—No me molesta, Mosca. ¿Cómo me va a molestar? Ha pasado mucho tiempo. No he vuelto a ver a Nora casi desde entonces. Ya casi ni me acuerdo —mentí, porque cada hora que pasaba me iba acordando mejor de aquellos días. Mosca me escuchaba con los labios blancos de espuma de cerveza.

—¿Has leído alguna vez la revista *Pronto*, Pablo?

—¿Qué?

—La revista *Pronto*, que si la has leído alguna vez.

—No. ¿A qué viene eso?

—Yo la conozco porque la madre de mi mujer la compra siempre, cada semana, sin fallar nunca, y luego la trae aquí para que la lea Laura. Es una típica revista de

cotilleos y eso. Pero hay una sección titulada *Qué habría sido de mi vida si yo...* Cada semana, un tío o una tía cuentan qué les ha marcado su vida, para bien o para mal, aunque generalmente es para mal. Siempre son fracasos amorosos: gente que se casó con la persona equivocada o al revés, que no se casaron, que se lamentan haber dejado escapar a su media naranja, y hala, a hacer zumo con la media que queda. Yo no sé si se los inventan los periodistas. Pero eso da igual porque la cosa sí que existe de verdad, sí que existe eso de qué habría sido de mi vida si yo..., porque en determinadas cosas, si eliges mal, el error dura mucho, a veces para siempre, porque un error lleva a otro, y a otro, y así, al final, no sabes ni cómo llegaste ni cómo salir. Te digo esto porque yo me he preguntado muchas veces, y me lo llevo preguntando toda la santa mañana, qué habría sido de la vida de Trendy si no se hubiera empeñado en enamorarse tanto de Nora. ¿Me comprendes? Habría seguido en el instituto, habría terminado COU, no se habría ido de España (porque se fue, en parte, para no verla, para no acordarse de ella), se parecería más a ti, o a mí, o no, no se parecería a ninguno de los dos, creo, pero lo que es seguro, me parece, es que no habría terminado desangrado en la calle por una cuchillada de la gente o de los hijos de Luis Palacios.

—¿Quién era Palacios, Mosca? ¿Por qué crees que mató a Trendy?

—No es que lo crea. Es que es así —me contestó, con la voz firme, el gesto resuelto, algo indefinible e impaciente rondándole en la cabeza. De repente se levantó, señaló la puerta—: ¿Te apetece salir fuera? Dar una vuelta. Ir a un bar. No te lo creerás, pero me agobia hablarte así, sentados los dos en dos sofás. Aunque sean los de mi casa. Tú y yo nunca habíamos estado hablando así, sentados en un sofá, ¿no?

Me levanté, me dirigí al pasillo. Mosca cogió una chaqueta, dejó una nota en la mesita del vestíbulo para su mujer. Salimos a la nueva geografía de mi viejo barrio, a la calle de Oklahoma, desembocamos en una avenida recta y convenientemente iluminada. A lo lejos, sobresalía la figura estilizada, la aguja extraterrestre del Pirulí, recortada contra el crepúsculo. Mosca comenzó a andar por esa calle estrenada hacía pocos meses, poblada de parejas jóvenes que empujaban carritos de niño, dejando atrás, al lado, no sé si a propósito, la parte antigua del barrio.

Sin pararse, comenzó a hablar:

—Hacía un año que al padre de Trendy le habían echado de la fábrica de rodamientos. Bueno, no solo a él. A media fábrica. Por entonces echaban a la peña así, y te tenías que joder. Y él se jodió. Porque tenía 58 años. ¿Dónde iba a ir un tío con esos años cuando ni los jóvenes encontraban curre? ¿Quién le iba a querer? Lo único que sabía hacer el pobre hombre era rodamientos y conducir, y por eso, a los pocos días de quedarse en el paro, se acercó una tarde a la casa en la que vivía Palacios y le preguntó si tenía algún taxi disponible. Me extraña que no te acuerdes de Palacios, Pablo, que no oyeras hablar de él. O que lo olvidaras. Durante un tiempo, antes de El July, de sus colegas y sus atracos, Palacios, que empezó de taxista, era el

rey de El Valle. Después, cuando empezó a ganar dinero, yo calculo que antes de que entráramos en el instituto, dejó su vieja casa y se trasladó a un piso un poquito más moderno pero igual de pequeño, cerca de la tintorería, por donde vivía Javier. Todos le conocían: gordito, poca cosa, chistosillo, agradable a la primera, pero muy violento cuando se mosqueaba. Entonces le cambiaba la voz, y con la mirada era capaz de congelarte el pulso. Yo he visto a tíos como castillos caer de rodillas delante de él para que no los pateara. Por aquellos tiempos, cuando echaron al padre de Trendy, mantenía una flota de ocho o nueve taxis de su propiedad que le servían de tapadera para otros negocios, que era de donde sacaba la pasta: tabaco ilegal, chocolate, algo de cocaína y caballo. A pequeña escala, no te creas. Algo entre camello esquinero y traficante. El padre de Trendy le caía bien, habían sido amigos de jóvenes, vecinos, y le alquiló el taxi cuando el otro se lo pidió. Pero el padre de Trendy, don Enrique, jamás sirvió de correo de droga, ni quiso mezclarse con los otros chanchullos de Palacios. Él se dedicaba a conducir todo el día y darle la mitad de la recaudación al otro.

Mosca torció por una bocacalle que moría en una plaza también reciente. Se encaminó a un bar situado en una esquina, al lado de un gimnasio de grandes ventanales y de un Caja Madrid.

—Vamos aquí. Te gustará.

Nos sentamos a una mesa de madera clara. Mosca se acercó a la barra a pedir. Al sentarse, exclamó:

—La Rueda pillas demasiado lejos. ¿Mejor este, no?

—Mosca, ¿te puedo preguntar una cosa?

—Claro.

—¿Cómo sabes estas cosas?

—Porque me las dijo Trendy.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

Mosca bebió su cerveza de un trago. Se demoró en contestarme:

—En la ferretería. Cada mañana, cuando volvía de currar en el taxi.

—¿Pero no has dicho que el que llevaba el taxi era su padre?

Él sonrió, calló durante un tiempo, no sé si porque le gustaba tenerme así, pendiente de sus palabras, o porque recordó de golpe aquellas mañanas pasadas con Trendy.

—Se acabó COU, tú te acuerdas. Javier no logró la media para estudiar Medicina, que es lo que decía que quería, pero se metió a Informática. Ahora se alegra, o eso dice. Tú y Nora ibais a vuestro rollo, y hacíais bien. Trendy ni se presentó a los exámenes, y yo buscaba un curre para sacarme unas pelas antes de irme a la mili. Y lo encontré, en una ferretería del barrio donde aún sigo. Y eso que nunca, nunca, te lo juro, Pablo, me había fijado en esa maldita tienda, jamás había entrado ahí para comprar ni un puto clavo, a pesar de que estaba a tres manzanas de mi casa. Una mañana de ese verano mi madre me vino con que había un cartel puesto en el

escaparate que pedía un vendedor, un aprendiz se decía entonces, y fui por la tarde para ver de qué iba eso. Y ya no salí. ¿Es para la sección esa de *Pronto* o no, tío? ¿Qué habría sido de mi vida si a mi madre no le hubiera faltado un tornillo? ¿A que es un buen título? Y lo mejor de todo es que ahora, con toda la gente nueva que está llegando al barrio, la ferretería se ha vuelto un buen negocio. Bueno, a lo que iba: el dueño me hizo un contrato por un par de meses, y me prometió guardarme el puesto mientras estaba en la mili, sin saber todavía que yo, a los pocos días de haber entrado, ya me acostaba con su hija, con Laura, en la trastienda. O a lo mejor sí que lo sabía y por eso me lo hizo. Laura, tú la conoces, iba al instituto, a una clase menos que nosotros.

Mosca se levantó a pedir otras dos cervezas e ir al baño. Volvió pensativo, chasqueando la lengua, moviendo la mandíbula.

—Por aquel tiempo Trendy le dijo a su padre que no iba a presentarse a los exámenes. El otro ni se alteró. Pero al día siguiente, don Enrique llegó a casa con 25 000 pesetas para que Trendy se apuntara en una autoescuela y se sacara el carné en cuanto cumpliera los 18 años y así ayudar en casa. Y en cuanto se lo sacó, el padre pidió permiso a Palacios y Trendy comenzó a currarse el taxi por la noche. Acuérdate: nosotros, quiero decir tú, Nora, el Gordo, Trendy y yo ya no nos veíamos mucho. Romeo y Julieta, que erais vosotros dos, no aparecáis por el barrio; a Javier dejó de gustarle La Rueda y cada vez iba más con sus colegas de la universidad; yo me enrollé con Laura, y Trendy, pues también se apartó, se alejó, tú me entiendes... Pero cuando empezó con lo del taxi, los días de diario, por la mañana, tras verme un día entrar en la tienda con la chaqueta de atender y saludarme y preguntarme que qué hacía yo allí y yo responderle pues que curro aquí, tío, empezó a dejarse caer después de conducir toda la noche. No me preguntes por qué. Tal vez porque no había nadie de nuestra edad a esas horas con quien hablar. Ni en El Valle ni en ningún otro sitio del barrio. Se sentaba a fumar en una silla de jardín de esas plegables que mi suegro había colocado al lado de la caja registradora para que descansaran los clientes mientras esperaban cola. Se quedaba media hora como mucho, porque a él se le cerraban los ojos de sueño y yo no podía desatender mucho la tienda. Pero eso bastó para que Trendy me mantuviera al tanto de su nueva vida. Yo no era su amigo preferido, tú lo sabes bien, pero tampoco había mucho donde elegir, ¿no? Tenía a sus colegas de El Valle, pero acuérdate hacia dónde tiraban también esos, siempre detrás de la última locura de El July. Ya entonces asaltaban farmacias o supermercados, aunque todavía ninguno había pasado mucho tiempo en la cárcel, que yo supiera.

»Y una mañana como las otras Trendy llegó, como siempre, agotado, se sentó en la silla de campo, miró la tienda y tras asegurarse de que estábamos solos, de que mi jefe ordenaba cosas en el almacén, me contó sonriendo que llevaba días robándole parte de la recaudación a Palacios. Me lo dijo así, tranquilamente. A Palacios. ¿Qué te parece? Al principio pensé que Trendy era idiota. Bueno, y después. Huía de las movidas de El July para meterse él mismo en otra peor. Me lo explicó todo con esa

calma tan suya que le salía de dentro. Hacía días su padre y él habían ido a ver a Palacios para pedirle un porcentaje mayor. Fue idea de Trendy, porque necesitaba el dinero para irse, ya sabes, acuérdate de las barrilas que daba con su manía de largarse al Canadá o a Nueva York. Hay gente así: sobre todo tozuda. A los diecisiete años yo pensaba que eso era una virtud, un don del que alegrarse, como el oído musical o ser alto o listo. Ahora no estoy tan seguro. Porque Trendy, a su manera, vivía prisionero de sus propias manías, de su cabezonería. Pero para eso Trendy necesitaba ahorrar y él y su padre se presentaron en la casa del Palacios y le reclamaron más dinero. El otro les respondió que no, y lo razonó argumentando que si se lo daba a ese par de infelices tendría que dárselo a los demás. Se acabó el tema. El viejo no discutió. Acató mansamente la respuesta del Palacios, y obligó a su hijo a aceptarla también. Pero ya conocías a Trendy. Si no se lo daba, lo cogía él. Por pelotas. Hala. Podría habérselo pedido a El July, o haberse apuntado a algún palo fácil a alguna tienda del centro, y sacarse así, de un tirón y fácilmente, la pasta. El July le quería. Le habría dejado participar. Pero no. Claro que no. Él tenía que mangárselo a Palacios. Se propuso robarle cerca de cien mil pesetas a lo largo de varios meses, una minucia para el dueño de tantos taxis y tantos negocios, y en eso confiaba Trendy: pensó que nunca lo descubriría porque ni siquiera se iba a fijar, preocupado como estaba con otras cosas. Pero lo descubrió. No me preguntes cómo, supongo que un día se pondría a echar cuentas y descubriría que no le cuadraban. El caso es que llegó a la conclusión correcta: o el padre o el hijo me tangán. Y lo van a pagar. Los dos. Palacios era así: podrido de dinero y de mala sangre, el cabrón se daba maneras de marqués cuando salía por la calle, se había acostumbrado a hacer lo que le salía del alma a cada momento. ¿Cómo es que no te acuerdas de él? A veces pienso que tú no viviste aquí, Pablo, porque no me lo explico... Y una mañana, cuando el señor Enrique salía a trabajar, minutos después de que Trendy le hubiera entregado las llaves y se hubiera acostado, vio a tres matones apoyados en el taxi y al mismo Palacios de pie, un poco alejado, cerca de la acera. Se imaginó no solo que algo malo pasaba sino que algo aún peor le iba a pasar. No se atrevió ni a dar la vuelta. Imagínate a don Enrique, que ya no era joven, achantado por la voz de Palacios, por ese vozarrón que le salía cuando se cabreaba. Y los tres tíos ahí, silenciosos, aguardando un gesto del jefe para molerle a golpes. Tú te tienes que acordar, Pablo, joder, por mucho que digas, antes de que llenaran esto de pisos nuevos, incluso antes de que se hiciera famoso El July, a veces aparecía gente con las manos sujetándose la boca llena de sangre, o con el brazo en cabestrillo. Y todo el mundo comentaba que detrás estaba Palacios, los hijos de Palacios, la gente de Palacios... Pero esta vez no tocaron al padre de Trendy. Se limitaron a explicarle lo que pasaba y le obligaron a volver a su casa para avisar al hijo. Don Enrique se dirigió directamente a la habitación de Trendy y le sacó de la cama zarandeándole. Le preguntó dónde guardaba el dinero y el otro, muerto de sueño, lo negó todo. Pero don Enrique comenzó a revolver cajones, a sacar camisas del armario, a buscar en los bolsillos de

los pantalones y Trendy, al final, cogió un libro de la estantería donde escondía los billetes. Entregó el dinero a su padre sin decirle nada. Su padre le miró y le señaló la calle. Bajaron ambos. Los matones seguían esperando. Tampoco Palacios se había movido. El padre le tendió el fajo de billetes, señalándole que estaba todo. Palacios se lo guardó en el bolsillo y debió de hacer un gesto que Trendy no percibió porque uno de los matones, de buenas a primeras, se le acercó, basculó, se inclinó un poquito hacia atrás para darse impulso y con el puño cerrado, le arreó un ostiazo en la oreja que le tiró al suelo. Don Enrique se quedó paralizado, no supo si acudir en auxilio de su hijo o humillarse ante el viejo Palacios para que ordenara que le dejaran en paz. Mientras tanto, el matón le zumbó a Trendy un patadón en el estómago. Y ahí sí que el padre se abalanzó contra Palacios, pero otro de los gorilas se interpuso y derribó a don Enrique de un empujón. Los dos quedaron en el suelo. Palacios reclamó las llaves del taxi. Todo esto me lo contó Trendy días después, en su última visita a la ferretería, cuando ya se iba del barrio y bajó, no a despedirse, o no solo, sino a comprar no sé qué que les hacía falta para la mudanza. Porque a don Enrique se le volvió a ver poco por el barrio. Muy poco. Puso la casa en venta y se marchó al pueblo de su mujer, a la casa de sus suegros, o por lo menos eso decían. Solo Milagros, la hermana de Trendy, la que trabajaba en una peluquería, se quedó por aquí. Después también se fue, me parece. ¿Tú no sabías nada de esto, Pablo?

—No. Nadie me lo contó nunca.

—Preguntarías poco, porque fue la comidilla...

—Fui a su casa meses después de todo eso. Su hermana me dijo que se había ido a Estados Unidos, pero yo no la creí. Pensé que me engañaba. Si hubiera insistido, tal vez me habría enterado de todo, pero no lo hice. Fue culpa mía, lo reconozco...

—Ya.

Mosca calló unos instantes, mientras calibraba mi respuesta, mi falta de excusas. Después se inclinó hacia mí:

—Bueno, pues todo esto se me había olvidado. Hasta que he visto la noticia del periódico esta mañana. Ajuste de cuentas entre drogadictos, dice. Y una mierda. Mientras lo leía, una y otra vez, me parecía oír a alguien dentro de mi cabeza decirme: mira, Mosca, Trendy encontró la venganza a su venganza. Porque Trendy se vengó. Y desde entonces estaba sentenciado.

Y Mosca dibujó, con el dedo índice extendido, una cruz en el aire, y repitió la palabra:

—Sentenciado. Desde que se enfrentó a Palacios. ¿Para qué volvió? ¿Qué pasa?, ¿que pensó que estas cosas caducan, como las latas de anchoas?

—No lo sé, Mosca. Yo sé muy poco. ¿Se fue al pueblo él también?

Al principio sí. Pero luego encontró curre y volvió. De vigilante jurado. En bancos o en tiendas lujosas, no me acuerdo bien. Con pistola, de eso sí que me acuerdo. Y se mudó a un piso del centro, en Moncloa, a un apartamento enano que compartió con dos extremeños compañeros suyos de trabajo.

Mosca se detuvo. Miró hacia los lados, comprobó que el bar seguía vacío, que tan solo un camarero sentado en una mesa lejana podía oírlos. Me miró con prevención, advirtiéndome con los ojos que entrábamos en el terreno de la confidencia peligrosa.

—Allí vivió hasta que una noche vio a Palacios al volante de un taxi parado en un paso de cebra.

A partir de entonces Mosca bajó aún más la voz y prosiguió sin dejar de mirar de reojo al camarero, que a su vez no apartó en ningún momento la vista de la pantalla del televisor del bar. Mosca me aclaró que Palacios hacía entonces cosas así: de vez en cuando, sin avisar, le daba por recordar sus viejos tiempos de taxista callejero y golfo, y ordenaba a cualquiera de sus asalariados que le dejara un coche y se ponía a dar vueltas por el centro. Si le apetecía recogía clientes, sobre todo mujeres, charlaba con ellas, las invitaba, o se paraba él solo a tomar copas con otros compañeros de su misma edad y si se entonaban a base de *whisky*, la juerga acababa en un burdel antiguo situado en un piso de la Costanilla de San Pedro donde Palacios acostumbraba a dejarse una pequeña fortuna en cada ocasión. Y una noche helada de diciembre Trendy salía de una guardia de un centro comercial cerca de la carrera de San Jerónimo aún con el traje de vigilante puesto, con una bufanda que le tapaba la boca para protegerse del frío, con la pistola metida en una bolsa de deportes, y Palacios iba al volante de uno de sus taxis, despistado, alegre, algo borracho ya, a punto de enfilar hacia el burdel de la Costanilla, con una cinta de Camarón sonando en el aparato de música. Se cruzaron en un paso de cebra. Trendy le reconoció al instante, y su primera idea fue la de huir. Pero luego se lo pensó mejor, y levantó la mano, llamándole, convencido de que con la bufanda Palacios no sabría quién era. Lo demás, según Mosca, lo ideó en el taxi, sobre la marcha. Efectivamente, Palacios no desconfió. Pero en cuanto le oyó ordenarle que se dirigiera al barrio, algo en su voz le sonó conocido. Dio la vuelta y descubrió a Trendy apuntándole en el cogote con la pistola. Le obligó a que condujera sin prisas, a que desenchufara la emisora que servía de intercomunicador entre los taxistas y que la banda de Palacios empleaba a veces para lanzarse consignas secretas con mensajes en clave. Y una vez en el barrio, Trendy le ordenó que cogiera la carretera a Vicálvaro, una vía desierta y mal iluminada de dos carriles que discurría entre un descampado sembrado de escombros. Una vez en la carretera, Trendy indicó a Palacios, sin aflojar la presión del cañón sobre el cuello, que se desviara hacia la izquierda, tomando un camino trasversal de tierra. Recorrieron doscientos o trescientos metros antes de que Trendy mandara al otro detener el coche. Sin dejar de apuntarle con la pistola, Trendy ordenó a Palacios dejar en la guantera todo el dinero que llevaba, salir después y situarse delante de los faros, de manera que pudiera verle bien. El taxista obedeció, extrajo del bolsillo del pantalón un fajo de billetes atado con una goma. Siempre salía con dinero. Y Trendy lo sabía. Esa noche contó cerca de doscientas cincuenta mil pesetas. El taxista aguardaba la siguiente orden de Trendy empuñado delante de su propio coche, helado de frío y de miedo, deslumbrado por la luz lechosa de los faros. Y Trendy

tenía pensado subirse al taxi, abandonar al viejo ahí, en medio del descampado, y largarse después del barrio, de Madrid, de España. Pero entonces pensó algo más. Mosca no supo explicármelo, porque ni siquiera el mismo Trendy acertó a comprender por qué actuó como actuó, sabiendo que ponía en peligro su vida y probablemente la de toda familia. Porque hasta ahí, según aseguraba Mosca, a pesar del robo y de la humillación, el código de Palacios y su gente no exigía otra cosa para resarcirse que otra paliza que zanjara de una vez la disputa, o ni eso, tal vez, simplemente el olvido, que se largara del barrio. Pero Trendy decidió en ese momento cruzar una línea sin regreso: ordenó a Palacios que se sentara de nuevo en el asiento del conductor, le obligó a enchufar la emisora y a convocar a todos sus correos disponibles a esas horas, que eran bastantes porque operaban de madrugada, con mercancía, con droga, con tabaco, con lo que fuera, en 15 minutos, en la parada de plaza de Castilla. Palacios estaba convencido de que aquel muchacho era capaz de matarle ahí mismo. Por eso, con el dedo tembloroso, apretó el botón de la emisora y ordenó que todos sus correos se concentraran en la plaza de Castilla. Después, Trendy le hizo salir de nuevo del coche, colocarse otra vez frente a las luces aplastantes de los faros, para ordenarle después alejarse, correr, diez metros, cincuenta, cien, doscientos, perderse en el descampado. Le gritó que desapareciera de su vista, que se escondiera, que se perdiera. El viejo, desorientado, se dirigió hacia las luces de Vicalvaro creyendo que se dirigía hacia el barrio. Correteó entre los escombros y las montañas artificiales de arena, trastabilló, cojeó, se cayó, se levantó tras tantearse la ropa. Trendy le observó alejarse. Después colocó la pistola cerca de la palanca de cambios, pasó al asiento del conductor, encendió el motor y regresó a la carretera. Le pareció oír a Palacios amenazarle desde un montón de cascotes. Él tenía la pistola, cierto, pero sintió que era el viejo el que acababa de dispararle a él una bala que le iba a perseguir siempre, que le iba a buscar donde fuera hasta encontrarle. Aquella noche Trendy empezó a esquivar. Como El July.

Lo que resta de la historia me lo contó Mosca con más precaución y miedo si cabe. Se cercioró varias veces de que el solitario camarero seguía absorto el programa de televisión para continuar, inclinándose aún más sobre la mesa, susurrándome en voz aún más baja. Así me enteré de que al llegar al barrio, Trendy buscó una cabina y llamó a la policía. Le bastaron pocas frases: plaza de Castilla, taxistas, droga en las guanteras o en los maleteros. Encarcelaron a diez, incluido Palacios y dos de sus hijos mayores. Pero esto Trendy no lo supo hasta muchos meses después, hasta que le llegó la primera carta de su hermana. Aquella noche lo primero que hizo fue desembarazarse del vehículo, abandonarlo en un callejón para después buscar un refugio donde pasar la noche.

—Y al muy animal no se le ocurre otra cosa que llamar a mi casa a las cuatro de la mañana —murmuró Mosca—. Despertó a toda la familia. Mi padre casi me mata de un tortazo. Mi madre se asustó. Y yo también, porque por muy chalado que estuviera Trendy no era normal que me llamara, y menos a mí, a aquellas horas.

Trendy le aguardaba agazapado en las sombras del portal. En cuanto vio a Mosca, le preguntó si tenía las llaves de la tienda, si podía esconderle durante unas horas en el almacén de la tienda.

—No pregunté nada. No dudé, Pablo. Mirándole a los ojos comprendí que no había tiempo para dudar. Simplemente subí a mi casa, pasé de mi viejo, que seguía despotricando y llamándome golfo y drogadicto, ya ves, drogadicto, cogí las llaves y le acompañé a la tienda.

Allí se acurrucó en la silla de plástico y le relató a Mosca lo que acababa de sucederle. También le pidió prestado todo el dinero que pudiera conseguirle. Por segunda vez Mosca, el tonto de Mosca, el charlatán de Mosca, quién lo hubiera dicho, regresó a su casa, sorteó las preguntas de su padre y cogió las ciento cincuenta mil pesetas que había conseguido ahorrar para endulzarse el mal trago de la mili, que empezaba para él la semana próxima. Con ellas volvió a la tienda y se las entregó a Trendy, que le prometió devolvérselas.

—Y lo hizo. Un año después, a través de su hermana, pero lo hizo —señaló Mosca, que concluyó—: Esa noche intentó dormir algo sin conseguirlo. Yo le acompañé. Tampoco pegué ojo, claro. Al amanecer, más tranquilo, más confiado, tras lavarse la cara y asomarse varias veces a la ventana por si acaso, me abrazó y se fue a su casa de Moncloa para coger el pasaporte, algo de ropa y largarse para siempre. Fin.

Mosca me miró desde el fondo de unos ojos bruscamente intensos, dueños de una repentina densidad.

—Se fue por Palacios. Pero también porque no soportaba lo vuestro. Eso no me lo dijo pero lo sé. A última hora, ya fuera de la tienda, me pidió que me despidiera de vosotros. De ti, sobre todo. Insistió en eso. Que lo sepas.

—Pues no lo hiciste.

—Lo intenté. Pero nunca estabas en casa. Ni por el barrio. Después me fui a la mili y cuando volví ya no estabais ninguno.

El camarero se levantó y apagó el televisor. Aburrido, nos indicó que iba a cerrar. Mosca miró la hora.

—Joder. Laura debe de estar ya en casa —después me miró de frente—: Pablo, esto que te he contado no conviene que se sepa, ¿entiendes? No digas por ahí que yo ayudé a Trendy a escapar. Ni a ti ni a mí nos viene bien.

—Tranquilo, Mosca.

—Pablo.

—¿Qué? —pregunté, mientras salíamos del bar, al aire fresco de una noche casi de primavera.

—¿Tú sabes para qué volvió? ¿Te dijo por qué volvió aunque Palacios le aguardara para matarle?

—No me dijo nada —contesté—. Yo no sé nada.

Dimos unos cuantos pasos juntos. Después Mosca señaló su casa, como

disculpándose por tener que separarse. Me recordó lo del entierro mirándome a los ojos. Alargó la mano y estrechó la mía con fuerza. Yo seguía buscando una respuesta a la pregunta:

—A lo mejor se hartó de esquivar, Mosca. Simplemente se hartó de esquivar.

La mañana siguiente, Isabel la secretaria descubrió, al abrir la puerta de la gestoría y encender la luz del vestíbulo, que nos habían asaltado. Los ordenadores y los cajones estaban dispuestos en el suelo como barricadas y una marea de papeles desbordaba todas las habitaciones. Tras rescatar un teléfono del desastre de muebles rotos o fuera de su sitio en que se había convertido la oficina, alertó a Martí. Este, desde su casa, llamó a la policía y la casualidad quiso que le atendiera un viejo conocido suyo, un tal Fernando Amusátegui del que la secretaria había oído hablar alguna vez. Isabel, tras enterarse mediante una segunda llamada a Martí de que la policía ya se encontraba en camino, me avisó a mí. Y lo hizo con tanta urgencia y alarma que salí de mi casa a toda prisa, sin acordarme siquiera de coger el maletín de los morosos. En menos de veinte minutos me planté en la plazoleta incrustada en la calle de Francisco Silvela, donde se encontraba la gestoría. Isabel, por su parte, tras dejar el teléfono, salió de la oficina, sin cerrar la puerta, y se sentó a esperarnos en la escalera, sin atreverse ni a quitarse el chaquetón. Tan solo se levantaba para encender la luz, que se apagaba cada tres minutos exactos. Así me la encontré yo, con los brazos cruzados mirando lívida de espanto la entrada. Los ladrones habían descolgado y arrojado al suelo los cuadros, habían esparcido todo lo que sostenían las mesas, que también aparecían volcadas. Distinguí mi lámpara de flexo en una esquina del pasillo con el cuello estirado hacia arriba, mirando el techo. Casi todos los cajones de los archivadores estaban abiertos, vaciados, con montañas de papel alrededor. Las pantallas de los ordenadores estaban rotas, con los cristales convertidos en un polvo brillante que manchaba la moqueta. Me dispuse a dar un paso y entrar cuando Isabel, que se había colocado detrás de mí, sin que me diera cuenta, me sujetó el brazo.

—Don Eduardo ha dicho que le esperemos. Y sabe por qué lo dice. Él sabe de estas cosas.

—¿De qué cosas?

—De robos y eso.

—¿Ah, sí?

—Que te lo cuente él, si quiere. A mí solo me ha dicho que le esperemos a él o a Amusátegui, el policía.

—¿Se conocen mucho el jefe y ese Amusátegui?

—Se conocen desde los tiempos en los que el jefe era Sánchez-Vidal. Más de una vez tuvieron que ir juntos a rescatar al golfante del viejo porque estaba arrestado en un calabozo tras alguna pelea de las suyas en alguna nohecita de las suyas. Menudo pájaro.

—¿Quién, Amusátegui?

—No, hombre. Sánchez-Vidal. Amusátegui era un buen hombre: pequeñito y

flaco, con poca pinta de policía, la verdad. Aunque ha pasado mucho tiempo desde la última vez que le vi.

Intenté en vano convencerla de que me dejara entrar prometiéndole que no tocaría nada. Me suplicó en silencio que me quedara con ella. Acabé sentándome a su lado en el peldaño de la escalera. No sé cuánto tiempo permanecimos ahí, los dos juntos, sin hablarnos, levantándonos intermitentemente cada vez que se apagaba la luz de la escalera o que alguien subía a pie a los pisos superiores al nuestro y había que dejarle paso. Noté que ella tiritaba, supongo que de terror, porque no hacía frío en la escalera. Al contrario, una temperatura impropia, proveniente de una calefacción mal instalada, que funcionaba a destiempo, inundaba el edificio entero de un calor enrarecido similar al que flota en algunos hospitales. Sentado al lado de Isabel, yo no dejaba de preguntarme si debía avisar a Roche. «Lláname si te ocurre algo raro, cualquier cosa», me había advertido. Me había acostado muy tarde, porque tras despedirme de Mosca y montarme en el metro me había agotado dando vueltas por los alrededores de Gran Vía y me había agotado más aún dando más vueltas después, ya en mi cama, tratando inútilmente de acordarme del viejo Palacios y de su familia, de sus hijos vengadores, de su flota de taxis tapadera y de los matones que la tripulaban y a la que Trendy mandó a la cárcel la noche antes de largarse a Estados Unidos sin despedirse de mí. No debí de dormirme hasta las cuatro o las cinco de la mañana, cuando abracé un sueño raquítico y frágil que no me devolvió las fuerzas perdidas el día anterior. Sin embargo, una excitación demasiado parecida al miedo de Isabel me mantenía alerta.

A los veinte minutos oí la respiración agotada de Martí, que subía a paso rápido por la escalera. Rojo, congestionado, abrumado de calor y de sofoco, bufó un par de veces antes de pasar por encima de Isabel sin saludar e irrumpir en la oficina. Se instaló en el centro de la sala principal mirando en derredor, torciendo la cabeza a un lado y a otro. Así se quedó durante unos minutos en los que ni Isabel ni yo nos atrevimos a hablarle. Apiló dos o tres cuadros en una esquina tras desprenderle las astillas de cristal pegadas al marco, recogió unos cuantos papeles que examinó y volvió a arrojar al suelo con un gesto de desprecio. Inspeccionó su despacho, que también había sido asaltado: su mesa, por lo general abarrotada de pilas de documentos, mostraba una insólita desnudez y el suelo aparecía regado de cuartillas que Martí pisoteaba sin ningún cuidado. Antes de salir de su despacho, y sin decir una palabra, propinó a la papelera de metal un puntapié que la propulsó hasta la pared de enfrente, donde dejó un mordisco. Luego se plantó delante de nosotros, mirándonos con sus ojos de oso cansado y exclamó:

—Lo que nos faltaba, joder, esto es lo que nos faltaba.

Después se echó la mano a la garganta y se encaminó nuevamente hacia su despacho en busca de un trago. Pero los ladrones habían encontrado su botella de ginebra dentro del cajón donde la guardaba y la habían vaciado en una de las esquinas, formando un charco en la moqueta. Arrojó la botella vacía a un armario,

donde rebotó milagrosamente sin romperse, cerró la puerta por dentro, como había hecho semanas atrás, el día en que Murcia se despidió, y se sentó en su silla, tan confundido como sobrio. Allí se quedó un tiempo que yo utilicé tontamente en enderezar el perchero y en poner de pie un archivador que impedía el paso hacia el servicio. Isabel se sentó en el suelo y comenzó a ordenar hojas y documentos, apilándolos a su alrededor. Busqué mi silla, la encontré en el cuartucho que servía de cocina y la puse enfrente de mi mesa. Pero al final me senté también en el suelo, al lado de Isabel, intentando descifrar, sin éxito, el método que seguía para distribuir en montones los papeles.

Oía a Martí chillar por teléfono pero no alcanzaba a entender bien la conversación.

—¿Con quién habla? —pregunté a Isabel.

—Con los del seguro, creo, respondió sin dejar de ordenar, sin dejar de mirar al suelo.

—¿Teníamos seguro?

—Hace años sí: contra incendios y robos.

Martí colgó el teléfono de un golpe. Salió del despacho deprisa, acelerado. Buscó una silla cerca de él que no estuviera boca abajo. Al no encontrarla, acabó apoyado con la espalda en la pared.

—Se acabó —exclamó.

—¿Qué se acaba? —preguntó Isabel, algo intrigada.

—Todo. Estos del banco... Les llamo para preguntarles si aún me sirve el seguro y me responden que debemos mucho dinero, que casi no hay ingresos, y que ni se me ocurra pedir más préstamos, por si se me pasaba por la cabeza. Si hubiera podido envenenarme por teléfono lo habría hecho. Da la impresión de que pagan a hijos de puta para esperar a que les llames y así insultarte.

—¿Y el seguro? —preguntó Isabel.

—No está al día. Nada está aquí al día. Yo ya no estoy al día, ni tú, Isabel, ni este chico, que no sé qué hace con nosotros —respondió, señalándome—. Por cierto, uno de los tuyos ha pagado.

—¿Quién? —pregunté yo, extrañado.

—Petrell. No sé qué le dijiste antes de ayer, pero le convenciste. Al final va a resultar que vales para esto. Es el único dinero que ha entrado en nuestra cuenta en un mes. Y ya ha desaparecido, claro. Un montón de facturas pendientes se lo han comido. Nos estamos hundiendo.

—¿Y por qué no vendemos la oficina y nos vamos a un piso más pequeño o en una zona peor? —preguntó Isabel.

—¿Tú no quieres enterarte, no, Isabel? ¿Y de dónde crees que he ido sacando para pagar todo esto? Lo hipotequé hace tiempo —dijo Martí, como si confesara algo malo—. Me van a echar de mi propia oficina —concluyó.

—A lo mejor empiezan a pagar todos los caraduras de Pablo y se soluciona todo

—dijo Isabel, y no alcancé a saber si ironizaba o no.

Entonces sonó un teléfono y la secretaria, desde el suelo, se precipitó a encontrarlo y contestar. Asintió sin hablar durante un rato en el que miró hacia Martí varias veces con expresión huidiza. Tras colgar, se encogió aún más sobre sí misma. Hundió la cabeza en las rodillas, tomó aire, lo expulsó de un soplido y exclamó:

—Esto es la agonía —luego comenzó a lloriquear abrazada a su propio cuerpo.

—¿Quién era? —preguntó Martí.

—Sánchez-Vidal.

—¿Sánchez-Vidal, el viejo? —preguntó Martí, extrañado, molesto.

—Sí, sí, el viejo. Que dice que qué pasa, que nos hemos olvidado de poner la transferencia del pago del mes de su residencia. Que han pasado quince días. Que se lo ha recordado la monja contable. Quería hablar con usted, pero le he dicho que no estaba.

Martí observaba el suelo, el pedazo de moqueta que rodeaba sus pies.

—Lo que nos faltaba —repitió, casi gritando—. Ahora este. No nos hemos olvidado, Isabel. Es que no tenemos dinero. Decidí no decirle nada y esperar a ver. Pero ya no merece la pena ocultarle la verdad.

—Estamos a 16 de mayo, ¿no? Pues no han pasado ni 20 días y ya está el lío —musitó Isabel—. Las monjas esas, qué tías roñosas, ¿no? Nos van a echar a todos de todos los sitios a la vez —sollozó, agarrada a sus rodillas.

—Es una residencia privada, Isabel, y hay alguien que vive muy bien gracias a ella —repliqué—. Lo normal es que si no has pagado, te lo recuerden. Y que si no puedes pagar, te inviten a irte. Luego te echan.

Pasaron unos minutos. Martí contemplaba la pared. Isabel, que me había parecido minutos antes entregada a un gimoteo inacabable, dijo de repente:

—Está asustado, Eduardo. Más que nosotros. Y eso que no sabe todo lo que pasa, aunque se lo huele —era la primera vez que oía a Isabel llamar Eduardo a Martí—. Fue un golfo y un sinvergüenza, vale, pero ahora es un viejo cobarde sin un agujero donde caerse muerto. No sé dónde va a acabar, dónde vainas a acabar.

—Podríamos buscarle una residencia más barata, o publica —propuse.

—Ya lo hemos hecho otras veces, obligándole a mudarse, y siempre a peor. ¡Pobre hombre! —exclamó Isabel.

—No os dais cuenta, ¿no? —estalló Martí—. No hay dinero. Pronto no va a haber para pagar la luz, vuestra seguridad social, vuestros propios sueldos. Dile al viejo que no hay nada, que esto se acabó y que no hay para él.

—No voy a decirle eso a Sánchez-Vidal —respondió Isabel, levantándose del suelo—. Díselo tú si quieres. Ahí tienes el teléfono. Todavía no nos lo han cortado.

Martí suspiró y cerró los ojos. Isabel y yo aguardamos de pie sin hablar, pendientes de su reacción, que podía consistir en destrozar la mesa que tenía al lado de una sola patada o encogerse de hombros, darse la vuelta en silencio a salir escaleras abajo en busca de un vaso de ginebra que llenara el hueco por el que

respiraba su estómago. Pero se contuvo, creo, y extrajo de su cartera seis billetes de cinco mil pesetas y se los tendió a Isabel.

—Dile que se arregle con esto. Es casi lo último que nos queda.

—El mes de asilo cuesta cincuenta mil, no treinta mil —respondió Isabel, sin coger el dinero.

—No me desesperes aún más, por favor —casi suplicó Martí, también tuteando a su secretaria por primera vez desde que yo había entrado en la oficina—. Dale esto al viejo y dile que se conforme, que negocie con las monjas, con esa monja contable, que las engañe o que se lo gaste en un taxi y en un colchón para venir a dormir aquí hasta que nos desahucien. No hay más dinero para él. No hay más nada para nadie. No puedo hacer más, te lo juro.

Isabel se dirigió a mí.

—Pablo, ¿nos haces un favor?

Asentí.

—Coge mi coche y le llevas el dinero. El asilo está por San Martín de la Vega, ahora te apunto la dirección. Queda poca gasolina, te aviso, échale, luego te lo pago yo. Así conoces al viejo. Porque tú no le conoces, ¿no? Si está de buen humor, te caerá bien; si está de malas, que es lo más probable, dale el dinero y sal corriendo.

Me metí el sobre en el bolsillo y me encamine hacia la puerta. Decidí hablar con Roche a la vuelta y, en virtud de lo que me dijera, informar o no a Martí y a Isabel.

—Si gruñe porque falta dinero —añadió esta—, le contestas que tú eres un mandado y que me llame a mí. Yo sé cómo tratarle.

A punto de salir reparé en Martí, que seguía apoyado en la pared, observándome. Por primera vez, en mucho tiempo, desde que yo trabajaba en esa gestoría al menos, no había probado una gota de ginebra en toda una mañana. Tal vez fuera eso, la necesidad de alcohol, o la conversación con los del banco, o el hecho de contemplar sobrio y despejado cómo la ruina y la mala suerte se aliaban para dar un paso adelante y empujar a su empresa un poco más hacia la catástrofe. El caso es que me miró, desde su rincón, sin decirme nada, tan solo me miró y me saludó con la mano, en un gesto desmañado que interpreté como un «vete ya» que no disimuló el enorme desánimo, la vergüenza, la impotencia y el cansancio que le imantaban a la pared. Tenía solo 55 años, pero aquella mañana parecía mucho mayor, con su pelo enmarañado, su ropa arrugada, la boca torcida por el fracaso y la amargura y los ojos empequeñecidos y somnolientos de eterno borrachín. Y se estaba dando cuenta de que en ese momento exactamente su vida comenzaba a rodar cuesta abajo.

Me apresuré a largarme pero al abrir la puerta me topé con la cara contrahecha y el cuerpecillo de macaco del policía Amusátegui, que a punto estaba de tocar el timbre, acompañado de otro agente más joven, también de paisano. Se presentó y me indicó que no me fuera, así que les seguí mientras se colaba por la oficina. Avejentado, casi calvo, cadavérico y enano, se abrió paso entre los muebles descolocados hasta llegar a Martí. Le saludó con un rápido apretón de manos.

Intercambiaron unas frases en voz baja. Después, inspeccionó el patio encaramándose al antepecho para examinar después la oficina entera en silencio, inclinado, deteniéndose a veces en algún mueble que señalaba con el dedo para que el otro policía, armado de unos polvos y un cepillito, tomara huellas.

Isabel tenía razón. Amusátegui no parecía policía: la corbata enorme, el traje marrón fuera de sitio, los pantalones arrugados en los tobillos, sujetos por un cinturón por debajo de una tripilla no muy voluminosa pero que desentonaba mucho en su figura contrahecha de esqueleto. Se movía por las habitaciones con las manos pegadas a la espalda en una postura forzada. Utilizaba unos ademanes minuciosos y eléctricos, más de roedor que de detective. No dijo una palabra hasta que acabó de observarlo todo, desde el pasillo al cuarto de baño y, tras saludar a Isabel pellizcándole cariñosamente la mejilla, se dirigió de nuevo a Martí, que aún permanecía apoyado en la pared, absorto, ojeroso y ausente, como si las evoluciones de ese policía amigo suyo no fueran con él y en el fondo no le importaran nada.

—¿Echas en falta algo? ¿Guardabas algo de valor aquí?, ¿dinero, joyas, papeles importantes? ¿Tienes caja fuerte?

Martí negaba con la cabeza, sin ánimo para abrir la boca. Pensé en bajar a El Cairo a por una botella que le ayudara a mantenerse en pie.

—Ayer no abriste, ¿no?

—No.

—Así que los ladrones pudieron entrar esta noche o la noche anterior, ¿verdad?

—Sí. ¿Tiene eso mucha importancia?

—Por ahora no. Pero nunca se sabe.

El policía pasó luego a preguntarnos a nosotros. Primero a Isabel: «¿A qué hora abrió la oficina? ¿Cómo encontró todo? ¿Le llamó algo particularmente la atención?», y luego a mí: «¿Tocaste algo? ¿Sospechas de alguien?». Decidí también esperar y hablar con Roche antes de explicarle a ese policía flacucho y diligente que sí sospechaba de alguien: de un batallón fantasma de taxistas-camello que hace más de doce años reinaba en mi barrio y que ahora, según Mosca, acababa de matar al que por entonces era mi mejor amigo poco después de que irrumpiera de nuevo en mi vida.

—¿Sabes si han robado más en el edificio? —volvió a preguntar a Martí.

—Que yo sepa, no.

—Lo comprobaremos.

—¿Por qué aquí, Fernando? ¿Por qué ahora? —preguntó Martí.

—Eso solo lo saben los ladrones.

Amusátegui se agarró pensativamente la calva a modo simiesco y permaneció así unos minutos. Desde el umbral de una habitación, el compañero le observaba en silencio, con algo de impaciencia, aún con el cepillito blanco en la mano.

—¿Tenías seguro?

—No.

El policía se dirigió a su compañero:

—¿Encontraste huellas?

El otro negó con la cabeza.

—Esto no quiere decir que no halla —aclaró Amusátegui—. Quiere decir que Fanjul, que no es ningún especialista, es incapaz de encontrarlas. Seguro que hay, pero para localizarlas necesitamos expertos. Y estos no están para los atracos de pisos del agente Amusátegui. No te doy esperanzas, Martí. No creo que los detengamos. Ni hoy ni mañana ni nunca. Máxime si no se han llevado nada. Lo único que puedo aconsejarte es que cambies la cerradura, aunque no creo que vuelvan. Esa es la parte buena de la historia.

—Es un consuelo —respondió Martí en voz baja.

—¿Pero qué te pasa, Eduardo, hombre? Tampoco es para tanto, joder. Es un robo sin importancia.

—No es el robo, Fernando. Es todo —dijo Martí, clavándole los ojos al policía, que prefirió desentenderse de la confesión en cuanto intuyó su gravedad.

—Pues en eso tampoco puedo ayudarte.

—Gracias por venir.

—Lláname para lo que quieras. ¿Y el viejo?

—En su asilo. Dando por culo a las monjas, que van a acabar por echarle.

—Salúdale. Y eso, llámame para lo que necesites, o si se te ocurre algo que pueda ayudarnos, o si echas en falta algo. Lo mismo para los demás —dijo, mirándonos a Isabel y a mí—. Y si te hacen esperar mucho a la hora de poner la denuncia, me llamas también. En eso te puedo echar una mano. Y hazte un seguro, joder, que pareces nuevo.

—Gracias, Fernando.

—Me quedaría a echar un trago en El Cairo, como en los viejos tiempos, pero tenemos que volver a la comisaría. Ya no es como antes, Eduardo. Solo me queda que me hagan fichar. Puede que hayan dado otro golpe los de la banda del billar de Embajadores, unos niños de quince años que atracan panaderías. Ahora solo me ocupo de casos así. Aunque tal vez sea lo mejor, ¿no? Venga, Fanjul, vámonos.

Ellos mismos cerraron la puerta. Isabel, Martí y yo permanecimos unos segundos en silencio.

—Puede que haya algo más —me sorprendí diciendo—. Puede que busquen algo.

—¿Quiénes? —preguntó Martí.

—Los ladrones. Si es que son de verdad ladrones.

Martí me contempló extrañado desde su esquina. Isabel abrió más los ojos. Y yo me senté en una silla para contarles a los dos el asesinato de Trendy, mi conversación con Roche y con Mosca, las sospechas acerca de Palacios... Reviví entera la madrugada en la calle de Fuencarral y en casa de mi amigo muerto, mientras Isabel se volvía a sentar en el suelo y Martí lanzaba miradas imperiosas hacia el charco de

ginebra de su despacho. Me asaltó la certeza de que había pasado muchísimo tiempo desde que el inspector Roche me había sobresaltado de noche con su llamada de teléfono, de que Trendy llevaba ya meses muerto y de que yo me había despedido de Mosca en el barrio varias semanas atrás y no unas pocas horas. Martí me escuchaba intrigado e inmóvil, negándose a creer que aquello me hubiera podido pasar a mí o a alguien a quien yo conocía; Isabel se limitaba a taparse la mejilla con las manos, adoptando la misma forzada postura en la que yo la había encontrado sentada en la escalera. Me dije a mí mismo en voz alta, y de paso a Martí y a Isabel, que el robo bien podía tener que ver con la muerte de mi amigo. Que por lo menos había que pensar en ello.

—¿Y por qué coño no se lo has dicho a Amusátegui? —preguntó Martí.

—Porque prefiero decírselo antes al policía que conozco. Él lleva el caso.

—Pues no sé a qué esperas para contárselo —dijo Martí, mientras me señalaba con la barbilla el teléfono por el que hacía unos minutos había hablado Isabel.

Localicé a Roche en su despacho. No se sorprendió mucho de que le llamara. Le resumí el asalto, las primeras conclusiones de Amusátegui y él me citó para esa misma tarde, en su casa, a las cuatro. Martí e Isabel aguardaban a que colgara, pendientes de mí.

—Hasta las cinco o las seis no sabré nada —les dije.

—Joder, tampoco parece que te dé mucha importancia, lo digo por la prisa —soltó Martí que, sin despedirse, salió a la calle, supuse que a por su vaso de ginebra con hielo de El Cairo. Isabel volvió a ponerse a ordenar papeles. A mí se me había hecho demasiado tarde para ir al asilo antes de comer y volver a tiempo para la cita de Roche.

—¿No deberíamos llamar a alguien, a un cerrajero, al menos, como ha dicho el policía, para que cambie la cerradura? —pregunté.

Ella se encogió de hombros mientras seguía apilando papeles y documentos, aparentemente al azar. Yo me ocupé en enderezar muebles, en enchufar los ordenadores que aún funcionaban, en barrer el suelo de astillas y cristales. A la hora de comer Isabel cogió su bolso, se puso su chaquetón y se fue. Yo recordé entonces que aquel día debía ver a Juan Barbero, el de la cooperativa de viviendas, y al otro moroso de la jornada, Vicente Marín, el mecánico. Decidí aplazarlos para el día siguiente. Además, razoné, a modo de excusa, aunque hubiera tenido tiempo, me había olvidado el maletín en casa con la documentación de cada uno. «Como si el maletín sirviera para algo», me dije a mí mismo después. A los pocos minutos contemplé por última vez la gestoría patas arriba y salí a la calle. Eran las tres de la tarde, y en un bar cualquiera pedí un bocadillo y un callejero para localizar la casa del policía.

El inspector Roche vivía en el Parque de las Avenidas, una zona neutra e inofensiva de Madrid que a mí siempre me daba la impresión de visitar por primera vez a pesar de haberla recorrido ya en varias ocasiones en busca de morosos difíciles.

Aquel barrio sin personalidad y sin riesgos parecía el menos indicado para cobijar a un policía especializado en coleccionar asesinatos a punta de pistola o de cuchillo, pero tampoco supe dónde encajar a un tipo como Roche. Demasiado elegante y paciente para la joroba de la Gran Vía donde me agarraba yo y el chino del ventanuco y las putas de mi callejón, pero también demasiado misterioso para esas glorietas llenas de coches que circulaban lentamente, como si todos dieran clases de autoescuela. Tal vez, me dije, el inspector aparentemente solitario al que yo imaginaba siempre cernido sobre un cadáver tenía en verdad familia, hijos pequeños que salían a aquellas horas de academias de guitarra o de judo y una mujer joven y guapa encantada de residir en ese barrio. Me topé con el portal, que no desentonaba del resto de la calle: limpio, luminoso, con plantas de interior y carteles de ONG de las que recogen ropa usada para la iglesia de la esquina, con su garita acristalada para refugio de un conserje que a esas horas se encontraba comiendo en su casa. Subí en un ascensor estrecho los cuatro pisos. Al salir, oí un revuelo de niños y de televisores o de radios, voces atropelladas de un pequeño terremoto hogareño de gritos y carreras por los pasillos. Me preparé para que un niño con algo de Roche en la cara me abriera la puerta del cuarto izquierda cuando pulsé el timbre. Pero me recibió él. Los ruidos venían de la otra puerta: por el silencio de santuario que flotaba más allá del pasillo supuse que no había ninguna familia detrás de la corpulenta figura de Roche. Como Martí o Isabel o como yo, el inspector parecía vivir completamente solo. A no ser que su mujer estuviera en el trabajo y sus hijos en el colegio. Pero la casa desprendía demasiado tufo a aire estancado y mostraba un orden demasiado austero y artificial como para albergar más personas que el hombre que me precedía en el pasillo. Vestía un jersey marrón oscuro, un pantalón gris y unos zapatos negros relucientes. Pensé que acababa de llegar, o que tal vez era de ese tipo de personas que en casa van con la misma ropa y el mismo calzado que en la calle, como si estuvieran dispuestos a irse a cada momento. Me hizo pasar a un salón pequeño y desnudo. Me señaló un sofá de aspecto incómodo. Nos sentamos. Sacó un cigarro.

—Te extrañarás de que te haya citado aquí y no en la comisaría, supongo.

—Un poco, la verdad. Aunque he tratado poco con policías, ya sabe.

—Cada policía es cada policía.

—Ya.

—Aquí estaremos más tranquilos. Y más cómodos, espero. Necesito que me cuentes. Cuéntame, Pablo. ¿Qué tal con Mosca? —dijo, y por el tono de la voz advertí que Roche esperaba más que lo que había ido a decirle.

—Con Mosca muy bien. Hacía tanto que no nos veíamos que me costó reconocerle. Me explicó lo de Palacios, lo que usted ya sabe. Y respecto a lo otro, pues lo que le dije por teléfono: han entrado en la oficina. Todo indica que son unos ladrones vulgares, y así lo cree el policía que nos ha visitado. Pero yo no me quito de la cabeza que ha ocurrido dos días después de que le mataran o, si me apura, la misma noche: no se sabe exactamente cuándo entraron porque ayer, como era San

Isidro, nadie fue a la oficina. Me da por pensar que Palacios se enteró de que Trendy habló conmigo hace dos días, en el metro, no sé cómo, pero que se enteró, y sospecha que me dijo algo, o me dio algo, Roche... Explíquemelo usted. Por lo pronto ya he avisado a Mosca para que tenga cuidado. ¿Le parece mal?

El policía negó con la cabeza. Recostado en el asiento, fumaba sin parar. Tardó en hablar. Meditó qué decirme, lo que juzgué un mal presagio.

—Ante todo, tranquilo, porque no creo que el robo tenga que ver con el asesinato de Trendy. Vamos: estoy seguro. Y también Amusátegui lo cree.

—¿Amusátegui? A él no le dije nada.

—Pero yo sí. Es un buen policía. No deberías habérselo ocultado.

—Pensé que era mejor decírselo a usted antes.

Él me tuteaba y yo le llamaba de usted. Tenía solo diez años más que yo, y sin embargo, y sin quererlo, me comportaba ante él como un adolescente irritado e inseguro. Le miré con incredulidad, con algo de rabia incluso por sentirme tan inerme ante él, porque controlaba a su voluntad el origen de mi miedo.

—Le llamé yo para informarme. Para que veas que me tomo en serio lo que me cuentas. Aunque tus sospechas carecen de sentido. No sé quién ha sido, pero no creo que tenga que ver ni con Palacios ni con Trendy, ni contigo, si me apuras. Tiene razón Amusátegui. Ha sido un robo más. No hay por qué inquietarse.

—Es usted el que se inquieta por las casualidades, acuérdesese.

Me miró, me consideró. Dudó en contestarme pero no lo hizo. Yo contraataqué.

—¿Sabe algo más del asesino de Trendy? —pregunté.

—Poco más de lo que sabes tú. Por ahora. Estamos buscando a los Palacios. No es tan fácil encontrar a esa gente tantos años después. Pero descuida, porque los vamos a atrapar muy pronto. A Palacios o a quien fuera.

—¿Por qué tanto interés?

—Todos los casos son de interés, pero reconozco que Trendy además me cae bien.

—No le conocí.

—Le estoy conociendo ahora.

—Le está conociendo muerto, Roche, joder. ¿Es que para usted no hay diferencia? Además, ni yo mismo conocía ya a Trendy. No sabía ya quién era, con quién iba, qué me quería pedir cuando me le encontré en el metro. Y si no me lo hubiera encontrado, o si usted no se tomara tan a pecho sus cadáveres y curioseara menos en sus bolsillos, tal vez ni me habría enterado de su muerte. Y tal vez sería mejor.

Roche se miró las manos, se acarició las rodillas. No parecía molesto. Supuse que el reproche que yo acababa de endosarle se lo habría hecho mucha gente antes.

—Te recuerdo que has sido tú el que me has llamado ahora. Y si te digo que me cae bien Trendy sé lo que digo. He seguido el rastro de muchos cadáveres, como tú dices, Pablo, y la mayoría de ellos se merecían su muerte. O mejor dicho, no es que

se lo merecieran, sino que lo iban buscando. Daban la sensación de que iban detrás de su asesino, casi tanto como yo cuando me hago cargo del caso después. Pero con Trendy no creo que haya venganzas cumplidas después de doce años, en balas marcadas que te persiguen siempre, como dice ese July de vuestro barrio. Esta ciudad está llena de ajustes de cuentas, pero son inmediatos, recientes. Nadie espera doce años para cobrarse esa deuda. No sabes lo que cuesta en esta profesión encontrar un cadáver inocente. Y me da la impresión de que Trendy lo es. Todavía no he descartado que muriera porque pasaba por ahí, porque tuvo la mala suerte de caminar en la misma acera que un drogadicto con los nervios del revés por la falta de droga y un puñal en la chaqueta.

—Ya se lo dije: hacía mucho que no le veía, pero a Trendy no le mata un yonqui. Encuentre a Palacios, Roche. Así estaremos todos más tranquilos. Y ayude a Amusátegui con lo del robo. Se lo pido por favor. Así estaré más tranquilo yo. Se lo aseguro.

—Hay decenas de robos así cada noche en Madrid, Pablo: robos estúpidos, asaltos idiotas, como hay negocios idiotas o matrimonios estúpidos, o asesinatos sin móvil ni premeditación. Son asaltos fracasados casi de antemano, a los que los ladrones acuden más por las facilidades que encuentran para entrar que por el beneficio que esperan hallar. Una vez atrapé a un tipo que había entrado a robar en casa de un jubilado solo porque se encontró la llave puesta. No había nada. No se pudo llevar nada. Pero entró porque era fácil entrar. Y le atrapamos porque se empeñó en rebuscar en todos los cajones, como si no se creyera que, una vez hecho lo difícil, que era meterse dentro, el golpe se frustrase en lo más sencillo, que era hallar algo de valor.

Roche enmudeció luego. Al rato se levantó a por algo. Le oí maniobrar en la cocina. Volvió con una taza de café para él y otra para mí. Se volvió a sentar.

—¿De veras te arrepientes de que te avisara? ¿Habrías preferido no saber qué ha sido de Trendy? Te lo digo porque he quedado esta tarde con alguien que me puede ayudar.

Era el momento para agradecer a Roche el café y la información y salir de la casa y olvidarme de ese inspector entrometido. Podía hacerme el sordo, fingir no haber escuchado esa última frase, levantarme, coger la puerta y largarme, y dar de lado definitivamente a Trendy. O dejarlo donde estaba hacía tres días, o un año, durante los años en los que ni yo le había buscado ni él a mí. Podía haber hecho esto último y nadie me hubiera recriminado nada porque a nadie le importaba. Ni a mí mismo, casi, ni al policía distante que tenía enfrente, que casi se alegraría de que saliera de su casa en ese momento y le dejara en paz, solo, con sus muertos, con sus historias de muertos. Podía haber hecho eso y volver a mi callejón como cada noche y echarme a dormir sabiendo que nadie me perseguiría, ni Palacios, ni Mosca, ni el mismo policía. Y así al día siguiente me levantaría y me pondría a buscar morosos con la remota esperanza de que alguno, además de Petrell, pagara, o de que algún milagro, como

pedía Martí, llevara a algún nuevo cliente hasta la calle de Francisco Silvela. A punto estuve. Pero le había prometido a Mosca acudir al día siguiente al entierro. Y por una razón que no acababa de comprender del todo, necesitaba saber quién iba a hablar con Roche. Decidí aplazar de nuevo la visita al asilo de Sánchez-Vidal. Si las monjas habían esperado dieciséis días bien podían hacerlo un día más.

—¿Con quién ha quedado?

Roche sonrió sin demasiada suficiencia, sin ironía:

—Cuando estuvimos en la casa de Trendy me llevé algunos de sus papeles. La mayoría no me han servido para mucho. Pero otros sí. Entre ellos, encontré la dirección y el teléfono de un amigo de Trendy en Estados Unidos. Se llama Luke Hidalgo, y aunque es de origen australiano, su padre era de Barcelona y habla español como tú y como yo. Vivió con Trendy muchos años. Yo le avisé de que había muerto. Ha cogido el primer vuelo para llegar al entierro, que es mañana, por cierto, aunque supongo que Mosca ya te lo habrá dicho. No tiene inconveniente en que hablemos. Ni en que tú nos acompañes. Me espera a las cinco en su hotel.

* * *

El hotel, de tres estrellas, se llamaba Guadalquivir y Luke Hidalgo nos esperaba en el vestíbulo, sentado en un sofá de cuero, mirando hacia la calle. Cuando Roche se dirigió hacia él con la mano extendida, se levantó. Era muy alto, más de dos metros, de piernas largas y delgadas, rubio de pelo escaso y ojos grises. Iba de negro, con pantalones ceñidos, botines estrechos de roquero pasado de vueltas. Roche se presentó y me presentó a mí. Se sorprendió al verme. Me tendió una de sus manos gigantes y alargadas cuyo dedo corazón se adornaba de un anillo azul oscuro. Nos saludó en un español perfecto, lastrado solo muy pocas veces por el acento del inglés. Nos invitó a sentarnos en los sillones del hotel. Él se derrumbó en otro, plegando sus piernas con movimientos cansados. Se frotó los ojos soñolientos del viaje antes de comenzar a hablar.

—Él me habló de ti —dijo, señalándome—. Bueno, me hablaba de todos.

—Nunca escribió. Ni siquiera nos avisó de que volvía —dije.

—Tampoco a mí me escribió en los meses en los que estuvo aquí —aclaró Luke.

Roche se inmiscuyó:

—Luke, necesitamos que nos cuentes por qué volvió, qué buscaba aquí, si tenía miedo de alguien, si alguna vez te contó que le buscaban. Todo lo que recuerdes. Tal vez nos ayude a encontrar a quien le mató.

—Sé hartó de vivir allí. Un día. Por una chica. Pero no creo que eso ayude mucho —comenzó Luke.

Roche sacó su paquete de cigarrillos Marlboro, su mechero Bic de color rojo, los colocó encima de la mesa y con un gesto le animó a continuar. Entonces el amigo de Trendy se giró y se dirigió a mí. Durante todo el tiempo me habló a mí,

exclusivamente a mí. Mientras, Roche escuchaba y fumaba en silencio. Tampoco esta vez apuntó nada.

—Yo soy dueño de El Lagarto, el único hotel de Daogab, un pueblecito rodeado de desierto naranja, un aspa diminuta en los mapas locales del estado de Utah —prosiguió Luke—. Es un pueblo muy bello. Un brazo de las Rocosas lo roza por el este. Y un cielo limpio y azul lo cubre casi todo el año. Allí he vivido desde 1985. Y allí, una noche de verano de hace unos años, apareció Trendy. El pelo muy corto. Con olor a *whisky*. Delgado. Muerto de hambre. Y de miedo. Porque había estado a punto de matarse. Sin saber que yo hablaba su idioma, me pidió en su inglés primario un plato de cualquier cosa que devoró como si no hubiera comido en dos días. Al terminar, me contó que media hora antes se había quedado dormido al volante y que había perdido el control del vehículo mientras circulaba a más de 80 millas por hora por el desierto. Los ojos se le cerraron tan solo un instante, pero bastó para que el automóvil se desviara hacia la izquierda, hacia la mediana que dividía la autopista. Y si no se estampó contra ella fue porque el coche tropezó en un bache y cabeceó bruscamente y el movimiento le despertó. Tuvo tiempo de reaccionar y, de milagro, enderezó el volante. Decidió frenar y descansar en el siguiente pueblo que encontrara. Fue la casualidad la que le empujó hacia mí. Porque el único pueblo en decenas de kilómetros a la redonda era Daogab. Y el único hotel, el mío.

La pregunta la formuló Roche pero también me la estaba haciendo yo: ¿Qué pasó antes? ¿Qué había hecho Trendy los años anteriores? ¿Dónde estuvo desde que salió de Madrid hasta que surgió de repente en una carretera en medio del desierto y de la nada en la que estuvo a un paso de matarse, solo, a los 27 o 28 años? Luke nos precisó que solo sabía lo que Trendy le fue contando en noches en que el comedor del hotel se vaciaba de clientes y se quedaban ellos solos con una botella de algo encima de la mesa y una larga noche por delante. Tras llegar a Nueva York y sobreponerse a la ciudad había conseguido un trabajo en una cadena de supermercados. Con eso malvivió hasta que compró un coche de segunda mano y con un amigo latinoamericano se lanzó a recorrer el país. Fueron años veloces que Trendy atravesó envuelto en una suerte de delirio narcótico procurado por la marihuana y el alcohol. El amigo le abandonó cansado de vagabundear a toda velocidad y Trendy prosiguió solo, saltando de una ciudad a otra, de un año a otro, sin saber esta vez si al final de la carrera había una meta aguardándole. Conoció a muchas personas, desempeñó muchos oficios, pero ese gran pedazo de su vida transcurrió como un sueño del que despertó tres veces, según Luke:

—La primera, a los 27 años, la noche en que su ángel de la guarda, escondido en el bache, le salvó de morir destrozado. La segunda, la mañana siguiente, cuando se extasió al contemplar la luz del desierto y el color rojo de las montañas y decidió quedarse en Daogab. Sé de qué hablo, porque a mí, mucho antes, me había pasado algo parecido. Además, Trendy creía en determinadas señales, como si el cielo se encargara a veces de enviarte mensajes. Y el cielo acababa de decirle que se refugiara

en ese lugar.

—¿Y la tercera? —pregunté.

—La tercera fue hace unos meses, cuando se dio cuenta de que tenía que volver a España.

Trendy se gastó todo el dinero que le quedaba en pagar a Luke la cama y la comida, y cuando los fondos se acabaron, a finales del verano, el australiano hijo de catalán, que había cogido afecto al madrileño, le ofreció un trabajo en el hotel. No había mucho que hacer, según Luke, especialmente ya en esa época del año en que empezaban a escasear los pocos turistas atraídos por el paisaje que se aventuraban por la zona y que dormían en Daogab porque les pillaba de paso hacia el Cañón del Colorado. Pero Luke no necesitaba tanto un empleado como un amigo que le hiciera compañía y que compartiera con él la soledad de un hotel vacío.

—Yo creo que fue feliz allí. Por lo menos tan feliz como yo. A veces cogía el coche y se largaba y estaba fuera varias semanas, en sitios de los que me hablaba poco. Pero siempre acababa volviendo. Siempre. Me llamaba desde Dios sabe dónde para saber si aún contaba con el trabajo y con la cama. Y yo ya me había acostumbrado a él. A veces, por la noche, soñábamos los dos en voz alta con emigrar a Costa Rica o a Guatemala a plantar café. Un mexicano que había dormido una semana en el hotel nos había contado que era un gran negocio. Pero no nos despegábamos de Daogab. Y así discurrieron esos dos años. Hasta que llegaron ellos, ella, a finales de enero.

—¿Quiénes? —preguntó Roche, intrigado de repente.

—Los dos españoles. La chica y el chico. Llegaron de noche, poco después de un grupo organizado de quince o veinte turistas que habían copado el hotel. Así que los tuve que acomodar a los dos en unas literas que había en el cuarto de Trendy, mientras este dormía. Ya lo habíamos hecho otras veces. Yo ni sabía que eran españoles, lo juro. Yo de eso me enteré más tarde, cuando Trendy me lo contó todo, cuando me habló de vosotros, Pablo.

»Trendy no notó que tenía compañía en su habitación hasta la mañana siguiente, cuando se despertó. Se levantó sin hacer ruido. Sorteó las mochilas y bolsas que habían dejado de cualquier modo en el pasillo estrecho que conducía al cuarto de baño. Se duchó. Al salir del baño, ella le miraba desde la cama.

»Le resultó familiar desde el principio. Y más cuando ella balbuceó un saludo en un inglés no muy bueno. Iba a presentarse cuando el novio, que no veía a Trendy desde la posición de su cama, se adelantó diciendo en español algo como “Nuria, ¿qué hora es?, o ¿qué tal tiempo hace, Nuria?”. Solo con esas palabras supo que sus dos compañeros ocasionales de cuarto eran españoles. Se presentó, se acercó a estrechar la mano del chico, que se llamaba José, y a besar a la chica, a Nuria. Ellos se alegraron también de descubrir un español allí, en medio del desierto. Le propusieron que desayunara con ellos. Ella insistió... Y él no supo negarse. Días después, cuando me contó todo, me explicó que no podía dejar de escucharles.

Hablaban su propio idioma, con su misma entonación, porque los dos eran de Madrid, y empleaban palabras y giros que él, que solo hablaba español conmigo o con dos o tres mexicanos que viven en el pueblo, había dejado de utilizar hacía tiempo. Le explicaron que iban camino del Cañón del Colorado y después tenían pensado llegar a San Francisco. Que era la primera vez que visitaban Estados Unidos. A él el contenido de las frases le resultaba indiferente. Les escuchaba enumerar los mismos horarios y las mismas etapas que hacían todos los excursionistas que pasaban por ahí, todos creyéndose igual de originales, todos igual de excitados; pero les habría escuchado cantar la tabla de multiplicar por el placer de oírles. Tardaron poco en preguntarle acerca de su vida en Daogab y él les contó que trabajaba en el hotel desde hacía tiempo, y poco más. Enseguida se vio interrogándoles. Le contaron noticias de España, de Madrid, no sé, elecciones, partidos de fútbol, cambios en la ciudad... Y fue entonces, mientras Nuria hablaba de su ciudad, reproduciendo expresiones madrileñas que llevaba años sin escuchar, cuando se dio cuenta, cuando supo a quién le recordaba esa chica que tenía delante y por qué no había podido despegarse de ella desde que la había visto. Tal vez fue la manera de echarse el pelo para atrás, según me contó, o la de mirarle... O su nombre, Nuria, tan parecido al de la otra, o una tendencia compartida por las dos a refugiarse en unos silencios repentinos. Me confesó que se asombró de no haberlo descubierto antes, en el primer momento, al salir del cuarto de baño y verla ahí, en la cama, mirándole. Se parecía tanto a Nora... o le recordaba tanto a Nora..., a Nora, la chica del instituto..., la que se quedó contigo, Pablo.

»No supo apartarse de ella, de ellos. Les ofreció acompañarlos en una excursión por los alrededores del pueblo. No paró de hablar esa mañana, delante de la pareja. Había recorrido muchísimas veces la cordillera que rodea el pueblo, había acumulado en solitario una infinidad de rutas diferentes y deseó mostrárselas todas. Los agotó. Y a las seis de la tarde, el chico, José, que al principio había creído, supongo, que tenía delante a un español chiflado aunque agradable con una vida extravagante, comenzó a considerarle un imbécil imparable y charlatán que no se detenía ni para beber agua, uno de esos pesados demasiado solos que abundan en los parajes desérticos. Y tal vez tenía razón. Supongo que José creyó que Trendy había enloquecido por los inviernos en soledad soportados en ese pueblo diminuto perdido en el mapa. Y tal vez tenía razón, ya digo, y yo no me había dado cuenta porque padecía, o padezco, la misma enfermedad. El caso es que el chico empezó a detestarlo. Para colmo, Trendy no dejaba de comerse con los ojos a su novia. Así que le pidió con un tono terminante y autoritario que los llevara de vuelta al pueblo inmediatamente o que, al menos, les indicara el camino de regreso. Trendy accedió. Volvieron en silencio. En un momento de lucidez, Trendy se prometió entonces despedirse de ellos en cuanto llegaran al hotel, cambiarse de habitación para esa noche y aguardar a que ellos se marcharan del hotel el miércoles, el día en que salía su autobús en dirección al Cañón del Colorado.

»Pero no pudo. Volvió a acostarse en su cama, José en la litera de arriba, y Nuria

en la de abajo. Aquella noche Trendy durmió poco. No consiguió cerrar los ojos hasta casi el amanecer. Y cuando despertó, la pareja había salido ya a visitar los alrededores, junto a otros viajeros que habían conocido en la cena. Pensó que se habían ido para perderle de vista, y tenía razón. Trendy anduvo todo ese día absorto, distraído, mudo. Yo lo atribuí a la falta de sueño, a la incomodidad de haber tenido que ceder parte de su habitación. Yo no sabía nada. ¿Cómo iba a saberlo?

»La pareja regresó por la noche. Trendy los aguardaba en el comedor. José, algo arrepentido por el desplante y el mal humor del día anterior, se acercó a él, habló un rato. Trendy se limitó a asentir, a fingir que se alegraba de que se lo hubieran pasado bien. El otro, para sellar una reconciliación y olvidarse definitivamente del paseo por el desierto, le invitó a cenar. Y Trendy tampoco supo negarse esta vez. Durante toda la cena, Nuria le miraba en silencio, en uno de esos silencios duros que a Trendy le recordaban más que cualquier otra cosa a Nora. José, que bebió mucho, no quiso darse cuenta. Tampoco durmió esta vez. Hasta las seis de la mañana espió a oscuras, desde su cama, el cuerpo de Nuria, tendida de bruces, destapada por el calor, en pantalón corto y en camiseta. Esperó varias horas así, inmóvil, a que la primera luz del amanecer le ayudara a distinguir mejor la silueta de sus brazos y su espalda, su rostro apoyado sobre la almohada. Luego no aguantó más y se levantó. No quería que se despertara y le sorprendiera así, con los ojos abiertos fijos en ella, contemplándola de arriba abajo. Se preparó un café y estaba a punto de tomárselo en el silencio del hotel cuando ella apareció, con la cara hinchada de no dormir tampoco. Se sentó a su lado y le miró durante más de dos minutos que a él le parecieron dos días enteros, los dos días que ella llevaba en el hotel torturándole. Parecía esperar a que él le explicara por qué la había estado observando toda la noche. Le asaltó de nuevo una ola de vergüenza que no había sentido en muchos años. “Me recuerdas mucho a alguien”, le dijo, para justificarse. Nuria siguió preguntando, y Trendy, con la misma urgencia algo paranoica con que le había intentado mostrar la belleza del paisaje del desierto que rodeaba el pueblo, le contó la historia de la chica Nora, y de su amigo Pablo, que era la suya, y le explicó que cada vez que las cosas se iban a la mierda desde que había llegado a Estados Unidos, y ya se había ido a la mierda algunas veces, siempre se acordaba de ella, de Nora, y que su recuerdo bastaba para tranquilizarle un poco, pero que ahora había ocurrido al contrario, que todo se había ido a la mierda porque alguien muy parecido a ella le había obligado a recordarla sin cesar.

»A sus 29 años se vio demasiado viejo y torpe, contándole aquello a una chica de 20 aguardando a que saliera el sol en el comedor de un hotel llamado El Lagarto en un pueblo atravesado por una sola carretera. Por primera vez sintió el peso de los miles de kilómetros que le separaban de Madrid, según me explicó luego. Pensó que Nuria seguía sentada a su lado por lástima, la misma lástima con la que le había mirado José dos días antes, la misma que él había empleado para aguantar, cuando viajaba por Estados Unidos, a tantos locos residentes de hoteles baratos de carretera, instalados en habitaciones que compartían siempre con personas de paso. Incluso lo

empeoró después, cuando se puso a hablarle de nuestros planes de saltar a Costa Rica o a Guatemala a plantar café. A punto estuvo de levantarse y de enseñarle a Nuria (¿a Nora?) los mapas y los cuadernos llenos de cuentas y cálculos que ambos habíamos hecho medio en broma cuando nos aburríamos de estar solos los dos en el hotel. Pero se calló de pronto, abrumado por la evidencia de que plantar café en Costa Rica era algo tan absurdo e increíble como esperar que esa chica de ojos negros como la otra decidiera quedarse junto a él en medio de esa nada roja.

»Entonces ella le acarició la mejilla y le recomendó que no perdiera más años, que volviera a Madrid y que la buscara. Luego le besó, y después se fue hacia la habitación, sin dejar de mirar hacia atrás, sin dejar de sonreírle. Al rato aparecí yo. Y a mi saludo de buenos días y de qué haces aquí me contestó que si podía llevarle ese mismo día al aeropuerto de Salt Lake City. No me despedí del todo porque pensé que era como otras veces, y que tras unos cuantos meses volvería. Por eso cuando usted llamó, inspector, y comenzó a hablarme en español, por un instante pensé que era él, que me avisaba de que le tuviera preparado el cuarto de las literas. Luego, cuando usted me informó, sentí que tenía que venir al entierro: yo era la única persona de todas las que conoció allí que sabía que había muerto. En cierto modo, las representaba. No sé: me daba la impresión de que si no venía, sería como si todos esos años de Trendy no hubieran existido.

»Me habría gustado conocerle más. Saber, por ejemplo, si tenía enemigos, aquí o allí, que quisieran matarle. Pero no hubo tiempo. No sé, inspector, me da la impresión de que lo que acabo de contar no le sirve a usted de nada. Solo explica a quién vino a buscar, no quién le buscaba a él.

A Trendy le enterramos por la mañana, en el cementerio de Carabanchel, metiéndolo deprisa en un nicho del ala norte. Yo había salido de casa con un traje oscuro muy antiguo y mi maletín de cobrador, ya que tenía pensado, después del entierro, llevarle el dinero a Sánchez-Vidal y visitar a los dos morosos de la jornada: Juan Barbero, el de la cooperativa de viviendas, y Vicente Marín, el del taller mecánico. Me propuse también ayudar a Isabel a ordenar el estropicio del asalto y vigilar al jefe, porque presentía que se encontraba al borde mismo de la depresión. Crucé la ciudad en el coche de Isabel en dirección al cementerio escuchando las noticias de la radio, que informaban, todavía, de la muerte de Frank Sinatra. Dejé el coche en el aparcamiento. Una lluvia intermitente ensuciaba el día. Anduve doscientos metros por una avenida grande flanqueada por colmenas de nichos. Me incorporé al grupo cuando el entierro había empezado. El féretro descansaba encima de una plataforma móvil parecida a las que se usan en los mercados grandes para apilar cajas de fruta. Un operario manejaba el volante y las palancas y aguardaba a que el sacerdote terminara el responso para elevar unos metros la plancha e introducir el ataúd en el nicho abierto. La celdilla de la derecha la ocupaba el cadáver de una señora de 87 años fallecida un día antes, según rezaba la inscripción. A la izquierda mostraban la boca abierta una hilera de nichos vacíos que pensé que se llenaría a lo largo de la jornada a juzgar por el ritmo de cortejos que había notado en la entrada.

Era demasiado temprano para enterrar a nadie. Daba la impresión de que ni siquiera había amanecido del todo, tal vez por esa lluvia y ese frío impropios del mes de mayo y que parecían formar parte de la ceremonia, como el cura apresurado o el ronroneo mecánico del motor de la plataforma. O los gemidos de la madre, abrazada a la hija, escoltada por el señor Enrique, el padre, envarado y serio, los tres en primera fila, acompañados de las dos decenas de personas ordenadas en círculo.

Saludé con un gesto a Roche, apartado en una esquina, envuelto en su gabardina gris. Al lado destacaba la altura desgarbada de Luke. Me situé junto a una anciana que no había visto jamás. Todos esperamos en silencio a que un obrero vestido de mono azul y con un jersey de cuello alto encima tapara el nicho con una lápida de mármol que fijaba a la pared con silicona. Encajó después un ramo de flores en una argolla pegada a la tapa y descendió, agachó la cabeza a modo de pésame delante de los padres de Trendy y se perdió, junto al sacerdote, por las calles abiertas flanqueadas de muros de nichos. El operario de la máquina tampoco esperó: maniobró traqueteando dentro de su vehículo y siguió al del mono y al cura. Para hacerle sitio, las personas que nos encontrábamos allí nos dividimos en dos grupos, quedando unos enfrente de otros. Fue entonces cuando vi a Mosca, afectado por una tristeza tan sincera que me conmovió. A su lado, dentro de un elegante traje azul,

reconocí a un tipo enorme que no dejaba de mirarme. Lo primero que pensé fue que Javier *el Gordo* ya no estaba gordo. Lo segundo, que con sus zapatos brillantes, su traje azul y sus gemelos grandes como chapas de cerveza asomándole por la manga desentonaba en ese entierro deslucido de barrio pobre. Detrás de Javier encontré otra cara conocida. Pero a diferencia de este, a Mongo el tiempo le había maltratado, acentuado sus rasgos de retrasado mental, su figura hinchada, su compulsiva manera de mirar hacia los lados... Me sonaban más rostros, más caras de hombres y mujeres, la mayoría mayores, a los que yo había visto en el barrio, tal vez vecinos de Trendy, o amigos de sus padres o personas con las que me debí de cruzar cientos de veces a lo largo de los años y que ahora no lograba identificar. Entonces me puse a buscarla, entre esas decenas de cabezas medio conocidas, me descubrí a mí mismo buscándola. Porque si Javier *El Gordo* y Mongo habían acudido, si hasta yo me encontraba allí, ¿por qué no ella? ¿Por qué no Nora? Observé a un lado y a otro, me di incluso la vuelta, me quedé mirando inútilmente hacia la lejana puerta de entrada, por si se había retrasado.

Nadie lo asumía, pero el hecho de que la máquina elevadora hubiera desaparecido daba por concluida la ceremonia. Todos nos quedamos unos minutos desconcertados, sin saber qué hacer, desamparados sin operarios que nos indicaran los pasos a seguir, enfrente de la lápida de Trendy. Poco a poco, los padres de Trendy, muy envejecidos, casi irreconocibles, muy distintos al ama de casa y al obrero que yo había tratado en el barrio, comenzaron a recibir saludos, abrazos contundentes y apretones de manos por los más decididos o los más urgidos por la prisa. Eso desencadenó un movimiento general que desembocó en una fila india que moría en la descompuesta madre de Trendy, que ni siquiera reunía fuerzas o sentido para agradecer los pésames. No me atrevía a acercarme a saludarlos. No sabía si aquella señora vestida del luto de los pueblos de Castilla y aquel hombre enfundado en el traje de las grandes ocasiones que igual servía para la comunión de los nietos que para el entierro de su propio hijo, me iban a conocer después de tantos años. Y no me sentía con ánimo para explicarles quién era o por qué estaba ahí. Mosca sí se sumó a la cola, y Mongo, que le seguía a todas partes, y Luke el australiano. Roche, ajeno a todo, se limitaba, como yo, a observar la escena. Javier el exgordo también prefirió eludir el pésame y se acercó a mí. Me tendió una mano tras desenfundarla de un guante de piel.

—Hola, Pablo. Me alegro mucho de verte. Aunque sea aquí.

—Hola, Javier.

—No has cambiado mucho. Por lo menos de pinta. Pareces el mismo, joder.

Él no. Javier Velasco San Juan (así se llamaba, aún me acordaba de su nombre y de sus dos apellidos) se había convertido también, como Mosca y como yo, en un hombre de casi treinta años. Pero a diferencia de Mosca, o de Trendy —o de mí, según él mismo decía— aquel tipo alto que tenía enfrente se parecía muy poco al Javier *El Gordo* del instituto. Incluso hablaba con un tono decidido que a mí me costó relacionar con el adolescente de doce años atrás.

—Mosca me ha contado que te va bien, que trabajas de abogado.

—¿Eso te ha dicho?

—Sí, ¿qué pasa?, ¿que es mentira?

—Sí y no. Depende. Soy abogado. Pero no me va muy bien.

—Seguro que exageras.

—El que exagera es Mosca. Tú le conoces. Siempre exagera.

—No te metas con él —dijo, con un mohín que quiso ser cariñoso sin conseguirlo del todo—. Está muy jodido con lo de Trendy. Ayer se me puso a llorar por el teléfono.

Eché una ojeada alrededor, contempló el cielo encapotado, miró disimuladamente su reloj de pulsera.

—Vaya tiempo raro. Con este frío, esta lluvia tonta y el viento de hace unos días...

—Es verdad. No parece que estemos en mayo —respondí.

—¡Qué putada!, ¿eh? —añadió.

No respondí porque no sabía si se refería al tiempo, la hora, a mi situación económica, no tan buena como decía Mosca, a ese entierro inimaginable semanas atrás o a la muerte de Trendy. Él prosiguió:

—Yo he venido sobre todo por Mosca. Si no vengo deja de hablarme para siempre. Ya no vivo en el barrio, y a los padres de Trendy no los conocí nunca. Ni siquiera con Trendy congenié mucho, acuérdate —parecía disculparse, pero tampoco esta vez su tono de voz sonaba sincero por completo.

—Tú sí que has cambiado —dije.

—No me puedo quejar. Y me ha costado, no te creas. —Volvió a mirar su reloj. Luego se aproximó a mí. Casi en voz baja, como si se arrepintiera de hacerlo, me dijo —: Mosca me ha dicho que tú casi viste cómo moría.

—También exagera ahí.

—¿Pero le viste? ¿Te llamó cuando volvió de Estados Unidos? Yo ni siquiera sabía que había vuelto.

—No —y me molestó admitirlo delante de ese nuevo Javier tan seguro de sí mismo que no reconocía—, le vi de casualidad. En el metro. Hablamos un poco, nos intercambiamos los teléfonos. Y horas después le mataron.

—Joder.

—Sí, joder.

Javier iba a añadir algo, pero Mosca, seguido de Mongo, ya se acercaba a nosotros. Cuando llegó a mi altura, me golpeó en el hombro con un palmetazo desmayado a modo de saludo. A Javier le guiñó el ojo. Mongo sonreía.

—¿No les decís nada a los padres? —nos preguntó.

Javier y yo nos miramos. Yo negué con la cabeza. Javier, por su parte, repuso:

—Bastante tienen con lo que tienen, para encima tener que aguantar los pésames.

Mosca se encogió de hombros. Después me señaló con un dedo a Mongo, que

seguía detrás de él:

—¿Te acuerdas de él?

—Sí, ¿te acuerdas de mí, Pablo? —preguntó él cuando iba a responder.

—Claro —respondí en voz baja.

Mongo, como hacía años, seguía fumando Ducados compulsivamente e inflando los carrillos al aspirar el humo, sonriendo bobaliconamente a cada momento; al verle de cerca comprobé que, efectivamente, seguía vistiendo la misma ropa de entonces, el jersey de pico verde ceñido al costado y los mismos pantalones de tela marrón por debajo de la tripa, la misma chaqueta de lanilla roja que le venía grande. Solo que ahora debía rondar los 55 años, estaba casi calvo, y su rostro blandito de siempre se había arrugado mucho. Más que el Javier del traje a medida, más que la presencia de los padres de Trendy, más incluso que Mosca y su aspecto de padre de familia compungido camuflado perfectamente entre los asistentes del entierro, el rechoncho Mongo y su voz de maricón invariable me devolvía a aquellos años en los que todos éramos amigos y no lo sabíamos. Un impulso me obligó a darme la vuelta de repente creyendo que detrás de mí iba a aparecer, ahora sí, aunque fuera tan tarde, la Nora de entonces.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Javier, al verme girar la cabeza.

—¿No te acuerdas de mi nombre? Yo sí que me acuerdo del tuyo, Pablo —insistió Mongo.

—Claro que me acuerdo, Mongo —respondí.

—Ya no quiero que me llaméis así —dijo, con un gesto infantil de enfado que también hacía cuando éramos adolescentes. Tiró el cigarro haciéndolo rebotar en el suelo. Sacó al instante el paquete de Ducados y se encendió otro después de ofrecer a todos, como había hecho siempre en La Rueda. Esta vez nadie le aceptó.

—Perdona —dije. Quería llamarle por su nombre de pila, pero no conseguía recordarlo. Tal vez no lo supe nunca.

—Venga, Luis, venga, no te cabrees ahora por eso, coño, —dijo Mosca, poniéndole un brazo en el hombro—. Y no fumes tanto, que ya sabes lo que te pasa.

—¿Qué le pasa? —preguntó Javier.

—Pues que hace unos meses le dio un ataque en plena calle, uno del barrio tuvo que llevarle a urgencias. El médico le dijo que como siguiera fumando así no iba a durar ni un año. Se mete más de tres paquetes al día. ¿O no, colega?

Mongo se encogió de hombros, sonriendo, achinando los ojos, arrugando la boca.

—Mongo, qué quieres, ¿que vengamos aquí pasado mañana y te metamos también a ti en un nicho como el de Trendy? —le preguntó Javier, con un paternalismo fuera de lugar en alguien que llevaba años sin verle.

—Hoy es el entierro de Trendy —exclamó Mongo para justificarse, y le pegó una larga calada al cigarro, llenando de humo los carrillos, hinchándolos como una bola de chicle. Luego exclamó, con una sonrisa tan amplia que parecía artificial—: ¿Os acordáis del bar de Anselmo?

Nadie contestó. El silencio importunó a Mongo, que continuó:

—Ya no está Anselmo. ¿A que ya no está Anselmo, Mosca? ¿A que ya no está?

Pero Mosca observaba al grupito que se arremolinaba en torno a los padres de Trendy. Después se fijó en el hombre apartado con gabardina y las manos en los bolsillos.

—¿Has visto, Pablo? Ha venido el policía —dijo.

—¿Qué policía? —preguntó Javier.

—El que anda detrás del que metió el tajo a Trendy. Pablo y yo le conocemos —respondió Mosca.

—¡Qué movida! ¿Eh? —dijo entonces Javier, sin mucho énfasis—. ¿En qué andaría metido para acabar así? ¿Con los de El Valle otra vez? —Mosca, que al parecer no le había contado nada de lo de Palacios, le miró molesto. El exgordo comprendió que se había pasado. Asintió, movió los brazos, cerró los ojos, como pidiendo perdón. Luego añadió—: Yo también siento que se haya muerto. Pero él era como era. Siempre. Para lo bueno y para lo malo. ¿O no? Ahora que estamos en su entierro, lo olvidamos, y me parece bien, pero acordaros de con quién iba..., de cómo las gastaba a veces..., de las cosas que se dijeron por el barrio cuando se fue.

Seguíamos callados. Mosca miraba al suelo, al cigarro destripado de Mongo. De pronto levantó la cara.

—No digas eso, joder, Javier. ¿Tú que sabes? Tú no le conociste de nada —luego me miró a mí, como pidiéndome que le ayudara a defender la memoria de Trendy a un paso de su cadáver.

—Yo no le conocí mucho, es verdad —continuó Javier—, pero tú mismo me has dicho que en el periódico pone que fue un ajuste de cuentas. Y si fue un ajuste de cuentas es que andaba metido en algo muy chungo. Nadie te ajusta las cuentas con un cuchillo de dos palmos porque le has pisado en el autobús. ¿No?

Yo pensaba casi lo mismo, pero no me atrevía a confesármelo del todo. Trendy había acabado como me prometió que no iba a acabar, pero no se lo iba a decir al Gordo porque algo dentro de él se iba a alegrar con esa información.

—¿Y saben algo? —insistía Javier—. ¿Han detenido a alguien? ¿Han descubierto por qué le mataron? Contadme algo, que vosotros sois los que habéis hablado con la policía.

—No han detenido a nadie, que yo sepa —dije—. Y si tú quieres también puedes hablar con el famoso policía. Solo tienes que acercarte a él. Ya sabes quién es.

Como si me hubiera oído, el inspector se giró hacia nosotros y comenzó a andar en nuestra dirección. A los pocos pasos se le sumó Luke, que acababa de despedirse de los padres de Trendy. También Mosca se dio cuenta. Javier no. Javier seguía hablando:

—No te mosquees, Pablo. Yo no era tan amigo suyo, ni lo era ni me lo propuse, que conste. Pero por lo que veo, tampoco tú sabías de él mucho ahora. Has dicho que os encontrasteis de casualidad. Y mira. Trendy era especialista en meterse en líos y en

meter en sus líos a los demás. La gente no cambia, Pablo.

—Tú has cambiado. Y yo. Y Mosca. Hasta Mongo, si me apuras —dije, sin mucha convicción.

—No me llames Mongo, Pablo, joder —lloriqueó Mongo, que volvió a tirar un cigarro al suelo y a encender otro, no sin antes pedir permiso con los ojos a Mosca. Pero Mosca atendía solo al caminar lento y bamboleante de Roche, a la encorvada figura de extranjero de Luke. Este se dirigió a mí en cuanto estuvo a mi altura.

—Hola, Pablo.

El policía se mantuvo callado.

—Estos son otros amigos del barrio de Trendy —dije yo, señalando a los demás—. Mosca, Javier, Luis. Y este es Luke, un amigo de Trendy en Estados Unidos. Y este, el inspector de homicidios Antonio Roche, el policía del que hablábamos antes.

Se saludaron entre sí. Luke estrechó la mano de todos añadiendo al gesto una sonrisa de cumplido. Roche examinó con mucha atención a Javier y a Mongo, tratando de identificarlos. Después, el australiano señaló que su vuelo salía en un par de horas.

—El tiempo justo de volver al hotel, recoger mis cosas y presentarme en el aeropuerto —añadió.

Le volví a estrechar la mano.

—Si algún día paso por Daogab preguntaré por el hotel El Lagarto —dije.

—Allí estaré —respondió, con un tono amargo.

Después miró hacia el cielo, como para comprobar que la llovizna delgada que había acompañado la mañana se estaba alejando definitivamente, saludó con una mano abierta a los demás, preguntó a Roche por la salida y comenzó a caminar, solo, en dirección a la parada de taxi.

También los familiares menos cercanos y los conocidos sin mucha confianza comenzaban a alejarse. Casi a escondidas, sin mirar atrás, como si así logaran endosar la desgracia exclusivamente a los padres o los parientes próximos. Ya solo un grupito de seis o siete personas rodeaba a los padres. Fue la hermana, una mujer alta que no vestía de luto y que se tapaba los ojos con unas gafas de sol a pesar del día gris, la que primero dio la espalda al nicho de Trendy y avanzó agarrada a la cintura de un hombre de su edad que supuse sería su marido o su novio. La siguieron los padres y el puñado de familiares próximos. Para alcanzar la calle que desembocaba en la salida tuvieron que pasar por delante de nuestro grupo. Comenzaron a desfilar a un metro escaso de nosotros, sin vernos, sujetos unos a otros. Mosca se adelantó, abrazó al padre, dejó que la madre le acariciara la cabeza y luego agarró a ambos y los colocó enfrente de mí y de Roche. De la garganta me salió un «lo siento» casi inaudible que mis cuerdas vocales emitieron por mí. Amelia Lázaró me miró desde el fondo de unos ojos azules parecidos a los de Trendy aunque mucho más desgastados, sin apenas brillo. Me sorprendió la estatura mínima de esa mujer, comprobar cómo había menguado en los últimos años, o en los últimos dos días. La señora mandona y

alegre que yo había conocido se había convertido en una anciana esquelética casi enana, devorada más por la pena que por la edad. No sé si me reconoció. Me dijo, sin que yo le preguntara nada, que ella era la madre, que a ella le correspondía estar ahora pudriéndose en el muro y no al hijo. Mosca intervino y me presentó, y después señaló a Roche.

—Este es el policía que va a pillar al que le mató —dijo Mosca.

La madre le miró de arriba abajo con una rabia acumulada durante muchas horas de pensar lo mismo y luego le ordenó, con una voz firme que no parecía caberle en esos pulmones tan diminutos:

—Atrape al mal nacido que mató a mi Miguel, por Dios santo, atrápele para que yo le visite en la cárcel y le vea morir allí y así me pueda morir a gusto y tranquila.

—En eso estamos, señora. Le vamos a encerrar muy pronto —respondió Roche.

—Para cualquier cosa, apunte el teléfono de mi hija, que vive aquí —masculló el padre, que también le tendió a Roche un papelito y un bolígrafo.

Roche lo apuntó en una libretita roja que llevaba en el bolsillo de la americana. La hermana de Trendy se separó entonces del hombre que la acompañaba y abrazó a su madre por los hombros y la arrastró junto a ella hasta la lejana salida del cementerio. El padre nos miró largamente y luego, tras despedirse, comenzó a andar él también, con las manos en los bolsillos y la cabeza agachada. Entonces, evitando que me oyeran los otros, me dirigí a Roche.

—¿Lo que le ha prometido a la madre de Trendy es así? ¿Van a atrapar pronto al asesino? ¿Saben algo de los Palacios?

—No. Pero a lo largo de esta mañana nos enteraremos de dónde están.

Encendió un Marlboro. Sin dejar de observar al viejo alejarse, me dijo:

—Creí que ella vendría.

—¿Quién? ¿Nora?

—Claro. No me digas que tú no. Te he visto mirando a la puerta, buscándola.

—Así que usted ha venido para ver si ella se presentaba.

—A lo mejor tú también, Pablo.

—Y a lo mejor ella ni se ha enterado de que Trendy ha muerto, y ahora está por ahí, camino a casa del trabajo, o yendo a recoger a sus hijos al colegio, si es que tiene hijos, que es probable, pensando en su novio o en su marido o en su madre y no en un fantasma al que lleva años sin ver y del que, estoy seguro, se ha olvidado.

—Puede. Pero acuérdate de lo que nos contó Luke. Volvió por ella.

—Eso le dijo a él. O eso nos dijo Luke. Y puede que sea verdad. Pero no toda la verdad. Volvió, sí, pero tal vez no la buscó. Y si se decidió a buscarla, tal vez no la encontró. No es tan fácil, me da la impresión. Y si la encontró, pues eso, imagínese que la ve llevando unos niños al colegio. Y sin decirle nada se da la vuelta, la deja para siempre, abandona la idea de volver a verla. Yo no sé dónde está, pero donde quiera que esté, Nora ya no es Nora, o por lo menos la Nora que perseguía Trendy, que tampoco era el Trendy que conoció Nora. Hasta yo me hago un lío al explicarlo.

Ya ve: demasiado complicado como para salir bien. No, inspector. No es que no sepa que Trendy ha muerto; tal vez ni siquiera sabe que volvió de Estados Unidos.

A pesar de decir esto miré otra vez hacia la puerta del cementerio; aún reconocí el grupo de los padres de Trendy alejándose. Yo estaba en lo cierto; ella no estaba, pero a doscientos metros de nosotros vi un hombre que miraba hacia nosotros, apoyado de mala manera en una de las esquinas del cementerio, vestido con un chándal verde empapado. Su figura me resultó familiar: los pantalones enormes apretados por la cintura, las zapatillas de deporte gastadas, y la vieja melena sucia de componente de los Ramones. Había envejecido, enflaquecido, seguía arrugando la nariz al respirar en un gesto perruno. Tal vez El July llevara allí mucho tiempo, desde el principio de la ceremonia, pero yo solo le vi entonces. Me quedé observando a ese tipo esquelético con maneras inconfundibles de yonqui irrecuperable, quien en su buena época ejerciera de rey de los macarras de El Valle, el tipo que, en buena lógica, debería estar dentro del agujero donde el operario del mono había metido a mi amigo. Mientras le observaba recordé a Trendy asomado al puente de Ventas, con la M-30 pasando por debajo, prometiéndose que no iba a acabar como El July. Y ahora, a unos doscientos metros del lugar en el que El July se apostaba porque, por cualquier razón, no se atrevía a acercarse, pensé que, después de todo, Trendy tenía razón, que no había acabado como El July, porque El July seguía vivo, con todas sus balas buscándole, pero vivo a fin de cuentas, mientras que Trendy había empezado a pudrirse desde hacía diez minutos en un nicho al lado del de una abuela de 87 años.

—¿Quién es ese? —me preguntó Roche.

—Coño, El July —exclamó Mosca, que se había acercado a saludar al policía y que había reconocido al hombre que seguía mirando inmóvil hacia nosotros.

—¿Estás seguro de que es él? —preguntó el inspector.

—Claro que es él —respondió Mosca—. Alguien del barrio le habrá comentado lo del entierro. Está hecho mierda. Drogado perdido. ¿No lo ve? Se mete de todo: caballo, coca. Lo que pille. Lo que le den. Yo no sé ni cómo se las arregla para sacar para los gramos, porque ya no tiene fuerzas ni para atracar a una niña —añadió con pena, con desprecio.

Algo en El July se tensó al comprobar que le observaban durante tanto rato. A pesar de la droga, deduje que no debía de haber perdido del todo cierto instinto desarrollado desde niño que incluso a la distancia le permitió olfatear el peligro que emanaba de un grupo en el que había un policía.

—Voy a acercarme. Tal vez sepa algo —dijo Roche—. Pablo: llámame si pasa cualquier cosa. Esto va también para los demás, Mosca —luego gritó, mientras se encaminaba hacia El July haciendo gestos amistosos con la mano—: ¡Espera, quiero hablar contigo!

Me asombró que El July todavía conservara agilidad suficiente como para darse la vuelta en un segundo y escurrirse calle abajo sin ni siquiera contestar.

—¡Eh, espera! —volvió a gritar Roche. Pero El July, al oír el grito, aún apretó

más el paso.

—¡Eh! —exclamó el policía, que salió corriendo detrás de él.

—No le coge, te apuesto lo que sea a que no le coge —dijo Mosca.

—No. No le coge —repitió Javier, con cierto orgullo deportivo de seguidor de equipo de fútbol local.

Nos habíamos quedado solos los cinco: Javier el exgordo, Mosca el mediocre, Mongo el subnormal y Pablo el ex mejor amigo de Trendy, el muerto. Hasta July el yonqui andaba por ahí, escapando —porque yo también apostaba por que no le cogería— de Roche el policía, quien, por la manera recelosa de mirarme de vez en cuando, como acusándome de ocultarle algo, seguía sin fiarse de mí del todo. Solo faltaba ella.

Mongo exclamó de pronto:

—Trendy estuvo por el barrio el lunes.

—¿Por el barrio? —preguntó Javier.

—Sí. Por el barrio. El lunes.

—¿El lunes? ¿Estás seguro de que fue el lunes? ¿A qué hora? ¿Por la mañana? —preguntó Mosca.

—Joder, Mongo, y eso ¿por qué no nos lo has dicho antes? —preguntó Mosca.

—No me llames Mongo, Mosca.

—Pero a Trendy le mataron ese día, ¿no? —preguntó Javier.

—Sí —respondí yo antes de dirigirme a Mongo—. Vamos a ver, Mongo, digo Luis, ¿tú estás seguro de eso?

—Sí.

—¿Y cómo estás tan seguro? —insistió Mosca.

—Porque yo estaba ahí, con Arturo, en La Rueda.

—Joder, ¿pero de verdad todavía existe La Rueda? —preguntó Javier.

—Claro que existe —repuso Mosca—. Lo lleva Arturo, el hijo de Anselmo.

—También estaba Arturo —repitió Mongo, que comenzó a tartamudear, nervioso, acobardado ante el repentino interés que habíamos demostrado por su primera frase. Fumaba más deprisa, inflaba y desinflaba los carrillos a mayor velocidad.

—¿Entró Trendy en La Rueda? —pregunté yo—. ¿Qué quería?

—Pasaba por enfrente —continuó Mongo, cada vez más nervioso. Le costaba elegir las palabras.

—Arturo lo sabe mejor —añadió de repente—. Él habló con él. A mí se me olvidan cosas —se calló. Pegó dos o tres caladas, sin tragarse el humo, se acariciaba las manos en un gesto de impaciencia, avergonzado de no recordar bien.

Vi un grupo de gente avanzar hacia nosotros, tal vez hacia el nicho contiguo al de Trendy. El tipo de la máquina de la plataforma se aproximaba por otro lado.

—Vámonos de aquí de una puta vez, que estamos en medio —exclamó Javier.

Comenzamos a movernos en dirección a la salida. Mongo seguía callado. Mosca se giró un momento, quedándose de cara al nicho de Trendy.

—Adiós, tío, hasta siempre —dijo.

Vi a Mosca ahí de pie y recordé entonces la última vez que había visto a Trendy, ese lunes extraño del vendaval, con la cabeza enmarcada por el cristal de la puerta del metro en marcha, señalándome el papel en el que había anotado mi teléfono, sonriéndome, feliz de haberme encontrado, o feliz simplemente, diciéndome adiós con el brazo, perdiéndose en la curva que hacía el túnel...

Al llegar a la salida, en un silencio embarazoso y demasiado largo, un segundo antes de que alguien —Javier o yo, o Mongo— decidiera despedirse de los demás y deshacer ese grupo para siempre, Mosca propuso que fuéramos a La Rueda a tomarnos unas cañas a la salud de Trendy. Dijo así, a la salud de Trendy, con esa expresión antigua algo fuera de tono, pasada de época y de lugar, y la pronunció muy rápidamente, sin mirarnos siquiera, como si se avergonzara de la idea que acababa de tener o que llevaba madurando toda la mañana y había soltado en el último momento.

—Y de paso le preguntamos a Arturo por lo que dice Luis. Mira, a lo mejor ayudamos al policía —añadió, para convencernos.

Javier señaló su reloj.

—Yo no puedo. Tengo trabajo. Me están esperando.

—Yo tampoco —añadí. Era cierto. Debía ir al asilo de Sánchez-Vidal, visitar a los dos morosos del día y ayudar a Isabel a ordenar la gestoría.

—¿Y más tarde? ¿Quedamos después de comer? ¿A las cuatro o cuatro y media? No podéis tener tantas cosas que hacer, joder. Y si las tenéis, pues las dejáis para mañana. Yo le he dicho a mi mujer que no me espere en la tienda. ¿Qué dices, Javier? A lo mejor ya ni os acordáis de cómo se va. ¿No os apetece ver cómo está La Rueda?

—No mucho, la verdad —contestó Javier, que se apresuró a añadir—: Pero si Pablo se apunta, yo voy.

Yo también miré el reloj y calculé el tiempo y las ganas de volver a ese bar después de tantos años en un día como ese.

—A las cuatro o cuatro y media —propuse.

—¿Te vamos pidiendo algo? —preguntó Mosca—. ¿Un *gin-tonic* con ginebra Lirios por ejemplo?

—Un café cortado, mejor, Mosca —respondí, con una sonrisa reprimida.

—¿Y tú, qué, Luis, no te vienes? —preguntó Mosca, colocándole a Mongo la mano en la espalda.

Pero Mongo seguía mudo, aferrado al cigarro. En vez de la mano de su amigo del barrio, parecía que todo el peso de la ceremonia, del entierro y de la muerte de Trendy le había caído encima, de una vez.

* * *

El asilo de Sánchez-Vidal, un edificio grande, feo y desproporcionado como una factoría antigua de cuatro plantas, se encontraba encima de una loma en medio de un

raquítico bosque de pinos, a media hora en coche de Madrid. Cuando llegué, los jubilados marchaban en grupos hacia el comedor, hablando entre ellos, muchos apoyados en un taca-taca, pastoreados por una monja expeditiva vestida de blanco. Pregunté por el número de habitación de Sánchez-Vidal a otra monja, esta joven y pálida, que atendía en una suerte de recepción. Subí dos pisos en un ascensor inmenso con aspecto de montacargas y llamé a la puerta correspondiente. Obtuve un adelanto pronunciado a berridos. El viejo oía la radio en el centro de un cuartito iluminado con la escasa luz natural que entraba desde una ventana que daba a una ladera del monte. Me presenté desde la puerta. Él bajó el volumen del transistor hasta el murmullo. Después entré y le tendí el sobre del dinero. Tras contarlo varias veces dijo:

—Aquí falta pasta, chaval.

Yo me había imaginado un anciano delgaducho y sin pelo, un viejecillo verde y rijoso mal vestido y me sorprendí al encontrarme mirándome a un elegante anciano de perilla blanca, ademanes apacibles, gafas de vista cansada y traje de chaqueta gris a la última moda que usaba, al parecer, para escuchar su radio pegado a la ventana.

—Lo sé. Pero Martí no tiene más dinero. La gestoría no tiene más dinero. Isabel me ha dicho que si no está conforme que la llame.

—¿Va a servir de algo?

—¿El qué?

—Llamar a Isabel. Mira, en esta residencia de medio pelo no tenemos teléfono particular en las habitaciones. Y hay que bajar a la planta principal, a unas cabinitas especiales que siempre andan ocupadas por viejas que se pasan el día charlando con sus hijas de esto y lo otro. Hay quien tiene un teléfono móvil de esos que acaban de salir. Se lo dan sus familias, que así se quedan más tranquilas. Pero mi única familia, por así decir, es el tacaño de Martí, que no me ha dado uno de esos móviles porque no considera que deba preocuparse mucho por mí. Por eso me fastidiaría tener que bajar a la planta principal, donde me puede encontrar la monja contable, que lleva días persiguiéndome, llamar a Isabel, y que no sirviera de nada.

—Yo creo que no, que no va a servir de nada. No sé si debería decírselo, pero Martí se encuentra a un paso de la bancarrota.

Apagó la radio completamente y orientó hacia mí el sillón en el que estaba sentado. Me miró despacio y por mucho tiempo. Después preguntó:

—¿Es verdad eso? ¿No me estaréis engañando para ahorraros mi pensión?

—Además de su pensión, como usted dice, está en peligro el sueldo de Isabel, el mío y los fondos de Martí. El despacho se encuentra técnicamente arruinado. Más o menos como usted lo dejó cuando se vino aquí, según me han contado —dije, mientras buscaba infructuosamente una silla.

—Pues esta sí que es buena. Yo hice muchas tonterías en mi vida. Ya se habrá encargado de contártelas la cotilla de Isabel. En el fondo, hice lo que me dio la gana. Y por eso me veo como me veo. Pero me extraña que Martí, un tío tan serio, haya

colocado la empresa en el mismo sitio en el que se la di. Para eso mejor habría sido venderla entonces.

—Si la hubiera vendido, no habría podido pagarse este asilo tan interesante —repliqué.

—¿Cómo te llamas?

—Pablo.

—¿Y cuánto hace que trabajas allí?

—Un año.

—¿Y qué vas a hacer cuando todo se vaya a pique?

—No lo sé. No hay asilos para gente de mi edad, Todavía.

—No te cachondees de mí, porque yo ya no estoy fiara bromitas. Voy a peor cada día. Desde que dejé la gestoría, y a medida que Martí iba para abajo, porque esto no es de ahora y te mentiría si te dijera que no me lo esperaba, he cambiado de asilo cuatro veces. Cada uno peor que el anterior, como te puedes imaginar. El primero era un verdadero palacete: enfermeras, doctores, manualidades por la mañana, clases de bailes de salón a todas horas, esas gilipolleces que entretienen a algunos. Yo no iba, claro, ¿te imaginas un tipo como yo en clase de manualidades? Pero eso indicaba el nivel del lugar. Me habría gustado que me vieras allí. Ahora, ya ves, esto no pasa de hotelucho de una estrella, grande, sí, pero de una estrella, si llega, lleno de viejos sin dinero y sin clase, en el que la única actividad, además de la de intentar no morir de aburrimiento, es bajar a ver la televisión a un volumen doloroso, a una sala común adornada con póster de María Auxiliadora y san Juan Bosco o entrar al comedor a hincharte de una bazofia aguada sin sal. Siempre sin sal. Yo tenía un salero y me lo confiscaron las monjas, que a veces parecen la Guardia Civil. Así que ya ves: según voy cumpliendo años, todo va a peor: yo y el asilo. A este paso, me dirás qué futuro me aguarda. Da hasta miedo pensarlo.

Tragué saliva y decidí no esperar mucho para anunciarle lo que había ido a anunciarle:

—Pues precisamente para eso he venido también: Isabel me ha dicho que le diga que ha empezado a buscarle una residencia más barata. O pública.

—¿Más barata que esta? ¿Y qué hay más barato que esto? ¿Un albergue de mendigos?

—No queda otro remedio. O eso o la calle. Son palabras de Martí. Oiga, ¿no tiene por ahí otra silla?

—Pues no, lo siento. Perdona. Usa la cama. Como no recibo muchas visitas, las monjas se llevaron la que me correspondía. Aquí hay viejos que se visitan unos a otros para que las monjas no les retiren las sillas. Esto es la hostia. ¿Qué te pasa? ¿Estás cansado?

—Llevo unos días durmiendo poco —me dije, mientras me sentaba en la cama.

—No te preocupes por lo del trabajo. Con 30 años todo se resuelve, te lo digo yo, que tengo más de 80. Te ofrecería un vaso de algo para animarte, pero no tengo nada

de nada. Las monjas no permiten beber alcohol en las habitaciones. Bueno, ni en las habitaciones ni en ningún sitio. A más de uno le han echado por eso. Y sin embargo siguen bebiendo. Hay un viejo bajito que se dedica al trapicheo de botellas de *whisky*. Es El Padrino del geriátrico. Ya te digo: esto es la hostia. Te puedo ofrecer un yogur. Y sin azúcar.

—No quiero nada. Gracias.

Permanecemos en silencio unos minutos. Sánchez-Vidal miraba por la ventana. Yo recorría con el dedo la colcha de la cama.

—¿Y qué? —preguntó de pronto, repentinamente animado, como si se hubiera obligado a sacudirse los pensamientos sombríos que le acosaban hasta hacía un minuto—. ¿Se han vuelto a liar Martí e Isabel? Esos dos se gustaban. Por lo menos entonces. Aunque hace mucho que no los veo. A Martí sobre todo. Era buen tipo. Demasiado gruñón y demasiado triste. Pero buen tipo.

—No sabía que se hubieran liado alguna vez —dije.

—Pues sí, hombre, pues sí. Él estaba loco por ella. Claro que por entonces cualquiera se volvía loco por Isabel. Hasta yo mismo. Tenía unas piernas largas que sabía enseñar y los ojos negros de Ava Gardner, cuando Ava Gardner era Ava Gardner. Y unas tetas puntiagudas que..., joder: era mirarlas y entrarte fiebre. Tú ni te la imaginas. Porque no ha conservado nada de aquello. Cuando vino para ayudarme a trasladarme aquí vi cómo había cambiado. A algunas mujeres cumplir cuarenta y cinco les sienta fatal. Te lo digo yo. Se deshacen de repente, como si la maquinaria que las mantiene se les estropeará de pronto. Eso le pasó a Isabel: envejeció de un día para otro, como si el tiempo, en vez de marchitarla poco a poco, la hubiera devorado una mañana volviéndola irreconocible. Los hombres se estropean más progresivamente. Lo tengo estudiado aquí.

Pasaron unos minutos en los que ninguno de los dos dijo nada. Miré el reloj. Pensé que debería darme prisa si quería visitar a Barbero y al mecánico antes de comer y presentarme a la hora en La Rueda. Y sin embargo no me moví. No me apetecía mucho hablar, se estaba bien así, sin decir nada, en esa habitación ínfima y silenciosa, al lado de Sánchez-Vidal, lejos de las trampas de los morosos y más lejos aún de las confidencias de Mongo sobre Trendy y las pesquisas de Roche sobre el asesino Palacios. También el viejo parecía estar a gusto, a pesar de su situación, a pesar de no saber dónde dormiría dentro de un mes. Al rato, me obligué a mirar de nuevo el reloj. Calculé el tiempo que tardaría hasta la cooperativa de Barbero. Me levanté de la cama. Me dirigí al viejo como pidiéndole perdón por dejarle solo:

—Se me hace tarde.

—Es una pena, hombre. Nadie viene a visitarme aquí. Y para ver yo a los cuatro amigos que me quedan, tengo que coger un autobús y un metro. Y me da pereza. Si vienes otra vez, avisa y pido una silla.

Subió el volumen de la radio. Me acompañó hasta la puerta. Al despedirse me miró con verdadero miedo, sin ironía:

—¿Es verdad que me echan, no, muchacho?

—Le buscaremos algo. Y volveré para acompañarle en el traslado.

—Te espero, entonces. Y le compramos algo de *whisky* a Billy el Niño y nos emborrachamos y te cuento lo de Martí e Isabel. Si es que me acuerdo.

Nos estrechamos la mano. Caminé unos cuantos metros y, de espaldas, oí de nuevo su voz:

—No os olvidéis de mí, ¿eh?

En el cuarto de al lado, una anciana en bata que veía la televisión con el volumen altísimo y la puerta abierta me miró al pasar por delante. Y se quedó contemplándome con los ojos vacíos, estúpidos, sin decirme nada, con la misma abulia y el mismo cansancio vacuno con el que veía el programa segundos antes. Mientras pulsaba el botón del ascensor me volví. La figura atildada de Sánchez-Vidal me seguía observando desde su puerta. La cabecita de la vieja se asomaba también para enterarse de quién era el joven que había visitado al vecino.

Ya en el coche, antes de meter la llave, abrí el maletín de cobrador y repasé la documentación de Barbero. Me alegré de que aquella mañana me tocara él: asequible, no del todo falso y no demasiado deprimente. Nunca resultó agradable visitar morosos, pero aquella mañana, después del entierro y de llevar el último dinero a Sánchez-Vidal me sentía incapaz de aguantar excusas o humillaciones. Con el bueno de Barbero eso no pasaba. Seguramente no pagaría, como en las visitas anteriores, pero tampoco se reiría de mí, ni me ofendería, ni me trataría de imbécil. Miré hacia el edificio panzudo del asilo por última vez, buscando la habitación de Sánchez-Vidal. Recordé entonces que daba al otro lado del montículo. Me lo imaginé entrando despacio en su celda, situándose otra vez frente a la ventana, mirando la ladera del monte en la que raleaban los pinos enanos, calculando aterrado cuántos días de alivio le quedarían aún dentro de esa residencia algo cuartelaria que apestaba a enfermería y a caldo pero en la que conservaba un cuartucho donde dormir y oír la radio. El coche de Isabel arrancó a la cuarta, solo después de toser como un asmático y vomitar un penacho de humo negro que se quedó flotando en el aire como si fuera el resultado de una explosión de juguete.

* * *

La sede de Covivuse, la Cooperativa de Viviendas de Usera, mantenía siempre la puerta abierta. La abría Juan Barbero, su a pesar de todo optimista presidente, administrador único y alma y víctima del proyecto. Cada mañana, Barbero acudía a su puesto con la esperanza de que por fin una buena noticia, o un milagro los sacara —a ellos también— del agujero en el que se habían metido ellos solos. Y digo a ellos también porque me recordaban demasiado a nuestra gestoría como para no sentir hacia esa cooperativa atascada cierta compasión y simpatía que, en muchas ocasiones, iba en contra de mis intereses. A Barbero le encontré aquella mañana

como de costumbre, solo, sentado a la única mesa de aquella caseta de obras del tamaño de un vagón de tren que le servía de oficina. Tenía las paredes empapeladas de mapas rudimentarios de las afueras de la ciudad o de planos incomprensibles de pisos o carteles electorales de candidatos de izquierdas muy pasados de fecha. Aunque el mismo Murcia, antes de despedirse de la gestoría, me había recomendado no perder el tiempo con ellos, yo me había obligado a acudir a la sede social de Covivuse dos veces al mes. Aquella era la cuarta visita.

Al verme, Barbero se levantó, me sonrió y se encogió de hombros. Todo a la vez. Era alto, flaco, de treinta y tantos años largos mal llevados, y vestía con pantalones y camisas algo antiguos, como sacados de un documental sobre la transición. Por su bigote negro y poblado y su envergadura de gigante manso me recordaba cada vez que le veía a esos dibujos de forzudos de circo antiguo vestidos con traje ceñido a rayas rojas, botas negras con cordones y pesas de bolas redondas como pelotas de playa.

Hacía un año, Juan Barbero había reunido a treinta familias jóvenes sin mucho dinero de su barrio de toda la vida, Usera, y había montado con todos ellos la cooperativa. Al principio, la mayoría pensó que la idea no pasaría de ahí. Pero Barbero, tras deambular durante semanas por las afueras de Madrid, conoció al dueño de un solar que prometió vendérselo a un buen precio: 120 millones de pesetas. Barbero era como Trendy: tenía muy desarrollada, tal vez demasiado, esa parte del alma destinada a convencerse y convencer a los demás de que lo que uno piensa se consigue. Así que logró que cada miembro contribuyera con cuatro millones de pesetas. Contrató a un arquitecto para que diseñara el edificio, a una empresa constructora y a una gestoría, que, por azar, resultó la nuestra. Todo funcionó bien al principio. Pero el día antes de firmar la compra de la parcela, un mes después de haberla apalabrado, el dueño del solar le llamó para pedirle 80 millones de pesetas más. Barbero primero le insultó, después le colgó, luego volvió a llamarle para regatear; pero el otro había recibido otra oferta y no estaba dispuesto a renunciar al beneficio aunque eso significara faltar a la palabra dada. Al poco tiempo comenzaron a desengancharse familias desilusionadas que al sacar el dinero dejaban a la cooperativa aún más debilitada. El proyecto entero se tambaleó: en una asamblea celebrada en un bar, bastantes miembros acusaron al presidente de haberlos engañado y exigieron también sus fondos. Si el presidente hubiera sido otro, aquella empresa se habría disuelto aquel día y cada uno se habría ido a su casa, pero Barbero no era de los que se rendían a la primera, así que lanzó uno de sus discursos encendidos de líder vecinal. Exigió a los que tuvieran dudas sobre el proyecto que se retiraran. Quedó una veintena de socios, que, eso sí, retiraron su dinero con el compromiso de volver a aportarlo en cuanto hubiera terrenos, y mantuvieron la sede en la caseta de obra. Barbero decidió entonces centrar todos sus pensamientos y sus pasos en encontrar en Madrid o su provincia un solar disponible y barato. Para eso pidió excedencia en su trabajo, obligando a su mujer y a su hijo pequeño a conformarse con el sueldo de ella

de dependiente de una pastelería, recortó todos los gastos de la cooperativa, entre los que se contaban, claro está, los de la gestoría. Por entonces nos debía cerca de trescientas mil pesetas. Ya la primera vez que lo visité me prometió pagarme el mismo día en que encontrara la maldita parcela pero no antes. A no ser que la cooperativa se disolviera.

—Deberías haberme llamado por teléfono para evitarte el paseo —dijo, mientras me señalaba una silla para que me sentara. Lo hice y saqué su documentación del maletín. La puse sobre la mesa.

—No tengo otra cosa que hacer que dar paseos.

—Casi me dan ganas de acompañarte. Porque yo tampoco.

—Necesito que me pagues, Juan —dije, sin ninguna convicción, sabiendo que cumplía un trámite ante él y ante mí mismo—. Si no las trescientas mil pesetas, algo, lo que puedas. Si te lo pido así es porque no me queda otro remedio. Vamos muy mal..., estamos a punto de cerrar.

Barbero me miró largamente con sus ojos de animal noble. Encendió un cigarro con un mechero del Atlético de Madrid.

—Y yo qué más quisiera que pagarte, Pablo. Y que no se me cayera la cara de vergüenza. Y salir después contigo a tomar algo y dejar de verte después. Pero estamos secos.

Me levanté de la silla y ojeé los mapas de la pared. Uno de ellos, casi del tamaño de una sábana, representaba la ciudad entera. Localicé la Gran Vía y luego desplacé el dedo unos pocos milímetros, hasta la calle de Fuencarral. Barbero seguía en su silla, sonriéndome, moviendo las manos nerviosamente como si se despojara de unos grilletes imaginarios. Después dejó el cigarro en un cenicero y se levantó. Caminó hasta colocarse a mi lado y se puso a mirar también el mapa. Señaló un esquinazo en la parte inferior derecha, casi fuera del papel.

—Por ahí estoy buscando ahora. Hay quien vende. Dicen que pertenece al distrito de Vallecas. Pero se sale de la ciudad, casi se sale hasta del mapa. He llegado a ofrecer todo lo que tenemos ahorrado. Incluso más, que no sé de dónde sacaré. Y ni siquiera se dan prisa por contestarme. Los hijos de puta me van a marear hasta que quede claro que no hay ningún otro idiota que compre por más dinero que nosotros unos terrenos sin carreteras, ni autobuses, a donde no se llega ni en diligencia. Y hasta que no compre no puedo empezar a pensar en pagarte, Pablo. Si todo va bien, después podremos pedir a los bancos, yo qué sé. Pero sin el terreno en la mano, no hay nada que hacer.

Quitó el dedo de la calle de Fuencarral y señalé mi viejo barrio. Los descampados que lo rodeaban aparecían como una serie organizada de manchas parduscas.

—¿Habéis buscado por aquí? Hay terreno. Lo conozco bien. Yo nací ahí.

—Claro. He buscado por todo Madrid. Incluso por pueblos de los alrededores. Eso que tú dices está carísimo. Fuera de nuestras posibilidades. Hay hasta metro.

—Yo vivía ahí.

—Pues en unos años no lo vas a conocer. Todo está vendido. Se van a poner a construir ya, si es que no han empezado...

Tenía razón: recordé la proliferación de grúas que había visto desde el taxi la tarde en que visité a Mosca. A pesar de eso, me costaba creer que los terrenos baldíos sembrados de cascotes por los que deambulábamos en la adolescencia se hubieran convertido en solares valiosos, demasiado caros por lo menos para gentes como Barbero y los suyos.

—¿No te arrepientes de haberte metido en ese lío? —le pregunté, sorprendiéndome un poco a mí mismo.

—Me pareció posible. Pero si esto del terreno de Vallecas no sale medio bien todo se va a ir a la mierda.

Nos quedamos los dos mirando ese mapa inmenso, como si en él, además de todas las calles y solares y carreteras de Madrid, figurara también el origen y la explicación de todos esos días que atravesábamos cargados de desgracias y de mala suerte. Pensé que así, de pie, en silencio, digno y enorme, con su pinta de forzado de circo, me recordaba aún más a Trendy. Pero no me atreví a confesárselo porque me debía trescientas mil pesetas y no era mi amigo, sino mi cliente, y porque tenía prisa por salir de ahí y liquidarme al siguiente de la lista, al mecánico, que ese sí que no me caía nada bien. Iba a despedirme de Barbero cuando este se me adelantó.

—Mira, Pablo. Dile a Martí que le voy a pagar. Que si esto de Vallecas sale le pago, y que si no sale, en un mes saco dinero de donde sea, de la liquidación total, yo qué sé, y le pago también. A mí me jode mucho deberos dinero y que estéis a punto de cerrar por mi culpa.

—Tú no tienes la culpa —dije, mientras metía de mal humor la documentación en el maletín.

* * *

Ocurrió poco después de dejar Usera, al incorporarme a la M-30. Entonces me di cuenta de que me seguían, de que me llevaban siguiendo toda la mañana. En algún rincón de mi memoria perduraba, como un cuerpo extraño no desechado del todo, el Renault 21 rojo que en ese momento marchaba detrás de mí. Estaba convencido de haberlo visto en la salida del aparcamiento del asilo del viejo Sánchez-Vidal, y de que, después, en algún semáforo repleto de coches en el trayecto desde la residencia de ancianos a Usera, se había puesto a mi altura. Recordé que me había fijado en que viajaban en él dos hombres, pero no lograba retener sus caras. Ahora circulaban detrás de mí por la M-30, sin abandonar ni un instante mi espejo retrovisor central. No me he peleado nunca con nadie en serio, ni siquiera en los tiempos en que los niños de El Valle, Trendy entre ellos, jugaban a zurrarse con palos con nosotros, los niños de los portales cercanos. Años más tarde, una noche en que un borracho había estado a punto de estamparme una bofetada por tropezar y empujarle, Trendy me

enseñó cómo asestarle a un hombre un puñetazo en el pecho o un rodillazo en la entrepierna y dejarle fuera de combate a la primera. Pero jamás lo había puesto en práctica. Jamás me había visto en la necesidad de pegarme con alguien o de salir corriendo. Aquella era la primera vez en mi vida que alguien me perseguía, pensé, mientras aceleraba un poco a pesar de los lamentos del coche de Isabel. Y presentía que la improvisada clase de boxeo callejero que Trendy me había impartido muchos años atrás me iba a servir de muy poco si los Palacios lograban alcanzarme. Desde el primer momento intuí que el conductor y el copiloto que viajaban en ese Renault rojo que casi besaba mi parachoques trasero pertenecían a la banda de Palacios y habían participado tanto en el asesinato de Trendy como en el robo de la gestoría. Aceleré otro poco, el coche volvió a resentirse, el Renault aceleró también y pensé que Trendy había intentado decirme algo que al final no me confesó por no implicarme. Pero que los Palacios suponían que sí me lo había dicho. Por eso me seguían. Por lo tanto, aquellos dos hombres eran capaces de bajarse del coche en cualquier otro semáforo menos concurrido y descerrajarme dos tiros en la frente y dejarme ahí, a la espera de que la juez coja y su ambulancia y el inspector Roche y sus muchachos de impermeables oscuros del departamento de homicidios acudieran a levantar mi cadáver. La sola certidumbre de que aquellos dos tipos podían embestirme en cualquier momento y sacarme del carril o lanzarme contra otro coche en un tramo de la M-30 me aterrorizó tanto que a punto estuve de frenar de golpe y dejar que me arrollaran. Hasta ese día no había sentido un miedo igual, que viajaba en mi sangre e infestaba todas las partes de mi cuerpo y me impedía pensar o mover con comodidad los pies o las manos para manejar los pedales o el volante. Dediqué varios minutos a intentar tranquilizarme. Después, deduje que lo mejor era que no se apercebieran de que los había descubierto y probar a desembarazarme de ellos a la primera oportunidad. Desaceleré. Probé a despistarlos sin maniobrar bruscamente. Adelanté a varios coches en zigzag, como podía hacerlo cualquier automovilista con prisa. A los pocos minutos me alcanzaron de nuevo. Memorice su matrícula casi sin quererlo: M-6546-ER. El viejo auto de Isabel renqueaba y protestaba más a cada acelerón. De pronto recordé la advertencia que Isabel me había hecho sobre la gasolina. Miré el salpicadero y vi el destello de la luz roja de la reserva. No sabía cuándo se había encendido: tal vez hacía un minuto, o tal vez al llegar al asilo, o ya en Usera, o incluso al salir de casa rumbo al cementerio. No solo llevaba pegados dos asesinos a mi espalda sino que aquel automóvil viejo, casi de los tiempos en que Trendy se largó a Estados Unidos, me estaba amenazando con detenerse cuando menos lo esperara. Una suerte de determinación ajena a mí me convenció de que debía salir de la M-30 cuanto antes y volví a frenar, levemente, dispuesto a alejarme de los Palacios aun a costa de matarme en un accidente. Me coloqué en uno de los carriles centrales y aguardé a que llegara una desviación que me conviniera y a que, simultáneamente, los carriles de la derecha estuvieran lo suficientemente despejados. A los pocos minutos creí encontrar un hueco, y cuando casi no me quedaba espacio para girar,

pegué un volantazo y me desvié hacia la derecha entre los claxonazos del resto de conductores. Salí de la autopista casi sin desacelerar. Estuve a punto de estrellarme, de salirme de la curva, pero logré hacerme con el volante. El Renault intentó seguirme, cambiarse de carril y tomar mi misma desviación; pero tuvo que enderezar para no empotrarse contra una furgoneta blanca. Desde la curva alcancé a ver cómo se rendía y seguía hacia delante, absorbido por el caudal salvador de coches que arrastraba la bendita M-30, en ese momento más río Mississippi que nunca. Solo después, lejos de la desviación, en una calle tranquila, increíblemente tranquila, me di cuenta del peligro que había encerrado la maniobra, de lo cerca que estuve de volcar y de que el coche hiciera un trompo y se pusiera a dar vueltas de campana en medio de la calzada atestada. Aparqué, apoyé la cabeza en el volante, procuré tranquilizarme de nuevo y pensar. Intenté darle tiempo al miedo para que desapareciera. Intenté dejar de temblar. Lamenté no llevar un teléfono móvil de esos que usaban los viejos de buena familia del asilo de Sánchez-Vidal para avisar a Roche y explicarle que dos hombres habían estado a punto de matarme y me habían obligado a arrojarme a un precipicio de coches en una autopista. Pensé que aún seguían por ahí, que no tardarían en salirse de la rueda de la M-30 para seguir buscándome, que por alguna calle de la ciudad un Renault rojo me iba a volver a seguir los pasos y que no se dejarían sorprender una segunda vez. Tras llegar a esa conclusión el mismo miedo de antes volvió a apoderarse del ritmo de mis pulmones. No me atrevía ni a salir del coche. Miré espantado por el espejo por si el Renault rojo aparecía de nuevo al final de esa calle diminuta y despoblada. Aguardé hasta que de pronto todo se llenó de niños que salían de un colegio cercano. Reuní el valor suficiente como para buscar una cabina de teléfono y llamar al inspector Roche. Necesitaba que me explicara qué acababa de pasarme. Y que me protegiera.

Al tercer timbrado respondió. Le hablé de prisa, preocupado por si se me acababan las monedas y el teléfono me dejaba con la historia por la mitad. Le describí el coche de los Palacios, le recité varias veces el número de matrícula, le precisé que eran dos los ocupantes y le insistí en que habían intentado matarme por algo relacionado con lo que Trendy no se atrevió a decirme en el metro horas antes de que le acuchillaran. Roche me escuchó sin interrumpirme. Solo cuando terminé, con un largo suspiro, tras referirle dónde y cómo me encontraba en ese momento, tras deletrearle un poco absurdamente el nombre de la calle que leía en una placa azul a través del cristal de la cabina, me respondió, con su voz escasa, casi inaudible:

—Nadie ha intentado matarte, Pablo. Cálmate.

—No me diga que me calme, Roche: mientras usted busca en su despacho a los asesinos de Trendy ellos me han encontrado a mí. No le he llamado para que me diga que me calme, sino para que me ayude.

—Ante todo, tranquilízate. Voy a ordenar ahora mismo que busquen a quién pertenece el coche. Llevas muchos días durmiendo poco. Puede que te hayas confundido. A veces el miedo te pone cosas delante. No es que la cosa te dé miedo;

sino que es el miedo el que fabrica la cosa. ¿Me entiendes? No eres el primero al que le pasa.

—No estoy loco, Roche. Todavía no. No necesito a un psiquiatra para que me quite un problema de la cabeza. Necesito a un policía para que me lo quite de la calle. Y si usted no lo hace, llamaré a otro. No eran imaginaciones, Roche, joder, era un Renault rojo, e iba detrás de mí. Le juro que dos tíos en un Renault rojo me han estado siguiendo toda la mañana. Y sé que tienen que ver con los Palacios. Me seguían, Roche. Querían hacerme daño. No me pregunte cómo lo sé, pero lo sé. He estado a punto de estrellarme hace cinco minutos al salir de la M-30 a toda velocidad para perderlos de vista. Me he jugado la vida para dejarlos atrás, así que no me venga con que debo visitar a un psicoanalista.

—Si alguien hubiera querido matarte ya lo habría hecho; si hubieran querido enterarse de algo que creen que tú sabes ya lo habrían hecho. Además, los Palacios no han sido.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque he hablado con ellos.

—¿Qué?

—Que los hemos localizado. Que desde el cementerio me fui a visitar a uno de los hijos. Vive cerca de Moratalaz. En una casa normal. No tiene nada que ver con el asesinato, ni con Trendy, ni con vuestro barrio ni con las historias que se imagina Mosca. Ni él ni nadie de su familia, por lo menos ahora. El viejo Palacios murió hace cinco o seis años, de muerte natural, de un infarto, en el sofá de su casa, una noche, viendo la televisión. La madre le siguió un año después. Los dos hermanos mayores, los que, por la edad, participaban entonces algo en los chanchullos del padre, están fuera de juego: uno se pudre en la cárcel por movidas que pasaron después, siempre relacionadas con la heroína; el otro vive en México desde hace diez años y no ha vuelto a España en todo ese tiempo. La hermana pequeña trabaja en el Banco de Santander y el menor, con el que hablé, se echó a reír cuando le pregunté dónde estaba la noche del lunes. Me contestó que durmiendo con su mujer. Y que a las siete se levantó para ir a trabajar en un taller de carpintería de aluminio. Y yo le creo porque es la verdad. Ni se acuerda de Trendy. Tal vez ni siquiera sabe quién es. Tal vez la madre, con buen criterio, mientras el marido estuvo en la cárcel, decidió mantener al margen de la historia a los pequeños para que no acabaran algún día matando a alguien con la excusa de reclamar venganza. Así que la peligrosa banda de los Palacios se desintegró la misma madrugada en que Trendy los denunció y jamás volvió a reconstruirse. Si ves a Mosca se lo dices.

—Me seguían en ese coche. Los Palacios u otros, Roche. Me seguían.

—Espera un momento.

Roche dejó el auricular y le escuché hablar con otra persona sin entender lo que decía. Pasaron varios minutos. Coloqué otra moneda en el teléfono de la cabina.

—Me acaban de traer la ficha del coche. Aquí está el dueño de tu Renault: un tal

Manuel Hernán Iglesias. Limpio. Inofensivo. Sin antecedentes. Con todos los recibos en regla. Hasta tiene los impuestos al día. Este tipo no te seguía, Pablo. Créeme.

—Ya me gustaría, Roche.

—¿Qué tenías pensado hacer?

—Nada. Precisamente le he llamado porque no sé qué hacer.

—Quiero decir si no te hubieras dado cuenta de que te seguían... ¿Qué tenías pensado hacer? ¿Dónde ibas a ir ahora?

—A visitar a un cliente. A un moroso. Después a la gestoría y después he quedado con Mosca y Javier, en el barrio, en La Rueda, en el bar al que íbamos siempre cuando teníamos dieciséis años. Precisamente fue Mosca el que insistió. Por cierto, que Trendy pasó por La Rueda la mañana que le mataron.

—¿Quién dice eso?

—Mongo. Él le vio. Pero también le vio, según Mongo, el dueño del bar. Mosca quiere ir a preguntarle —y añadí—: ¿Qué pasó con El July, Roche?

—Se escapó. Pero estamos detrás de él. Pablo, ve a la cita. No dejes que esto te paralice. Nadie te sigue. Nadie quiere matarte.

—¿Por qué está tan seguro? ¿Por qué siempre está tan seguro de todo?

—Porque he visto a muchos como tú: gente normal que de pronto se ve implicada en un crimen, a veces que simplemente lo presencia. Y eso basta para que se obsesionen, para que el crimen los persiga durante muchos días, o meses, o años.

—Ya le he dicho que no estoy loco.

—No es cuestión de estar loco, Pablo. Es cuestión de no obsesionarse. Nadie te seguía. Vete tranquilo.

Iba a colgar, medio convencido, cuando una súbita oleada de pánico disparó mis palabras, que volvieron a salir sin que yo las controlara del todo.

—Pero me da miedo ir, Roche. Y me da miedo ir a la gestoría, a La Rueda... Me da miedo salir de esta cabina.

—Para que te quedes más tranquilo, voy a pedir que investiguen al dueño del coche. Al tal Hernán.

—¿Cuánto va a tardar en atrapar al que le mató, Roche? Hasta entonces no voy a estar tranquilo.

—Más pronto de lo que te imaginas, Pablo.

Me despedí. Colgué. Salí de la cabina. Decidí olvidarme del mecánico moroso de Tetuán y de la gestoría. Dejé en esa calle solitaria el coche de Isabel porque no me veía capaz de conducir y busqué una boca de metro que me quitara de en medio. Sentía una especie de consuelo al desplazarme en un vagón solitario que se mecía casi armoniosamente. Ahí sentado, rumbo al bar de los dieciséis años, eché de menos a mi exnovia Julia como nunca lo había hecho hasta entonces. A punto estuve de bajarme y correr a buscarla y rogar que pasara conmigo lo que quedaba de ese maldito día. Pero no me moví del metro, del asiento vacío, del tren que me conducía mansamente a la parada de mi barrio. Me pregunté si, como había insinuado Mosca,

sería capaz de encontrar el camino desde la salida del metro hasta La Rueda. Habían pasado doce años desde que lo había recorrido por última vez la tarde en que me dijeron que Trendy se había ido a Estados Unidos y no lo creí.

* * *

En La Rueda, Arturo, el hijo de Anselmo, se dirigía a nosotros desde dentro de la barra. Los demás, Javier, Mosca, Mongo y yo, vestidos todos aún de entierro, formábamos una línea expectante y silenciosa frente a él.

—Trendy hablaba como si estuviese tonto, o como si acabara de fumarse un porro, como si le hubiera alterado mucho acercarse al barrio después de tanto tiempo —Arturo se inclinó y ahuecó la voz, consciente del interés que suscitaba—. Es verdad que había pasado mucho tiempo, pero tampoco era para tanto, ¿no? Mirad vosotros. Hace mucho que yo no os he visto. Pero no me quedo pasmado al veros. Ni vosotros al verme a mí. Os digo hola, qué tal te va, vosotros contestáis si queréis, me decís también hola y ya está, se acabó. Pero teníais que ver la cara que puso Trendy, no sé, la manera de mirarme, de mirar a este —y señaló a Mongo—, o al bar, de arriba abajo, como si no lo conociera. Y no ha cambiado tanto esto.

Aquello era verdad. Hubiera jurado que eran las mismas sillas de formica, las mismas mesas, la misma barra, los mismos platos, incluso el mismo olor de otros tiempos a aceite recalentado, tabaco, lejía y domingo echado a perder. Daba la impresión de que La Rueda había permanecido doce años sin ventilarse. Y yo no terminaba de saber si me gustaba o no que aguantara así, inamovible, como un bloque de tiempo incrustado en la calle y en la vida del barrio. En el rincón más cercano a la puerta, unos viejos silenciosos, tal vez también los mismos de nuestra época, jugaban a las cartas.

Javier se quitó la chaqueta del traje y se quedó en mangas de camisa. Se desanudó la corbata. Parecía el último invitado de una boda terminada horas atrás y celebrada en otro sitio. Me fijé en Arturo: era una copia mejorada de su padre. Más alto, más fuerte, con mejor color de piel. Ilustraba el salto cualitativo de la nueva generación. Miraba a Mosca cuando hablaba y, de reojo, a la puerta, como si esperara a alguien.

—Parecía otro tipo. No solo porque llevaba barba. Él había sido siempre muy lanzado. Acordaos. Se le notaba hasta en la manera de andar. Iba de un lado para otro de este barrio comiéndose el mundo con vosotros detrás. Hoy esto, mañana lo otro, hoy corro el maratón, hoy me voy con mis troncos de El Valle a darme de hostias con alguna otra banda, o mañana me largo a Estados Unidos después de denunciar a los Palacios, con dos huevos. ¿O no?

—Vino el domingo. Estábamos solo Arturo y yo. Yo aquí, donde se sienta Pablo —se apresuró a decir Mongo.

—No fue el domingo —atajó Arturo, mirando a Mongo con lástima, con impaciencia, con cierta dulzura regañona que me llamó la atención. Luego se dirigió

solo a nosotros—: Se hace un lío con las fechas. Desde hace tiempo se hace un lío con todo, debe de ser por las pastillas que le mandan para lo del corazón o porque el coco no le da ya más de sí.

Mongo fingía no escucharle, miraba al suelo, a las colillas de Ducados que se amontonaban a sus pies. Luego alzó la cara y sonrió, y sacó un nuevo cigarro. Arturo le acarició la cabeza como se acaricia a un niño o a un cachorro.

—Fue el lunes, joder, Luis. Acuérdate. El día de la ventolera. Tuve que sujetar el toldo. Y a Francisco, el del taller de al lado, un golpe de viento le destrozó la ventana del baño. La gente andaba encorvada por culpa del vendaval. Yo hacía mucho que no había visto nada parecido. Y en mayo. Es verdad que estábamos Luis y yo solos. Por la mañana, y además un lunes, es raro que venga nadie más. Algún despistado o algún reparador de algo que cae de casualidad por esta zona y entra a desayunar. Si no, Luis y yo, solos, como siempre. Aquella mañana, como todas, él estaba sentado ahí, donde está ahora, y yo pues veía la televisión, o limpiaba la barra, no sé. Eran las doce, más o menos. De pronto, veo que Luis, que siempre está hablando y que me pone la cabeza como un bombo con sus chorradas, se calla de golpe y se queda quieto mirando fijamente a la calle. Parecía un perro de esos de los dibujos animados que se quedan cómicamente inmóviles al olfatear la presa: los ojos muy abiertos y la mano como tonta, alzada, con el cigarro prendido, Luis hace eso a menudo, se queda alelado, mirando un punto en el aire, pensando cualquiera sabe qué. Pero esta vez permaneció idiota mucho rato, medio minuto o así, con el brazo levantado. Yo le hablé, para fastidiarle, y le dije: «Eh, Luis, eh Luis, qué miras», y él, sin darse la vuelta, me señala afuera, al pedazo de calle que se ve desde aquí y va y me dice: «¿No es aquel Trendy?». Entonces se bajó del taburete, casi tirándose de él, y se fue hacia la puerta. Yo le acompañé. Nos asomamos los dos al mismo tiempo, y vimos a un tipo paseando de un lado a otro de la calle, a pesar del ventarrón, con las manos en los bolsillos, mirando los balcones y los tejados, como un turista, ¡como un turista aquí, en el barrio! No le reconocí al principio. Entonces Luis, que había salido también, empezó a chillarle «¡Trendy, Trendy, Trendy, eh, eh!» y a menear los brazos, como si el otro estuviera muy lejos, en la cima de una montaña o algo así. A pesar del ruido que metía el viento, le oyó y miró hacia donde estábamos nosotros, en la puerta, sin salir del todo. Luis no hacía más que gritar, «¡Trendy, Trendy, eh, eh!», ya sabéis lo pelma que se pone cuando se empeña en algo, y cuando yo ya iba a pedirle que entráramos, que estábamos haciendo el ridículo, el otro, Trendy, hizo un gesto con el brazo y nos saludó. Luis gritó entonces todavía más fuerte: «Trendy, Trendy, ven a tomar algo». Trendy, con la mano, nos hizo un gesto raro, como de que sí pero que no, y yo pensé que nos habíamos equivocado y habíamos estado saludando a alguien que no nos conocía de nada y que nos había seguido la corriente.

—Pero era él, era Trendy —señaló Mongo, orgulloso.

—Era Trendy, de verdad era Trendy. Luis le había reconocido el primero —añadió Arturo, que luego calló, llenó otra tanda de vasos de cerveza, retiró los que

estaban vacíos y se volvió a sentar en su lado de la barra.

—Yo no me convencí del todo hasta que entró. Allí estaba, el mismísimo Trendy, de nuevo en La Rueda. Con barbita de finolis y menos chulo que cuando era adolescente, pero era Trendy, el de toda la vida, vuestro amigo. De vuelta después de una pila de años, después de haberse ido a vivir a Estados Unidos, aunque en el barrio se dijo que no había estado allí...

—¡Pues claro que estuvo en Estados Unidos! —intervino Mosca, mirándome. Yo lo confirmé con la cabeza. Solo entonces Arturo se decidió a continuar:

—Luis daba vueltas a su alrededor, sin dejar de saludarle, de pegarle palmaditas en la espalda. Yo no sabía muy bien qué decirle. Me limité a preguntarle que qué quería beber. Pidió un café, o un té, una bebida caliente, nada de alcohol, me acuerdo bien, y luego comenzó a mirarnos y a mirar el bar, como os he dicho antes, de una manera extraña, como si fuera la primera vez que entraba. Sonreía a Luis. En silencio, pero le sonreía. Luego, de pronto, le tocó el hombro y le dijo: «Si supieras cómo te he echado de menos, Mongo, y al padre de este, y al bar y a todo esto. Aunque parezca mentira, ¿eh?». Luego volvió a callarse, y siguió mirándolo todo: se asomaba al cristal de la ventana y miraba a lo lejos con las manos en la espalda, aunque no parecía interesarse por el temporal de viento de fuera. Daba la impresión de que ni siquiera lo veía. Yo esperé a que Luis le comentara algo, pero este, que parece un loro muchas veces, aquella mañana se hizo el mudo. Así que le pregunté: «¿Cuándo volviste?». Y él: «¿A qué te refieres con volver, volver aquí, al barrio?». «No, a España». Bebió un poco de café: «Hace meses. Y hoy es la primera vez que vengo por aquí. Y no hay quien lo conozca». En ese momento volvió a poner esa cara rara con la que entró en el bar, esa cara de emporrado perdido. Y me preguntó: «¿Qué le ha pasado a El Valle, Arturo?». Y se lo expliqué.

—¿Y qué le ha pasado a El Valle? —preguntó Javier.

—Que lo van a mandar a tomar por culo. La mitad de las casuchas ya están derribadas y la otra mitad va a caer dentro de muy poco —respondió Arturo.

A principios de año, según nos contaron entonces Arturo y Mosca, los viejos ocupantes de las chabolas habían recibido una oferta por el terreno que ocupaban sus viviendas lo suficientemente apetecible como para coger el dinero y salir corriendo de ahí. Yo recordé al cooperativista Barbero y me propuse, en la próxima visita, confesarle que tenía razón, que mi barrio se había vuelto irreconocible y se estaba encareciendo por segundos. La oferta de la constructora les daba a los de El Valle para comprarse un piso en Leganés o en Parla, pero una de las condiciones impuestas por la empresa consistía en que debían aceptar todos, sin excepción, e irse a finales de enero. Cumplieron. Desde entonces El Valle se había convertido en un poblado desfigurado, deshabitado, víctima de un par de excavadoras que, poco a poco, lo iban destruyendo a cabezazos. De vez en cuando grupos de inmigrantes jóvenes recién desembarcados de cualquier esquina de África que merodeaban por el barrio o familias de indigentes acampaban allí durante unos días, se metían en las casuchas

vacías que aún se mantenían en pie y aguantaban, agazapados, a que los obreros que manipulaban las excavadoras o los ingenieros y arquitectos que de vez en cuando se paseaban por allí los descubrieran y dieran el aviso a la policía. Arturo añadió que, precisamente un policía que solía desayunar de vez en cuando en el bar, le había contado el viernes que a El Valle le quedaba menos de un mes de existencia, que la constructora esperaba no sé qué permiso definitivo para llevarse de una vez todo por delante.

Arturo limpió la barra en un gesto reflejo, sirvió otra ronda que nadie le había pedido. Se llevó su vaso a la boca y continuó:

—Supongo que por eso Trendy estaba como idiota ese día: acababa de ver su casa reducida a un montón de cascotes. El Valle ya casi no existía. Después de tantos años en Estados Unidos, viene a darse una vuelta y se encuentra con lo que hay ahora: calles sin gente, casas sin paredes y ventanas sin cristales. Ideal para rodar una película de miedo.

—Eso le pasa por volver —intervino Javier—. Si sus padres ya se habían ido hacía muchos años. ¿A quién se le ocurre pasarse por aquí? Tú lo has dicho, Arturo. Debe de estar todo como para rodar una película. Pero no de miedo. Sino de chorizos terminales: *Perros Callejeros 5.ª parte*, o algo así.

—No hables así, Javier, coño —replico Mosca.

—Hablo como quiero, tío. Era una barriada de mierda, y me alegro de que la tiren y construyan encima otra cosa. ¿Tú no?

—No es eso, Javier. Es el sitio en que nació Trendy, al que acabamos de enterrar hace un par de horas. Yo también quiero que tiren El Valle, todos en el barrio lo queremos, incluso los que vivían dentro, te lo aseguro. Pero hoy no es el mejor día para decirlo. O por lo menos como lo dices tú.

Javier iba a añadir algo cuando Mongo le interrumpió:

—Estaba buscando a El July.

Mosca y Javier enmudecieron al mismo tiempo. Yo miré a Arturo, que había agachado la cabeza. Mongo insistió, como si no le hubiéramos oído.

—Estaba buscando a El July. ¿A que sí, Arturo? —preguntó.

Arturo asintió:

—Eso nos dijo, al menos, que había venido a buscarle, que necesitaba hablar con él, que era importante. Y que al salir del metro esa mañana se había encontrado con Elías, un viejo conocido, uno de esos macarras reciclados medio bobos ya para el resto de sus días por haber esnifado más pegamento de la cuenta. Y que al verlo le había preguntado por el paradero de El July, porque había venido hasta el barrio sin saber si aún El July seguía por aquí y que Elías le había respondido que sí, que El July dormía en El Valle casi cada noche. Pero claro, Elías no sabía que Trendy llevaba fuera tanto tiempo, así que no le avisó. Y al entrar Trendy en El Valle se encontró con que la mayoría de las casas, incluida la suya propia, estaban destruidas, y que por ahí no se veía a nadie, ni a El July ni a nadie, tan solo dos excavadoras y los

dos obreros que las conducían, de aquí para allá, acarreando cascotes. Pensó que Elías le había engañado o que se había confundido o que ni siquiera, el muy colgado, se había dado cuenta de que habían echado abajo medio barrio. Así que subió la cuesta dispuesto a preguntar a alguien más, y entonces fue cuando Mongo le vio, en medio del vendaval. Y por eso, supongo, entró conmocionado, con andares de borracho y la mente hecha un trapo, ya os digo, como si se hubiera fumado un montón de porros de una tirada.

—¿Y para qué le buscaba? —pregunté.

—No me lo dijo —respondió Arturo.

—Para nada bueno. El July solo aporta mal rollo —seña— señaló Mosca.

—No lo explicó —prosiguió Arturo, como si se diera cuenta en ese momento de un hecho que encerraba importancia—. Ya digo, tan solo me comentó que necesitaba verle enseguida. Y luego me preguntó si sabíamos dónde paraba. Y le contesté que sí, que sabía dónde paraba él, más o menos.

—¿Dónde? —pregunté yo, con impaciencia.

—Pues donde le había indicado el atontado de Elías. Donde había estado hacía cinco minutos y de donde acababa de salir: en El Valle —respondió Arturo.

Javier, confuso, enfadado, saltó:

—¿Pues no habías dicho que en El Valle ya no vive nadie, joder?

—Os he dicho que la casa de El July estaba destruida, como otras muchas casas, que su familia se ha ido con los demás en enero. Y eso es verdad —interrumpió Arturo—. Pero El July viene algunas noches y se mete en otras casas vacías que aún aguantan. Está muy mal, muy chungo. Mongo me ha dicho que le habéis visto en el cementerio esta mañana. ¿Qué? ¿Cómo le habéis encontrado? ¿Hecho una ruina, no? Yo no tengo ni puta idea de para qué viene aquí. Pero viene. Y que conste que yo no le he visto nunca. Pero me lo han contado. Y a Elías también se lo deben de haber contado. Al payaso de Elías, que seguro que ni reconoció a Trendy. Bueno, el caso es que cuando se lo dije, Trendy dejó el café en la mesa, le pegó un palmetazo en la espalda a Mongo, me dio las gracias, se despidió y volvió a bajar la cuesta, en dirección a El Valle, y ya no le vi más. Ya nadie de aquí le vio más.

—¿Y no dijo para qué le buscaba? —insistí, cada vez más alterado.

—Solo dijo que era importante. Y le creí. Por la manera de preguntar parecía de verdad importante —respondió Arturo.

—¿Le seguía alguien, Arturo? ¿Notaste si le seguía alguien? —pregunté.

—Yo qué sé. Yo creo que no. Vino solo. Pero algo le pasaba. Seguro. Uno no busca a El July para tomarse unas cervezas y contarse sus vidas y recordar los viejos tiempos. Lo dijo él mismo: le necesitaba. Y como dice Mosca, y dice bien, El July solo aporta mal rollo.

A punto estuve de acercarme al viejo teléfono verde que Arturo mantenía en la esquina de la barra y llamar a Roche. Pero me contuve para no inquietar más a los otros, bastante intrigados ya por mis continuas preguntas. Pasaron unos minutos.

Arturo había dado por concluida su aportación. Javier y Mosca también callaban, bebiendo en silencio. Mongo observaba con detenimiento y expresión idiotizada la fila de botellas alineada frente a él en la pared. Fuera comenzaba a anochecer. Me fijé en que estábamos solos en el bar: los viejos de las cartas, recatados, puntuales, se habían largado sin que lo notáramos, dejando sobre el tapate doblado la baraja de cartas y el importe de la consumición. Arturo puso otra ronda. Javier miraba el reloj. Mosca se sentía obligado a hablar e intentó animarnos con historias de conocidos de muchos años atrás: la de Matilde, una chica algo mayor que nosotros, la considerada por todos la tía buena oficial del barrio, que acababa de separarse, a sus 32 años, después de sorprender a su marido en la cama con otra; o la de Adolfo, uno de nuestra edad que se había arrojado hacía menos de un año desde el balcón de su quinto piso sin que se supiera el porqué. Arturo y Mongo contribuyeron a los dos casos aportando detalles que Mosca fingía menospreciar y enseguida se enredaron los tres en una disputa a voces sobre si Adolfo había sido el primero del barrio en suicidarse o si, por el contrario, el honor le correspondía a un militar jubilado que según Mosca vivía cerca de mi casa y que cuando nosotros éramos niños se había metido un tiro en la frente con su pistola reglamentaria. Viéndolos discutir sobre si el militar existió de verdad o no, pensé sin demasiada amargura que Trendy se convertiría pronto en protagonista de otra historia de esas, junto a la del suicida o la de la tía buena engañada. Acabábamos de echarla a rodar. Y circularía por allí mientras esos tres que tenía delante, Arturo, Mongo y Mosca, siguieran de vez en cuando acordándose de ella, contándosela, deformándola, propalándola, discutiendo entre ellos sobre si era más alto Trendy que Palacios, o si yo, el que se enrolló con Nora, era mejor amigo de Trendy que un australiano que hablaba español y que acudió a su entierro y se largó después sin hablar con nadie.

Javier volvió a mirar el reloj. Sacó de la cartera un billete sin estrenar, pero Arturo alzó los brazos y negó con la cabeza:

—Hoy no se cobra nada. Faltaría más.

—Insisto, Arturo.

—Yo sí que insisto, Javier. Y el bar es mío.

—Bueno, como quieras —mientras se guardaba el dinero se dirigió a nosotros—: Me voy, compañeros. Mañana hay que trabajar.

Tenía razón Javier. Mañana había que trabajar. Meforcé en recordar la lista de morosos del día siguiente. Pero me volvía una y otra vez la imagen de la oficina arruinada, desordenada tras el asalto, el coche de Isabel abandonado en una calle de la que no recordaba el nombre con el maletín dentro, Martí deprimido y Sánchez-Vidal acurrucado en su habitación con vistas al monte. Decidí en ese momento mentir al jefe, alegar una enfermedad, fingir por teléfono que me había resfriado en el cementerio y quedarme en casa, en la cama. Martí me daría permiso, me entendería, le daría igual.

Mosca se bajó del taburete, dando por aceptada la propuesta de retirada de Javier.

Arturo ordenó un poco las mesas y limpió la barra. Aún era pronto, las nueve de la noche más o menos, pero se dispuso a cerrar. En la calle, descorrió una cortina de acero a la que aplicó un candado gigante de moto de gran cilindrada mientras nosotros le observábamos en silencio.

—Esto ya no es lo que era —dijo Arturo, mientras forcejeaba en cuclillas con el candado—. La mayoría están muertos o en la cárcel, pero aún quedan tíos a los que les da, de vez en cuando, por asaltar las tiendas de por aquí. Ahora, que con esto, se joden —añadió, guiñándonos un ojo, señalando la cadena.

Después se guardó la llave en el bolsillo. Se incorporó. Nos quedamos todos inmóviles, aguardando que alguien se decidiera a indicar a los demás la fórmula más correcta para una despedida de esa clase. Imaginé que no era el único convencido de que no nos veríamos más.

—¿Nos vamos a otro sitio? —preguntó entonces Mongo, con su voz de pito de marica imbatible, dispuesto a prolongar la tarde, la noche, como si aún tuviéramos dieciséis años y él unos cuantos más, como si no viviéramos cada uno en una parte diferente de Madrid y no se nos notara en la cara que teníamos unas ganas adultas de volver a casa. Esperé a que nos invitara a una de sus saunas. Pero ya no hablaba de saunas, por lo visto—. Podemos ir a un bar que aún está abierto que yo conozco —insistió.

—Vamos, Mongo, por Dios, ya está bien —intervino Javier—. Si acabamos de cerrar este. Yo me voy. Pablo. ¿Tienes coche? Si quieres te llevo. Voy por el centro.

Javier se lanzó a abrazar presurosamente a Mosca, a Arturo y a Mongo. Dijo algo más que no entendí y se dirigió hacia su coche, un modelo caro y grande, aparcado muy cerca de La Rueda, al lado de una furgoneta y un taxi. Me acerqué a los otros:

—Yo sigo en contacto con el policía que lleva el caso de Trendy. Si me entero de algo os aviso —prometí. Solo fui capaz de decirles eso. En realidad, trataba de explicarles algo así como que procuraría no dejar de verlos, pero no hallé las palabras ni el ánimo. Y no sé si me entendieron. Se limitaron a sonreír y después Mosca, señalando a Javier, me aconsejó:

—Date prisa, que ese te deja en tierra.

No los abracé. Tan solo les estreché la mano y los dejé ahí, en la esquina de siempre. Javier me aguardaba ya dentro del coche con la puerta del copiloto abierta. Antes de entrar, volví a mirarlos. Arrancó. Seguían en el mismo sitio, remisos a irse, y supuse que eso significaba que al final Mongo se saldría con la suya y convencería a los otros dos para tomarse otra en algún bar cercano idéntico al de Arturo.

Javier conducía en silencio, deprisa, malhumorado. De pronto, sin girar la cabeza, con los ojos puestos en algún lugar de la calzada, me preguntó:

—¿Por qué hemos venido, Pablo?

No le contesté. Dejé que siguiera conduciendo una decena de metros antes de contestarle.

—Nos lo pidió Mosca, ¿no? Estábamos obligados en un día así, creo. Además, a

mí me apetecía —dije.

—A mí no —replicó él, sin dejar de mirar al frente—. Pero los amigos del barrio son como tu familia: no los eliges, te vienen dados, se alojan en el portal de al lado cuando tu mundillo no llega más que al portal de al lado, y te persiguen toda la puta vida. Tenía que haberme quedado en casa.

No me apetecía discutir con Javier. No merecía la pena. Me acercaría hasta mi callejón de la Gran Vía, me dejaría en casa. Eso era todo. En ese momento no me preocupaba mucho ni su concepto de la amistad, ni su desprecio hacia Mosca o hacia El Valle o hacia Trendy, sino los dos tipos que me habían perseguido horas antes, y que a pesar de los consejos de Roche, volvían a aterrorizarme. Tal vez fuera el hecho de ir de nuevo en un coche, tal vez los reflejos huidizos de los faros de los vehículos que circulaban detrás de nosotros destellando en el espejo retrovisor me recordaron demasiado esos minutos en los que creí que estaba a un paso de morir a manos de los asesinos de mi amigo. Allí, al lado de Javier, imaginé con desesperación que al día siguiente sería igual, que no iba a bastar tampoco con las palabras tranquilizadoras de Roche como no bastaban en ese momento, que iba a continuar viendo o presintiendo a cada instante sombras a mi espalda. Pensaba en esos dos tipos, imaginarios o reales, igualmente espantosos, y me di cuenta de que estaba agotado, no solo por el miedo, sino también por una suerte de certeza de que alguien, los Palacios, Roche, el destino o la mala suerte, me tenía agarrado, sin que yo supiera aún por qué, y no me iba a soltar hasta destrozarme. Porque en la última semana, desde que Trendy me vio en el metro, o mejor, en los últimos meses, desde el día exacto en que Julia me había echado de su casa, mi vida se había vuelto contra mí y me estaba quedando sin fuerzas.

Pensaba en eso, medio borracho por los cuatro o cinco vasos de cerveza que me había bebido en La Rueda y la conversación medio hipnótica de Arturo y las horas de sueño que le debía a mi cuerpo y por eso no oía bien la voz de Javier, que hablaba sin mirarme, sin parar de fumar. Yo me limitaba al principio a asentir, a emitir gruñidos que querían ser afirmaciones, a guiarle en dirección a mi casa, sin hacerle demasiado caso. Pero Javier no paraba de hablar, así que no me quedó otro remedio que prestar atención. Contaba, sin dejar de mirar al frente, con una entonación algo beoda, que había llegado a la universidad, «como tú, Pablo, como tú», como si eso nos uniera a ambos y nos aislara del resto. Y que allí, en la universidad, se quedaba por la mañana y por la tarde, con otra gente, con otros amigos con los que, me insistía, no se aburría casi nunca, con los que salía por Madrid y en verano viajaba a la playa, y que en ese grupo conoció a una chica, a su novia, a su mujer, a la madre de su hijo... «Sí, Pablo, un hijo, de dos años, pero ¿cómo se lo iba a decir a esos cafres, a Mongo o a Mosca?; iban a insistir en que me quedara a celebrarlo, en que les enseñara fotos, y yo no podía aguantar más en La Rueda, ni el barrio, no sé, me recuerda lo peor, las tardes más malas, yo no he nacido para escuchar las bromitas de Mongo, nunca me gustaron, ni para aguantar las chifladuras de Trendy... Yo lamento que haya muerto,

como cualquiera, pero acuérdate de sus tonterías, de sus locuras, de sus ganas de matarse, porque muchas veces su tozudez no era más que eso, ganas de destacar y de matarse o simplemente de hacerse daño, como en el maratón, acuérdate, o a lo mejor ya no te acuerdas, cuando yo me mareé y aquel tío dijo que era peligroso seguir porque éramos demasiado pequeños, y yo le oí, estaba mareado, tirado en el suelo, pero le oí, y a pesar de todo Trendy, el zumbado de Trendy siguió, contigo y con Nora, seguisteis los tres, él delante y vosotros dos detrás, y Mosca y yo no».

No sabía qué decirle, qué contestarle, cómo interrumpir aquella confesión incómoda a aquellas horas, en aquel coche, tras años sin vernos y sin saber nada el uno del otro. Pero Javier continuaba, con el mismo tono ebrio en la voz, empalmando un cigarro con la brasa del otro:

—Yo le admiraba, Pablo, yo admiraba a Trendy, como vosotros, como Nora y tú y Mosca, pero dejé de admirarle esa mañana de la carrera para empezar a tenerle algo de miedo, como a El July, porque es gente que lleva dentro la semilla de su propia destrucción, no sé si me explico, como una sustancia corrosiva que al final acaba por deshacerlos, a ellos y a los que van con ellos: a ti y a Nora. Y me dolió separarme de vosotros, que os separarais, que el grupo se deshiciera. Y eso que a mí ni siquiera me gustaba Nora, entre otras cosas porque para mí era inalcanzable, y lo entendí desde el primer día que llegó. Yo era un tío tímido y además gordo, muy gordo, así que no había nada que hacer, pero me dolió perderos, y quedarme solo con Mosca, como dos viejos, siempre me dio la sensación de que parecíamos dos viejos, no me preguntes por qué. En la universidad, ya te he dicho, encontré nuevos amigos, los busqué como un loco, y encontré también tíos más gordos que yo, mucho más, y además ya por entonces, cuando Trendy se había largado a Estados Unidos y tú y Nora os habíais separado y ni aparecíais por ahí, yo empecé a adelgazar. Fue de repente, en medio año o así, llegar a la universidad y empezar a perder peso, fue como automático, mi madre hasta me llevó al médico, porque estaba preocupada de verme adelgazar a esa velocidad, y el médico dijo que tal vez era del estrés, de la presión de los estudios de la carrera, del ambiente nuevo, de los amigos nuevos, ya ves, el médico, qué lince, estrés, presión, yo estaba por decirle que se callara, que bendito el estrés o lo que fuera. Perdí más de quince kilos, quince putos kilos que me habían amargado desde los doce años, me quedé delgado, normal, como tú, como Trendy, se fue el estrés, y se fue solo, y los kilos no volvieron, no sé la razón, el metabolismo, dicen, el crecimiento, y ¿sabes?, entonces tuve ganas de veros otra vez, o mejor, de que me vierais, y un día, en vez de volver del metro a mi casa, fui al bar, a La Rueda, todavía estaba Anselmo, el padre de Arturo, y al único que encontré fue... ¿a que no lo adivinas? Claro: a Mongo. Me pasó como a Trendy, que va al barrio a buscar a El July, y a quien se encuentra es al subnormal de Mongo, y digo lo de subnormal en el buen sentido, si es que tiene un buen sentido, pues eso, yo también, os busco una tarde, a ti, a Nora, hasta al Mosca, y solo encuentro a Mongo, que parece el portero del barrio, joder, siempre ahí puesto, al loro de quién entra o quién sale, quién se va o

quién vuelve, quién pregunta por quién y por qué, para luego no enterarse de nada, como ahora, que no se ha enterado de nada, el hombre. ¿No, Pablo?

Yo pugnaba por callar, por no responderle. Me limitaba a seguir indicándole el camino con gestos y frases cortas, hasta que llegamos a la Gran Vía. Le señalé mi calle, con un movimiento de la mano derecha. Torcimos, despacio. Entonces, a pesar de la oscuridad miserable de mi callejón vi dos tipos enfrente del portal de mi casa, apoyados en el capó de un coche y el corazón se me encogió como un animal aterrorizado y de mi garganta no aceptó a salir el aire suficiente como para decirle a Javier, que seguía hablando, que diera media vuelta o que pasara de largo acelerando lo máximo posible porque esos dos hombres me llevaban buscando toda la mañana para matarme. Javier percibió en mi repentino nerviosismo que algo no marchaba bien y lo relacionó con los dos hombres a los que yo no dejaba de mirar y que a su vez empezaban a mirarnos a nosotros y a levantarse despacio del coche en el que se apoyaban. Entonces, al ver a uno dar dos pasos, reconocí el inconfundible balanceo de Roche y deduje que el acompañante sería uno de esos detectives jóvenes que mosconeaban alrededor del cadáver de Trendy la noche del asesinato. Javier también le reconoció en ese momento, porque giró la cabeza y me preguntó:

—¿Ese es el poli del cementerio, no? ¿Por qué está ahí, haciendo guardia en la puerta de tu casa? ¿Por qué te espera, Pablo?

—No pasa nada. Tú aparca el coche, me dejas y te vas. No te preocupes —respondí, mientras yo mismo me hacía las mismas preguntas.

Detuvo el coche a cinco metros del portal. Me desabroché el cinturón, abrí la puerta. Me dispuse a salir. Vi que Roche seguía esperándome cerca del portal, de pie, sin moverse.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Javier.

—No hace falta —le contesté. Pero sin pretenderlo, mi voz sonó agotada, harta. Javier insistió:

—Pablo, no me respondas si no quieres, pero... ¿tú eres un soplón de la policía?

—¿Qué?

—Que si has venido esta tarde a espiarnos.

—La verdad, no lo sé, Javier. Pero sea lo que sea, esto no va contigo, ni con los otros. No tienes de qué preocuparte.

—¿Tú sí tienes de qué preocuparte, Pablo? ¿Tanto como Trendy? Dímelo, joder, Pablo. No me dejéis de lado ahora también —protestó, y parecía sinceramente molesto, sinceramente deseoso de involucrarse para ayudarme.

—Trendy estuvo a punto de confesarme algo o de pedirme algo. Antes de que le mataran, cuando me le encontré en el metro. Desde entonces... han robado en la gestoría, tengo la sensación de que me siguen... Pero no sé por qué, te lo juro, no tengo ni idea. No sé si soy un soplón... o un cebo. Vete a casa, Javier. Prefiero hablar con ellos a solas.

Me miró despacio, mordiéndose el labio, con las manos apoyadas en el volante.

—Si necesitas algo, llámame.

—Gracias, Javier. Puede que te llame. A ti y a Mosca. Pero no ahora, sino cuando termine esto. Te lo digo de verdad.

Salí del coche. Roche me sonrió desde lejos. Antes de que Javier arrancara metí la cabeza por la ventanilla del copiloto.

—Lo que sí sé es que con vosotros no va. Esto es como una pesadilla que sueño yo solo, créeme.

Nos despedimos con un gesto. Arrancó. Me di la vuelta. Alcancé mi portal. El inspector, que seguía sin moverse, me saludó abriendo la mano. Por la expresión funesta de su rostro adiviné que esa noche que acababa de empezar también la pasaría junto a él y también iba a ser larga.

Roche dejó al otro policía vigilando abajo en el portal y esperó a estar sentado en mi sofá para soltarlo:

—Sabemos quién te persigue.

El tono culpable de la voz me recordó el que emplean algunos médicos cobardes para comunicar la enfermedad incurable de un pariente.

—Usted me dijo hace unas horas que no me perseguía nadie. Que el coche pertenecía a un tal Hernán, y que el tal Hernán estaba limpio y era inofensivo. Eso dijo exactamente: inofensivo.

Me miró desde abajo, hundido en el sofá desbaratado y viejo de mi casa, plantado en el centro de la habitación vacía.

—Nos precipitamos —señaló, en voz muy baja.

—¿Y qué hago ahora, Roche?

—No te vamos a dejar solo, eso para empezar. Así que no te preocupes —se apresuró a precisar de una forma que sonaba a disculpa.

Y con ese hilo de voz ronca que me obligaba a agacharme para entenderle, Roche me explicó que el Renault 21 rojo pertenecía efectivamente a Manuel Hernán Iglesias, dueño de una floristería mediana de un barrio del norte.

—Y como te dije, Hernán está limpio y es inofensivo. Eso es lo primero que miré en el archivo cuando llamaste: no tenía antecedentes. Pero insististe tanto, tenías tanto miedo, asegurabas con tal certeza que en verdad te habían seguido que para tranquilizarte tú y tranquilizarme yo también llamé al tal Hernán en cuanto dejé de hablar contigo. Casi se me atraganta el cigarro cuando me explicó que hacía poco le habían robado el coche, que ni tiempo había tenido de poner la denuncia y que no entendía del todo cómo la policía le llamaba antes de dar parte.

Tras colgar, Roche ordenó a la centralita alertar a todos los agentes que patrullaban a esas horas por Madrid para que dieran el alto al Renault si se topaban con él. Añadió que el automóvil encerraba, probablemente, pistas para aclarar un asesinato reciente. Tal vez el otorgar rango de crimen de primer orden al hallazgo del coche estimuló a los policías, porque mientras yo escuchaba a Arturo hablar de Trendy en La Rueda, una pareja de municipales localizaba el coche correctamente aparcado delante de una iglesia, en el barrio de Prosperidad. El inspector envió allí a los mejores rastreadores de huellas de la policía científica. Registraron al milímetro el coche, y en una esquina del salpicadero, entre las del bueno de Hernán, descubrieron huellas de otras dos personas que no pertenecían a la familia del dueño de la floristería. Las examinaron cuidadosamente más tarde en un laboratorio especializado, confrontándolas con la lista informatizada de huellas de fichados de los archivos policiales.

—Y aquí están —dijo Roche, mientras hurgaba con la mano en el bolsillo de su americana donde yo creía que guardaba la pistola. Sacó un sobre amarillo que contenía dos retratos del tamaño de una cuartilla tomados de frente. El primero pertenecía a un hombre barbudo, de treinta años más o menos, de ojos negros y mirada apagada, tristona, casi bonachona. El segundo era rubio, delgado, con los ojos muy claros, inteligentes y nocivos—. El moreno se llama Alejandro Ribeiro —explicó Roche—. Es gallego. Fue apresado hace más de diez años al frente de una remesa de heroína procedente de Perú que iba a ser distribuida desde la ría de Arosa. Le pillaron por un chivatazo. Salió hace poco por buena conducta. Desde entonces no hemos sabido nada de él. Hasta ahora. El segundo...

—Que se ríe.

—¿Cómo?

—Que se está riendo en la foto.

—Bueno, no creo que tuviera ganas de reírse. Le hicieron esa foto cuando le iban a mandar a la cárcel.

—Pues parece que se ríe.

—Se llama Jaime Fonseca. Es de aquí, de Madrid. Y un mal bicho. Ha pasado en la cárcel media vida. Y la otra media buscando motivos para que le volvieran a meter. Ha sido camello, chulo, rompepiernas de discoteca, de los que ayudan a los gorilas de la puerta cuando la cosa se pone fea de verdad, asaltador de chalés de lujo y en sus últimas salvajadas, matón a sueldo. Tira de navaja a la primera de cambio y es hábil con ella: busca el corazón o el cuello. ¿Qué te parece?

Volví a mirar las fotos. Ribeiro levantaba la barbilla, aburrido. Fonseca se reía más ahora que nos conocíamos. Llevaba el pelo rapado y un pendiente plateado en la oreja izquierda.

—¿Te suenan? ¿Los reconoces? —me volvió a preguntar Roche.

—No. Yo los vi durante muy poco tiempo, Roche, lo que tarda un semáforo. Y ni siquiera me fijé en ellos porque entonces no sabía que me perseguían. Después, cuando ya estaba seguro de que iban detrás, no logré distinguir sus caras. Si usted dice que son estos dos, serán estos dos. Pero si me enseña las fotos de Tom Cruise y de Richard Gere también podrían ser.

—Son ellos, de eso no hay duda.

—¿Y ahora? —pregunté—. ¿Y ahora qué pasa, Roche?

—Pasa que son peligrosos, que tenías razón, y que tuviste mucha suerte. Que estos no se mueven si no es por algo grande, que cuando siguen a alguien es para arruinarle la vida. Hasta ahora no he dejado de pensar que a Trendy le mató un navajero desquiciado. Pero ya no. Hay algo más. Y tiene que ver contigo. O por lo menos ellos lo piensan. Me equivoqué, Pablo. He ordenado inspeccionar con más cuidado tu oficina. He mandado a los mismos sabuesos que pusieron el Renault patas arriba. Algo me dice que encontrarán las mismas huellas, las de estos dos, por lo menos.

—¿No encontraron huellas en Trendy? —pregunté.

Roche se levantó entonces del sofá con las manos en la espalda, que le debía de estar martirizando de nuevo. Empequeñeció la habitación de dos zancadas bamboleantes. Después me miró:

—No. Sin el cuchillo es difícil. Así que ha podido ser Fonseca o Ribeiro, o un tercero de la misma banda, u otro, si es que nos estamos equivocando otra vez. Pero creo que no. Sabemos dónde vive Ribeiro. O por lo menos dónde duerme. Ahora mismo tengo un coche patrulla apostado en la puerta, esperándole. En cuanto aparezca le apresaremos para interrogarle. Mientras tanto, tienes que tener cuidado. Mucho cuidado.

—¿Y eso cómo se hace, Roche?

—Pues no saliendo de aquí hasta que los pillemos, para empezar. Por eso he venido. Para avisarte. Por eso y porque temía que ellos supieran dónde vives y te estuvieran esperando. Estás dentro, Pablo. Aún no sé por qué exactamente, pero estás dentro —dijo. En su voz, ligeramente más audible, descubrí en esa última frase un resto de sospecha hacia mí que me hizo pensar que tal vez no era cierto que el inspector y su ayudante hubieran acudido a mi casa para protegerme, o solo para protegerme.

—¿Cuánto va a durar esto? —pregunté.

—Esta noche, mañana, mañana por la noche, todo lo más. Tarde o temprano Ribeiro aparecerá por esa casa vigilada. Por lo menos, ahora sabemos por dónde empezar.

Me acerqué a la cocina a por un vaso de agua y algo de comer. Al volver, Roche me preguntó por la reunión de La Rueda. Le expliqué lo que nos había contado Arturo sobre Trendy y El July. Le informé de que este último pasaba algunas noches en El Valle. El inspector telefoneó acto seguido a la comisaría para encargar que un coche patrulla se acercara allí y le buscara.

—Aunque no creo que esté allí hoy, precisamente hoy, después de lo del cementerio —dijo—. Desconfiará del sitio de siempre. Tendrá miedo de que le encontremos. Buscará otro escondite.

—¿Y usted, no tiene miedo? —pregunté.

—¿Miedo?

—Sí, joder, miedo. El July tiene miedo, Mosca tiene miedo, yo tengo miedo. No sé. Miedo a no tenerlo todo calculado. A que en una de estas se escape un navajazo o un tiro y le alcance.

—Yo soy como el árbitro del combate: me meto entre medias. Los separo. Me insultan, me gritan y tratan de engañarme, pero nunca me pegan, ni me buscan, ni me disparan.

Dio otra vuelta a la habitación, con las manos en los riñones y la cabeza ligeramente inclinada para atrás, adoptando una postura que le debía de aliviar algo el dolor de espalda. Tras pedirme permiso, abrió la única ventana del apartamento, se

asomó al patio interior y permaneció un buen rato contemplando desde el séptimo piso el suelo de hormigón y las cosas que los vecinos del bajo había ido almacenando ahí desordenadamente: una bicicleta atada al canalón, un juego de tumbonas, una veintena de macetas vacías. Se entretuvo después mirando hacia las viviendas de enfrente, con sus ventanas pequeñas, como la mía, sus palomas acurrucadas como pelotas para pasar la noche encima del rollo de las persianas. Después cerró. Se acercó de nuevo a mí.

—No me extrañaría que te deprimieras viviendo aquí... —dijo. Miró la cama, el sofá deformado, la mesita de noche con un vaso de agua encima—. Deberías decorar esto —añadió—. Uno empieza por abandonar a su suerte la casa porque está deprimido y acaba deprimido porque se pasa todo el día en un agujero como este.

—¿Lo dice por experiencia?

—De depresiones sé algo. Nunca he ido a un psiquiatra pero si fuera a uno seguro que reventaba la maquineta de medir.

Si en vez de un sofá doblado y áspero que le obligaba a permanecer de pie yo hubiera tenido un asiento más cómodo o una casa menos oscura, tal vez Roche habría accedido a contarme lo que por entonces se le pasó por la cabeza y le nubló la expresión de sus ojos. Algo suyo, escondido e íntimo, que ese patio de luces alto y estrecho y sucio como un foso le había recordado. De cualquier forma, no hubo tiempo: sonó su teléfono móvil. Roche se apartó unos metros, los justos para que yo no oyera lo que decía. Cuando terminó de hablar, se acercó.

—¡Los han encontrado! —exclamé, convencido, al observar en la expresión concentrada del policía sus ganas de decirme algo.

—A ellos no.

Me quedé quieto, pensando en el resto de personajes. Roche no esperó a que lo adivinase.

—El July. Estaba donde tú dijiste. Me equivoqué otra vez. Voy a hablar con él. ¿Vienes? ¿O prefieres quedarte encerrado en este agujero?

Como la otra vez, en la calle de Fuencarral, la frase sonaba más a una orden que a una pregunta.

* * *

Julián Rodríguez Monreal, *El July*, nos esperaba de madrugada en una cafetería extrañamente abarrotada de gente a esas horas. Le habían encontrado merodeando por las casas rotas de El Valle, buscando, según explicó a la policía con su voz nasal de macarra sin remedio, un lugar donde dormir en alguna habitación. Roche no quería detenerle, sino hablar con él, así que ordenó que le acompañaran hasta algún bar lejos del barrio y la pareja de municipales eligió uno de esos establecimientos algo extraños que sirven de refugio a los barrenderos y a los policías nocturnos, uno de esos locales amplios y feos de barra larga y sucia, siempre abiertos y siempre llenos.

El July estaba sentado a una mesa cercana a la máquina de tabaco, con un café con leche en una mano, un bocadillo de chorizo en la otra y una copa de anís cerca. Los dos municipales que le habían encontrado en El Valle le escoltaban de pie, mirando a la puerta. Nos vio entrar en el bar, y alzó la mano. No me reconoció, o por lo menos no del todo. Supuse que su memoria, roída por la droga y la intemperie, no conservaba ninguna imagen clara de mí.

Había cambiado mucho. La sombra que esa mañana se había escurrido entre la lluvia en el cementerio de Carabanchel se materializaba ahora a menos de un metro de distancia, inclinada sobre su copa de anís y su bocadillo de chorizo, que picoteaba con la mano con desgana, como un conejo enfermo. Cierta altivez que flotaba en sus ojos cuando nos vio aparecer aún pertenecía al cabecilla arrogante de la vieja banda de niños peligrosos que atemorizaba al barrio, al crío valiente y chulo al que la policía persiguió más de una vez hasta la mismísima puerta de su casa. Pero El July era ya un tipo desmoronado, vestido con un chándal mugriento, calzado con zapatillas de deportes sin calcetines, un hombre consumido que necesitaba abrir mucho la boca para hablar, como si le faltara el oxígeno. Al verle ahí sentado, comistreado el bocadillo desmigajado, bebiendo a sorbitos pequeños indistintamente el café con leche y el anís, con esa actitud sumisa, delante de la pareja de municipales, pensé que los años le habían deshecho casi por completo. Me di cuenta de que no solo le despreciaba. Sentía hacia él algo más preciso: un odio revanchista y sincero. Odiaba a ese July empequeñecido y derrotado, humillado y miserable. Y le odiaba porque después de tanta bravata de adolescente le habían derrotado por entero y se había convertido, a la vista estaba, en un manso informador de la policía que estaba deseando quedar bien para después largarse con el bocata de chorizo al rincón de su infierno del que ya ni quería apartarse. «Yo no acabaré como El July», había dicho Trendy, pero el pelele esquelético que tenía enfrente seguía vivo, arrastrándose como un gusano por Madrid, pero vivo, alimentándose de bocadillos regalados de pan con chorizo y café con leche y anís, pero vivo. Y Trendy yacía en un agujero con el corazón abierto de una puñalada que, nadie podía quitármelo de la cabeza, le estaba reservada a esa ruina de tío que tenía al lado, que a su vez me miraba con cierta extrañeza y curiosidad, preguntándose, supongo, dónde me había visto antes, de dónde salía yo.

Roche me señaló una silla. No sé por qué, prefería que yo estuviese presente. Nos sentamos, cada uno a un lado de El July. Roche empezó a preguntarle en voz muy baja tonterías que no venían al caso, supongo que para que el otro tomara carrerilla. Quiso que El July le informara de por qué no tenía casa o si había intentado alguna vez desengancharse y si sabía que la Comunidad de Madrid tenía programas de metadona para abandonar el caballo. El July respondía con evasivas, sin molestarse demasiado, consciente de que aquella primera tanda de preguntas solo servía de calentamiento, que lo duro iba a llegar después. Ni El July ni Roche se habían visto jamás, pero habría jurado que en ese momento, el uno con su mirada vidriosa y sus

ademanos confusos y adormecidos de yonqui, el otro con el cuerpo envarado y alerta, sin quitarse la gabardina, llevaban a cabo un juego practicado muchas veces entre ellos, una suerte de ajedrez mental en el que los silencios contaban más que las palabras. Roche sospechaba de El July. Yo también intuía que algo tenía que ver con el asesinato y no comprendía por qué el inspector no le arrestaba de una vez y se le llevaba a la comisaría.

—¿Por qué huiste esta mañana? —le preguntó Roche, de pronto. Vi cómo los músculos del cuello de El July se tensaban, cómo los ojos se le encendían. Los tres supimos entonces que acababa de empezar el segundo asalto, el que indicaba que la partida iba en serio. El July se terminó el anís. Miró de frente al policía. La voz parecía haberse aclarado con el trago.

—Porque venía a por mí, no te jode.

—Solo quería hablar, como ahora.

—La mayoría de las veces, jefe, antes de hablar conmigo, me infláis a hostias.

—Yo no.

El July me miró entonces, como esperando a que la hostia viniera de mi lado. No acababa de reconocermelo, pero tampoco le resultaba desconocido del todo. Debió de pensar que yo era policía, que yo sí le había detenido otras veces y que yo sí le había inflado a hostias alguna vez.

—¿Y este? —preguntó a Roche, señalándome.

Yo iba a explicarle quién era, pero Roche se me adelantó.

—Este tampoco. July, no quiero detenerte por el asesinato de Trendy, pero si no me dices algo te juro que te llevo esposado ahora mismo.

—Pare ahí. ¿Eso es verdad?

Roche se tomó su tiempo para contestar.

—¿Es verdad que lleva lo de Trendy? ¿Que ha venido a buscarme por lo de Trendy?

—Sí. ¿Qué pensabas?

El July dejó entonces de jugar con el bocadillo y alzó la cara. Se concentró en Roche. A mí me había olvidado por completo. Pronunció las palabras muy despacio, masticándolas:

—Entonces, ¿qué cojones hace detrás de mí, jefe? ¿Por qué no encierra al hijo de puta que le mató?

Roche encajó la pregunta sin torcer el gesto.

—A lo mejor tú sabes algo. Y me lo vas a decir. Una cosa es que no te hostie antes de sentarme a hablar contigo y otra dejar que te pongas digno. Sé que Trendy te buscó. Dime para qué, qué hicisteis juntos los dos, con quién estuvisteis. Quiero que me lo cuentes todo, July, y ahora, y rápido.

—Yo soy una mierda —respondió El July— y estoy en la mierda, ya lo ve, pero le juro que me habría dejado arrancar este brazo antes de hacer daño a Trendy. Si se le ha pasado por la cabeza que a Trendy le maté yo, o porque estuvo conmigo,

quíteselo del coco, jefe, porque no es verdad.

Roche no le creyó. Y El July se dio cuenta.

—¡Yo ni siquiera sabía que estaba muerto, joder! —exclamó—. Hasta esta mañana. Uno del barrio me lo ha dicho. No recuerdo bien quién, yo me levanto sin enterarme de nada, jefe, no sé si es de día o de noche, si estoy aquí o allí, si tengo veinte años o cuarenta, y en cuanto abro los ojos tengo que ponerme a pensar para saber en qué parte de Madrid me ando. Luego, si tengo, me meto algo, y si no, pues me levanto y voy a buscarlo. Esta mañana no tenía, por eso iba por ahí, dando vueltas. Y en esto uno, ya le digo, no sé quién, me ha dicho que a Trendy le habían metido el lunes por la noche no sé cuántas puñaladas y que le iban a enterrar en un rato. Así, de golpe. A lo mejor era uno de los camareros del bar Puerto, donde a veces, si me paso por ahí, me dan algo de comer de las sobras de las raciones. O a lo mejor otro del barrio. No sé, a veces se me olvida hasta quién cojones soy yo...

Se quedó observando el tatuaje del brazo derecho como si mirara la hora en un reloj, confundido, sin saber para dónde tirar. Después alzó los ojos y los fijó en Roche. Sonrió sin ganas.

—¿Otro anís, jefe?

—Mejor sigue.

—¿Qué quiere que le cuente, joder? —gritó de pronto, poniéndose de pie, alzando los brazos. Unos barrenderos sentados cerca de nosotros se dieron la vuelta, extrañados, molestos por los gritos. La pareja de municipales hizo ademán de acudir. Roche les indicó que se quedaran quietos. Luego, sin incorporarse, agarró el hombro de July, le obligó a sentarse de nuevo. Su voz escasa sonó muy clara, muy autoritaria:

—Sigue, July, y sin montar espectáculo.

Bebió un sorbo de café con leche. Alzó la cara, mirando hacia la barra:

—Me quedé hecho polvo. Ahí, en medio de la calle. El otro, del que no me acuerdo, se fue. Yo no sabía qué hacer, tenía la cabeza loca por la falta de caballo. Me largué a las Barranquillas, me puse algo allí mismo, y luego me fui al cementerio. Llegué tarde: ya le habían metido en el nicho. Luego usted me vio y tuve que salir corriendo.

—¿Para qué te buscó, July?

El July respondió inmediatamente, de una forma muy clara, mirando a la mesa:

—Necesitaba dinero.

—¿Te lo dijo él?

—Claro.

—¿Cuándo?

—Cuando vino a verme. El otro día. Por la mañana. Era lunes, creo.

Roche parpadeó. Se echó mano a la espalda, se enderezó, torció la boca por el dolor. Encendió un nuevo cigarro después de ofrecer a July, que aceptó. Yo me impacienté. Me oí exclamar:

—¿Pero qué te dijo, July, por Dios? ¿Y adónde le enviaste tú después para que le

mataran así?

July me miró aún más intrigado que antes, sin terminar de reconocirme. Roche me apretó el brazo para indicarme que me calmara y no me inmiscuyera.

—Él vino a buscarme, ¿eh? —gritó El July, sin dirigirse a nosotros, hablándose a sí mismo, con la vista perdida en un punto de la puerta del servicio del bar—. Fue él el que vino a El Valle, después de tantos años sin verle, el lunes, ya se lo he dicho, de eso sí que me acuerdo bien porque era un día raro, había mucho viento. No sé cómo me encontró, porque no es fácil encontrarme, supongo que alguien del barrio se lo diría, alguno que ha debido de verme rondar por la noche. Créanme, ni siquiera sé muy bien por qué lo hago, pero cuando llega la noche me voy para allá, para El Valle, si es cerca voy andando y si me pilla lejos, pues en metro o en autobús. Me voy para El Valle y busco una casa que aún no hayan tirado y me meto dentro y me echo a dormir. Ya no hay ni luz, la han cortado, ni agua, y muchas están ocupadas por otros miserables como yo, y a veces tengo que cruzar Madrid entero, pero sigo volviendo al barrio, aunque ya no esté mi casa, ni mis amigos, ni nada, sigo volviendo como un perro cabezón sin dueño ya, voy con mi bolsa de ropa y una linterna, y encuentro un rincón y busco una colchoneta que guardo por ahí, me echo, y me duermo un rato, hasta que me falta un chino. Me va a joder cuando derriben las casas que quedan. Y eso, ya les digo, estaba durmiendo, aunque oía el viento ese, que se colaba por la puerta abierta y parecía que se me subía a la espalda, yo estaba sin dormir del todo, porque cuando no tengo mierda para meterme me pongo muy nervioso, incluso antes de que empiece a pasarlo mal con el mono. No dormía, pero tampoco estaba despierto. Pensaba en que me tenía que levantar e irme a buscar a alguien que me pasara un chino cuando oí los gritos delante de la casa. No respondí, me imaginé que era una broma de alguien, o que yo alucinaba solo, o que era el viento, o me dio pereza, y me tendí boca abajo, pero Trendy, porque era Trendy, no dejó de gritar y al poco tiempo entró en la casucha y me vio tumbado en la colchoneta. Yo todavía pensaba que aquello era un sueño, o que el caballo que me había metido el día anterior era malo o demasiado bueno. Porque vi a Trendy agacharse y empujarme, y decirme venga, July, coño, despierta, que soy yo, no me reconoces, tío, y yo le miré y me di cuenta de que era él, con barba y más viejo, pero él. Hice como que me levantaba, pero cuando estás tan enmierdado como yo te cuesta levantarte a la primera, te levantas a trompicones, como los viejos, sin abrir los ojos del todo. Aun así conseguí quedarme sentado en el suelo, y entonces le vi mejor, ahí de pie, y me dio pena de mí. Mire, jefe: yo llevo muchos años viviendo así, y ya me importa un huevo todo, pero aquella mañana, delante de Trendy, me dio vergüenza que me viera durmiendo en un rincón sucio de la cocina de una casa medio hundida, vestido con este chándal lleno de roña. A punto estuve de pedirle que por favor me dejara en paz. Cuando te falta la droga, y por la mañana casi siempre te falta, el cuerpo se te pone cabrón, y te sale como una mala leche con todo, y lo primero que piensas es en volver a dormir. Pero yo no podía porque Trendy me seguía achuchando para espabilar-me,

debieron de pasar más de diez minutos, a lo mejor media hora, hasta que me levanté del todo, y me sacó a empujones de la casa. De niños él y yo habíamos jugado juntos en esas calles, y después, cuando yo me reía en la cara de polis como vosotros, habíamos seguido siendo amigos en el mismo sitio, después él se fue y yo me fui hundiendo, y ahora todo eso está destruido, lleno de escombros, con las casas deshechas, como si hubiera pasado una guerra. Me llevó casi a rastras hasta un bar porque con ese viento hijo puta era imposible quedarse en la calle, y me aclaré un poco, a fuerza de cafés y de donuts. Yo le pedí un chino de coca y él me dijo que no tenía, que no se drogaba. Así que ya lo sabe, poli, Trendy no se drogaba, no le mataron por nada de eso.

—A lo mejor te mintió —replicó Roche.

—¿Usted cree que va a venir a verme después de doce años para mentirme? ¿Usted qué es, gilipollas?

Roche encajó de nuevo. Aguardó a que El July prosiguiera.

—No recuerdo bien cuánto tiempo estuvimos en esa cafetería. A lo mejor toda la mañana. Ni siquiera recuerdo bien qué cafetería era. Yo tenía sueño, necesitaba un chino. Se lo pedí otra vez a Trendy, me puse plasta, seguro que me puse plasta, pero él me respondió que me esperara, que tenía que pedirme algo.

Al oír esto último, el inspector se inclinó hacia El July, que ni se dio cuenta, concentrado exclusivamente en reconstruir ese pedazo de mañana.

—Fue entonces cuando me dijo que necesitaba pasta. Dinero rápido. Y creo que me explicó para qué. Pero no lo recuerdo, jefe. No lo recuerdo. Pégueme una hostia si quiere o deténgame, porque no lo recuerdo, joder.

Con las manos, se tapó la cara y la frente, se apretujó la piel, apoyó los codos en la mesa y permaneció así unos segundos. Después, al recobrarse, vi cómo entornaba mucho los ojos, como los miopes.

—¿No te dijo por qué le perseguían? —preguntó Roche.

—No recuerdo que me dijera que le persiguieran —contestó El July, cada vez más desconcertado.

Roche buscó algo en el bolsillo de su chaqueta.

—Mira las fotos de estos hombres. ¿Los conoces de algo?

El July se esforzó en observar detenidamente los rostros de Ribeiro y de Fonseca. Se tomó su tiempo, mirando alternativamente los dos retratos. Pero al final se las devolvió al inspector con una mueca de extrañeza.

—Creo que no los he visto en mi vida. Pero no podría jurárselo. ¿Qué tienen que ver en esto?

—No lo sabemos todavía. ¿Para qué quería el dinero, July? —insistió Roche.

—Ya se lo he dicho, tío: no lo sé. No lo sé, coño, no lo sé. ¿Qué se cree, que no me gustaría saberlo? Lo malo es que ni siquiera sé si me lo dijo.

—¿Por qué acudió a ti, July? ¿No se dio cuenta de cómo estás? —pregunté yo.

Él intuyó que aquello era más un insulto que una pregunta. Pero la respondió,

supongo, porque él se la había hecho antes que yo.

—Él no sabía cómo estaba. Cuando se fue a Estados Unidos, yo no era así. Así que buscaba otra cosa, me parece, pero se encontró con esto —y nos mostró las manos abiertas, tatuadas en el arranque de los dedos, y sus brazos esqueléticos y blancuzcos asomando por encima de la manga del chándal, moteados de pinchazos amoratados—. Antes le habría ayudado, claro. Antes, lo que me hubiese pedido, pero ahora... —sollozó. Se limpió la nariz con el dorso de la mano, se recompuso algo, lo suficiente como para añadir—: Necesitaba pasta, ya os lo he dicho.

Roche le miró sin entender del todo. July pareció ufanarse de esa pequeña victoria.

—Por eso vino a mí: porque creía que yo aún manejaba pasta, o maneras de conseguirla en un par de horas. Vino para que le acompañara a atracar una tienda o a robar un coche fácil de vender. Pero yo ya no valgo ni para eso.

—¿Eso le dijiste, que ya no valías? —preguntó Roche.

—No, claro. ¿Cómo le iba a decir eso? —respondió July—. Le dije que conocía un supermercado sin vigilancia, que lo único que había que hacer era esperar a las ocho de tarde, asustar un poco a las dos cajeras con una navaja y trincar el dinero y salir corriendo.

—Si tú casi no puedes ni andar —dijo Roche.

—Pero corrí más que tú esta mañana —replicó—. Además, me haría matar antes de dejar colgado a Trendy. No te hagas el listo, poli, que todos somos listos aquí. ¿Qué te crees, que yo no sabía que era una tontería peligrosa? Pues claro. Si yo hubiera podido atracar más veces esa porquería de supermercado lo habría hecho y no andaría por ahí casi mendigando. La misma cajera es capaz de darme una hostia y empotrarme en una pared. Peso 54 kilos y ni los brazos ni las piernas me responden, por la droga y por el miedo. Ya ve, yo, cagado de miedo por un supermercado. Hace años que no me atrevo más que con cosas como esas y aun así he estado a veces a punto de cagarla. Pero Trendy estaba ahí, jefe, delante de mí, y necesitaba ayuda. Y le dije que esa misma tarde, que lo que quisiera. Si Trendy, después de verme, decidía seguir adelante, no iba a ser yo el que se echara atrás.

El July enmudeció. Pasaron unos cuantos minutos en los que solo oímos el pitido de la máquina del café y la musiquita electrónica de la tragaperras, las voces amortiguadas del resto de clientes, la respiración dificultosa y jadeante de El July.

—No aceptó, claro. Bastaba mirarme para saber que yo iba a buscarle la ruina, aunque parece que la ruina se la buscó de todas maneras. Le vi dudar antes de atreverse a decirme que no, como si fuera a molestarme. Luego le propuse otra cosa: buscaría por ahí algo aún más fácil, ya vería qué, y le avisaría. Él me respondió que no había tiempo, que necesitaba el dinero ya y que además no había forma de avisarle, porque iba a estar todo el tiempo fuera de casa. Yo sé, porque no estoy tan machacado, que me lo dijo para no herirme más, porque no íbamos a encontrar nada más fácil que ese supermercado de mierda. Me dio un par de billetes para que pillara

unos gramos. Después se despidió, diciéndome que pasaría pronto a verme otra vez, y yo le contesté que se diera prisa, porque iban a derribar todo enseguida. Nos abrazamos. Le vi marcharse desde la ventana del bar, inclinado por el ventarrón que aún soplabá, me dijo adiós con la mano por última vez, y se largó. No le vi más. Como yo suponía, no encontré nada mejor que ese supermercado. Ni siquiera busqué mucho. Pensé que volvería a la mañana siguiente, incluso me acosté por la noche en la colchoneta pensándolo. Pero no vino. Ni ese día, ni el otro, ni ninguno. Y esta mañana me dicen que le mataron el lunes por la noche. Y desde que ese vecino me lo dijo no he parado de pensar en la puta misma cosa todo el tiempo. Porque no hay Dios en este mundo que me saque a mí la idea de que a Trendy le metieron un cuchillo en el pecho por mi culpa, por no haber podido ayudarlo a conseguir la pasta, por no servir ni para atracar un supermercado de barrio con dos cajas asustadas. Por eso fui esta mañana a su entierro, jefe, para decirle que me perdonara, para verle antes de que le metieran en el boquete, para no estar tan solo y sentirme menos mierda. Y ya ve: llegué tarde. Ni para eso sirvo.

Roche se levantó de la mesa. Se dirigió a los policías de la barra. Por gestos les indicó que dejaran libre al retenido. Yo también me levanté, imitando al inspector. El July, sin embargo, permanecía sentado, inmóvil frente al vaso de café con leche, mirándose las manos sucias, las muñecas llenas de tatuajes.

Roche le habló al cogote:

—July, te lo dije antes, hay centros de rehabilitación, en la comisaría tenemos los folletos. Y en el Ayuntamiento. Hay gente que sale de esto.

—Yo ya no salgo, jefe —dijo, sin alzar la cabeza—. Pero gracias. Dame algo de pasta y me meto un chute esta noche a tu salud.

—No puedo. Estoy de servicio. Va contra la ley.

—Saqué un billete de dos mil pesetas. Se las mostré a July delante de los ojos. Eso sí le hizo reaccionar. Se dio la vuelta, me miró. Seguía sin reconocermé del todo.

—Gracias. Joder con los maderos modernos. Esto sí que es rehabilitación.

—Yo no soy policía, July.

No sé si lo oyó, si se lo creyó o si le daba igual quién fuera. Ahí estaba, debajo de mí, el famoso July, con toda su ruina encima, con toda la muerte que Trendy le pronosticó ya dentro de él, una muerte que no le iba a llegar como a él, de un balazo o una cuchillada, sino dentro de una mancha negra que le iba pudriendo un poco cada día. Me miró, parpadeando mucho, entornando otra vez los ojos, dobló el billete y se lo metió en el bolsillo mostrándome una sonrisa de dientes mellados y negros. Me esforcé en dejar de odiarle pero no me apetecía explicarle quién era yo. Le di un palmetazo en el hombro y salí del bar. En la puerta me di la vuelta: seguía sentado, mirándose los tatuajes de las muñecas, llevándose los dedos a los ojos. Entonces me di cuenta de que El July no los entornaba porque fuera miope, sino porque se esforzaba en contenerse para no llorar delante de dos policías. Esperó a quedarse solo para hacerlo a gusto.

El inspector me medio obligó también a acompañarle hasta el barrio del sur en el que se suponía iba a recalar Alejandro Ribeiro a lo largo de la noche. Nos costó encontrar el coche en el que dos policías de paisano, uno de unos treinta años, el otro con más de sesenta, custodiaban desde hacía horas la puerta de un edificio pobre de cinco plantas. Aparcamos al lado.

—¿Algo? —preguntó Roche tras abrir la ventanilla.

—Nada, inspector. No hacía falta que viniera —respondió el viejo, sentado en el asiento del copiloto—. Si quiere, váyase. Le avisamos en cuanto aparezca.

—Prefiero quedarme. De Ribeiro depende todo. Este es Pablo Esteban, uno de los testigos —añadió—. Es preferible que esté aquí que en su casa —luego, dirigiéndose al más joven, ordenó—: Coge ese coche y vete a la comisaría.

Se instaló en el asiento del volante, ordenó al viejo que pasara detrás y a mí que me colocara a su lado. Después cerró la ventanilla, se recostó, bajó el volumen de la radio-escáner y se puso a esperar, con los ojos fijos en un tramo de acera. Yo miraba al frente, al portal de la casa que iba a visitar Ribeiro. El reloj del coche marcaba las dos de la madrugada. Bloques de pisos idénticos al que vigilábamos se reproducían hasta el infinito en ese barrio mal iluminado y completamente vacío a aquellas horas. Tan solo se oía el sonido a fritura del escáner, que a veces dejaba de triturar grava para alojar alguna voz nítida que transmitía consignas u órdenes a los agentes que a esa hora patrullaban Madrid. Roche encendió un cigarro. Noté que el policía viejo se removía en el asiento de atrás.

—Ponte cómodo, Montes, y tranquilízate. Esto puede durar horas —dijo Roche.

—¿Cómo están seguros de que va a pasar por aquí? —pregunté, sin mucho interés, tan solo por deshacer ese silencio que me ponía nervioso.

—No estamos seguros —dijo Roche—, ni siquiera es probable. Pero no hay otra cosa que podamos hacer.

—La chica está arriba. Hay luz —dijo el tal Montes—. Eso puede indicar que le espera.

—O que le esperaba y como no ha venido, se inquieta —respondió Roche.

El inspector accedió a explicarme:

—La que vive aquí es una especie de novia de Ribeiro. Eso al menos le han contado a uno de los nuestros. Una buena chica, además, sin antecedentes, sin nada que ver con los negocios de su amante, por lo que parece. Y eso es todo. Como hoy no le dé por visitarla, habremos perdido el tiempo. Y lo que es peor: el hilo, porque no sabría por dónde seguir.

—Siempre se abre otra pista, inspector, usted lo sabe —repuso el viejo, demasiado aburrido como para callarse. Y añadió—: Esperar así, a la puerta del malo, es la única manera de resolver muchos casos, chico. Hay que esperar hasta que

aparece el pájaro. Puede llegar hoy, o mañana, o la semana que viene. La mejor cualidad para un policía es la paciencia. Te lo digo yo, que ya llevo muchos años. Aquí gana el que menos se mueve.

No me apetecía contestarle, ni siquiera seguir escuchándole. Así que me hice el sordo. Me fijé en que Roche seguía mirando su trozo de acera, ajeno al otro policía y a mí. El viejo comprendió, se echó para atrás, recostó la espalda en el asiento, se puso a mirar también por su ventanilla. A los cinco minutos se volvió a incorporar.

—¿Le importa si enciendo la radio, inspector?

Roche negó con la cabeza. El viejo accionó el interruptor y encontró rápidamente una emisora que emitía sin interrupciones discos de hacía años. Permanecimos así, escuchando canciones viejas, sobresaltados de vez en cuando por el escáner, hasta las tres, hora en que la emisora interrumpió en seco una canción para dar dos o tres noticias, entre las que no se contaba ya la de la muerte de Frank Sinatra. Después regresó la música. Escuchamos las noticias (idénticas a las anteriores) de las cuatro, de las cinco, las canciones que rellenaban las horas entre medias se volvieron cada vez más dulzonas, más cursis. A veces, el escáner irrumpía en medio de la canción registrando conversaciones entrecortadas, gritos, instrucciones dadas a voces. Yo comprendía con mucha dificultad (el incidente se describía en una jerigonza incomprensible para mí, trufada de términos y números en clave) que acababa de producirse un incendio en Latina, o un altercado entre dos borrachos en Bella Vista, o el accidente grave de un motorista en Sol. Más que los hechos en sí, me impresionaba aún más la calma inmóvil con que Roche y el policía viejo encajaban todas esas desgracias, sin moverse, sin comentarlas, con un marcado desapego profesional hacia lo que no les incumbía directamente. Luego, el escáner callaba, de golpe, sin aclararme si en la casa del incendio había alguien en ese momento, o si el motorista de Sol había muerto, y volvían a escucharse tan solo las canciones facilonas de la emisora preferida del policía viejo.

Hubo un momento en que pensé que pasaríamos la noche entera ahí, los tres metidos dentro de un coche, que así veríamos amanecer, con las piernas encogidas, en silencio, ellos dos vigilando la calle y yo mirando al frente, al portal. Pero en un momento indeterminado, entre las cinco y las seis de la mañana, mientras un bombero reclamaba a través del escáner refuerzos para apuntalar una casa de Embajadores que estaba a punto de hundirse, oí al policía viejo decir en voz baja: «Ahí está, inspector, por detrás de nosotros. No te des la vuelta chico». Yo también le vi. Un hombre caminaba por la acera del lado de Roche a buen paso, casi a la carrera. Pasó casi al lado nuestro, sin vernos. Miraba al suelo, aunque de vez en cuando, sin sacar las manos de los bolsillos de la americana, dirigía la vista hacia una ventana. Creo que le vi sonreír al cerciorarse de que estaba iluminada, pero no estoy seguro. Tal vez lo imaginé así. Llegó hasta el portal. Yo me preguntaba hasta cuándo iban a esperar para detenerle. Roche permanecía inmóvil, con la mano en la palanca de la puerta, a punto de abrir, cuando Montes salió precipitadamente del coche chillando

«alto», «policía» y «alto ahí». Roche mascullo un «espera, idiota», pero el otro ya se encaminaba hacia Ribeiro, quien en ese momento se encontraba a un par de metros del portal pero que, al escuchar las voces, y, sobre todo, al ver que el policía se le echaba encima, salió corriendo en sentido contrario al que había venido. El viejo le persiguió repitiendo los gritos. Los dos se internaron por una callejuela lateral mientras Roche abandonó rápidamente el coche y se dirigió hacia allí corriendo. Decidí acompañarle. Oímos más gritos, insultos, ruidos que parecían golpes provenientes de la bocacalle. Y finalmente, un disparo, seco, rotundo, un disparo que retumbó por todo aquel barrio dormido, el primer disparo que yo oía en mi vida. Roche se sobresaltó, me indicó con un gesto que fuera siempre detrás de él, y se lanzó hacia el callejón. Encontramos a Montes y a Ribeiro bajo un soportal, casi a oscuras, uno frente a otro, a dos o tres pasos de distancia, inmóviles, mirándose. Solo cuando me acerqué lo bastante como para distinguir algo más que bultos descubrí que se encañonaban mutuamente. Ninguno de los dos parecía herido. Pensé que la pistola que miraba hacia el pecho de ese policía anciano tan estúpido como valiente podía haber estado apuntando hacia mí unas horas antes. Y que Montes, que unos minutos atrás había estado sentado junto a mí en un coche oyendo sus canciones ñoñas de la radio, podía morir allí mismo, en ese preciso momento.

—He sido yo, inspector, he disparado al aire sin saber que también él estaba armado —dijo Montes—, sin dejar de mirar al otro.

No reconocí los rasgos de Ribeiro. No descubrí en él nada de los dos que me habían seguido en el Renault. Noté que jadeaba, que en vez de respirar emitía algo parecido a un ronquido. Vi también que le temblaba una pierna. No la mano que empuñaba la pistola, ni el brazo, ni otra parte del cuerpo; solo una pierna, con espasmos pequeños, eléctricos e intermitentes. También Roche había sacado su pistola. Con ella en la mano derecha apuntando a Ribeiro me pareció otro, alguien distinto al inspector enorme, aparentemente pacífico y algo encorvado que se había convertido en mi sombra en los últimos días. Apuntaba directamente a la cabeza de Ribeiro. Y Ribeiro lo sabía.

—Tira el arma —ordenó Roche, con su voz baja, pero perfectamente audible en ese callejón estrecho.

El gallego, delgado, moreno, acorralado entre los dos policías, miró alternativamente a Roche y a Montes. Luego se fijó en mí. Se quedó mirándome un buen rato, como si me conociera. Yo estaba convencido de que ese tipo, por la manera de mirarme, sabía quién era yo. En cambio, yo no sabía quién era él. Roche le ordenó otra vez, de forma aún más tajante, que se rindiera. Pero seguía mirándome, cada vez más extrañado de verme ahí. Hasta abrió la boca para decirme algo que Roche atajó.

—Tira el arma. Ya.

Ribeiro volvió a mirar a Roche, que sostenía ahora la pistola con las dos manos, con los brazos extendidos. Suspiró, roncó de nuevo, me miró otra vez, con

incredulidad, y por fin, abrió la mano, soltando el arma, que cayó de punta y rebotó en la acera un par de veces. Montes se acercó hasta él y le obligó con un empujón a que se tirara en el suelo. Luego le ordenó que se quedara boca abajo, con las manos en la espalda. El otro obedecía mecánicamente, con una naturalidad fatalista que atribuí a que aquella no era la primera vez ni la segunda que le detenían. El viejo se agachó, lo esposó, le conminó a que se estuviera calladito, así, dijo, calladito, llevándose el índice a los labios. La advertencia estaba fuera de lugar, porque Ribeiro no había hablado en todo el tiempo, y seguía sin hacerlo. Desde abajo, con la cara ladeada hacia mí, aún me miraba, con el mismo gesto de perplejidad, como si en silencio me preguntara qué pasaba, quién era yo en realidad y por qué le ocurría eso. O eso me imaginaba yo, que me preguntaba exactamente lo mismo.

Entonces un chillido sonó a nuestra espalda. Me di la vuelta. Una mujer, envuelta en una bata oscura, con el pelo revuelto, corrió hacia nosotros y se arrodilló ante Ribeiro. Montes, perplejo, consultó a Roche, pidiéndole instrucciones. El inspector, que ya había guardado la pistola y se limitaba a observar en silencio, le ordenó que se apartara. La mujer tanteaba el cuerpo del gallego, le revolvía la ropa, le desabotonaba la camisa, buscando la herida, la sangre, el resultado del disparo que había oído desde su casa. El otro le sonrió desde su posición forzada, doblando aún más el cuello. Cuando estuvo convencida de que Ribeiro no estaba herido se desmoronó, echándose sobre la espalda de este.

—Vete a casa, Luisa. No es nada —dijo Ribeiro, con un acento gallego muy marcado. La mujer se incorporó, pero continuó de rodillas junto a él. Luego se dirigió a Montes, al que, por la edad, supuso la persona al mando.

—¿Qué ha hecho? —le preguntó. A pesar de la oscuridad, pude ver que era una mujer joven, mucho más joven que Ribeiro, de veinte o veinticinco años, morena, delgada, casi guapa.

—No he hecho nada, Luisa. No te preocupes —insistió el gallego, ante el silencio de Montes. Arrastró las erres de «preocupes», sus palabras sonaron ahora más apelmazadas, peor pronunciadas. Roche decidió entonces hacerse notar. Ordenó al policía que levantara al detenido. Después se dirigió a mí, mientras la mujer le observaba en silencio.

—¿Le reconoces? —me preguntó. Negué con la cabeza.

Ribeiro, ya de pie, esposado, seguía sin dejar de observarme.

—¿Tú eres policía, no? —me preguntó.

Pensé que era la tercera vez en esa noche en que alguien me tomaba por policía o por soplón. Me limité a responderle varias veces que no mientras él mantenía los ojos en mi cara y la mujer le sacudía la arena y el polvo que se habían adherido a su chaqueta y a sus pantalones.

—¿Dónde vive tu colega? ¿Dónde vive Fonseca? —preguntó Roche, de manera cortante, seca, muy violenta.

El gallego, que se dejaba abrazar por la mujer, debía de esperarse la pregunta,

porque sonrió o al menos compuso una línea con la boca que parecía una sonrisa. Aún seguíamos en ese soportal ennegrecido, casi sin luz. Varios vecinos se habían asomado a las ventanas y permanecían allí acodados, presenciando el incidente. Ante el silencio de Ribeiro, el inspector le volvió a preguntar:

—¿Dónde vive Fonseca, Ribeiro? —el gallego seguía sonriendo, meneando la cabeza, dando a entender que no iba a delatar a su colega y que asumiría por sí solo todas las culpas. Roche echó para atrás la cabeza, miró al cielo, sopló sonoramente, aburrido, supuse que cansado, harto de no dormir y de no poder hacerlo por tipos como Ribeiro—: Montes, los dos para la comisaría.

—Ella no tiene nada que ver —protestó Ribeiro.

—No puedo dejarla aquí y que avise a tu amigo de que le estamos buscando. Estás metido en algo chungo, tío —dijo Roche.

—Ella no tiene nada que ver —repitió Ribeiro, sin moverse, repentinamente tenso—. Nada, trabaja en una fábrica, es legal, no está fichada.

La mujer seguía abrazada a Ribeiro, muda, asustada, aún apartaba arena del rostro del gallego.

—Si eso es verdad la soltaremos pronto. Pero esta noche duerme en el calabozo —prosiguió Roche, que sabía dónde quería llegar. Se acercó a Ribeiro, le sujetó. Le tendió a Montes su par de esposas señalándole a la mujer—: Montes, venga, vámonos. Es ya muy tarde.

Montes agarró el brazo de la mujer. Ribeiro se revolvió, sin lograr desasirse del inspector.

—Déjela en paz, joder, no tiene por qué dormir en la cárcel, ella no tiene nada que ver, ya se lo he dicho.

—No seas imbécil. Ella me da igual. Solo os quiero a ti y a tu amigo. Dime dónde vive Fonseca.

—Pero ella se queda aquí.

Roche cerró los ojos como signo de asentimiento. Ordenó a Montes que la soltara. Ella se apresuró a abrazarle. El otro la apartó algo bruscamente.

—Vete a casa. De verdad, no pasa nada, de verdad.

Ella le miraba en silencio, arrebujaada en su bata oscura. De repente su rostro, la parte de rostro que yo vislumbraba en aquella oscuridad, se endureció, sus brazos se desenlazararon, se separó del gallego. Luego le encaró:

—Él dice que es algo malo —dijo la mujer, señalando a Roche.

—No tengo ni idea de por qué han venido —contestó Ribeiro, mirándome a mí, buscando en mí la respuesta.

Pero la respuesta no llegó de mí. Ni siquiera de Roche, que seguía callado. Fue Montes que, inoportunamente, soltó:

—Sí que lo sabes, cabrón. Y si no te lo digo yo porque para eso estoy. Estás detenido por asesinato.

La mujer retrocedió aún algunos pasos más. Ribeiro se volvió hacia el viejo, sin

dejar de mirar de reojo a Roche:

—¿Asesinato? ¿Está usted loco? Yo no he matado a nadie en toda mi vida.

Roche agarró entonces por el brazo al gallego y le empujó hacia el coche:

—Ni una palabra más hasta llegar a la comisaría, Ribeiro. Solo indícanos dónde está Fonseca o ella viene con nosotros. Solo eso. Y lo que dices lo vas a tener que demostrar.

Ribeiro asintió. Miró a la mujer, sonriéndola. Nos montamos los tres en el coche. Antes de abandonar ese barrio vi, a través de la ventanilla, que la mujer aún permanecía en la calle, en la misma esquina, bajo el soportal en que había encontrado a su novio, o lo que fuera, tirado de bruces, esposado por un policía. Por la cara de asombro que había puesto al verle y que no había logrado sacudirse después, estaba convencido de que no sabía de verdad quién era Ribeiro, con qué clase de asesino dormía a su lado. Porque seguro que el gallego no le había hablado de los cargamentos de droga, de los años de cárcel o del navajazo a Trendy. Bastaba contemplar la mirada de absoluta extrañeza de la mujer, su repentina parálisis que le impedía volver a casa para darse cuenta. Era muy probable que Roche supiera ya más de Ribeiro que ella misma. La vi mirar el coche encogida de frío, sola en medio de la acera, en medio de ese barrio mal iluminado, alejado de todo, fuera de la ciudad, como el mío. Después doblamos a la izquierda y desapareció.

Mientras, Roche, al volante, abroncaba al viejo sin alzar la voz, le amenazó con expulsarle de la policía por adelantarse a sus órdenes y poner en peligro la misión, la vida del acusado y la suya propia. Luego pidió a Ribeiro que le indicara el camino más rápido para ir a la casa de Fonseca. Después reclamó por radio un coche patrulla para que nos esperara en el portal de Fonseca y se encargara luego de trasladar a Montes y Ribeiro a la comisaría. Le miré a la cara y no supe descifrar si confiaba mucho en lo que estaba haciendo o no.

* * *

Cuando llegamos a su casa, Fonseca veía la televisión, lúcido e insomne tras volver de la discoteca en la que trabajaba y meterse, ya en la cocina, según nos contó, un último cóctel de *whisky*, cocaína y pastillas de éxtasis. Abrió la puerta sin ninguna señal de inquietud, como si para él resultaran normales aquellas visitas de madrugada, y en cuanto el inspector le mostró la placa, resopló con aburrimiento y nos invitó a pasar al salón en el que dos equipos de baloncesto de la liga estadounidense jugaban en silencio en una gigantesca pantalla que ocupaba casi toda la pared de la sala. El piso, de muebles escasos, fríos y caros, parecía una habitación de hotel moderno para ejecutivos con dinero. Un cuarto al fondo, con la puerta abierta, servía de dormitorio. La cama estaba sin hacer. Roche me preguntó, nada más entrar, si reconocía en este tipo al que me había seguido en el coche. Fonseca era alto, delgado, llevaba la cabeza afeitada, y un pendiente en la oreja izquierda que se

bamboleaba al final de una cadenita de oro de tres o cuatro centímetros. Seguía conservando la sonrisa torcida y presuntuosa y esos ojos oscuros afilados y dañinos de la foto, esa noche inyectados en sangre por el alcohol, la droga y el insomnio. Tampoco esta vez, al igual que una hora escasa antes, con Ribeiro, supe encontrar en él al hombre que me siguió en el Renault rojo. También Fonseca, como Ribeiro un rato antes, sí que me reconoció. También pensó que era policía:

—¿Tú? No me jodas, tío —dijo, al verme—. Así que es una historia entre maderos. ¿A qué habéis venido? —gritó, pegado a mí, echándome encima un aliento cálido queapestaba a humo y a *whisky*.

Roche replicó, con su voz baja, con su tono amable:

—Que te vengas con nosotros, sin protestar, a la comisaría, donde te espera tu amigo Ribeiro. Te vas a venir sin quejarte, sin hablar siquiera. Te advierto de que estás acusado de matar en la calle de Fuencarral a un hombre llamado Miguel Peñalver Lázaro.

Fonseca se revolvió hacia el inspector. Le apuntó con un dedo índice larguísimo. Luego se lo llevó a la frente:

—Oiga, yo no he visto en mi vida a ese Miguel Peñalva, o como se llame. Así que es difícil que le haya matado. No sé qué buscáis —y volvió a mí—, pero si estáis intentando endosarme algo, mejor que lo olvidéis.

El inspector no contestó. Sacó un juego de esposas del bolsillo.

—Vámonos.

Fonseca estiró los brazos, con las palmas hacia abajo, dócilmente, pero sin dejar de aplicar sobre mí toda la rabia que despedían sus ojos agrietados.

—Espera a que quite la tele por lo menos —dijo.

En la comisaría de Ventas, un policía corpulento e inexpresivo con la metralleta terciada montaba guardia en la entrada. A lo lejos, hacia el este, el cielo presentaba la primera raya aún confusa del amanecer. Hombres y mujeres salían de sus casas, abrían la puerta de sus coches, caminaban deprisa por las aceras poniendo en marcha la ciudad, dejándose subsumir en su ritmo de día laborable. Aunque yo ni siquiera sabía muy bien en ese momento si esa mañana correspondía a un lunes o a un jueves: con la borrachera de sueño y de cansancio ignoraba si tenía que ir después a la gestoría, cuando Roche decidiera que había dejado de necesitarme. Pensé entonces en el borracho de Martí, en la cursilona de Isabel, en los morosos de esa jornada que comenzaba. Y comprobé que deseaba dormir y que pasaran los días para acabar así no solo con ese mal sueño que era la muerte de Trendy, sino, sobre todo, para que se hundiera de una vez esa empresa y nos dejara en paz y libres a los tres para buscarnos la vida por otra parte.

Al salir del coche, Fonseca, que iba en mangas de camisa, se encogió de frío. El pasillo de la comisaría, oscuro, desgastado, de los años setenta, moría en una salita acristalada, custodiada por otro policía. Al lado de él, en un banco, aguardaban, sentados uno al lado del otro, Ribeiro y Montes, que nos habían precedido en el coche

patrulla. El gallego levantó la mirada del suelo cuando nos oyó. Reconoció a su compañero, y le saludó alzando la barbilla. Fonseca le correspondió con una mueca sin significado. El inspector se adentró en su despacho. Nadie hablaba, parecíamos un grupo de desconocidos en una sala de espera de algo. Durante un tiempo solo se escuchó el tintineo del pendiente de Fonseca, que con su dedo largo jugueteaba con la cadenita de oro. Sin embargo, poco a poco, fuimos oyendo voces, saludos, signos de que la comisaría comenzaba a despertarse. Vimos un par de policías de paisano encaminarse charlando a los vestuarios y enmudecer en cuanto nos descubrieron a la puerta del despacho del inspector.

Al rato, Roche asomó la cabeza:

—Pablo, espera aquí un momento, con Montes. Vosotros dos —dijo, refiriéndose a Fonseca y a Ribeiro—, venid conmigo.

Montes aguardó una orden más precisa, pero Roche se fue solo, con una carpeta debajo del brazo, precedido de los dos esposados. Los tres se perdieron en otro pasillo.

—Va a interrogarlos por separado, supongo. A él le gusta hacer estas cosas solo —me explicó Montes, mientras se levantaba del banco—. ¿Quiere un café o algo? —añadió—. Ahí detrás, donde hacen los carnés, hay una máquina. Esto tardará.

—No, gracias.

—Es un buen policía —dijo entonces Montes, señalando el pasillo por donde había desaparecido Roche—. Callado y algo solitario, pero buen policía, por eso me jode haber metido la pata —después salió en busca de su café con leche. Regresó a los pocos minutos. Se sentó a mi lado y se dispuso a esperar, en silencio. Yo no sabía si me vigilaba o me acompañaba, y no me atreví a preguntárselo.

Permanecimos así, en la salita, sin hablarnos, media hora larga. Varias veces pensé en llamar a Martí, o a Isabel, para decirles que tampoco podría ir a la gestoría esa mañana. Pero al final desistí: por pereza, por cansancio o porque les iba a dar igual. De pronto, por el pasillo se acercó, con su andar bamboleante, a paso rápido, la figura inclinada de Roche.

—Acompáñame —me ordenó. Por el tono de la voz, bajo pero intenso, intuí que algo iba mal. Me levanté. Me despedí de Montes, que también, pero con dificultad, trataba de incorporarse. En el pasillo, Roche se detuvo y me acorraló contra la pared —: Dime la verdad, Pablo: ¿qué quería Trendy? ¿Qué te dijo en el metro? ¿En qué estabais metidos los dos? Dímelo, vamos a acabar esto de una vez. Si no, todo va a ser peor.

Sus ojos parecían señalarme. Su boca se colocó muy cerca de mi frente, a un palmo. Sus manos se movían en los bolsillos de la chaqueta. Oí su respiración dificultosa de asmático. Sin su gabardina parecía más delgado y menos alto. Pero en ese pasillo mal iluminado y desierto pensé que Roche, a pesar de su voz amable y escasa y sus ademanes corteses, pertenecía a la sección de duros de esa comisaría. Y dudaba de mí. Comprendí que estaba a punto de detenerme, me miraba exactamente

igual que había mirado un rato antes a Ribeiro en el callejón y a Fonseca en su apartamento de la televisión enorme. Deseé tener algo que confesar.

—Estuvo a punto de decirme algo, pero no me lo dijo. Ya se lo he contado varias veces, inspector —balbuceé.

—No me mientas, Pablo —me interrumpió—. Por lo que más quieras, no me mientas.

—¿Por qué iba a mentirle? Jugamos en el mismo equipo, ¿no?

—Dímelo tú, Pablo, porque yo no lo sé —me respondió, encorvándose de repente, cerrando los ojos por lo que imaginé un repunte de su dolor de espalda. Luego pareció recuperarse. Volvió a clavar los ojos en mí—: Lo que sí sé es que es demasiada casualidad que no veas a Trendy en más de doce años y que el mismo día que te le encuentras le maten. Eso no pasa, Pablo. Simplemente no pasa. Así que si hay algo que no me has contado todavía, dímelo ahora. O si hay alguien más metido en esto. Alguien además de estos dos.

Recordé de nuevo aquella conversación con Trendy, me esforcé en reproducir una por una las palabras apresuradas que nos dijimos primero en el vagón y después en el andén de Gran Vía. Y contesté a Roche:

—No me dijo nada, yo no sé nada, se lo juro, créame. Hacía doce años que no le veía y me le encontré de casualidad, de puta casualidad, y no me diga que eso no pasa porque a mí me pasó.

Roche se calmó algo. Percibí que sus músculos se aflojaban. Rebuscó algo en el bolsillo de la chaqueta, supongo que un paquete de Marlboro. Pero no lo encontró.

—Ellos no fueron —señaló—, o eso dicen, y estoy empezando a creerles. No fueron los que mataron a Trendy. Pero sí los que te siguieron en el coche. Lo han confesado.

Nada más terminar de decir esto, volvió a mirarme de cerca, examinando cada uno de mis gestos en un intento de calibrar el efecto que producía en mí la revelación. Yo me quedé quieto, sin ocultar nada, desconcertado, sin saber qué es lo que se suponía que yo debía saber, ignorando por qué me buscaba esa gente, por qué iba detrás de mí y por qué quería hacerme daño. Roche se impacientó:

—Mejor vienes y que te lo cuenten ellos.

Le seguí por un laberinto de pasillos que se enredaban en el interior de la comisaría. Policías de paisano conducían a hombres detenidos esa misma noche que caminaban cabizbajos y en fila india, como prisioneros de guerra. En una sala pequeña con la puerta abierta, otro policía armado custodiaba a Fonseca y a Ribeiro, que miraban hacia la pared, en silencio, sentados frente a una mesa desnuda, sin más papeles encima que el *dossier* de Trendy. El gallego parecía más cansado, con el arranque de la barba ensuciándole la cara y el rostro hinchado de sueño. Fonseca fumaba con satisfacción sin mover un músculo del rostro. Su calva relucía bajo el foco cenital del cuarto.

—Déjenos —ordenó Roche al policía, que asintió y salió del cuarto, cerrando la

puerta. El silencio se espesó aún más. Los dos me miraron con desprecio, con aburrimiento—. Y ahora me vais a repetir, delante de él, lo que me habéis dicho antes cada uno por vuestro lado —ordenó Roche desde un ángulo de la habitación, con los brazos cruzados. Fonseca volvió a resoplar:

—Ya te lo hemos dicho, joder. No conocemos a tu hombre. No le hemos visto en nuestra vida. Podemos estar aquí un día entero si quieres, y puedes traer a todos los testigos que quieras, pero no le conocemos, joder, convéncete. No hemos visto nunca a ese Peñalver. Eres terco, coño —acabó Fonseca, sin dejar de fumar, sin mirar hacia el inspector, sin apartar los ojos de la pared. Roche se acercó a él y le agarró de la nuca:

—Hace ya mucho que no pego a nadie en una comisaría, pero contigo me están volviendo las ganas, por chulo y por idiota.

—Déjelo, inspector —intercedió Ribeiro, conciliador, agotado—. Tiene razón.

—Una vez más. Dímelo una vez más —insistió Roche, sacando una fotografía del expediente. Era una de las fotos de Trendy que encontramos en su casa la noche del asesinato, en la que aparecía con el latinoamericano delante de un coche blanco en medio de una carretera secundaria estadounidense que se perdía en el horizonte. Ribeiro la ojeó y se la pasó con desgana a Fonseca, que ni siquiera la miró. Fonseca iba a abrir la boca, pero Ribeiro se le adelantó. Sin levantarse de la silla, nos habló en un tono tranquilo que sonó veraz:

—Se lo dije antes, en la calle, cuando me detuvieron. No solo no he matado a ese tío, sino que no he matado nunca a nadie. Desde que era un niño me he ganado la vida dando palizas o recibíéndolas, he roto los brazos a más de uno, porque pagaban mucha pasta por rompérselos, y a mí me los han roto por lo mismo. También he robado, y he traficado con drogas. Lo tiene apuntado por ahí. Y si mañana no hay con qué comer, pues volveré a hacerlo. ¿Qué quiere? Pero nunca he matado a nadie. Nunca. Y no lo haré por encargo. Nunca. Fíjese lo que le digo, inspector: si un día tengo que matar a alguien será porque me ha hecho algo a mí o a alguien que me importe. Y ese de la foto no me ha hecho nada. Ya se lo ha dicho Fonseca: no le conocemos siquiera. No es que no me acuerde de él: es que no le he visto nunca. No le he visto nunca. Y si le hubiera matado, inspector, me acordaría de él. Me acordaría toda la vida.

—¿Qué hacíais el lunes por la noche? —preguntó Roche.

—Ya se lo hemos dicho —respondió Fonseca, sin dejar de mirar a la pared.

—Quiero oírlo otra vez.

—No nos cree. ¿Qué más da lo que le digamos? —insistió Ribeiro—. Quieren colocarnos ese asesinato por algo —dijo, mirándome a mí—. Y nos ha tocado a nosotros.

—¿Dónde estabais? —insistió Roche.

—Yo en Villaverde, en la casa de esa mujer. Allí voy cada noche, como usted sabe bien —explicó Ribeiro.

—¿Y tú, Fonseca?

—En la discoteca en la que trabajo. Abrimos hasta los lunes. Así somos de guays. Pregúnteselo a mi jefe si no me cree. Allí estuve, registrando a niñatos en la puerta hasta las cuatro o las cinco —dijo dirigiéndose a Roche, que parecía escucharle sin ganas, apoyado en una esquina—. Pero pregúntele, joder —insistió Fonseca—. Yo le doy el teléfono. Pregúntele a ver si así se convence de que no tenemos nada que ver con ese Peñalver y así nos vamos todos a la cama a dormir, que ya es tarde.

—¿Y con él? —preguntó Roche, señalándome a mí—. ¿Qué es lo que tenéis que ver con él?

—Ya se lo hemos explicado —respondió Fonseca, otra vez apático.

—Quiero que lo repitáis ahora. Delante de él —ordenó Roche.

—Le seguíamos para robarle unos papeles. Nos pagaron para robarle —confesó Ribeiro—. Pero nosotros no sabíamos que era amigo del que había muerto ni que había muerto alguien ni nada. Nos pagaron para robarle. No era mucho dinero, pero sí bastante. No nos explicaron mucho. En estos casos el que paga se ahorra las explicaciones.

—¿Quién fue? ¿Quién os contrató? ¿Qué papeles? —preguntó el inspector, nervioso, impaciente.

—Emilio Castro Arenas —contestó Ribeiro, rápido, como para no tener oportunidad de arrepentirse—. Un abogado al que conocí en la cárcel.

Roche lo apuntó en un papel, abrió la puerta y se lo pasó al policía que custodiaba la puerta. Después se quedó mirándome. Yo negué con la cabeza al principio, porque no conocía a ningún Emilio Castro Arenas. Sin embargo, el nombre me sonaba. No sabía por qué, ni cuándo, pero yo había oído alguna vez hablar de él. Así se lo indiqué a Roche, que volvió a mirarme como si no se fiara del todo de mí. Yo intentaba recordar, me forzaba a identificar a ese tal Castro Arenas, porque cuanto más lo repetía, más me sonaba: tal vez Trendy me hablara de él en el metro y yo no le entendiera bien o no le hiciera caso... Roche, a su vez, volvía a dirigirse a Ribeiro:

—Sigue. Cuéntalo todo. ¿Cuándo fue eso? ¿Dónde?

—Me llamó el martes. Lo recuerdo bien porque era fiesta y nos despertó: a mi novia Luisa y a mí.

—¿El martes? —preguntó en voz muy baja Roche, sin aguardar respuesta. Yo recordé que ese martes, el de San Isidro, al mismo tiempo, más o menos que Ribeiro recibía esa llamada, Roche y yo salíamos de la casa de Trendy y nos despedíamos frente a su coche. Me fijé en que los ojos del inspector se habían agrandado. Observaba con ansia el rostro de Ribeiro. Se inclinó sobre él—: Sigue, Ribeiro, quiero saberlo todo. ¿Qué papeles?

Ribeiro se observó las manos y luego miró a su compañero, que se encogió de hombros. Después comenzó a hablar, con su acento gallego cada vez más marcado.

—No lo sé, inspector. Eso se lo tendrá que preguntar a él. A Emilio Castro Arenas. Yo no sé en qué se anda. Habíamos estado mucho tiempo sin vernos. Ya se lo

he dicho: le conocí en la cárcel. Que yo sepa, le habían entrullado por engañar a sus clientes, por quedarse con la indemnización de accidentes de tráfico y estafas así. No era un broncas. Aunque tampoco un cobarde. No le iban las peleas, pero decía que le gustaban las armas, que quería aprender a manejarlas bien. Nos hicimos medio amigos en un cursillo de esos que montan para entretener a los presos y que sirven para que te descuenten días. Era una clase de ajedrez que daba un profesor enano con barba que se aburría más que nosotros. Emilio atendía, muy interesado, apuntaba los consejos y los trucos que nos enseñaba el profesor, y luego, con un tablerito de plástico que su mujer le había llevado en una visita, se ponía a practicarlos con los otros presos y conmigo. Pero no debía de ser muy bueno porque no se le daba muy bien, ¿sabe? Y perdía bastantes veces, incluso con presos que ni iban a la clase. Y eso le jodía. Después, esa mujer, la que le había regalado el tablerito, pasó de él. Se quedó solo; solo como un perro, decía riéndose, pero le jodía. Más incluso que no ser muy bueno al ajedrez. No éramos muy amigos, pero sí que pasábamos mucho tiempo juntos. Después, él salió y se olvidó de mí y yo de él. Hasta que hace poco me le encontré en un bar, en la barra de un bar, de casualidad. Estaba de muy buen humor, riéndose a voces.

Noté cómo Roche se impacientaba, mientras yo pensaba en el vagón de metro que me trajo a Trendy y en la suma de casualidades y coincidencias que habían sido necesarias para que Roche, Fonseca, Ribeiro y yo, y muy pronto ese Emilio Castro Arenas, compartiéramos el mismo amanecer en la misma dependencia claustrofóbica de la comisaría de Ventas. Ribeiro percibió también signos de impaciencia en el inspector, pero no aceleró su relato.

—Se alegró de verme. Yo había ido con Luisa —y aquí se detuvo un momento, arrugó la cara y la boca, en un gesto agrio—. Insistió en invitarnos a todas las rondas. Se notaba que manejaba pasta y que le gustaba que yo me diera cuenta. Estaba con una chica que no llegaba a los veinte años, con pinta de puta, a la que metía mano todo el tiempo sin dejar de contarle que nos habíamos conocido en la cárcel. A mí no me gustaba que lo pregonase por ahí, y encima delante de mi novia, pero no había forma de evitarlo. Estaba disparado. Bebimos mucho. Al salir del bar nos invitó a su casa. Le contestamos que no. Bueno, Luisa contestó que no: le daba asco ese tío que sobaba el culo de la rubia a la mínima oportunidad. Antes de despedirnos me ofreció trabajo. A mí por entonces no me iba bien. Había intentado un par de cosas, legales, vender esto y lo otro, aquí y allá, pero no salía. Hasta pensé en volverme a A Coruña. Y si no lo hice fue por Luisa. Así que le llamé. Y me fue haciendo encargos. A veces los cumplía solo y a veces ayudado por este, al que conozco desde hace años —dijo, señalando a Fonseca, que le miraba intrigado, como si no se supiera la historia.

—¿Qué tipo de encargos? —preguntó Roche, cada vez más nervioso.

—Joder —respondió Fonseca, resoplando—. ¿Qué tipo de encargos imagina, eh?

—Asustar a este, amenazar a aquel —le interrumpió Ribeiro—. Darle cuatro hostias al otro si Castro Arenas decía que se había puesto tonto; y si se seguía

poniendo tonto, tirarle de los pelos a su novia o saltarle el botón de la blusa con una navaja para acojonarla más. Esas cosas. Nunca palizas de verdad. A Emilio, o al que le pagaba a Emilio, mejor dicho, no le convenía que hubiera mucha sangre, o eso nos decía por lo menos.

—Y el último encargo fue robarle unos papeles a Pablo.

—Exacto. Sin saber de qué iba la historia. Nosotros nos limitábamos a dar las hostias. Emilio nos señalaba el tipo y nosotros le abollábamos la cara. Algunos de los tíos eran gente con pasta, con buenos coches; otros, los menos, la verdad, unos tirados. En este caso me encargó que le robáramos el maletín, que contenía unos papeles que él quería. Me dijo que llamara a Fonseca y que nos daría cincuenta mil pesetas a cada uno por la movida. No estaba mal. Otras veces nos había prometido menos por marrones más peligrosos. Nos describió al sujeto, nos dio la dirección de su oficina en la calle de Francisco Silvela, nos dijo a qué hora iría y nos aconsejó quitarle el maletín cuando entrara a trabajar, en el portal. Nos ordenó que fingiéramos un atraco, y si era necesario, que empleáramos un cuchillito para así asustarle un poco, pero que no le hiciéramos daño, una cosa rápida, danos la pasta, la cartera y trae acá eso. Pero ayer, este —dijo, señalándome a mí— apareció sin el maletín. Se lo conté a Emilio por teléfono, desde allí, indicándole que esperaríamos a que bajara. Nos ordenó que nos largáramos, que si no llevaba el maletín encima era una pérdida de tiempo porque no estaba en la oficina. Estaba seguro, inspector. Luego me dijo que el encargo seguía en pie pero que teníamos que esperar. Nos fuimos a tomar algo a un bar. Desde allí volví a llamarle y, no me pregunte cómo porque eso no lo sé, nos dio la dirección de su casa —siguió señalándome con la cabeza—, en una callejuela que hace esquina con la Gran Vía. Emilio nos ordenó que fuéramos allí al día siguiente, es decir, esta mañana, temprano, y que en cuanto saliera registráramos su piso. Pero esta vez su amigo salió con el dichoso maletín. Intentamos robárselo allí mismo, pero no nos dio tiempo. Creíamos que iba a ir en metro, pero nada más salir vimos que abría la puerta de un coche. Así que no tuvimos otra que robar nosotros uno ahí mismo y seguirle hasta encontrar una ocasión de atracarle. Estuvimos en el cementerio. Ahora ya sabemos a qué fue al cementerio, quién era el muerto, pero entonces no, se lo juro, inspector, nosotros no. Desde el cementerio le seguimos hasta un asilo. Y de allí a Carabanchel, y a la M-30. En teoría él no sospechaba que le seguíamos. Eso al menos nos aseguró Emilio. Pero sí, sospechaba, y nos descubrió, cubrió, y nos dio esquinazo, a punto estuvo de matarse, pero nos dio esquinazo. Eso es todo, Roche. No nos joda más con lo del asesinato del amigo de este. Somos poca cosa para usted. Busque en otro sitio.

Roche me miró y yo asentí. La confesión de Ribeiro encajaba con mis movimientos. Era cierto que la mañana en la que me habían esperado a la puerta de la oficina en Francisco Silvela yo había salido de casa sin el maletín: el miedo y las prisas de Isabel al descubrir el asalto a la oficina me hicieron olvidarlo en casa. Y también era cierto que no lo saqué de allí hasta la mañana siguiente, la del entierro.

—¿Qué hay en ese maletín? —preguntó Roche.

—Nada —dije. Después, tras observar la mirada violenta de Roche, precisé—: Facturas. Documentación sobre los morosos a los que me dedico a cobrar. Nada más.

—¿Trendy no te dio nada? ¿No te metió nada, aunque tú no te dieras cuenta? —preguntó el inspector.

Repasé de nuevo la despedida del metro en la Gran Vía, reconstruí otra vez los minutos que pasamos Trendy y yo en el vagón, en el andén, sin decirnos adiós del todo, recordé sus dudas, sus ganas de decirme algo, de pedirme algo, y yo a su lado, con el maletín, supongo, agarrado del asa, sin soltarlo, sin abrirlo.

—No —le dije a Roche.

—¿Seguro? —el inspector se acercaba a mí desde el fondo del cuarto. Su voz sonó desconfiada de nuevo.

—Seguro, Roche. Completamente seguro.

—¿Dónde está ahora ese maletín? —preguntó.

Yo me quedé mirándole, incapaz de responder o de recordar dónde lo había dejado.

—¿Dónde está, Pablo, joder? —insistió, gritó, ya pegado a mí, a punto de zarandearme.

—En la oficina, supongo —dije, sin convicción. Y después me acordé—: No, no está en la oficina. Está en el coche de Isabel, en un Ford Fiesta negro aparcado en la calle desde la que le llamé nada más salir de la M-30. Mande a alguien a buscarlo —le tendí una llave—. Si quieren los acompañe.

—No hace falta —señaló el inspector.

Roche ordenó al policía de la puerta que se encargara de enviar a alguien a que recogiera el maletín lo antes posible. Después, se sentó a esperar junto a Fonseca, Ribeiro y yo. Nadie habló durante ese tiempo. Tan solo Fonseca, de cuando en cuando, pronunciaba en voz alta alguna frase inconveniente, imprecisa, que nadie entendía, tal vez ni siquiera él mismo. Yo estaba seguro de que la única vez que había abierto el maletín había sido minutos antes de visitar a Barbero. Y sin embargo esto no servía para tranquilizarme del todo. Un policía entró entonces sin llamar y entregó el maletín a Roche. Yo me guardaba las manos en los bolsillos para que no se notara que me sudaban demasiado. El inspector depositó la cartera en la mesa, a la vista de todos. Comenzó a manipular los cierres. Me pidió la combinación. Se la di. No sé por qué en ese momento pensé que Trendy, el imbécil de Trendy, como decía Javier *El Gordo*, podía haber deslizado sin que yo me diera cuenta una bolsa con cocaína, o un documento comprometedor, o un manojo de billetes falsos o auténticos...

Aterrorizado, contemplé a Roche forcejear con la apertura mientras escuchaba mi propia voz maldecir a mi amigo muerto, renegando de él otra vez, preparado para inventarme una excusa en cuanto ese policía se diera la vuelta hacia mí con algo entre las manos.

Pero el maletín solo contenía lo que yo le había metido: la lista de morosos que

me legó el gerente Murcia, sus facturas, su historial. El inspector vació el contenido en la mesa y examinó uno por uno todos los papeles. Buscó un doble fondo, un compartimento secreto. Después volvió a guardarlo todo, y me miró con algo parecido a una sonrisa cuando exclamó, con las manos abiertas:

—Aquí no hay nada. Perdona, Pablo.

Yo pensé en Trendy, en que ya no estaba vivo para perdonarme por haber sospechado de él. Pero no hubo tiempo de lamentarlo mucho: alguien llamó a la puerta. Roche la abrió y se apartó para dejar paso a un policía bigotudo que traía esposado a un hombre afeitado, recién duchado, delgadísimo, con los zapatos relucientes y el escaso pelo aplastado bajo una mole de gomina. Emilio Castro Arenas observó furtivamente a Ribeiro, a Fonseca y a mí, y después se detuvo para aguantar la mirada de Roche.

—Ya estamos todos, comisario, cuando quiera puede empezar a dirigir la orquesta —dijo.

Después él mismo eligió una silla, unió las manos, como si fuera a rezar, se sentó, mientras Roche y yo permanecíamos de pie. Se quedó mirando hacia arriba, hacia Roche, con la nuca pegada al respaldo, aguardando, con un ligero temblor en el labio, la primera tanda de preguntas o de golpes.

Roche interrogó a Castro Arenas primero a solas; después, con nosotros delante. Y hasta el final no consiguió que le desapareciera al detenido una muequita jactanciosa en los labios, un gesto de soberbia alimentado por el hecho de verse capaz ante sus dos contratados de mantenerse firme a un paso del calabozo. El inspector le preguntó de todo, empezando por dónde estaba a la una de la madrugada del lunes y si había alguien que pudiera demostrarlo. Castro Arenas respondió siempre a todo de forma tajante, sin pensar o dudar demasiado. Solo cuando le acusó de asesinato mientras le mostraba la fotografía de Trendy y del latinoamericano en medio de una carretera pareció titubear. La mueca bailoteó un instante solo, pero lo suficiente como para despintarse y que Roche se apercibiera. Este arqueó las cejas, le puso una mano en el hombro y le susurró: «Vamos a empezar otra vez, desde el principio». El otro se limitó a encogerse de hombros y a recomponer su gesto de fastidio.

—¿De qué conoces a estos dos?

—Han trabajado para mí.

—¿Y en qué trabajas tú?

—Soy abogado. Asesor fiscal.

—¿Y a quién asesoras?

—A empresas.

—Ya. ¿Y quién es tu jefe?

—Yo soy mi propio jefe. ¿Puedo fumar?

—No. ¿Y se gana tanto asesorando? Porque tú vives muy bien.

—Ya veo que lo sabe. Eso va por épocas. ¿Por qué no puedo fumar?

Roche se volvió a inclinar y le habló despacio, sin disimular el mal humor. Castro Arenas había recobrado esa calma arrogante que encrespaba tanto al policía y que le colocaba a un punto del estallido.

—Porque me molesta el humo del tabaco de los demás. Especialmente del tuyo. Mira, no sé si andas en esto. Pero lo voy a averiguar. Tengo tiempo. Más del que te imaginas y no se me ocurre nada mejor para gastarlo que joderte el día. Tú decides. ¿Por qué tenían que robar el maletín? ¿Qué tenía el maletín? ¿Qué se supone que debía tener?

—Si usted no lo sabe, yo tampoco.

—¿De qué conoces a Trendy?

—¿Por qué supone que le conozco?

—Dímelo tú.

—No sé si le conozco —dijo Castro.

—Y a Pablo Esteban, ¿de qué le conoces? ¿O tampoco sabes si le conoces?

—Le he conocido ahora.

—Mientes. Sabías hasta la dirección de su casa.

—Eso es lo que le han dicho estos.

—Tú les pagaste por robarle.

—No voy a contestar a eso.

—¿Y a ti, Castro? ¿Quién te paga a ti?

Castro Arenas dejó entonces de sonreír. Amagó con levantarse de la silla, pero al final se quedó sentado. Después se dirigió a Roche, con una voz desconocida hasta entonces, que sonó amarga, auténtica. De pronto dejó de lado esa chulería impostada que exhibía delante de Ribeiro y Fonseca y aceptó ponerse a la altura de sus subordinados:

—Mire, inspector, yo no le voy a decir a usted quién me paga porque a mí precisamente me pagan para eso, para no hablar y comerme el marrón si las cosas se joden. Pero si prefiere que siga diciéndole chorradas, adelante.

Roche le escuchó con los brazos cruzados, con la boca fruncida por el dolor de su espalda.

—Te vas a comer un marrón de asesinato, Castro. Piénsatelo.

—No tiene pruebas, inspector. Y usted lo sabe. Con mucha suerte me puede acusar de tentativa de un robo que ni siquiera se ha cometido, si es que ese delito existe; yo esa parte del Derecho ya la tengo olvidada.

—Yo te puedo acusar de lo que quiera, no lo olvides. A ti y a estos dos.

—Eh, que nosotros no tenemos nada que ver con lo del asesinato —dijo Fonseca, desde una esquina de la mesa, con la voz estrepitosa por el sueño y la resaca—. Nosotros solo íbamos a robarle el maletín, y porque nos lo mandó este —añadió señalando a Castro.

—Tú cállate, gilipollas —respondió Castro Arenas. Y luego se dirigió a Roche—: Solo nos podría acusar de intento de robo, se lo vuelvo a repetir —añadió—, a mí y a estos dos infelices.

El inspector arrugó la frente, se quedó mirando a Castro desde muy cerca:

—¿Solo de robo, eh, Castro?

—¿Por qué no me deja en paz de una vez? —replicó—. Y deje que me fume un cigarro, por Dios.

Roche volvió a los papeles del maletín. Los escudriñó con prisa, con un rechazo patente. Los volvió a guardar, sin ordenarlos. Luego abrió la puerta y pegó un grito. Al momento se presentó el policía bigotudo de antes. Roche iba a indicarle algo cuando se volvió de nuevo hacia Castro Arenas:

—¿Por qué lo querías robar? —preguntó, blandiendo el maletín—. ¿Qué hay aquí? ¿Qué se supone que debía haber? Dímelo, Castro, o te juro que te comes el asesinato de Miguel Peñalver, alias *Trendy*. Y por mi vida que hablo en serio.

—Yo no lo robé —insistió el otro.

—Ya me lo dijo Ribeiro: no eres muy inteligente. Y es verdad —susurró Roche, pegado a Castro Arenas—. Mira, te voy a enseñar una cosa: cuando supimos que

seguíais a Pablo, peinamos la oficina en la que trabaja, porque habían entrado en ella. ¿Y sabes de quién son las huellas que encontramos? ¿Lo sabes? Tuyas.

Castro Arenas le miró desde el fondo de los ojos. Yo interrogué a Roche en silencio. También lo hicieron Ribeiro y Fonseca, desde su esquina, cada vez más aparte.

—Te lo vuelvo a repetir, Castro: dime lo que buscabas en aquella oficina y en ese maletín. Y dime de una vez a quién proteges.

Castro Arenas callaba, pero sin atreverse ya a levantar la mirada. Roche reparó entonces en el policía bigotudo, que seguía esperando órdenes en la puerta.

—Avísame a Elena Olaya. Dile que la necesito, ahora mismo, aquí.

—A estas horas, inspector..., a lo mejor está durmiendo —replicó el policía—. No son ni las siete y media de la mañana.

—Tengo a tres personas detenidas pendientes de algo que ella nos puede aclarar —explicó Roche, justificándose a sí mismo—. Llámela. Y luego vuelva y quédese con estos —ordenó. Después me pidió que cogiera el maletín y que le acompañara a su despacho. Antes de cerrar la puerta me fijé en Castro Arenas, que encendía por fin un Marlboro que le había pasado el policía bigotudo. Fumaba embelesado, mirando absorto las rodilleras de su pantalón inmaculado. Volvió la cara y se quedó mirándome. En su cara leí una expresión desconocida hasta entonces que basculaba entre la resignación y el alivio. También presentí que quería decirme algo, que de hecho me estaba diciendo algo que yo no sabía descifrar.

El despacho del inspector era minúsculo, austero, sin cuadros en la pared, tan solo un retrato antiguo del Rey y un diploma que no alcancé a leer. En su mesa, la foto de una niña pequeña en brazos de un Roche increíblemente joven y sonriente, con un mar azul brillante al fondo. No salía nadie más, ni había más fotos en la mesa, ordenada, casi vacía. Me pregunté por qué esa foto tan antigua, con ese Roche un poco ridículo en traje de baño, con las piernas muy delgadas y muy blancas, mirando a la cámara con los ojos entornados por el sol y la sonrisa. Me pregunté dónde estaba la mujer que faltaba, la madre de esa niña que apoyaba el bracito en el hombro paliducho de su padre. Roche se masajeaba la espalda con la mano derecha en una postura de chimpancé mientras leía los mensajes de media docena de postits que alguien le había dejado pegados en la pantalla del ordenador. Se guardó uno en el bolsillo. El resto los arrojó a la papelera. Después clavó los ojos en mí:

—¿Hay algo de valor en esos papeles que guardas en el maletín, Pablo?

—No. Todo lo que hay es público y se puede conseguir en el registro de la propiedad, por ejemplo. Si Trendy no metió nada aquí, esto vale el precio del maletín, que no es ni de cuero.

—No hagas bromas malas ahora.

—No las hago, Roche. Esto no vale nada.

—Castro Arenas no me va a decir más. Aunque le acuse de asesinato, que no sé si puedo, va a proteger a quien le paga. Es su trabajo y eso lo hace bien. Ya lo ha dicho

él: él sirve de barrera, se interpone entre ese alguien y nosotros. Y no hay pruebas de que Castro conociera a tu amigo. Así que solo tenemos el robo. El maletín es la clave. Pero si el maletín no es suficiente para llevar las pruebas hasta el asesino, no vale. O puede que el maletín, por sí solo, justifique el asalto y la persecución. Puede que los papeles que llevas ahí valgan más que lo que tú crees...

—En el maletín no hay nada, Roche —le interrumpí, contemplando cómo Roche se desmoronaba, cómo la energía que horas antes parecía mantenerle en pie se extinguía por momentos—. Ya lo ha visto usted: la lista de los morosos, datos sobre ellos, sus direcciones...

Él volvió a abrirlo y a rebuscar entre los papeles con desconcierto y prisa.

—Hay también certificados de cuentas, datos sobre propiedades de gente —dijo.

—Sí, claro. Pero nada de eso tiene que ver con Trendy. Nadie mataría por eso, inspector, se lo juro.

—Espera a que venga Olaya y que ella los examine. Después te puedes ir.

—No tengo prisa —repuse. Me quedé mirando a Roche con incredulidad y él se vio obligado a explicarme:

—Elena fue abogada antes que policía. Trabajó en varios despachos y es experta en derecho civil; sabe leer en este tipo de papeles. Tiene mal genio, eso sí, y vendrá hecha un monstruo por haberla levantado. Pero esto le gusta —dijo, señalando el maletín.

Asentí, como agradeciendo la aclaración sobre las capacidades de su agente. Después me arrellané en la silla, sintiendo por primera vez el cansancio amontonado en mis piernas. Una claridad sucia se filtraba a través del cristal casi opaco de la ventana del despacho, que daba a la calle. Roche se miraba la muñeca, sentado de nuevo. Giraba el brazo y en silencio observaba su muñeca desnuda, sin reloj o pulseras. Supuse que era su modo de concentrarse, de seguir jugueteando con la idea que acababa de exponerme. Pasaron varios minutos interminables en los que solo escuché el rumor de la comisaría terminando de despertarse más allá de la puerta. Reparé de nuevo, sin querer, en la foto de la playa con su hija en brazos. Al lado reposaba mi maletín cerrado y sobre él la foto de Trendy y el latinoamericano.

—Mi trabajo es dudar de todo. Pero contigo me equivoqué. No debí dudar de ti —dijo a modo de disculpa.

—Pero no ha hecho otra cosa —respondí encogiéndome de hombros. El inspector siguió sonriéndome casi paternalmente. Se le notaba muy cansado. Con las horas sin dormir y el inextirpable dolor de espalda, el policía Roche parecía diez años más viejo que la noche en que le conocí.

—Ya te lo dije antes —recordó en voz alta—. No me creía que te encontraras con Trendy en el metro después de tantos años y que unas cuantas horas más tarde le mataran sin que tú no tuvieras nada que ver o no supieras nada —Roche abrió la boca para continuar, pero no lo hizo. Sacó el postit del bolsillo, miró el contenido de la anotación, pareció memorizarlo, jugueteó con él, me miró a mí, lo volvió a guardar.

Permanecimos callados unos minutos. Después, intimidado por ese silencio algo hostil propiciado por él, señalé el retrato de la mesa y comenté, sin que viniera a cuento:

—No sabía que tuviera una hija —un segundo después de proferirlo me arrepentí del comentario. Pero Roche no pareció molestarse.

—Es más joven que tú. Esta foto tiene cerca de quince años. Al principio no me gustaba mucho. Yo tengo cara de estúpido y ella tampoco sale muy bien. Pero, no sé por qué, siempre ha estado en mi despacho. Ahora sería incapaz de reemplazarla por otra.

Me asaltó la imagen de su piso de solterón del Parque de las Avenidas, demasiado vacío y demasiado grande, demasiado silencioso y con la decoración demasiado pasada de moda como para acoger a alguien que no fuera él mismo. Me pregunté entonces dónde se escondía el resto de los habitantes de esa casa, dónde vivían la mujer que faltaba en la foto y la hija ya crecida. Roche me seguía leyendo el pensamiento:

—Las dos viven en Sevilla. La hija y la madre. Nos separamos hace algunos años, mucho después de ese verano.

—Perdone. Yo no quería...

—No importa. Quiere ir a la universidad, ¿sabes?, estudiar periodismo, trabajar en la radio o en la televisión. Tiene la edad que teníais vosotros cuando Trendy se fue de España, cuando os separasteis Nora y tú.

Me resultó extraño que se acordara perfectamente de Nora, del nombre de Nora, de la época en que dejamos de salir juntos.

—¿Cómo se llama?

—Susana.

—¿La ve a menudo?

—No, claro... y últimamente pienso...

Se detuvo, acobardado. Yo esperé a que prosiguiera, sin ganas de insistir, algo arrepentido por haberle forzado a entablar ese tipo de conversación tan poco acorde con su carácter. Pero el inspector seguía mirándome fijamente, su voz escasa me impedía oírle bien.

—Estos días, quiero decir, después de conocerte a ti y a Trendy, me doy cuenta de que sé muy poco de mi hija. Porque me pregunto si ha vivido hace poco historias parecidas a las vuestras, historias de los dieciséis, de los diecisiete años, propias de esa edad, si se ha enamorado ya alguna vez, si se ha peleado con su mejor amiga, y no lo sé, y no tengo con ella la confianza suficiente como para preguntárselo.

Entonces me contó que ni siquiera se había atrevido a contarle a su hija que le dolía constantemente la espalda desde que un malnacido se la había doblado con un bate de béisbol, que cada vez necesitaba más dosis de pastillas para controlar el dolor y que dentro de unos meses le tendrían que operar. Me lo dijo a mí porque le recordaba a su hija, o porque le hubiera gustado contárselo a ella esa misma mañana.

—Tú me lo dijiste —concluyó—, sé más de todos estos muertos que me rodean, de todos los Trendys que me dan trabajo que de nadie más. Que de mi propia hija. Pero me consuelo pensando que eso le debe de pasar a la mayoría de los padres. Es el consuelo de alguien que vive muy solo.

Yo seguía callado. Él volvió a sacar el postit del bolsillo, e intuí que quería revelarme algo relacionado con él. Pero preguntó algo muy diferente:

—A ti también te dejó tu mujer hace poco, ¿no?

—Mi novia.

—Es lo mismo.

—Casi. No teníamos hijos.

—Esa no es la diferencia. La diferencia es que tú aún tienes tiempo de recomponer tu vida. Para mí todo eso llegó demasiado tarde.

—Qué tontería.

—No, Pablo. Los años corren más rápido de lo que tú te imaginas. Hazme caso: sal ahí fuera y vuelve con esa Julia.

Yo me pregunté qué haría Julia en ese momento, en ese amanecer frío de mediados de mayo en Madrid. Y me respondí imaginándomela a punto de despertar al lado de Vicente Neira, o preparándose el café sin estar del todo despierta en la cocina diminuta de esa casa que me dejó compartir con ella durante años. Ahí sentado, en el despacho seco de un policía nostálgico, de pronto, medio detenido sabe Dios por qué y a punto de perder el trabajo, eché de menos a Julia y su casa enana como pocas veces en mi vida. Me propuse llamarla, convencerla, recuperarla, apartarla para siempre de ese Neira de mi desgracia, me juré ahí mismo hacer caso a Roche, quien, a su vez, y a juzgar por la forma torcida de la boca, aún seguía preso de su memoria.

Y en ese preciso momento irrumpió en el despacho Elena Olaya, con la cara congestionada por el madrugón y el cabreo. Nos sorprendió en un silencio espeso e íntimo en el que Roche y yo, sentados frente a frente pero sin mirarnos, repasábamos la ruina de nuestras vidas. Algo debió de percibir la mujer porque en vez de soltar el improperio que llevaba preparado para Roche musitó un perdón casi inaudible y retrocedió con la intención de regresar en otro momento menos inoportuno. Pero Roche, nada más verla, se sacudió en un instante toda la tristeza que llevaba encima y se levantó de la silla. Con un gesto, le pidió que se quedara. Fue entonces cuando la mujer experta en papelotes recuperó con gusto las ganas de enfadarse y preguntó al inspector, con las manos en los bolsillos y el tono de voz imponente y claro, que qué coño era aquello tan importante como para tener que levantarla antes de las siete de la mañana.

—Un asesinato, Elena. Nos tienes que ayudar a resolver un caso de asesinato —respondió Roche, apaciguándola al momento. La otra se sentó a mi lado y se dispuso a escuchar al inspector. Este le resumió el caso en unos pocos minutos, explicándole quién era yo y por qué estaba ahí. Olaya tomaba notas en una libreta con tapas del

ratón Mickey que había sacado del bolso, asintiendo cada cierto tiempo.

—Dime si el maletín esconde algo, Olaya —prosiguió Roche—. Yo no encuentro nada de valor. Pero necesito asegurarme.

Ella pareció calmarse. Abrió el maletín y se sumergió a examinar los papeles en silencio, anotando de vez en cuando algo en su cuadernito de Disney. Cada rato me preguntaba otro nombre, un apellido. Se detuvo en examinar cuidadosamente los títulos de propiedad que yo había recolectado para presionar a mis morosos. Desde mi silla reconocía todos los papeles: las copias de las cartas remitidas por mí conminándolos a todos a pagar lo antes posible, la relación de bienes de la cooperativa de viviendas, la copia de la escritura del pisito de Lavapiés del saxofonista...

Roche la observaba con expectación, encendiendo un cigarrillo con la brasa del otro. Yo, que creí que aquello sería rápido, comencé a notar de nuevo un cansancio ya insalvable y caí en un sueño redondo que duró cinco o diez minutos. Al despertar noté que ni Olaya ni Roche habían reparado en mí.

La ventana se había aclarado enteramente. Olaya seguía enfrascada en los papeles, ajena a nosotros dos, que tampoco sabíamos muy bien qué hacer. Escogía de vez en cuando un documento y lo apartaba, colocándolo en un montón especial. Entonces Roche la miraba impaciente y confuso. A mí, la luz del día había acabado por despejarme. Me dediqué a estudiar a Olaya con el mismo detenimiento que ella aplicaba a los papeles y a desear con fuerza que terminara y nos mostrara qué ocultaba esa documentación que yo había paseado por todo Madrid. Si es que ocultaba algo. Pasados unos minutos, me preguntó:

—¿Quién es Joaquín Petrell?

—Uno de mis morosos —respondí—. De los pocos que tienen dinero. Un exmoroso, mejor dicho, porque ya nos ha pagado. Es el único que ha pagado de todos los que están ahí. ¿Por qué?

No me respondió. Siguió examinando lo que me pareció un fajo de títulos de propiedad.

Noté a mi derecha que el rostro de Roche se contrajo. Apagó el cigarrillo, se levantó, se acercó a Olaya y comenzó a mirar por encima de su hombro. La mujer no pareció molestarse. Ni siquiera pareció notarlo. Marcaba con un dedo la línea de lectura que seguían sus ojos. Sin alzar la vista volvió a preguntarme:

—¿Cuándo le viste por última vez?

—¿A Petrell?

—Sí.

Hice memoria. No me costó mucho recordar el día exacto a pesar de que había ocurrido en un tiempo remoto, antes del asesinato de Trendy.

—El lunes por la mañana.

Roche se separó de Olaya y se acercó a la ventana. Se apostó allí, mirando hacia la mujer, con los brazos cruzados.

—¿Y qué pasó? —me preguntó Olaya, ahora sí, ahora mirándome de frente.

—Pasó lo que pasa casi siempre que visito a estos morosos. Me presenté de improviso, me atendió de mala gana, le pedí que me pagara, me dijo que ya vería...

—¿Y le enseñaste esto, los papeles estos? —me interrumpió.

—Claro. Para eso los llevé. Le amenacé con presentarlos en el juzgado para que le embargaran. La mayoría de las veces es mi única arma con estos tíos recalcitrantes. Hay quien no paga porque no tiene, y quien no paga porque, sencillamente, no le da la gana. Petrell parecía de estos últimos. Así que tengo que demostrarles que yo sé lo que poseen, el dinero de que disponen, si es suya la casa en la que viven... Si se resisten, los demando, aunque, entre usted y yo, vale de poco, porque no cobro hasta que se falle a mi favor, o sea, en cuatro o cinco años. Es más efectiva la amenaza que llevarla a la práctica. Pero de eso mejor que no se enteren...

—¿Dónde conseguiste esta información? —prosiguió Olaya.

—En el registro, la mayor parte. Todo ha sido obtenido de forma legal —respondí, algo intimidado—. Vas al sitio en cuestión, rellenas un formulario y te los entregan. Pero vamos, usted lo tiene que saber, joder, si es tan experta como dice Roche.

—Tranquilo, tranquilo, Pablo —replicó ella—, sonriendo. Está bien. No quería acusarte.

—Últimamente todo el mundo me acusa.

—¿Amenazaste a Petrell con llevarle a juicio ese día?

—Ya le he dicho que sí.

—¿Y le amenazaste con llevarle a juicio llevando estos papeles como prueba? —volvió a interrumpirme.

—Sí, claro, ya se lo he explicado.

Roche pareció impacientarse de golpe. Se acercó de nuevo, en dos pasos, hasta Olaya. Aplastó con fuerza la colilla del cigarro en el cenicero y le preguntó:

—¿Qué pasa, Olaya? ¿Qué hay ahí?

—Pues que existe una razón por la que ese Petrell quiera robarle a Pablo el maletín y los papeles, una razón que no tiene nada que ver con el asesinato de ese Trendy. Es normal que no le apetezca que la maleta vaya a parar a un juez o que ande por ahí dando tumbos en el metro porque le puede estropear un negocio millonario —respondió Olaya, muy segura, algo desafiante, señalando el montón más bajo de documentos—. Y no es extraño que Castro Arenas proteja a su jefe porque me imagino que habrá pastel para todos. Castro Arenas trabaja para él, me imagino, como abogado y como hombre para todo, supongo que por eso entró en la oficina a robar por la noche, porque no se atrevió a asaltar a Pablo cara a cara: temió que le reconociera, que en algún momento le hubiera visto en el despacho de Petrell. Por eso contrató a los otros dos, a Ribeiro y a Fonseca.

Roche contuvo la respiración, ojeó de nuevo los papeles del maletín ahora que sabía que contenían una clave oculta, pero se cansó pronto. Se rascó la cabeza, se

echó la mano a la espalda. Preguntó a Olaya con los ojos una nueva confirmación.

—Castro trabaja para él, pero sabe muy poco. Me imagino que le dirían «roba el maletín» y se puso a ello. Aunque eso qué más da. A lo que vamos: tu cadáver es de otra guerra, inspector. Tendrás que buscar en otro agujero. En este no hay cadáveres, pero sí mucho dinero —añadió Olaya levantándose. Con una mano invitó a Roche a sentarse para explicárselo todo detenidamente. Pero el inspector negó con la cabeza:

—Si no son de mi guerra, pueden esperar, Elena —replicó Roche—. Ahora tengo que visitar a alguien.

Se colocó la chaqueta, que se deformaba hacia la derecha por el peso de la pistola guardada en el bolsillo. Se despidió desde la puerta:

—No tardaré mucho, creo. Espérame aquí, por favor, y a la vuelta me lo cuentas, Elena. Y muchas gracias. Pablo, tú también puedes esperarme aquí si quieres —entonces sacó el postit del bolsillo, lo consultó de nuevo y me dijo—: Después de todo, tenía razón Luke, el australiano. Acuérdate de lo que nos contó. Él sabía a quién había venido a buscar Trendy, no quién le perseguía. Tal vez a Trendy no le persiguiera nadie. Ni Palacios, ni Castro Arenas, ni nadie. Por eso hay que volver al principio.

Intuí hacia dónde se dirigía, qué me quería decir, pero no tuve tiempo de preguntárselo para confirmarlo. Por un momento sentí otra vez que ese policía dirigía mis pasos, encaminándome para aquí o para allá, ahora te vienes conmigo, ahora te quedas, ahora me respondes, ahora tú también puedes esperarme aquí si quieres... Aunque la última frase, pronunciada casi en el umbral de la puerta de su despacho, escondía cierto tono afectuoso: por primera vez, de eso estaba seguro, Roche no me daba una orden, sino que me invitaba a acompañarle hasta el final porque suponía que el desenlace me incumbía. Tampoco habría podido marcharme así como así de ese despacho porque, en cuanto nos quedamos solos, noté a Olaya decidida a mostrar a alguien lo que había descubierto en los papeles de mi maletín.

* * *

—Este hombre, Petrell, es un sinvergüenza que además maneja mucha información —comenzó Olaya, desplegando por la mesa de Roche los papeles que implicaban a mi exmoroso—. Mire —continuó, señalando uno de los informes donde figuraba la relación de los socios de la empresa de Petrell. Se apartó para que los leyera: Joaquín Petrell Márquez, Roberto Valdés Rodríguez, Pedro García Rojo; el domicilio fiscal, calle Serrano, 56, tercero, el piso que yo había visitado la mañana del vendaval; y el objeto social: «Exportación e importación». «Asesoramiento mercantil». Olaya pareció preguntarme con los ojos, que despedían un brillo inteligente. Pero ninguno de los nombres me sonaba, excepto el de Petrell. El domicilio me parecía tan normal como cualquier otro. Y el cometido de la empresa era tan ambiguo como para no decirme nada. Ante la insistencia silenciosa de Olaya, me vi forzado a referirme a

esto último.

—Un poco ambiguo esto que hace esta empresa, ¿no?, no dice mucho —comenté.

—No dice nada. Es verdad —respondió Olaya—, o lo dice todo. Depende del punto de vista. Pero espera un poco. Mira esto.

Olaya me tendió tres documentos que yo obtuve cuando, harto de los desprecios de Petrell, me fui al registro y solicité todas sus propiedades a fin de amenazarle con ellas en la mano. Hasta esa mañana yo habría jurado que la táctica, utilizada con otros morosos sin mucho éxito, había sido la correcta. De hecho, el tipo había pagado. Ahora, con Olaya sonriendo mientras escrutaba un mazo de documentos y con Castro, Ribeiro y Fonseca en un calabozo acusados de haberme perseguido hasta casi el secuestro, sabía que algo fallaba. Ojeé las notas del registro, en las que figuraban las operaciones de compra venta que habían sufrido esas propiedades hasta acabar en manos de Petrell, pero el cansancio me impedía pensar correctamente. Se las devolví a Olaya con un gesto que describía a la perfección mi impotencia para descifrar aquello. Ella pareció comprender, porque se sentó en la silla de Roche y apartó las hojas.

—Estas notas reflejan un patrimonio considerable. Eso lo sabes tú bien, porque entre otras cosas en eso consistía tu labor en tu empresa, si no me equivoco. Lo llamativo es la forma en que ha conseguido este patrimonio.

—Compraba las fincas. Como todo el mundo, ¿no?

—No todo el mundo compra siempre a la misma persona. Y esta persona, a su vez, a un mismo tercero. Siempre. Y los nombres de los tres protagonistas te sonarán. Fíjate —y volvió a tender el mazo de las notas de registro. Ahora ya, más tranquilo, descubrí que Olaya tenía razón. Petrell compraba siempre a Roberto Valdés, y este, a Pedro García Rojo—. ¡Qué curioso, ¿no?! ¡Los tres socios! —exclamó Olaya, con un deje irónico que me incluía a mí.

—Sí; hay algo que huele a chanchullo, pero no sé exactamente qué —repuse yo.

—Te aseguro que no es difícil de averiguar si has trabajado un poco en esto —dijo Olaya—. Y yo llevo años. Estos tres espabilados se aprovechan de combinar una vieja costumbre rural en una gran ciudad de millones de habitantes y una ley de 1947. No son los primeros. Ni los últimos. Es la mejor manera de ganar una pasta sin arriesgar nada. Basta un poquito de información. Y saber el truco.

Yo seguía sin entender. Y tampoco me importaba demasiado. Empezaba a cansarme de la conversación con Olaya, que en el fondo no quería informarme de nada, sino servirse de alguien que le hiciera preguntas y probar con ellas la solidez de su propia teoría. Miré el reloj. Pronto darían las ocho. Dentro de una hora, Martí e Isabel estarían de nuevo en la oficina. No sé por qué pensé que no podía dejarlos solos, que debía encontrarme yo también allí a esa hora para ayudarlos a ordenar los pocos papeles que aún servían y contarles quién nos había robado y por qué. Aunque, el fondo, que Petrell se apropiara de la periferia de medio Madrid a mí me traía sin cuidado. No había matado a Trendy. Me había pagado la deuda. Se acabó. Él y yo

habíamos terminado. Podía haberme pedido las escrituras y las notas del registro. No hacía falta tanto seguirme por Madrid, tanto Ribeiro, tanto Fonseca y tanto Castro Arenas. Tanto miedo. Le habría regalado el maletín entero. A mí me importaba que los morosos me pagaran. A quién estafaran para hacerlo, era cosa suya. Y la historia de urbanismo-ficción se la podía guardar a su vez Olaya para Roche. Pero ella insistía, como Roche...

—Hasta hace muy pocos años, en los pueblos no se registraban las tierras. Aún hay muchas sin registrar. Como todos se conocen, pues todos saben a quién pertenece cada cosa. Sin papeles. ¿Me sigues?

—Sí, creo.

—Luego, si se quieren registrar, para cualquier cosa, según se especifica en esa ley que te mencioné, es necesario, para darles una especie de carta de naturaleza, que la propiedad en sí sufra dos transacciones.

—¿Cómo?

—Pues que para que salte del limbo jurídico en el que ha permanecido durante muchísimos años al papel es necesario, por ejemplo, que el abuelo se la done al padre y este al hijo. O que alguien se la venda a un segundo y este a un tercero. Es una manera de delimitarla, de transformarla en algo mensurable. En una palabra: de que figure. Y si nadie protesta, pues la tierra queda registrada. ¿Entiendes?

—Más o menos. Pero no sé dónde quiere llegar.

—Pues que hasta hace poco, las afueras de Madrid eran un conjunto de pueblos. Que el mismo Madrid, en cierto modo, lo era también. Y que no se registraban muchas tierras, que, formalmente, no son de nadie. Para la mayoría de la gente es imposible localizarlas, claro. Pero hay auténticos expertos en la materia colocados en los pocos lugares clave en que estas parcelas aparecen en el mapa: departamentos municipales encargados de trazar las calles y de delimitar los solares donde se levantarán los edificios. Los que dibujan el futuro de la ciudad. Se dedican a cuadricular los terrenos baldíos de los barrios en expansión. Pero antes de eso hay que comprobar a quién pertenecen. Y algunas de ellas, ya digo, no fueron nunca registradas: sus propietarios murieron sin legarlas antes de que Madrid dejara de ser un pueblo o son viejas donaciones de feligreses a congregaciones religiosas que ya no existen. Deberían estar en manos del Ayuntamiento o de la Iglesia, pero ninguna de estas instituciones se ha preocupado nunca de registrarlas porque, por así decir, no saben que existen. Qué sé yo. Hay pocas parcelas que permitan la trampa. Pero hay. Y lo importante es descubrirlas, describirlas, saber dónde están, con qué limitan, cuánto miden. Quien tiene el mapa del terreno, tiene el mapa del tesoro. Y me apuesto lo que sea a que Valdés o Rojo, cualquiera de ellos o los dos, trabaja en uno de esos departamentos.

—Y entre los tres hacen las dos transacciones por escrito.

—Así es. Uno se entera de alguna parcela sin dueño, se lo comunica a los otros dos. A se la vende a B y B a C. Como te puedes imaginar, esto es solo de cara al

notario, porque el dinero no cambia de manos realmente. El caso es que con las escrituras de la compraventa, Petrell va al registro y se hace con el terreno. Caso cerrado. Nadie protesta. ¿Quién se da cuenta de la operación? El resto, ya lo has dicho tú: a esperar a una inmobiliaria, a que te metan un buen puñado de millones en el bolsillo. Así estaba Petrell, esperando la pasta, cuando le dices que vas a ir al juez con las notas del registro.

—¿Y qué habría pasado si las hubiera llevado?

—No lo sé. Nada. Lo más seguro es que nada. Pero Petrell se asustó, simplemente, al pensar que un letrado iba a tener esos papeles. No querría ningún tipo de complicaciones por un cobrador de morosos de una deuda no muy elevada. Por eso se apresuró a saldarla. Pero no se atrevió a dejarte por ahí suelto con el maletín ni a reclamarte las notas del registro, porque eso significaba ponerte sobre aviso. Por eso decidió quitártelas. Y se lo encomendó a ese Castro Arenas, que debe de ser, como ya te he dicho, el que carga con el trabajo sucio. Luego este se lo pasó a los otros dos. Si todo hubiera salido como estaba pensado a ti te habrían atracado en plena calle y tú habrías supuesto que buscaban dinero. Y a estas alturas ya te habrías olvidado de Petrell para el resto de tu vida.

Yo escuchaba a Olaya pero algo dentro de mí pensaba en Roche y se preguntaba si habría encontrado ya a la persona que había salido a buscar. En cualquier caso, andaría lejos ya de los enjuagues millonarios de Petrell que no entendía del todo y de ese laberinto de escrituras hechas jugando a las tres en raya. Dudé hasta de que fuera a cumplir su promesa de volver al despacho esa mañana e imaginé que tal vez no le vería más; lo más seguro es que se hubiera olvidado también de mí al descartarme como sospechoso.

Olaya recogió la documentación y la metió en el maletín. Cuando terminó, me lo tendió, sin decirme nada.

—¿Y qué hago yo con esto? —le pregunté.

—Tú verás. Es tuyo. La información es tuya.

—Pero tú eres policía.

No me respondió. Se quedó mirándome algo confundida, como si no esperase esa respuesta.

—¿Y si lo denuncio? —pregunté.

Tardó mucho en responderme y ese tiempo sirvió para darme cuenta de que la policía experta en combinados urbanísticos que tenía delante, muy cerca, era una mujer más guapa de lo que me había parecido al principio, cuando irrumpió en el despacho con la cara hinchada por el madrugón.

—Lo que te he contado es lo que pasó —explicó—. Pero hacen falta pruebas. No solo estas notas del registro y esta relación de socios de una empresa, que a mí me valen, sino auténticas pruebas que le demuestren a un juez que esos solares no les pertenecen. Porque te sonará raro, pero ellos han sido los primeros en acudir a la ley: han registrado el terreno. Han ocupado una casilla del tablero, y para desalojarlos

debemos encontrar papeles más consistentes que los suyos. Habría que buscar a los propietarios originales, si es que existen, o los documentos que acreditasen que regentaban el terreno, si es que también existen. O yo qué sé: grabaciones en las que estos tres hablaran de repartirse el beneficio de la operación... Pero nadie se deja grabar así como así. Solo un golpe de suerte podría conducir a Petrell y sus socios a la cárcel. Y a los golpes de suerte les ocurre lo que a esas grabaciones: que no aparecen. Ya estoy acostumbrada. A mí me ha llamado Roche para que le aclarara si tres personas detenidas tenían algo que ver con un asesinato. Y ya le he respondido. Desmontar la estafa que está detrás me desbordaría. Con lo que tenemos no merece la pena ni empezar, Pablo.

—Yo no pretendo que desmontes nada —respondí, y era verdad—. Fue Roche el que me obligó a traer el maletín.

De pronto, llevado por una indignación incubada a lo largo de la última semana, exploté delante de esa mujer:

—¿Y si te dijera que solo quiero irme a casa sin que nadie me siga, ni ellos ni vosotros? Llevo dos días enteros aterrorizado, perseguido por unos hombres que pensé que querían matarme, y esta es la segunda noche que paso sin dormir en una semana. Ahí fuera hay un desconocido que ha apuñalado a un antiguo amigo mío, dentro de un rato tengo que presentarme delante de un jefe que no me va a pagar a fin de mes porque la empresa se está hundiendo. Lo último que busco son líos con Petrell. Y si me apuras, ni siquiera quiero saber ya quién mató a Trendy ni por qué. Si tuviera una verdadera casa, me iría ahora mismo a dormir —dije, pensando en el piso de Julia.

Olaya fingió no interesarse por mi última frase. Abrió los cajones de la mesa de Roche. Extrajo una cajetilla de tabaco rubio, la abrió, encendió uno de los cigarrillos y se vio en la obligación de explicarse:

—A mi marido le prometí en una Nochevieja que iba a dejar de fumar. Y lo intenté. Pero a veces me vengo al despacho del inspector, y si está le pido, y si no está le robo uno. Solo fumo aquí, ni siquiera en mi mesa.

Imaginé la cara de su marido y sin quererlo le puse el rostro de Vicente Neira, el actual novio de Julia. Me pregunté si Neira fumaba. Y qué marca de tabaco le pegaba más. Olaya me arrancó de aquel delirio con una pregunta tajante:

—¿Has pensado que si no hubieran matado a tu amigo tú probablemente no te habrías dado cuenta de que te seguían?

Tenía razón. Solo los descubrí porque desde el asesinato de Trendy sentía que algo malo me rondaba. Fue esa certeza y el miedo lo que me afinó los nervios y la atención. Ella no esperó la respuesta:

—En el fondo, te has enterado de que te seguían de casualidad. Y sin embargo, fíjate, alguien iba detrás de ti todo el tiempo, husmeaba en tu vida, en tu trabajo...

No comprendía muy bien adonde quería llegar Olaya, qué quería decirme. Ella, a su vez, también buscaba en silencio las palabras necesarias para explicárselo.

—No sé. Me pregunto si no es así siempre.

—¿Si no es así siempre qué? —pregunté.

—Que haya siempre alguien oculto, acechando a tu alrededor, alguien escondido pendiente de ti, a un paso de entrar en tu vida sin que tú lo adviertas, sin que te llegues a enterar jamás. Igual puede ser un tipo enamorado de ti en silencio que no se atreve a acercarse o un atracador que a última hora cambia de presa. Tú los has descubierto. Otras veces permanecen a oscuras...

Iba a responder algo a Olaya, cualquier cosa, porque seguía sin comprenderla del todo, cuando Roche irrumpió en el despacho. Por la expresión exultante de su rostro comprendí que había descubierto algo, y que el descubrimiento le anesthesiaba el dolor de espalda y el cansancio de la noche en vela.

—Estabas en lo cierto, Elena: estos tres no tenían nada que ver —proclamó, y al momento convocó por teléfono a un grupo de policías para una reunión urgente. Después se dirigió a mí—: No fue Palacios. Ni Ribeiro, ni Fonseca, ni Petrell. Tampoco un navajero, Pablo. Nadie mató a Trendy para robarle. Tenías razón: no se dejó matar por un pico. Le buscaban por otra cosa. Podría explicártelo yo, pero supongo que prefieres que lo haga ella.

Me tendió el postit que había encontrado en la pantalla de su ordenador y que se había guardado en el bolsillo.

—Pedí sus datos el primer día. Pero con la pista de Palacios y la de Ribeiro y Fonseca lo fui olvidando. Hasta hoy. Le he dicho que irías a verla. No me ha respondido nada. Pero debes ir. Está demasiado sola.

Miré el postit, que contenía el nombre de una calle y el número de un portal. Y más abajo, los dos apellidos que yo esperaba, García Martín, y el nombre: Nora.

Antes de salir en su busca llamé a la oficina para pedirme otra mañana libre. Me cogió el teléfono Martí, que me contestó con su voz habitual de borracho. Le conté todo. Al mencionarle el episodio de Petrell, pareció interesarse de repente. Dejó que concluyera. Luego me preguntó si había denunciado algo a la policía. Cuando le respondí que no, me ordenó que lo dejara así. Le noté satisfecho. No solo borracho: también satisfecho, casi contento.

—¿Te acuerdas de Paco Murcia, Pablo? —me preguntó—, el gerente, el que se fue en enero. ¿Te acuerdas precisamente de cuando se fue, que dijo que sin un milagro no había nada que hacer? ¿Te acuerdas, hijo?

—Sí.

—Pues aquí está. Tú lo llevas en tu maletín.

—¿El qué?

—El milagro, joder. Si no quieres no vengas hoy. Pero mañana preséntate muy temprano. Con todos esos papeles. Y sal de ahí inmediatamente. Ya no tienes que hablar con ningún policía para nada.

—¿Y a qué vienes tu ahora a mi casa? ¿A enterarte también de quién mató a Trendy? Se lo he dicho hace un rato a ese policía amigo tuyo, que además lo imaginaba todo ya. ¿A qué vienes ahora, Pablo, después de tantos años?

—¿Te encontró, no?

—¿Qué?

—Le vi el lunes, en el metro, poco antes de que le mataran, y no me habló de ti, pero un amigo suyo de Estados Unidos que vino al entierro me aseguró, a mí y a ese policía del que hablas, que decidió volver para buscarte. Te encontró, ¿verdad, Nora?

—¿Te interesa saber eso más que quién le mató?

—Ahora sí.

—Me encontró. Claro que me encontró. Hace tres meses. O seis. No lo sé. He perdido la noción del tiempo aquí encerrada. Me encontró para bien y para mal de los dos, de él y de mí.

Estábamos en la entrada de su casa, de pie, con la puerta de la calle aún abierta. Ni siquiera nos habíamos besado en las mejillas. Ella permanecía callada, con los ojos enrojecidos de no dormir o de no parar de llorar. No se decidía a dejarme pasar. Yo jugueteaba con el postit de Roche y me limitaba a examinarla. Había cambiado tan poco que por un instante pensé que se enfadaba conmigo por haber llegado tarde a una cita en el bar del instituto y no por presentarme en su casa por primera vez en más de doce años. Seguía vistiendo el mismo tipo de pantalones ceñidos y camisetas blancas y amplias que usaba tiempo atrás. Seguía metiendo las manos en los bolsillos cuando no encontraba las palabras.

Me había lanzado a la calle tras hablar con Martí y allí estaba, enfrente de ella, pensando que había hecho falta más de una década para volver a verla y que, sin embargo, éramos casi vecinos. De mi palomar a su casa no había ni diez minutos a pie. Vivía en un piso antiguo cerca de la plaza de Vázquez de Mella, en una bocacalle solitaria y aislada, ajena a la ruta de bares de copas de la zona.

Por un momento pensé que me iba a echar. Después se apartó, me dejó pasar, me acompañó hasta un salón diminuto y acogedor donde me invitó a sentarme en un sofá azul mientras ella preparaba un café que yo no había pedido ni ella me había ofrecido y entraba y salía del salón acarreando nerviosamente tazas y jarritas de leche. Procuré sin éxito llenar el silencio hablándole de Mosca, de Javier, de Mongo, anunciándole que los había visto, contándole en un par de frases qué había sido de ellos en estos años, dónde vivían, en qué trabajaban. Pero sobre todo seguí reconociéndola mientras se desplazaba de la cocina al salón y del salón a la cocina: su rostro había ensanchado, había perdido tal vez cierta luminosidad adolescente, pero yo lo encontré igual de hermoso que entonces, sus ojos marrones seguían mirándote desde muy

adentro. Llevaba el mismo pelo de entonces, largo y algo desordenado. Se inclinó para dejar los vasos en la mesa. Seguía sin hablar, con la mirada perdida en una fuente de galletas.

—¿Quieres que me vaya, Nora? —le pregunté, no demasiado convencido de que me fuera a decir que no.

Pero negó con la cabeza y volvió a la cocina a por otra cosa para no seguir viéndome en ese momento y que yo notara que estaba a punto de romper a llorar. Me acarició el hombro al regresar con un azucarero a pesar de que ya había uno en la mesita.

—Sigues igual, Pablo. Igual de guapo —dijo.

Se sentó enfrente de mí. Y me miró con un gesto antiguo, que reconocí, sus ojos me recorrieron con dulzura, de arriba abajo, durante un largo rato. Habían pasado más de doce años, pero juro que era capaz de intuir lo que ella pensaba, de interpretar la manera que tenía de mirarme. Ya no la amaba, tal vez nunca la amé, a pesar de lo seguro que estaba cuando me abrazó por primera vez la mañana del maratón. Y sin embargo, a un metro de ella recordé líneas de su cuerpo que yo creía haber olvidado: el hueso de la clavícula muy marcado por debajo de la camiseta, la forma de sus piernas, el color anaranjado de su piel. Luego, sin ironía, menos nerviosa que al principio, me preguntó que qué tal, como el que lanza una de esas preguntas huecas que sirven para todo.

Le respondí que bien, claro, le describí escuetamente mi trabajo en la oficina, le menté acerca del futuro, mencioné de pasada a Martí, a Isabel, a mi familia de morosos, y a Julia. Pero yo no quería hablarle de mí. Nora pareció comprenderlo porque se acomodó en otro sofá, encendió un cigarrillo, me miró, sonrió por primera vez y comenzó a hablar.

—Me asusté cuando llamaste abajo, al portero automático. Pensé que alguien venía a por mí. Es un terror sin sentido, pero qué quieres. No reconocí tu voz, aunque habría debido suponer que serías tú, porque el policía me pidió permiso para darte mi dirección. Pero lo había olvidado —dijo, y me volvió a mirar de arriba abajo—. Y ahora estás aquí. Qué poco has cambiado. Ni siquiera estás más gordo —añadió. Bebió un poco de café, esbozó una mueca graciosa de desagrado y continuó—: El principio lo sabes. Tan bien como yo. O como tu amigo el inspector, por lo que he visto. No podía imaginarme que a un policía le importáramos tanto. Aunque él se ha largado a la media hora de empezar a contarle, en cuanto le he dicho quién mató a Trendy, supongo que para buscarle y meterle en la cárcel. Lo estará haciendo ahora, supongo —volvió a enmudecer, a mirar la taza vacía. Pasó cerca de un minuto. Me miró, sin sonreírme, ya sin ninguna expresión en la cara—: El principio: éramos tres. Después, cuando nos liamos tú y yo en el maratón, fuimos ya dos más uno hasta que el uno se largó a los Estados Unidos. Yo sabía que le gustaba, pero te elegí a ti. Al más guapo. Y el tercero se fue. Y nunca escribió, ni llamó. Y pasó el tiempo, y tú y yo nos peleamos, nos separamos, dejamos de vernos y nos habíamos olvidado el uno

del otro, o casi. O sin casi, ¿no?

Yo la miraba sin saber qué contestarle. Ella, cada vez más tranquila, parecía dispuesta a contármelo todo:

—A veces os buscaba, Pablo. Andaba por ahí, por el centro, en Preciados o en Sol, y os buscaba. No solo porque os echara de menos, eso tal vez ocurriera al principio, cuando tú y yo cortamos, cuando Trendy se largó, no, no era eso. No era solamente eso. Yo ya vivía con Raúl. Habíais salido de mi vida hacía muchos años, habíamos desertado los unos de los otros, no sé tú, pero yo ni siquiera me he acercado a vuestro barrio desde entonces. Y a pesar de todo, de Raúl, de los años y la distancia, había días que os buscaba por esas calles porque pensaba que tal vez un día os cruzaríais conmigo y yo, por no ir atenta, no os reconocería. Por eso, cuando una mañana, hace algunos meses, vi a Trendy sentado en un banco enfrente de mi casa, mirando para mi portal, pensé que por una vez el destino había jugado limpio conmigo: en una ciudad inmensa, con tantas calles en medio, ahí estaba, delante de mí, bien visible, justo al lado de mi casa, a la hora a la que salgo a trabajar. Yo entonces no sabía que ni el destino ni la buena suerte me lo habían colocado delante, que había sido él, el testarudo de Trendy, quien después de preguntar a medio Madrid, se había enterado de mi nueva dirección. Llevaba horas esperando a que saliera o entrara a mi casa, y supongo que se habría quedado las que hiciera falta. Pero yo pensé que estaba allí de pura casualidad, que por fin me estaba sucediendo uno de esos encuentros que siempre parecían ocurrirle a los otros y que a mí siempre me ha gustado observar. Yo no sabía que había pasado tanto tiempo en Estados Unidos. Ya te lo he dicho: nunca me escribió. Yo pensaba que solo había estado unos meses fuera y que, como todos, vivía en Madrid.

Se detuvo. Respiró. Echó una ojeada hacia la ventana. Se frotó los ojos rojos de sueño. Permaneció un instante callada antes de continuar:

—Era febrero, y hacía mucho frío. Le reconocí nada más salir del portal, a pesar de esa barba que se había dejado y de que iba sin su melena de siempre. Pero seguía siendo Trendy, el mismo chico delgado de ojos muy azules. Me acerqué al banco mientras él se incorporaba y avanzaba hacia mí con una sonrisa abierta en la cara. Ahora que te lo cuento caigo en que no soy capaz de recordar la escena tal y como fue, tal vez porque llevo días enteros intentando hacerlo. Estoy convencida de que le pongo más emoción de la que realmente tuvo, por lo menos para mí. Porque no nos dijimos mucho al principio. Te puedes imaginar, qué haces aquí, qué sorpresa, esa clase de frases pronunciadas sin pensar. Aunque sí que noté que me miraba con un detenimiento extraño, asombrado, como si no se creyera que estaba delante de él, charlando con él, después de tantos años. Me preguntó si tenía tiempo. De eso sí que me acuerdo bien: no si nos tomábamos un café, si iba a trabajar; sino si tenía tiempo. Y yo recordé entonces, te lo juro, no al Trendy barriobajero, decidido y echado para delante, sino al chico despechado que huyó de nosotros cuando tú y yo empezamos a salir. Me preguntó si tenía tiempo y yo le respondí que sí, aunque ya llegaba tarde a la

oficina. Y en el rincón de una cafetería cualquiera me contó el pedazo de su vida que transcurrió en Estados Unidos. Luego, de repente, me confesó que había regresado para verme, para, según me dijo, comprobar si aún seguía enamorado de mí. Pablo: yo no le busqué, yo no le esperaba, yo imaginaba que Trendy, como tú y como yo, había seguido su camino, se había olvidado de nosotros como nosotros de él, que vivía en un barrio cualquiera de Madrid después de su chaladura de adolescente de largarse al extranjero y que trabajaba en una oficina o en una tienda o en un restaurante; o que era el jefe de una banda de atracadores o el dueño de un *pub* de moda. Yo qué sé. Donde fuera, pero lejos de mí, aparte. Por eso me quedé muda, mirando fijamente al hombre que acababa de decir eso, tan distinto al muchacho que yo había conocido y a la vez, tan idéntico a él. No supe qué contestarle, qué añadir. A punto estuve de levantarme y dejarle ahí sentado; de hecho hice un gesto, moví las manos y la boca como para despedirme porque pensé por un momento que Trendy se había vuelto definitivamente loco. Pero él me cogió del brazo y me pidió que esperara. Y me habló de la noche en la que después de haber conocido a una chica madrileña que se parecía a mí en un hotel de mala muerte en medio de un desierto americano, había decidido volver para buscarme. Ya te digo: un segundo antes había estado a punto de levantarme y de despedirme, adiós Trendy, todo eso se acabó hace mucho, yo tengo un novio, vivo con él, nos hemos hipotecado hasta las cejas y hemos decidido tener un hijo, porque la vida ha seguido discurriendo mientras tú te ibas a Nueva York y te quedabas allí. Podía haberle dejado en esa cafetería, Pablo, y ahora él viviría, el inspector de policía perseguiría muertos en otra casa y tú no estarías aquí y seguirías siendo solo la sombra de un recuerdo que de vez en cuando yo busco entre la gente. Pero no lo hice, esta vez no, esta vez me quedé a su lado. También yo me pregunto lo que seguro te preguntas tú ahora: por qué entonces y no mucho antes, cuando todo era más sencillito, cuando bastaba con elegirle a él y no a ti. Pues no lo sé, Pablo. No lo sé. El caso es que la historia que no fue a los 17 años iba a ser a los 29, o eso creía yo. Todos los días desde aquella mañana en que le encontré me he preguntado si lo que me enamoró de Trendy es que había cambiado mucho en estos años o que no había cambiado en absoluto. Me enamoré de él, es cierto Pablo, y créeme: no he querido nunca a nadie como quise a Trendy en estos meses. Ya no era el adolescente que huyó al extranjero porque se metió en líos con taxistas traficantes y porque la niña que le volvía loco salía con su mejor amigo. Pero todavía perduraba mucho de ese chico en ese hombre. Lo suficiente como para volver de Estados Unidos por la misma razón, por la misma mujer. O tal vez no era eso, Pablo, tal vez, simplemente, yo no sabía que la vida que llevaba con Raúl ya no servía y necesité que Trendy me lo mostrara. Pero eso da igual. No quiero volverme loca buscando razones. No se trataba de poner puntos a uno o a otro, de comparar qué había de bueno en Raúl o en Trendy y en elegir después, porque en estas cosas no se vence a los puntos sino por KO. ¿Entiendes? Le elegí. Como te había elegido antes a ti. Aquella noche no fui a casa, mentí a Raúl por primera vez. Nos acostamos juntos

después de compartir con él un día entero en Madrid en el que volvió a contarme de otra forma su viaje entero, de una forma que parecía mentira pero que era verdad, no sé explicarlo mejor, Pablo: Nueva York, San Francisco, una amigo latinoamericano llamado Carlitos, Las Vegas, Luke el australiano, el desierto, y le dije allí mismo que me encantaría contemplar junto a él el color naranja de ese desierto y él me prometió enseñármelo en cuanto pudiera, yo quise dejar de llamarle Trendy porque ya no teníamos edad para seguir utilizando mote del instituto y además me daba cuenta de que me estaba enamorando de él, pero no me salía, y le seguí llamando como siempre, y también hablamos de ti, de lo poco que sabíamos de ti, de Mosca, del Gordo, de todos, del barrio vuestro donde nos conocimos, de lo infelices que nos creíamos entonces, pero sobre todo de él y de mí. Nos acostamos juntos esa noche en su casa, en su piso enano del barrio de Malasaña, y cuando amaneció y nos duchamos y salimos juntos a la calle para ir a trabajar, él a una academia de inglés donde daba clases, yo a mi oficina, pensé, lo recuerdo bien, que acababa de terminar el día más feliz de mi vida. Así de simple. Así de cursi. Así de exacto, Pablo, te lo juro. Y a ese día siguieron otros. Antes te respondí que había encontrado a Trendy para bien y para mal de los dos. Mentía. Ahora me doy cuenta de que fue para bien, a pesar de este terrible final, porque el tiempo que pasamos juntos ha sido un enorme, caprichoso e inesperado regalo del cielo que todo el mundo merecería recibir alguna vez.

Paró, exhausta. Recordaba con ansia, con placer, con necesidad. No sé qué encontró en la luz que entraba por una de las ventanas porque se quedó prendida de ella. Pasaron unos minutos enormes, que yo no me atreví a interrumpir.

—Pero cuando volvía a esta casa, cada noche, asustada de mi propia felicidad, me encontraba a Raúl reconcomiéndose mientras preparaba la cena o veía la televisión tumbado en ese sofá. Sospechaba algo. Claro, ¿cómo no? No se atrevía a preguntarme directamente que qué pasaba. A veces, eso sí, sin que viniera a cuento, se presentaba con un catálogo de decoración, o me comentaba que alguna amiga suya se había quedado embarazada. Yo sabía que aquella era su manera de decirme: «Eh, tú, acuérdate de que estamos juntos, de que hemos estado juntos y de que vamos a estar juntos». No tardé en decírselo. Una semana después, le conté que me acostaba con Trendy, que tenía decidido irme a vivir con él. Se lo dije de golpe, sin preámbulos, lo solté de carrerilla mientras cenábamos, mirándole a la cara y sin alzar la voz, aparentemente muy tranquila. Después me encerré en el dormitorio. No me tomó en serio al principio, no se creía que todo el futuro que teníamos previsto recorrer en común se estaba deshaciendo ante sus ojos. Permaneció sentado a la mesa, supongo que fumando, mordisqueando migas de pan como él hacía siempre, sin moverse. Me dijo entonces que se iba a dar una vuelta. Al oírle cerrar la puerta abandoné la habitación. Recogí la mesa, fregué los platos, metí algo de ropa en una maleta, dejé la llave en el buzón y me fui a Malasaña, a esperar en el portal a que Trendy regresara de la academia. Al día siguiente, cuando volví para recoger más ropa, me encontré a Raúl haciendo la maleta e insistió en dejarme el piso, en

marcharse él. Así que durante estas semanas Trendy y yo hemos vivido a caballo de las dos casas. Esta es más grande y más cómoda; la otra era fría y pequeña, casi sin muebles, tú la conoces, el inspector me ha dicho que has estado ahí con él. Pero nos gustaba más, tal vez porque nos pertenecía por entero, no como esta, demasiado llena de Raúl, de mi vida con él.

—¿Lo aceptó así de bien? ¿No le volviste a ver? —pregunté, y no pensaba en Raúl y Nora, sino en mí mismo y Julia.

Nora me miró con una expresión amarga y áspera que tampoco iba dirigida a mí.

—Sí, sí que le vi. Al principio, me llamaba aquí, a casa, para preguntarme cómo me iba, y yo ni supe ni intenté ocultarle que me iba muy bien. Y él parecía aceptarlo. Le conocí dos años después de que tú y yo cortáramos. Era guapo, como tú, y aún lo sigue siendo, como tú también. Ha trabajado siempre de celador en el hospital Clínico. Le conocí en una fiesta de la facultad, cuando yo estudiaba. Fue una historia previsible, corriente, hasta hace poco pensaba que deseada: muchas tardes juntos, viajes baratos a la costa, Cádiz, Canarias, Asturias, hoteles de dos estrellas, una casa común, dos sueldos, muchos años... Y sí, sí que le vi, Pablo, sí que llamó, supongo que al principio para cerciorarse de que seguía con Trendy, de que día a día yo me alejaba un poco más de él. Tan solo una semana después ya me llamaba para pedirme que quedáramos para comer o tomar un café, pero yo me oponía porque me parecía que vernos era una manera gratuita de hacernos daño. Y sin embargo él insistía, y además tenía razón; debíamos hablar, aclarar ciertas cosas, lo de la casa, lo de los muebles, todo lo que hasta entonces habíamos compartido. Por eso acepté y le vi en un restaurante caro al que se empeñó en invitarme y donde, nada más sentarnos a la mesa, con una mirada que yo no conocía, me suplicó que volviera con él. No me dejó hablar, Pablo, me interrumpió todas las veces que yo intenté replicarle. No hacía más que sollozar entre frases estropajosas, ininteligibles. Después se encerró en un silencio avergonzado del que ni le intenté sacar. Al final, sin haber comido casi nada ninguno de los dos, me rogó que le perdonara, que no sabía lo que le había pasado, que no pensó en ningún momento en amargarme el día, pero que al verme no lo había podido evitar. Y desde aquella tarde, en la que yo me levanté del restaurante apresuradamente fingiendo una excusa, comenzó a llamarme cada vez más. Yo me resistía, pero no podía rechazarle siempre. Y un día de esos en que quedamos, muy a pesar mío, en la barra de un bar, delante de una caña y un platito de aceitunas, Raúl me propuso comprarme mi parte de la casa. Comenzó a echar cuentas, en silencio, con una calculadora que sacó de un bolsillo y a apuntar sumas en un papel que también había traído a propósito consigo. Las manos le temblaban mientras apretaba las teclas. Al terminar, sin mirarme de frente, me ofreció un millón de pesetas que más o menos me correspondía de los dos que ya teníamos pagado. Le pedí un tiempo para pensármelo. Esa misma noche se lo conté a Trendy, que me aconsejó que aceptara: así podríamos irnos. Alguna vez habíamos hablado de eso, bueno, él había hablado: dejar Madrid, volver a Estados Unidos, viajar por Europa, los dos juntos, los

dos solos. Con ese dinero no necesitaríamos ahorrar, ni esperar a las pagas extras, bastaba aceptar, cogerlo y largarse. Me preguntó entonces adónde me gustaría ir y yo respondí sin pensar, porque lo había pensado mucho antes, que a ese desierto naranja donde él había prometido llevarme a la primera oportunidad. Y la oportunidad estaba allí, dijo Trendy, que se iba animando cada vez más, y aseguró que hasta podríamos dejar los trabajos, que su amigo Luke nos alojaría gratis todo el tiempo que necesitáramos..., que bastaba quererlo para cambiar de vida... Parecía tan fácil, Pablo, deshacerse de la casa, despedirse de Raúl, del trabajo, comprar dos billetes... Tú conociste a Trendy, y en eso no había cambiado. Bastaba oírle para que te convenciera. Hasta pensaba llamar a Luke esa misma noche. Decía que si todo salía mal, o no del todo bien, siempre podríamos volver. Él ya lo había hecho.

—Luke estuvo aquí, en el entierro —la interrumpí.

—Ya. Me lo dijo el policía que todo lo sabe.

—¿Y no te habría gustado conocerle?

—Me habría gustado muchísimo conocerle allí, en Daogab. Aquí no, ¿para qué? ¿Para llorar juntos?

No supe responderle. Ella prosiguió:

—Comenzamos a hacer planes, a fijar fechas, a llamar a agencias de viajes y a compañías aéreas para enterarnos del precio de los billetes. Decidí renunciar a mi empleo, animada por Trendy, que también pensaba dejar la academia. Por su parte, Raúl se comprometió a darme el dinero en poco tiempo. Así que reservamos dos billetes Madrid-Nueva York para el 15 de mayo, para el martes pasado, el día de San Isidro. Entonces nos pareció una buena fecha lo de San Isidro, una buena señal, vete tú a saber por qué. Quizá porque entonces todo nos parecía una buena señal. Y Trendy creía mucho en esas cosas, acuérdate, en las señales, en los amuletos, en los gafes...

Entonces se levantó, abrió un cajón de un armario, cogió una cajita de madera y de ella extrajo una moneda plateada. Me la puso en la mano. En una de las caras figuraba el rostro de un payaso con ojeras onduladas de maquillaje, nariz de tomate y sonrisa descomunal. En la otra, una inscripción: «Casino Circus, un dólar».

—La ganó en Las Vegas. Llegó una noche, se jugó un dólar en una máquina y le tocó la misma cantidad que había apostado. Pero en vez del billete la máquina le escupió eso: una ficha de un dólar de ese casino. No quiso jugarla. La conservó todo ese tiempo. La llevó siempre en el bolsillo del pantalón, recorrió con ella medio mundo sin perderla porque estaba convencido de que le daba suerte. Y ahora que lo pienso puede que sea verdad, porque la noche en que le mataron no la llevaba encima. En Madrid decía que no le hacía falta. Ya ves tú.

Se volvió a sentar en el sofá. Tendí mi brazo para devolverle la ficha del casino. Negó con la cabeza.

—Quédatela si quieres. Tú también creías en esas cosas, o por lo menos antes creías, cuando estabas conmigo. Tu número favorito era el 25. Siempre decías que los

días 25 te traían suerte. ¿No te acuerdas?

No acepté al principio pero ella insistió:

—Ya no me fijo en los 25 —susurré, mientras me guardaba la ficha, asombrado de que ella recordara ese detalle y que yo casi lo hubiera olvidado.

—Raúl me estuvo llamando desde que nos separamos. Hubo días en que llegó, con la excusa de comentar los trámites del traspaso de la hipoteca, a plantarse a la salida de mi trabajo, sin avisar. Entonces me convencía, después de rogarme y humillarse en plena calle, para entrar a tomar algo en un bar. Estaba mucho más delgado, más ojeroso, noté que fumaba más, mucho más. Él no quería reconocerlo pero bastaba verle para comprobar que sufría mucho. Un día se presentó de golpe en casa y no tuve más remedio que invitarle a pasar. Una vez dentro, se puso a curiosear por las habitaciones buscando el rastro de Trendy en el piso, como si así pudiera comprender qué escondía ese hombre que le había robado a su mujer, en qué consistía, por qué se había convertido en su desgracia. Luego, durante media hora permaneció sentado en el sofá sin hablarme, viendo la tele, jugueteando con el mando a distancia, cambiando de canales, como si siguiera viviendo aquí. Entonces apareció Trendy, y digo apareció porque abrió de repente la puerta con su llave, y Raúl se incorporó al instante, nervioso, muy nervioso, yo no le había visto nunca así, se atolondró, intentó apagar el televisor sin conseguirlo, saludó a Trendy con un rápido apretón de manos y se escurrió sin que a mí me diera tiempo siquiera de presentarlos. Desde entonces decidimos pasar más tiempo en el cuarto de Trendy, en Malasaña, para que aquello no se volviera a repetir. Y lo curioso fue que desde aquella tarde Raúl se serenó, o al menos eso me pareció. Me seguía llamando, pero ya sin suplicarme citas enfermizas o esperar como un pasmarote patético a la salida del trabajo. Por eso me decidí a llamarle para pedirle el dinero. Le expliqué que lo necesitaba antes del día 15. Me respondió que bien, que de acuerdo, que ya tenía todo listo, el millón de pesetas que me correspondía y los papeles del banco, que bastaba que nos viéramos en el despacho de un notario para terminar. Así que quedamos para el lunes, un día antes de salir rumbo a Nueva York. Me levanté muy pronto, porque antes de ir al notario tenía que hacer mi maleta, recoger el pasaporte en la comisaría y dejar libre esta casa. Desayuné algo rápido, me despedí de Trendy desde la puerta con un hasta luego. Él me sonrió medio dormido, me susurró que me esperaría en la cama. Al salir del portal me sacudió en la cara ese vendaval que sopló toda la mañana. Recuerdo que los árboles cabeceaban, que la gente caminaba agachada, abrazada a su cuerpo. Bajar al metro resultó un alivio.

»Raúl me esperaba en la antesala del despacho del notario, hundido en un sofá naranja. Al verme, se tocó el bolsillo de la chaqueta del traje —él no solía llevarlo, no recordaba haberle visto vestido así nunca— y me enseñó un sobre. “El dinero”, dijo, aun antes de haberme saludado. Me senté a su lado. Le besé en la mejilla. El traje era azul marino, caro, nuevo, pensé que se lo había comprado para estrenarlo esa mañana conmigo, como la camisa blanca, la corbata roja y los zapatos negros y relucientes.

Como si repartir el dinero de la hipoteca tuviera tanto de ceremonia como casarse o bautizar un hijo. Me comentó que tenía pensado cambiar el turno de trabajo en el hospital, pedir menos guardias, hacer menos horas por la noche para así curarse el insomnio. Jamás había padecido de insomnio; al contrario, siempre se ufanó de su manera profunda de dormir, y supuse que si lo mencionaba, aunque fuera de pasada, era para que me sintiera culpable. Después me preguntó, también de pasada, si ya tenía pensado qué hacer con el dinero, si iba a dar una entrada para otra casa. Tal vez no tenía que haber dicho nada; si me hubiera callado, tal vez Trendy seguiría vivo. Tal vez. Pero le expliqué que con el dinero nos iríamos Trendy y yo a Estados Unidos por unos cuantos meses. Fue entonces cuando todo empezó. Raúl me miró aterrorizado, sin pronunciar palabra. Yo hubiera preferido que me insultara, o que se echara a llorar allí mismo, no sé, cualquier cosa habría sido mejor que ese silencio helado que Raúl convirtió en nuestra verdadera despedida. Siguió mirándome así hasta que, con un chillido atiplado, casi femenino, exclamó: “¿Pero de verdad me vas a dejar, así, por las buenas? Esto no es justo, Nora, ¿no crees?”.

Nora describía la escena y yo los imaginaba en esa habitación casi desnuda, enmoquetada y limpia, pero también me recordaba a mí mismo y a Julia, los dos sin saber muy bien qué decirnos, al final del invierno, en un parque mal iluminado, debajo de una farola, la última vez que nos vimos, antes de que ella se montara en el autobús que la apartó para siempre de mi vida. Miraba a Nora, a mi amor adolescente, con su camiseta blanca y sus repentinos silencios, y pensaba en Julia, viviendo con Vicente Neira, y me preguntaba si también ella llegó a asustarse aquella tarde, al descubrir también en mí el vacío y la soledad y la soberbia del amante abandonado que se cree con derecho de mostrar al otro el tamaño de la herida que le perfora el corazón.

—Raúl se levantó, borracho de rabia y de desprecio, y ya de pie me escupió con la mirada, es la mejor manera que encuentro para describir la forma en que se quedó, ahí, contemplándome, con una mano aferrada al sobre y la otra acariciándose el nudo de la corbata. No le salían las palabras, intentaba hablar, pero no encontraba el aire. También yo traté de levantarme, pero él me puso una mano sobre el hombro, una mano pesada de repente, fuerte, que agarró y apretó hasta hacerme daño. Raúl jamás había hecho algo parecido. «No puedes irte así, Nora, de buenas a primeras, con ese tío, entiéndelo», acertó a decir, con la voz apagada. El dolor del hombro se transmitió al resto del cuerpo. Me quedé paralizada en el sillón. «No compliques las cosas, Raúl», le contesté. «Tú sí que las estás complicando, Nora. Las cosas estaban bien hasta que te fuiste con ese. Ahora sí que están complicadas», añadió, sin soltarme el hombro, sin dejar de mirarme con los ojos llenos de un odio que yo no le conocía. En ese momento salió el notario de su despacho, intrigado por el ruido, y Raúl, al verle, liberó mi hombro y se dirigió a él: «No es nada. No pasa nada». Y luego dijo, mirándome a mí y enarbolando el sobre: «Como comprenderás, para que te vayas con él no te voy a dar el dinero. Es tuyo. Pero para eso no te lo doy». Y guardó el sobre en

el mismo bolsillo del que lo había sacado minutos antes. Se marchó, decidido, cabizbajo, arrastrando los pies, con las manos en los bolsillos. Esa es la última vez que le vi.

»La secretaria del notario me acompañó al lavabo, me ayudó a mojarme la cara. Después, aún sin saber muy bien qué hacer, salí a la calle, y comencé a andar sin rumbo, pensando que ya no teníamos dinero para irnos ni a nadie que nos lo prestara, que había que llamar a la agencia para que anularan las reservas, que deberíamos retrasar el viaje, recuperar lo antes posible los trabajos... Busqué un bar y llamé a Trendy. Le expliqué todo. Le costó creerme. Pero cuando se convenció, reaccionó rápidamente. Me ordenó que siguiera con lo que tenía pensado hacer esa mañana, que fuera a recoger el pasaporte y que después me viniera para casa a terminar de empaquetarlo todo. Él se encargaría de buscar el dinero. No quiso aclararme de dónde tenía pensado sacarlo ni yo me atreví a preguntárselo. Compréndelo, Pablo, en ese momento, deseaba más que nunca dejar esta casa, esta ciudad, alejarme de Raúl... Así que salí del bar convencida, a pesar de todo, de que al día siguiente volaba a Nueva York. El vendaval seguía meneando e inflando los toldos de las tiendas de esa zona. Era un viento extraño y seco, demasiado fuerte y frío para el mes de mayo. De nuevo el metro resultó un refugio.

Nora tomó aire, encendió un cigarro, me preguntó si quería otro café. Le respondí que no.

—Aquella mañana Trendy regresó a El Valle después de doce años. Aunque supongo que eso ya lo sabes, porque también lo sabía el policía.

—A buscar a El July.

—Exacto. A buscar a El July. Trendy pensó que le ayudaría a conseguir dinero rápido. Así que se montó también en el metro y se fue para su barrio.

Recordé que yo había pasado esa misma mañana de viento de aquí para allá, de la oficina a la casa de Romero el saxofonista en Lavapiés, y de allí al despacho de Petrell. También en metro. Por un tiempo, los tres, Nora, Trendy y yo, después de tantos años, habíamos coincidido nuevamente, los tres bajo tierra, a salvo del vendaval, cada uno en su línea, en su vagón, de un lado para otro de esa ciudad, yo detrás de mis morosos, Nora de su pasaporte y Trendy de su millón de pesetas para escapar por fin y para siempre con la chica.

—Habló con El July, sí, pero no sirvió de nada —me adelanté yo.

—Ya veo que lo sabes todo. Sí: le encontró durmiendo, drogado, deshecho, según me dijo. Le costó mucho conseguir que el otro reaccionara y que fuera capaz incluso de acordarse de quién era él o quién era Trendy.

—¿Y qué esperaba? Han pasado más de doce años. ¿Qué quería, que todos siguiéramos igual, en el mismo sitio, esperando a que él se dignara a regresar y a vernos? —le pregunté irritado a Nora, sorprendido de mi propia reacción.

—Supongo que todo el mundo confía en que los otros no cambien. ¿O no, Pablo? ¿Qué pensabas tú de mí mientras subías la escalera de esta casa para verme hace un

rato?

No le contesté. No me atreví. No supe. Estuve a punto de decirle que había visto a El July hacía poco, de describirle al individuo esquelético y sucio que encontré mordisqueando un bocadillo de chorizo, custodiado por un municipal, en un bar de madrugada. Pero juzgué que tampoco merecía la pena. Y Nora deseaba continuar:

—Y después de hablar con El July fue a buscarte a ti.

Me quedé paralizado mirando a Nora. Ella sonrió.

—¿Eso sí que no lo sabías, eh? Tampoco el policía, aunque lo sospechaba. Claro que fue a buscarte, Pablo.

Roche tenía razón, pues: ninguna casualidad nos unió aquella tarde en la línea verde del metro. Simplemente Trendy me siguió un buen rato y después fingió tropezarse conmigo. Me acordé entonces, algo alarmado, de la conversación mantenida hacía unas pocas horas con Elena Olaya, la policía experta en documentos urbanísticos, y la certeza suya de que a lo largo de la vida cualquiera ha sido seguido por más personas de las que uno se atreve a imaginar. También ella tenía razón, me dije, al pensar en Trendy, dejándome ganar por una creciente sensación de irrealidad que envolvía también a Nora, que a su vez continuaba hablando, sentada enfrente de mí.

—Se enteró de dónde trabajabas. Alguien del barrio se lo contó el mismo día que fue a buscar a El July, añadiendo que ganabas mucho dinero en un despacho de abogados. Tal vez se lo dijo el Mosca o alguno de esos.

—Ninguno de esos. He hablado con ellos. Además, le informaron mal: yo no tengo dinero, la empresa está al borde de la quiebra.

—Pues algún amigo de tus padres se lo diría mientras paseaba por el barrio. No lo sé, Pablo. Solo me contó que te había visto. Y ya sabes cómo era la gente de ahí: todo lo exageraba. Trendy solo me explicó que te había esperado a la puerta de tu trabajo y que luego había bajado al metro contigo. Durante un tiempo fue a tu lado, pero tú no te diste cuenta. Me contó que ibas muy preocupado. Después se acercó y te saludó. Me contó muy poco más. Entre otras cosas, porque esperaba verme en unos minutos.

—Pero no se atrevió a pedirme el dinero.

—No. Eso no.

—¿Por qué? ¿Yo era menos que El July?

—Le dio vergüenza, creo. Supongo que pensó que te lo podías tomar a mal: más de doce años sin saber de ti y lo primero que hace cuando se encuentra con el que fue su mejor amigo es pedirle dinero. Se arrepintió. Pero después de verte y de hablar contigo se animó. Lo noté cuando me llamó al salir del metro. Yo estaba aquí, haciendo las maletas. Me dijo que no había dinero, me contó lo de El July, pero le noté animado, contento, a pesar de que no pudiéramos irnos a Estados Unidos al día siguiente... ¿Y sabes por qué? Porque había hablado contigo, después de tantos años. Era por eso. Créeme.

Nora me dedicó entonces una sonrisa leve y triste, casi instantánea. Y yo pensé

que sí, que por qué no, que también yo había llegado al palomar aquella noche más nervioso y menos amargado que de costumbre y la causa era el haberme encontrado con Trendy y el haber prometido volvernos a ver.

—Se despidió desde el teléfono de un bar —prosiguió Nora—. Debían de ser las ocho o las nueve de la noche. Me indicó que no volvería tarde, que se encargaría de comprar unos bocadillos para cenar. También me dijo que el viento se había calmado pero que seguía haciendo frío y que tenía pinta de echarse a llover. Eso fue todo. Yo no me decidía a deshacer las maletas, aunque ya sabía que deberíamos aplazar el viaje. Con todo, me notaba más tranquila, mucho más tranquila que por la mañana, pensé que llevaría tiempo aplacar a Raúl, tal vez meses, pero que al final se convencería de que debía olvidarme y entonces me daría el dinero. Dieron las diez y yo creí que a lo mejor Trendy habría pensado algún remedio de última hora, que tal vez al final habría conseguido la manera de hacerse con el dinero y que después de todo podríamos irnos. Pero pasaron las horas. Y comencé a preocuparme mucho.

Nora calló, contempló el cigarro consumido, un cilindro de ceniza inestable a punto de deshacerse. Se acarició la rodilla.

—Desde entonces no he dejado de torturarme recordando esa noche. En ocasiones me da la impresión de que la contemplo de lejos, como si le hubiera pasado a otro, o como si no hubiera sucedido nunca.

Miré a Nora y me avergoncé de medio obligarla a llegar hasta el final. Al principio me pareció que le sentaba bien recordar. Ya no.

—Sonó el teléfono y lo cogí aliviada pensando que era Trendy, pero en vez de la voz de Trendy me asaltó la voz entontecida y entrecortada de Raúl. En ese momento supe que algo sin remedio me acababa de suceder. A tu amigo el policía Roche no le extrañó que el asesino llamara por teléfono media hora después de cometer su crimen, de dejar a Trendy tirado en la acera. Pero yo no lo entiendo. Como tampoco entiendo cómo no me desmayé mientras le escuchaba a través de ese teléfono de ahí.

»Tu amigo Roche dice que el abogado reclamará enajenación mental transitoria o como se llame eso. Yo no sé si Raúl acabó volviéndose loco. Supongo que sí. Estaba loco, pero también arrepentido: me describió por teléfono la escena paso a paso, como si contándomelo lograra borrarlo de su memoria y de su vida. Como estoy haciendo yo contigo. Y yo escuché a Raúl ahí sentada, donde estás tú ahora, con las maletas del viaje repartidas por el salón y el pasillo, con cosas de Trendy metidas en dos bolsas de El Corte Inglés, sin poder contestar, muda, muerta también si quieres, sin encontrar siquiera fuerzas o conciencia para levantarme y encender un cigarrillo o apartar la oreja del auricular. Raúl le había abordado en el portal, había estado esperando a que entrara o saliera yo, o Trendy, no sabe bien, no recuerda bien, anduvo todo el día con el sobre del dinero en el bolsillo, vagando, no se acordaba, me repetía, por el Retiro, tal vez, por la Casa de Campo, a lo largo de la carretera de Extremadura, cerca de los cuarteles de Campamento, hasta que anocheció y se vio de pronto en un lugar que no conocía. Entonces cogió un taxi y le pidió que le llevara

hacia la que había sido su casa durante muchos años. Solo en el último momento se acordó de que ya no era su casa. De que yo vivía allí con Trendy. Y entonces se sentó en el portal a esperarme. Eran las nueve de la noche, más o menos. Entonces apareció Trendy por la calle, arrebujaado en su cazadora negra, con la bolsa de los bocadillos en la mano. Y Raúl se encaró con él, comenzó a insultarle, a zarandearle, le arrancó la bolsa y se la tiró al suelo. Yo estaba arriba, doblando ropa, planchando. No oí nada. Trendy no le reconoció al principio. Solo le había visto una vez, aquí, en este piso. Raúl le preguntó a voces que por qué había regresado a España, le pidió que se volviera a Estados Unidos, que me dejara en paz, que nos olvidara. Trendy acabó llevándose casi a rastras a una bocacalle y allí le calló de un bofetón. Y de un empujón le tiró al suelo. Quedó sentado en la acera, con un rasguño en el codo. La mejilla le ardía de la bofetada. Desde el suelo siguió vociferando, sollozando. Trendy le amenazó: iba a darse una vuelta para tranquilizarse antes de subir a casa y de paso a comprar otros bocadillos y si a la vuelta le encontraba todavía allí, le rompía la cabeza contra un bordillo. Y se alejó, en dirección a la calle de Fuencarral, sin volverse. Y aquí podría haber terminado la historia. Aquí debería haber terminado. Esto no lo digo yo, me lo confesó Raúl después medio llorando. Asegura que la herida del codo le escocía, que la gente pasaba a su lado en silencio, sin atreverse a ayudarlo. Que mientras se levantaba se olvidó de la calle en que se encontraba, de la hora que era, de lo que hacía allí, sucio, con el brazo dolorido. Solo fue capaz de concebir una idea, y la vio tan clara que ni si siquiera se asustó. Incluso lo pronunció en voz alta, mirando a Trendy, que se alejaba de la bocacalle: “Voy a matar a ese hijo de puta”. El resto es confuso, hasta para él mismo. O sobre todo para él mismo. Comenzó a seguirle a cierta distancia. Se fijó en un restaurante que tenía mesas sin gente con los cubiertos colocados muy cerca de la puerta. Entró. Robó un cuchillo de sierra y al volver a salir divisó de lejos la espalda de Trendy. Estuvo a punto de perderle. Escondió el cuchillo en el bolsillo de la chaqueta. Aceleró el paso. Entraron en la calle de Fuencarral, casi desierta a aquellas horas, con ese tiempo. Había empezado a llover. Me contó que a pesar del frío sentía mucho calor, que le agobiaba el calor, que algo le abrasaba las manos, empapadas del sudor y de la lluvia. Le alcanzó a la altura de una perfumería. Sin darse cuenta había sacado el cuchillo del bolsillo y lo empuñaba. Trendy caminaba encogido, protegiéndose de la lluvia, me gusta imaginar que iría pensando en mí, en el viaje, en que tendría que esperar aún un par de meses para poder enseñarme el desierto naranja de Utah. Pero, quién sabe, a lo mejor, solo pensaba en que tenía hambre o frío o en qué bar entrar para pedir los bocadillos. Entonces Raúl le toca el hombro, le para, sin forzarle, sin violencia, como si quisiera preguntarle algo, y Trendy se da la vuelta, confiado. Dios, ¿cómo iba a imaginar? Raúl no le ve la cara, se fija en el pecho, en el adorno en forma de estrella estampado en su cazadora a la altura del corazón y sin decir una palabra, moviendo el brazo de arriba abajo, le hunde el cuchillo en el pecho empujando con todo su cuerpo. Mientras, Trendy mira asombrado sin comprender que le están intentando matar, que

le acaban de matar.

»Raúl, aún con el cuchillo en la mano, vio que desde la otra acera una mujer mayor con un perro, los dos debajo de un paraguas, le observaba aterrada. Él también se asustó. Y echó a correr. No recuerda por dónde fue, dónde arrojó el cuchillo, ni cuántos minutos pasaron hasta que, agotado, se detuvo en una esquina y se sentó en el bordillo mojado de una acera. Solo allí se dio cuenta de lo que acababa de suceder. Por lo menos eso me contó cuando me llamó por teléfono agobiado por la culpa y la soledad. Luego esperó, en silencio, a que yo respondiera, a que yo le perdonara. Pero yo no era capaz de creerle y le respondí que todo era mentira. Él insistió, lo repitió todo, más despacio, aportó más detalles, más cuchillo, más sangre, más empujones. Pero yo se lo hice repetir varias veces. Y me explicó dónde estaba aún el cadáver, como desafiándome a comprobarlo por mí misma. No se despidió. Ni siquiera colgó el teléfono en la cabina. Simplemente se alejó de ella.

»Me puse un impermeable y salí. Alcancé la calle de Fuencarral y, de lejos, distinguí el resplandor de una ambulancia. Un grupo de gente se arremolinaba frente a la escena. Habría bastado preguntar a algunas de las personas que venían de allí, pero me negué, porque aún me quedaban cien, doscientos metros para jugar yo sola con la ilusión de que aquello obedeciera a un accidente de tráfico, o un atropello, o yo qué sé... Llegué. Me quedé en primera línea, pero no atravesé el precinto de la policía. Desde allí vi el cadáver cubierto con una manta dorada. Reconocí tirado en el suelo, huérfano, boca abajo, uno de sus zapatos, a tres o cuatro metros del cuerpo. Presencé las maniobras de los policías agachándose a recoger, no sé, pistas, cosas que desde la distancia yo no alcanzaba a distinguir. Esperé entre el grupo cada vez menos numeroso de gente. Al rato llegó una juez enana. Unos ayudantes suyos con manos enguantadas metieron a Trendy en un saco de plástico, le subieron a una camilla y le introdujeron en un coche fúnebre. Observé cómo el coche se alejaba y cómo el pelotón de curiosos que me rodeaba se deshacía dejándome aún más sola. Entonces descubrí a un tipo muy parecido a ti hablar con un policía muy alto. Te reconocí, Pablo. A punto estuve de gritar tu nombre, de llamarte, de pedirte que me devolvieras a mi vida anterior, a la vida de hacía una hora. Pero solo pude quedarme ahí, contemplando ese trozo de la calle de Fuencarral iluminado por las linternas de los detectives, tal vez porque aún me dominaba la sensación de que aquello no podía pasarme a mí, ni podían matar a Trendy, ni podías ser tú ese hombre bajo la lluvia. Permanecí en el mismo sitio, inmóvil, empapada, hasta que solo quedábamos tres o cuatro personas a ese lado de la banda amarilla y el policía gordo nos avisó de que iba a dejar pasar los coches de nuevo, que nos desplazáramos a la acera.

—No te vi —admití.

—No miraste ni una vez hacia el lugar en el que estaba yo, me parece. Además, yo llevaba un impermeable grande, me tapaba la cabeza con una capucha enorme.

—¿Por qué no dijiste nada, Nora? ¿Por qué no hablaste con la policía entonces? ¿Por qué no me pegaste un grito?

—Ya te lo he dicho, porque lo único que supe hacer fue quedarme quieta. Porque algo enorme y frío que no era la lluvia me resbalaba por encima. Trendy acababa de morir. ¿Qué más daba lo que hiciera yo? ¿De qué habría servido haberte gritado a ti? ¿De qué haberme acercado a la policía y haberle dicho, mire, yo sé lo que ha pasado? Lo averiguarían. Y yo solo quería reunir un poco de ánimo para dar la vuelta y abandonar esa maldita calle. Esperé unos minutos más y después, con los últimos curiosos, me vine andando muy despacio hacia mi casa. Abrí la puerta y lo primero que descubrí fueron mis maletas apiladas para el viaje, colocadas en la entrada como dos perros fieles. La casa aún olía a nosotros dos, a Trendy y a mí, yo había dejado las luces encendidas, una lavadora en marcha que aún sonaba al fondo de la cocina; y esa inercia doméstica me descompuso aún más que la llamada aterradora de Raúl o el recuerdo del cadáver de Trendy despanzurrado en la calle. Esa inercia me pareció más brutalmente real que los policías y sus coches y las luces amarillas de la ambulancia o los comentarios de los vecinos acodados en la valla. Entonces me derrumbé en una silla y, sin quitarme el impermeable, comencé a llorar en silencio. Desde esa noche he esperado aquí a que pasara algo. No he vuelto al trabajo, ni he dicho a nadie que no me he ido a Estados Unidos. Ni siquiera he anulado las dos plazas de avión que Trendy y yo habíamos reservado. Supuse que Raúl se entregaría tarde o temprano y he esperado a que un día u otro venga la policía a preguntarme detalles. Han tardado más de lo que imaginé. Cinco días, ¿no? Casi una semana. Durante ese tiempo, esta casa se ha convertido a la vez en un infierno de setenta metros cuadrados y un refugio del que no me atrevo a salir.

Acabo de terminar la última ronda de morosos: ya no visitaré más. Se acabaron las cuentas pendientes. Cuesta imaginarse ahora el vendaval de aquel lunes de mayo y el aguacero negro de aquella noche en la calle de Fuencarral. Ha pasado casi un mes y un sol enorme de verano resplandece en medio de la tela azul claro del cielo y abrasa, a la hora de comer, la calle descoyuntada de Francisco Silvela, donde se encuentra la gestoría. Tengo en mi mano la lista caduca de nombres mientras subo la escalera del primer piso, del segundo, la ojeo al abrir la puerta de la oficina, la vuelvo a doblar cuando me siento en el despacho de Martí tras comprobar que ya no queda nadie a quien visitar. Enciendo el ordenador y observo cómo parpadea un nuevo mensaje de Nora. Deduzco que ha estado parpadeando toda la mañana, mientras yo liquidaba la lista.

Ayer me quedé solo. Martí e Isabel se largaron por la tarde, en cuanto recibimos los millones, rumbo, al menos mi jefe, a uno de esos balnearios suizos de los que hablaba continuamente cuando se llenaba el corazón de ginebra. Puede que el viejo Sánchez-Vidal esté en lo cierto e Isabel le acompañe. Pero ayer no insinuaron nada. Se fueron los dos a la vez pero cada uno por un lado, en apariencia. Quién sabe. Que les aproveche el golpe de suerte si están juntos. Y si no, pues también. Que les dure, sobre todo eso, que les dure: que agoten la racha buena, como aconseja Romero, el saxofonista, a quien tampoco veré ya nunca más. Martí me abrazó y hasta juraría que se habría emocionado si hubiera bebido algo, pero desde la madrugada en que le llamé desde la comisaría de Roche se prometió no probar ni una gota hasta que todo estuviera resuelto a su favor y él, de viaje, fuera de Madrid. Y lo cumplió. Isabel tampoco lloró; se limitó a mirarme con algo de pena, no demasiada, a susurrar unas frases que no entendí del todo y en las que se refirió a los años malgastados en esa empresa que a pesar de todo iba a echar mucho de menos.

Los acompañé a la puerta y me senté después en el despacho de Martí, con el cheque a mi nombre calentándome la cartera, a confeccionar la lista, la última lista de morosos y no morosos que debía visitar al día siguiente, que he visitado hoy. Dividí el conjunto de treinta deudores en tres grupos: los que me apetecía ver; los que me resultaban indiferentes y deberían conformarse con una carta o una llamada de teléfono y los que me trataron siempre como un criminal o, peor aún, como un imbécil, intentando librarse de mí sin gracia o con insultos. A estos decidí no informarles de nada. Ni ahora ni nunca. Que crean que los perseguiré siempre.

Después de seleccionar, me quedé con mis cinco morosos favoritos para la última ronda. A ellos se lo diría personalmente. Me apetecía pegarme el gustazo de informarles cara a cara de que les perdonaba una deuda que, a fin de cuentas, no iban a pagarme jamás. Aunque al que debía visitar antes que a ninguno de esos siete era al

viejo. Levanté el teléfono y marqué el número del asilo. Me respondió una enfermera que me indicó que a esa hora todos los internos —ella los llamó huéspedes— se encontraban descansando en sus habitaciones y que a menos que fuera grave preferían no molestarlos. Me limité a rogarle que avisara a Sánchez-Vidal de que le iba a visitar a la mañana siguiente. Dejé mi nombre, colgué y me recosté un minuto en el sillón de Martí antes de comenzar a llamar al grupo B de morosos, los que me resultaban indiferentes, que constituían la mayor parte.

Pienso, sentado en el despacho de Martí, dónde salir a comer algo. El mensaje de Nora sigue parpadeando. La puerta está abierta. A través de ella se perciben aún los rastros del asalto que desencadenó todo: los papeles descolocados por el suelo que ni Isabel ni yo, ni por supuesto Martí, nos hemos molestado en tirar a la basura, archivos amontonados en cajones abiertos, una silla coja, un espejo agrietado. Si decido quedarme, deberé empezar por ahí, por limpiar esto, por deshacerme de todo, por desprenderme de muebles y papeles y archivos y máquinas inservibles y espejos y cuadros demasiado viejos e inútiles. Pintar, contratar una cuadrilla de obreros que sustituya los cables viejos y las tuberías de plomo, que sanee las articulaciones de esta casa maltratada, que le devuelva algo del lustre que, según Isabel, tuvo en su tiempo, cuando albergaba un negocio. Si decido quedarme.

* * *

El viejo Sánchez-Vidal se temió lo peor cuando la enfermera, tal y como yo pedí, le avisó de que pasaría a verle. No me extraña. Debería haberle prevenido. Le encontré, esta mañana, en el vestíbulo del asilo, huraño y encogido, esperándome, con el equipaje hecho, sin abrir la boca, convencido de que iba a buscarle para llevarle a otra residencia más barata, tal y como le había advertido en la visita anterior. El pobre hombre pensó que por fin se habían esfumado los fondos necesarios para seguir sufragando su cuarto de anciano atendido sin lujos y que, a partir de entonces, viviría condenado a dar tumbos con su maleta por asilos y residencias de medio pelo, cada vez peores, sin posibilidad de quejarse, hasta que la muerte le agarrara en algún tramo de la cuesta abajo. En cuanto me puse a su altura murmuró, casi para sí, sin mirarme:

—Ni a terminar el verano ha dado tiempo.

Entonces pensé que el ex cobrador de morosos iba a convertirse, por una vez, en portavoz de las buenas noticias. La última ronda comenzaba:

—Sí que da. Se queda. Hasta que usted quiera. Y si le apetece, búsquese un sitio mejor. Vuelve a haber dinero —le informé, sonriendo de oreja a oreja.

Alzó la cara y me miró con extrañeza, con incredulidad, con un cansancio que le brotaba sobre todo de la desconfianza.

—¿Y por qué no ha venido Martí a decírmelo?

—Se ha ido. Ha dejado Madrid.

El viejo se sorprendió aún más, pero comenzaba a creer que algo bueno pasaba de

verdad.

—¿Y quién se hace cargo de la gestoría? ¿Tú?

—Digamos que sí.

—¿Y de dónde habéis sacado la pasta?

—Otro día vengo a explicárselo. Se lo juro. Pero debo ver aún a otras personas.

Sánchez-Vidal seguía sin confiar del todo, aunque le había desaparecido algo del aspecto de animal deprimido con que me recibió.

—No tan rápido, hombre. ¿Qué ha pasado con Isabel?

—También se ha ido.

—¿Con Martí?

—Creo que no. Pero no estoy seguro.

—Pues yo estoy seguro de que sí. Así que cerráis.

—Puede.

—¿De dónde habéis sacado la pasta?

—Le prometo que vengo otro día a contárselo —dije, y noté que la cara del viejo se había iluminado por completo. Luego añadió, en voz baja.

—Dile a la enfermera que me suba la maleta. Yo me voy al bar a celebrarlo, aunque sea yo solo.

Me habría gustado disponer de más tiempo para acompañarle y explicárselo todo, porque al viejo le iba a encantar la historia. Además, noté que al despedirse volvía a desconfiar de mí, a dudar de que, por fin, podía disponer de la habitación durante todo el tiempo que él quisiera. O que aguantara. Lamenté no quedarme, me dolió verle alejarse rumbo a la cafetería él solo. Pero me había prometido liquidarlo todo, para decidir luego qué iba a ser de mí y de la oficina de Martí.

Salí en busca de mis cinco morosos favoritos en cuanto el viejo me dio la espalda. Visité a los tres primeros y les comuniqué, entre incredulidad, risas, alivio, abrazos y brindis, la nueva situación. A Romero el saxofonista y a Juan Barbero, el de la cooperativa de Usera, mis favoritos entre los favoritos, los dejé para el final.

Al músico le localicé, después de hablar por teléfono con su mujer, sentado en un taburete en un pasillo del metro de Gran Vía, tocando el saxofón. No le iba mal, a juzgar por la cantidad de monedas que contenía la gorra gris. Al verme señaló precisamente la gorra, y me guiñó el ojo, como invitándome a que me llevara todo lo recaudado. Me incliné y junto a una moneda de cien pesetas metí la factura con el sello de pagado. El otro, que no comprendió lo que acababa de hacer, dejó de tocar, se bajó del taburete y se apresuró a recoger el papel, convencido de que contenía una citación judicial o una notificación de embargo. Al ver la factura, convertida ya en un recibo, aún se confundió más. Se secó el hilillo de saliva que se descolgaba del labio y me preguntó con los hombros.

—Ya ve. Le perdonamos la deuda. La empresa comienza una nueva etapa. Hoy mismo.

—Joder. Esta mañana no han parado de echarme dinero y ahora aparece usted con

esto. Vaya día —me contestó, sin asombrarse mucho.

—Ya lo dijo usted: todo son rachas. A lo mejor estamos en el principio de una buena.

—No se burle de eso, Esteban, no se burle —me advirtió, serio de pronto, apuntándome con el índice.

—Le juro que no me burlo —contesté, y estaba diciendo la verdad.

Romero me sonrió, limpió la boquilla del saxofón, metió una mano en el bolsillo:

—He dejado lo del bingo. No era trabajo para mí. Por lo menos por ahora. A lo mejor la buena racha empieza ahí, por dejarlo. Yo pensaba pagarle, que conste. No sabía cuándo, pero le iba a pagar. Le tenía en la cabeza. Pero cuando no era una cosa era otra: los libros del niño, la familia de mi mujer, una semana en blanco porque no me contrata nadie y ni siquiera se para la gente a oírme en el metro... Pero yo le habría pagado, Esteban.

—Lo sé —y le tendí la mano para que nos la estrecháramos a modo de despedida. Él seguía acariciando la boquilla de su saxofón y mirándome. Sin dejar de sonreír me preguntó:

—¿Quiere que toque algo?

—¿Ahora?

—Sí. Dígame una. La que más le guste. Si la sé, la toco. Es lo menos que puedo hacer.

—Bueno. Pues una de Frank Sinatra.

—¿Parece que ha pasado ya un año desde que murió?, ¿eh? Ya nadie habla de él.

—Por eso. Toque una.

Se guardó las monedas, se puso la gorra. Se volvió a sentar en su taburete de bar en medio del pasillo maloliente del metro. Aquello no era *New York, New York*, ni *My way*, las dos únicas canciones de Sinatra que me sonaban. Jamás la había escuchado. Cuando terminó, unas estudiantes que se habían colocado detrás de mí rompieron a aplaudir. Él guardó el saxofón en el estuche al acabar y plegó el taburete.

—Se acabó por hoy. Me voy a celebrarlo con mi mujer. Espero no seguir en el metro mucho tiempo, ahora que ha empezado la racha buena. Pero si pasas por aquí otra vez y me ves, pídemela esta canción. A mí me gusta mucho —dijo, mientras comenzaba a alejarse.

—¿Cómo se titula? —grité.

—*Pennies from heaven*. Peniques del cielo.

Esto lo dijo casi chillando también, al fondo del pasillo que conducía al metro que le llevaba a su casa, mientras se despedía para siempre de mí, agitando su gorra.

Era absurdo, pero sentí que le iba a echar de menos, iba a echar de menos el llamarle cada pocos días y reclamarle con fingida impaciencia la deuda y que se defendiera con excusas creíbles o increíbles que yo aceptaba siempre. Miré el reloj y anduve por el vestíbulo hasta que encontré un mapa del metro que me mostrara la mejor combinación para llegar a Usera.

Barbero parecía no haberse movido en un mes. Seguía en su mesa despoblada en medio de esa habitación vacía dentro de ese prefabricado de chapa. A su lado ronroneaba un aparato de aire acondicionado cúbico y feo como las estufas catalíticas. Compuso una mueca de fastidio al verme, ladeando su gran bigote negro y, tras rebuscar entre los papeles de su mesa, extrajo de un cajón una carpeta en la que figuraba escrito con rotulador el nombre de mi empresa: Sánchez-Vidal y Asociados. Al ver la carpeta pensé que si me decidía a seguir en la gestoría, debería cambiarle el nombre. O no.

—No he podido reunir nada —se disculpó—. Estamos peor que la última vez que viniste... tú... —prosiguió el bueno de Barbero, incómodo en su silla de plástico, irritado con la situación.

—No te preocupes. No he venido para pedirte el dinero.

El corpachón de Barbero rebrincó en la silla. Sacó un Ducados de un paquete arrugado y arrancó una cerilla de una caja plana de publicidad de un bar o un restaurante. Nadie usa ya cerillas, pensé, mientras encendía el cigarro.

—Joder. ¿Pues para qué has venido? —me preguntó, atemorizado de repente.

—Primero: para perdonarte la deuda. Segundo: para que te pongas en contacto con un tío que te va a vender, a buen precio, el suelo que necesitas tú y los que aguanten contigo aún en la cooperativa.

Barbero arrugó la boca y detuvo la mano del cigarrillo en dirección al cenicero. La ceniza se iba acumulando sin que moviera un músculo. Tampoco me creyó. Era tan desconfiado como el viejo Sánchez-Vidal. Una prevención alimentada de pesimismo y mala suerte parecía haberlos vacunado a ambos contra las novedades, que por lo general empeoraban las cosas. Intuí que me iba a costar convencer a este más que al otro.

—Está en el barrio donde crecí yo. La parcela, me refiero.

Comenzó a alterarse, a levantar la voz:

—¿De qué me estás hablando, Pablo? Que no te pague no te da derecho a venir aquí a reírte...

—Juan —proseguí—, lo que te digo es la pura verdad. Tenemos dinero. Y vosotros tenéis el terreno. Un solar pequeño pero suficiente, creo, para que os metáis todos. Que además está en mi antiguo barrio, ya te lo he dicho.

Él seguía callado, reclamando con su silencio una explicación más convincente para comenzar a creerme. De modo que comencé a contarle la historia. Pasé de puntillas por el asesinato de Trendy y las pesquisas de Roche, y Raúl y Nora, y me centré sobre todo en Petrell y en mi jefe Martí. Porque fue Martí, intuyéndola por la magra descripción que le hice por teléfono desde la comisaría, el que planeó y ejecutó una especie de venganza no solo contra el estafador Petrell, sino contra sus últimos años de ruina en la gestoría.

Fue en ese mismo momento, mientras yo le pedía la mañana libre para visitar a Nora, cuando decidió extorsionar a Petrell, cuando concibió la forma de hacerlo y

cuando se juró exprimirle lo suficiente como para liquidar todas las deudas y dimitir como jefe y como dueño de la gestoría y, si bien se mira, casi como Martí. También le conté a Barbero que a la mañana siguiente de hablar con Nora, el día en que me reincorporé a la oficina, Martí me esperaba en su despacho, recién duchado, con ropa limpia, bien planchada. Jamás aparecía tan pronto, tan aseado, sin haber bebido ni una gota. En cuanto me vio me reclamó. Su mesa deslumbraba sin papeles encima. Me ordenó que le aclarara lo ocurrido en la comisaría. Pero no se contentó con eso. Me abrumó con preguntas que parecía traer memorizadas: fechas de registros, cantidades abonadas, metros de los solares que Petrell había robado con ese método suyo tan rentable como higiénico y seguro. Y acabó por llamar él mismo a Olaya, a la que también descompuso a base de un interrogatorio tan preciso y desconcertante que aún no me explico como ella lo toleró. Aquel tipo dinámico e incisivo que veía maniobrar delante de mí no parecía Martí. Al menos el Martí que yo había conocido, el que en los dos últimos años había tenido delante siempre condenado a sobrellevar una modorra producida a partes iguales por el hastío, la deriva, la desilusión y la ginebra. Pero ese Martí que se puso a insultar a gritos al cielo raso de su despacho en cuanto colgó a Olaya me recordaba al hombre descrito por Isabel algunas veces, al joven Martí de los comienzos, el que apartó al caradura de Sánchez-Vidal y convirtió una gestoría de barrio en un negocio próspero a finales de los años sesenta. Yo le contemplaba asombrado y en silencio e Isabel, que ya había llegado y no daba crédito a lo que veía, me hacía preguntas arrugando la nariz, asomada a la puerta, no del todo segura de que tanta risa de pronto obedeciera a algo bueno. Después, tras examinar de nuevo todos los papeles que yo había llevado todo ese tiempo en mi maletín y que habían sido objeto de persecución por los tres matones, intentó concertar esa misma mañana una cita con Petrell, al que muy amablemente comunicó por teléfono que a partir de ese momento iba a timar a su puta madre y que se preparara para soltar millones si no quería acabar sus días leyendo títulos de propiedad en una celda de Alcalá Meco.

Le seguí contando a Barbero que unos días después, no recuerdo cuántos, cargado del famoso maletín, acompañé a Martí al despacho de Petrell. Él mismo nos abrió la puerta, como la última vez que le había visitado. Nos condujo sin hablar hasta una especie de salón, nos mostró dónde sentarnos. Martí, sin darle tiempo a respirar, señaló el maletín y expuso de carrerilla una serie de condiciones para guardar silencio que se resumían en una forma concreta de entregarle cien millones de pesetas y evitar así que enviara toda la documentación, incluyendo una denuncia por intento de secuestro, precisó, a la nueva Fiscalía de Medio Ambiente y Urbanismo de Madrid, además de preocuparse de que el asunto llegara a manos de algunos periodistas a los que aseguró conocer de antiguo. «Les va a gustar esta historia de parcelas que se esfuman. Tiene un titular, como dicen ellos», añadió, y se cruzó de brazos. Tal vez jugaba de farol, nunca lo pude comprobar, pero hasta a mí me sorprendió la aplastante seguridad con la que pronunció cada una de esas palabras. Yo no sabía que

tuviera amigos periodistas, pero yo ni siquiera sabía que Martí tuviera más amigos que el camarero de El Cairo con el que a veces se enredaba en una interminable discusión de borrachos. Además, ya digo, para mí ese imparable y amenazador Eduardo Martí era un desconocido de pies a cabeza; hasta podía tener periodistas amigos, ¿por qué no? Así que supongo que también Petrell vaciló antes de echarnos de su despacho con un simple «váyanse de aquí ahora mismo» mascullado casi sin aire. Quise intervenir, pero Martí me interrumpió. Se levantó, y sin decir adiós se encaminó hacia la puerta. Yo le seguí. Solo antes de cerrar, mi jefe advirtió al otro: «Piénsatelo, cabrón, porque puedes acabar mal. Si me das lo que pido, podrás seguir con tu sistema, que es bueno, lo reconozco. Si no, yo te juro por mis muertos que voy a encargarme de que no lo uses nunca más». Y Petrell se lo pensó. Y aceptó. Y llamó a Martí esa misma tarde. Y nos volvió a citar en el mismo sitio. Porque mi jefe, a cambio del silencio que le permitiría seguir con sus enjuagues millonarios, tampoco reclamaba demasiado. Y sin embargo, esa cantidad bastaba para que Martí liquidara las deudas que lastraban la gestoría, pagar el asilo de Sánchez-Vidal de por vida y embolsarse él una cantidad que le permitiría no tener que preocuparse por nada más que la dirección del balneario o el apartamento en el que iba a tumbarse a descansar. A Isabel y a mí nos regaló cinco millones a cada uno.

Lo de la parcela de la cooperativa, le seguí contando a Barbero, fue una ocurrencia mía de última hora que solté a Petrell segundos antes de que Martí le entregara los papeles que le comprometían y recibir a cambio un conjunto de talones con el dinero. Yo le había comentado muchas veces a mi jefe por qué Barbero no pagaba, igual que hacía con el resto de los morosos. A Martí mis explicaciones le sobraban. Si no llegaba con dinero, las excusas que me ponían le traían sin cuidado. Echaba un trago de ginebra, me miraba como diciéndome «y a mí qué» y se encogía de hombros. O echaba un trago y ya está. Por eso se sorprendió tanto como Petrell cuando exigí a este que firmara un contrato obligándose a vender a una cooperativa de Usera, a un precio asequible, una de las muchas parcelas de las que se había apropiado con su sistema de trilero. Por la manera en que me miró mi jefe, a punto estuvo de bajarme de la silla de una bofetada, pero se contuvo, convencido, supongo, de que era mejor aparentar que la exigencia también estaba prevista para no complicar aún más las cosas. Petrell volvió a dudar, arrugó el gesto, y así se mantuvo un tenso y largo minuto en el que solo se escuchaba la respiración de eterno fumador de Martí. Luego se levantó, se dirigió a un armario, lo abrió, cogió un portafolios de un estante y volvió a sentarse con él en la mano. De él extrajo un mapa del este de Madrid casi del tamaño de la mesa que desplegó con mucha dificultad. Con un rotulador trazó un círculo en una esquina. Dio la vuelta al mapa para mostrárnoslo. Yo tardé poco en reconocer parte de mi viejo barrio metido dentro del círculo. Nos tendió luego unas fichas de localización más precisas.

—Ahí. En esta zona —dijo—. Si no es esa parcela, no hay trato. Se la venderé por lo que me costó a mí. Una mierda. Pero no quiero veros ni a vosotros dos ni a

ellos en toda mi vida. Ahí tenéis el dinero y en un momento ordeno a la secretaria que redacte el precontrato de compraventa con esa cooperativa, si me dais su nombre. Después, fuera. Sois tan ladrones como yo.

—Un poco menos, Petrell —respondió Martí, levantándose, aliviado, guardándose el talón en el bolsillo de atrás—. No te olvides nunca: un poco menos.

Lo demás sucedió muy deprisa, le expliqué a Barbero: Martí liquidó la hipoteca que pendía sobre la oficina, pagó las deudas, nos regaló a Isabel y a mí nuestra parte y dimitió como jefe y dueño. Me ofreció a mí el puesto con la condición de que no le llamase jamás si me metía en líos o si me buscaba una nueva bancarrota a base de regalar terrenos. Tras aconsejarme que no aceptara su propia oferta y que buscara otro trabajo, se dispuso a dejar Madrid para siempre rumbo a una tumbona para el resto de su vida.

Barbero me escuchaba boquiabierto, idiotizado por la sorpresa. Al entregarle el precontrato de Petrell junto con un mapa de la zona de la parcela adjudicada solo acertó a decir, en voz muy baja:

—La hostia.

—¿Es un buen precio? —le pregunté.

—Es un regalo. El mejor regalo —respondió.

Incapaz de contener el nerviosismo sentado, se levantó, mostrándome su inmenso corpachón, que pugnaba por desfondar la camisa a cuadros que le constreñía. Me miró de frente y se rascó un brazo y me tendió su manaza de forzado de tebeo:

—Gracias.

—Suerte, Juan —le respondí, levantándome yo también. Me dirigí a la puerta deprisa: aún quedaban cuentas pendientes.

—¿Pablo? —preguntó.

Me di la vuelta:

—¿Por qué lo hiciste?

—También me lo he preguntado yo. A veces pienso que fue un impulso, el deseo de fastidiar al listo de Petrell. Pero ahora creo que hay algo más: tal vez procuré que saliera algo limpio de todo esto.

—Con los cinco millones te puedo incluir en la cooperativa. Hay plazas libres.

—Lo pensaré —contesté—. Es una buena oferta. Pero no sé si el sitio me gusta mucho.

—Además, vamos a necesitar un abogado y una gestoría que nos ayude con los trámites y el papeleo. Y vosotros erais buenos. Y a un precio inmejorable. Si quieres trabajar con nosotros, dímelo.

—Si decido seguir con la empresa seréis mis primeros clientes. No lo dudes.

* * *

Salí. Paré un taxi que pasaba en ese momento por la puerta de la inmobiliaria. Pedí

que me llevara a una esquina que quedaba muy cerca de la parcela que acababa de entregar a Barbero. Tardamos bastante en llegar. Pagué, dejé el aire acondicionado del taxi y me introduje en la burbuja ardiente y seca que flotaba a esas horas en Madrid, en mi barrio. Desde esa esquina se divisaba buena parte del territorio donde había crecido. Al frente, los descampados de entonces, convertidos muchos ya en solares edificables infestados de matojos muertos de sed, de ladrillos rotos y de escombros de las obras de edificios cercanos. Hacia abajo, lo que quedaba de El Valle. Era cierto lo que nos había contado Arturo, el de La Rueda: la mayoría de las casitas bajas había desaparecido. Adiviné unas excavadoras que alisaban el terreno, casi roturándolo. Me encaminé hacia allí, bajando la loma que ahora, a mi edad, me pareció muchísimo más pequeña que cuando tenía quince o dieciséis años. Llegué hasta las cuatro o cinco casas que aún se tenían en pie. Entré en la que conservaba mejor aspecto. Y allí estaba, en un rincón de esa choza de ladrillo y cemento recalentada a pesar de la oscuridad. Me acerqué a él, que dormía boca abajo, en chaqueta y pantalón de chándal, descalzo, y le zarandeé. Me costó despertarle. Al hacerlo, se dio la vuelta y me miró desde el abismo de niebla, vacío y sueño que se forma en sus ojos cuando no tienen droga. Tardó en reaccionar. Consiguió levantarse. Se puso a rebuscar entre la basura de cristales rotos, papeles y cartones regada por el suelo y encontró sus mugrientas zapatillas de deporte. No habló. Se limitó a salir, le acompañé, se sentó en el suelo, al sol, de nuevo cerró los ojos y por un momento creí que se había dormido otra vez. Pero me equivocaba.

—Tú eres el que acompañaba al madero que buscaba a Trendy. ¿Por qué no me dejáis en paz? Yo no sé nada. Ya os lo dije —murmuró.

—No soy policía. Soy amigo de Trendy. Solo he venido para decirte que no tienes nada que ver con su muerte.

—Ya lo sé, coño, ya os lo dije —añadió, sin mover un músculo, con los ojos cerrados, el rostro delgado, enfermo, ensuciado por una barba gris, vuelto hacia el sol de mediodía.

—No es eso. He venido para que se sepas que la razón por la que le mataron no tiene nada que ver con que tú le fallaras. El que le mató no buscaba su pasta. Le habría matado aunque tú le hubieras llenado el bolsillo de dinero. Pensé que merecías saberlo.

El July se esforzó en entreabrir nuevamente los ojos y fijarlos en mí. Me pidió un cigarro. Le respondí que no tenía. Después me señaló con un dedo flaco y deforme.

—¿De qué cojones estás hablando, colega? —preguntó, y algo en su voz enronquecida súbitamente me hizo recordar al otro July, al que vivió sabiéndose el rey de esa zona. Me dieron ganas de comentárselo. Pero no sabía si me iba a entender. Así que me senté junto a él y comencé a contarle. Él escuchó con los ojos casi cerrados, con la cara ladeada, sin moverse.

Ha sido la segunda vez que he contado la historia hoy. Primero, a Barbero, y luego a El July. Y ahora, sin haber bajado a comer, mientras observo el aleteo del

mensaje de Nora en el ordenador y cómo lentamente comienza a atardecer en las paredes grises del patio interior de la gestoría, me da la impresión de que no he hecho otra cosa en todo el día que contarme la misma historia, todo el tiempo, continuamente: la línea verde del metro, mi ronda de morosos, mi amigo Trendy que me toca el hombro en un vagón después de doce años sin verle, el aviso de madrugada de un inspector de policía...

Cuando terminé, El July abrió los ojos, me examinó y musitó:

—Pues no te reconozco.

Lo pronunció con pena, con vergüenza. Y volvió a hundirse en una modorra plácida. Yo contemplaba la inmensa montaña de escombros y polvo en que se había convertido El Valle, y a lo lejos, rodeándonos, un horizonte pautado de grúas y de edificios en construcción. Mosca tenía razón: muy pronto derribarán las últimas chabolas, desaparecerán los últimos descampados, levantarán nuevos bloques de edificios. Mi barrio, el de Trendy, el de Javier, el de El July, está casi acabado. Han tardado casi treinta años.

Me levanté y le tendí a El July un billete de 5000 pesetas. Lo rechazó. Se lo dejé a la vista, debajo de una piedra. Nos despedimos sin hablar. Se quedó en el mismo sitio, apoyado aún junto al muro, cara al sol.

—Gracias —me dijo, al notar que me alejaba.

—De nada. Quédatelo. Con eso podrás pillar para un par de días, ¿no?

—No es por el dinero, joder. Gracias por haber venido hasta aquí. Por habérmelo contado. Y perdona por no acordarme de quién eres. Pero yo ya no me acuerdo de casi nada.

Desde allí caminé un buen rato hasta que me topé con una calle nueva donde paré un taxi que me llevó a la calle de Francisco Silvela. Desde entonces estoy aquí, en el antiguo despacho del jefe, muerto de hambre, contemplando el mensaje de Nora, viendo cómo se extingue esta tarde calurosa, pensando en El July, en Trendy, en Martí, en todos los que se cruzaron en mi vida esa semana. Pienso que me gustaría saber del inspector Roche, de sus nuevos muertos y de sus nuevas carpetas. Me prometo llamarle cualquier día y preguntarle si Raúl se entregó, o si le apresaron, o si aún sigue por ahí, envenenado de celos y de remordimiento, todavía con el traje azul que se compró para ir al notario. También le preguntaré qué fue de Castro Arenas, de Fonseca, de Ribeiro y de su novia, o si sigue echando tanto de menos a su hija, a la adolescente retratada de niña en esa playa que mira cada día en su despacho.

Pero no puedo esperar más: ha llegado la hora de decidir. O acepto la oferta de Martí y cargo con esta empresa deshecha y vacía o sigo su consejo y me voy. Hay que contestar el mensaje de Nora, además. Así que enciendo la lámpara de la mesa porque ya casi no hay luz y busco en el teclado la letra que abre el correo electrónico. Lo abro aunque sé lo que contiene sin leerlo, imagino qué quiere. Nora hizo sola lo que habían prometido hacer juntos Trendy y ella: hace pocos días se fue a Daogab, Utah, y buscó a Luke y reservó un cuarto en El Lagarto, y allí sigue, sin saber muy

bien qué hacer, sin ganas tampoco de regresar a España. Por lo menos eso es lo que me cuenta en los mensajes que me manda desde el ordenador de Luke después de preguntarme una mañana por teléfono si mi empresa tenía dirección electrónica y yo contestarle que sí, que el antiguo gerente, Murcia, se había molestado en procurárnosla cuando intentó modernizarnos. Y desde entonces insiste cada día en que vaya para allá, en que la acompañe, que necesita a alguien además de Luke con quien pasear por ese pueblo tras las huellas de Trendy. Hasta hoy, le he respondido que tengo mucho trabajo, y era cierto, porque estaba ayudando a Martí a liquidar el asunto de Petrell y embolsarnos el dinero. Hasta hoy. Hasta ahora. Porque ya se ha terminado. Porque ya no hay lista de morosos, ni gestoría, y Sánchez-Vidal tiene asegurado el asilo y yo estoy solo aquí, en esta empresa fantasma, en esta ciudad habitada por millones de personas y una exnovia, mi exnovia Julia, la que vive con Vicente Neira, que ya no me va a volver a llamar nunca. Así que yo podría irme también y conocer Nueva York, o Buenos Aires o París. O Utah. Pero pienso en ella, en Nora, y me imagino otra vez a su lado, ahora en el pueblo quemado y naranja que encontró Trendy para ellos dos, y me obligo a pensar que yo no soy él, que nunca lo fui, que ya le suplanté una vez, en la carrera del maratón, cuando Nora y yo nos abrazamos y nos fuimos juntos, calle abajo, dejándole que corriera él solo, y no es que nos equivocáramos entonces, pero algo sí que nos equivocamos, y esta historia que llevo repitiendo todo el día lo demuestra... Que su muerte sirva al menos para eso, para acabar de una vez y para siempre esta partida que, sin saberlo ninguno, llevamos jugando los tres tantos años. Es la última deuda pendiente.

Así que le contesto, y mi mensaje salta y cruza el mar y llega a Utah y acaba en ese albergue achicharrado que nunca visitaré para informar a mi amiga de que debe buscar por sí misma, allí o aquí, ahora que todo acaba, o empieza. Y mientras viaja la respuesta me doy cuenta de que ya he empezado a decidir, y que no sé dónde, si en mi viejo barrio de San Blas, en el piso de Barbero, o en el palomar alquilado e inhabitable colgado de la Gran Vía en el que vivo ahora, pero por lo menos sé ya que me quedaré aquí, en Madrid, y que aquí estaré cuando me llame Nora de regreso, o se tropiece conmigo en el metro, en la línea verde, o cuando vengan a verme o me llamen Javier, o Mosca, o hasta Mongo, porque es verdad que los amigos del barrio son como la familia: tú no los eliges y siempre vuelven. Y aquí estaré el día en que se acerque alguien parecido a Julia.

Solo queda saber si llamo a Barbero mañana para pedirle que se convierta, él y su cooperativa, en el primer cliente de la tercera etapa de la gestoría Sánchez-Vidal o dejar para siempre de ser abogado (o gestor o cobrador de morosos) y dedicarme a otra cosa. Aún soy joven para cambiar. Aún hay tiempo. Por lo menos eso diría él. Para decidirlo, voy a salir a la calle, y me voy a acercar, ahora que es ya casi de noche, al nuevo puente de Ventas, a unos metros del fino arco aerodinámico, y apostado allí, como tantas veces, nos asomaremos los dos y miraremos el río de coches y de luces que pasa bramando por debajo: la M-30, el Mississippi. Allí voy a

pensar en la buena y en la mala suerte, en el destino, en los pequeños regalos de la fortuna, en esos peniques del cielo, como dicen Romero y Frank Sinatra, en las personas y en las balas que van detrás de uno, y voy también a preguntarle a él, a Trendy, qué me aconseja. Si nada me convence del todo, o no le oigo bien, voy a echarlo a suertes: desde hace un mes llevo en el bolsillo la moneda perfecta, traída de Las Vegas, para jugarme la respuesta a cara o cruz, y acertar.